

EL OSCURO CAMINO
HACIA LA MISERICORDIA

Wiley Cash



Lectulandia

Con solo doce años, Easter Quillby ha aprendido a no esperar mucho de la vida. Así se ahorra las decepciones y protege a su hermana de seis años. La repentina muerte de su madre las lleva a una casa de acogida a la que están intentando adaptarse cuando su padre, Wade (que en el pasado renunció a sus derechos paternos), las rapta por la noche. Wade no quiere hacer daño a sus hijas; solo pretende recuperar el tiempo perdido, quiere una nueva oportunidad.

El tutor legal de las niñas emprende su búsqueda y descubre, inquieto, que Wade está implicado en el robo a mano armada de un coche blindado que transportaba catorce millones y medio de dólares. Tras el padre desesperado también va un personaje oscuro y errático que lleva años fraguando su venganza.

A través de las anchas carreteras de Carolina del Norte, mientras el verano queda atrás, Wade deberá proteger a sus hijas y ganarle la partida a un pasado aterrador que siempre le saca ventaja.

Lectulandia

Wiley Cash

El oscuro camino hacia la misericordia

ePub r1.0

Titivillus 25.09.17

Título original: *This Dark Road to Mercy*
Wiley Cash, 2014
Traducción: Celia Montolío
Fotografía de cubierta: Elisabeth Ansley

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A todas las familias,
sean como sean*

«El lugar de donde vienes ya no está, el lugar al que creías que ibas jamás existió, y el lugar en el que estás no te sirve de nada a menos que puedas alejarte de él. ¿Dónde hay un lugar en el que puedas estar? En ninguna parte... Nada exterior a ti te podrá dar un lugar... El único lugar que tienes es el que hay, aquí y ahora, en tu interior».

FLANNERY O'CONNOR, *Sangre sabia*

EASTER QUILLBY

CAPÍTULO 1

Wade se esfumó de nuestras vidas cuando yo tenía nueve años, y más tarde apareció de la nada el año que cumplí los doce. Para entonces me había pasado casi tres años oyendo cómo mamá le echaba la culpa de todo: desde que nos cortasen la luz hasta que Ruby y yo no tuviésemos zapatos nuevos para ir al colegio, y para cuando volvió yo ya tenía bien claro que era el fracasado que mamá siempre había dicho que era. Pero resulta que era mucho más que eso. También era un ladrón y, de haber sabido qué tipo de gente lo andaba buscando, jamás, para empezar, habría permitido que nos sacase de Gastonia, Carolina del Norte, a mi hermana pequeña y a mí.

Mis primeros recuerdos de Wade son de cuando mi madre me llevaba al estadio de béisbol de Sims Field, mucho antes de morir. Mamá señalaba el campo y decía: «Ahí está papá». Yo no tendría más de tres o cuatro años, pero todavía hoy me veo mirando el campo interior y a los jugadores, que me parecían todos iguales con sus uniformes, y preguntándome cómo iba a distinguir a mi padre en un partido de béisbol si era idéntico a todos los demás.

Ahora se me hace raro pensar en esto, porque el día que decidió volver a por nosotras reconocí a Wade nada más verlo sentado en las gradas frente a la línea de primera base. Para mí siempre había sido Wade, porque no me pegaba llamarle «papá» ni «papi» ni nada de lo que se supone que deben llamar los niños a sus padres. Los padres a los que los llamaban así hacían cosas por sus hijos que ni se me pasaba por la cabeza que Wade fuese a hacer por nosotras. Lo único que había hecho por mí era darme una hermanita llamada Ruby y la suficiente cantidad de historias como para que mamá se pasara el resto de su vida contándolas, pero mamá se murió justo antes de que yo cumpliera los doce, y esa fue la única razón de que Wade viniese a buscarnos a Ruby y a mí.

Acababa de llegar a la tercera base, y no me costó nada hacer como que no lo veía allí sentado. Levanté la vista lo justo para ver a Ruby en el banquillo, esperando a que le llegase el turno de chutar^[1]. Estaba de espaldas a las gradas y aún no lo había visto; puede que ni siquiera lo hubiese reconocido de haberlo hecho.

Viendo a Ruby y a Wade nadie habría adivinado que estaban emparentados, pero lo mismo podría decirse de nosotras dos. Ruby era clavadita a mamá. Tenía el pelo moreno, ojos castaño oscuro y la piel bronceada incluso en invierno. Yo era todo lo contrario: el pelo, rubio rojizo y liso como una tabla, y una piel con más papeletas para quemarse y llenarse de pecas que para ponerse morena. Ruby era preciosa; siempre lo había sido. Yo era clavadita a Wade.

Aparte de Wade, las gradas estaban vacías; eché un vistazo al campo y vi que los demás chavales todavía no se habían fijado en él. Al final de la cuesta que había a mi

derecha, la señora Hannah y la señora Davis estaban charlando en el patio del colegio. Aún no lo habían visto. Pero no tuve que esperar mucho a que alguien lo descubriese.

—Mira a ese hombre de ahí —dijo Selena. Jugaba de tercera base y estaba encorvada, las manos en las rodillas. Era negra, como casi todos los chavales con los que nos juntábamos al salir de clase y como casi todos los que vivían con nosotras en el hogar. Llevaba unas trenzas muy gruesas, recogidas con unas gomitas de esas que llevan canicas; tintineaban cuando movía la cabeza. Habría querido pedirle que me hiciera el mismo peinado, pero mi pelo era demasiado fino para que se me quedasen las trenzas; y casi era mejor así, porque Selena era más alta que yo y además parecía mucho mayor, y me ponía tan nerviosa que me sentía incapaz de hablarle—. ¿Qué hace ahí sentado mirándonos?

No sabía si me estaba hablando a mí o si solo estaba pensando en voz alta.

—No sé —dije al fin. Me miró como si se hubiese olvidado de que estaba a su lado en la base. Recé una pequeña plegaria para que no se fijase en que Wade y yo nos parecíamos, y me sorprendí deseando, de nuevo, parecerme más a mamá, como Ruby.

Un chico de tercero, Greg, se preparó para golpear, y aunque algo me aconsejaba que no lo hiciera, corrí hacia el *home plate* en el mismo instante en que chutó. La pelota simplemente volvió rodando hacia el pítcher, y me eliminaron en el *home plate*. Me fui al banquillo, pero con la cabeza gacha y sin mirar hacia las gradas. Me notaba la cara caliente y sabía que estaba roja como un tomate, y quise pensar que si me sentía tan avergonzada era solo porque me habían eliminado en el *home plate*, y no porque todo esto hubiera sucedido delante de Wade.

Ruby estaba sola en la otra punta del banquillo, columpiando los pies. Al acercarme, se pasó el pelo morenísimo por detrás de las orejas, subió una mano y me esperó.

—Choca esos cinco —dijo. Me senté a su lado sin decir nada, y después me incliné y me sacudí el polvo de las deportivas. Ruby dejó la mano colgando sobre mis rodillas—. Choca esos cinco —repitió.

—Para chocar los cinco, la mano tiene que estar en alto.

—Vale —dijo—. Pues entonces choca los cinco por lo bajo.

Le di una palmadita en la mano, y al alzar la vista vi que Marcus estaba en el campo interior, mirándome desde la segunda base. Llevaba un jersey blanco de los Cubs con el nombre y el dorsal de Sammy Sosa. El curso escolar acababa de empezar y solo era el tercer viernes de agosto, pero Mark McGwire ya se había anotado cincuenta y un *home runs* frente a los cuarenta y ocho de Sosa. Marcus y yo estábamos apoyando a Sosa para que llegase a sesenta y dos y fuese el primero en batir el récord de Roger Maris. Me sonrió, pero aparté la mirada como si no lo hubiera visto. Me puse nerviosa y me recogí el pelo en una coleta, dejándola caer sobre mis hombros. Cuando volví a mirar a Marcus, seguía sonriendo. No pude evitar

sonreír un poco yo también, pero de repente oí una voz que susurraba mi nombre.

—¡Eh! —dijo la voz—. ¡Easter!

Era Wade. Estaba apoyado contra la parte exterior de la valla, más o menos a mitad de camino hacia la primera base. Ruby se quedó observándolo unos instantes y después me miró a mí. Wade sonrió y nos hizo señas para que nos acercásemos.

—¿Es...? —empezó a preguntar Ruby, pero la interrumpí antes de que pudiese acabar.

—Tú espera aquí —respondí, levantándome del banquillo.

—Easter —dijo Ruby. Se puso en pie de un salto como si pensara seguirme.

—Que esperes aquí —insistí. Me miró sin decir nada y después se volvió hacia la parte de la valla donde estaba Wade. Señalé el banquillo y la observé mientras se sentaba de nuevo. Se cruzó de brazos como si la hubiese regañado—. Vuelvo enseguida —dije. En lo alto de la cuesta, la señora Hannah y la señora Davis aún no lo habían visto. Me arrimé a la valla y fui siguiendo la línea de base.

Wade iba con una vieja gorra azul de los Braves, y el pelo, del mismo tono rubio rojizo que el mío, le asomaba por detrás de las orejas. Los pelos de la barba le tapaban la cara y le bajaban por el cuello, además llevaba una camiseta verde y unos vaqueros salpicados de pintura blanca. Levantó la mano que tenía apoyada en la valla y me hizo un gesto a modo de saludo.

—Eh —dijo, sonriendo. También sus manos estaban cubiertas de pintura blanca.

Antes de acercarme, hice un alto, me crucé de brazos y apoyé el hombro contra la valla. No quería que Wade pensara que me alegraba de verlo de repente, que podía presentarse a la salida del cole cuando le viniese en gana sin que pasara nada. A decir verdad, no quería ni mirarlo.

—¿Estás intentando integrar la Liga Negra? —preguntó. Se rio como si el chiste también tuviese que hacerme reír a mí, pero no lo hizo. Apartó las manos de lo alto de la valla y se las metió en los bolsillos.

Miré al campo, donde la entrada estaba a punto de terminar. Marcus se fue del campo interior hacia el banquillo que estaba al otro lado del *home plate* sin quitarme ojo. Parecía preocupado, y quise sonreír y decirle que no pasaba nada, que conocía al hombre que estaba hablando conmigo, que sabía lo que hacía, pero por otro lado no quería que se pensara que estaba haciéndole señas para que se acercase a interesarse por mí. No quería que conociese a Wade. Volví a mirarlo, sin descruzar los brazos.

—¿Qué haces aquí?

Suspiró, arqueó las cejas y miró hacia el campo exterior antes de mirarme a mí.

—Me he enterado de lo de vuestra madre —respondió.

—¿Te has enterado hoy?

—No, hoy no. Hace ya tiempo.

—Cuando dices «hace ya tiempo», ¿significa que deberías haber venido a su funeral, que, por cierto, fue visto y no visto? ¿Significa que deberías haber venido antes a ver cómo estábamos, antes de que nos enviasen a un hogar de acogida?

—No —dijo—. No tanto.

—El tiempo suficiente como para no hacer nada.

—Nada, hasta ahora.

—¿Hasta ahora? —Solo decirlo me hizo reír. Descrucé los brazos y me di la vuelta para irme al banquillo, donde Ruby estaba esperándome.

—Espera, Easter —dijo—. Quédate a hablar conmigo un minuto, solo un minuto. —Se había sacado las manos de los bolsillos y agarró la tela metálica de la valla.

—Tengo que salir al campo —repuse, y fue decirlo y pensar que sonaba como una frase que podría haber dicho alguien en una peli justo antes de que ocurriese algo bueno o algo malo, para que supieras si iba a acabar bien o no.

—Solo quiero pasar un poco de tiempo contigo y con tu hermana —dijo.

—No puedes. Es demasiado tarde.

—Ya sé que parece demasiado tarde, pero sois lo único que tengo.

«Sois lo único que tengo»: se lo había oído a mamá millones de veces, pero lo decía cada noche al arroparnos o cuando nos llevaba a la parada del autobús por las mañanas. A veces lo había dicho cuando me la encontraba llorando en nuestra antigua casa a las tantas de la noche. Me agarraba y me abrazaba como si intentase consolarme a pesar de que era ella la que estaba llorando, y se mecía y me decía que todo iba a salir bien. Cuando me soltaba, me iba de su dormitorio y volvía a mi cama, donde me quedaba tocándome el camisón, notando la humedad que habían dejado sus lágrimas. Miraba a Ruby, que estaba dormida, y oía la voz de mamá repitiéndolo una vez más: «Sois lo único que tengo». No soportaba ver llorar a mamá, pero siempre supe que lo decía de veras. En cuanto a Wade, no sabía a qué se refería cuando lo decía, y me daba la impresión de que él tampoco.

—Ya no nos «tienes» —dije—. Renunciaste a nosotras. He visto el papel ese que firmaste, ahí lo dice; por eso estamos en un hogar de acogida, Wade.

Apartó la mirada cuando lo llamé por su nombre. Después parpadeó muy despacio.

—Ya lo sé, y lo siento. Pero eso no significa que no podamos pasar un poco de tiempo juntos.

Giré la cabeza y vi que la entrada ya había empezado y que Jasmine había ocupado mi puesto de parador en corto.

—Genial —dije—. He perdido mi sitio. —Me volví de nuevo hacia Wade—. Y ¿cómo se supone que vamos a pasar el tiempo?

—Bueno, no sé. No te vendría mal trabajar un poco las carreras. —Se alejó de la valla y se frotó los brazos; después se tocó las orejas, y por último la punta de la nariz—. Estaba intentando ayudarte desde aquí, pero supongo que no me has visto. —De nuevo empezó a frotarse los brazos.

—¿Qué haces?

—Te estoy haciendo una señal. Te estoy diciendo que te mantengas en la base, que te quedes exactamente donde estás. Era imposible que esa chica larguirucha la

fuese a sacar del campo interior. Todavía conozco el juego, Easter. Podría venir algún día a sacarnos y pasábamos un ratito aquí en el campo dándole a la pelota, parando pelotas rasas... —Sonrió como si pensara que era la mejor idea que jamás se le había ocurrido a nadie.

—¿A sacarnos? ¿Como si fuéramos un libro de la biblioteca?

—No, como un libro de la biblioteca, no. Me refiero a que vendría un día a recogeros, a pasar el día contigo y con Ruby.

—No puedes.

—¿Por qué no?

—Porque no lo permiten las normas. No puedes venir a por nosotras así por las buenas.

—Pero ¿qué tipo de lugar es ese en el que estáis? —preguntó.

—Un hogar de acogida para menores en situación de riesgo —se le oyó decir a Ruby. Miré a mi derecha y vi que estaba a mi lado, tan cerca que me pareció increíble no haber notado su cuerpo pegado al mío. Clavó la vista en Wade como si le tuviera miedo, como si le creyera capaz de atravesar la valla y llevársela al otro lado a través del alambre.

—Te dije que te quedaras allí. —Le di un empujoncito con la cadera para que volviese al banquillo, pero no se movió, y tampoco le quitó los ojos de encima.

—¿Menores en situación de riesgo? —preguntó Wade—. ¿Qué riesgo corréis vosotras? ¿No será uno de esos sitios en los que los menores se rayan y se lían a palos?

—No se llama así —dije—. Eso se lo ha oído a los chicos del cole. No es más que un hogar de acogida.

—Estupendo —respondió Wade. Se apartó de la valla de un empujón y se llevó las manos a la cadera—. Espero que sepáis que no vais a pasar mucho tiempo ahí metidas. Alguien vendrá a sacarnos..., seguramente os adoptarán a las dos juntas porque sois hermanas. Seguro que las próximas en marcharse seréis vosotras.

—¿Y tú cómo lo sabes? —pregunté.

—Porque sí —dijo, con una voz que sonaba como si ya debiera saberme la respuesta. Miró al resto de los chavales que estaban en el campo de juego y después volvió a mirarme a mí—. Vosotras sois blancas.

Oí que alguien me llamaba, y al darme la vuelta vi que la señora Davis bajaba por la cuesta hacia nosotros, caminando más deprisa de lo que lo habría hecho de haber sido todo normal. Al ver que la miraba, subió los brazos y volvió a gritar mi nombre. La señora Hannah se había quedado en el patio, pero estaba más cerca del colegio que antes y me di cuenta de que nos estaba observando para ver qué pasaba una vez que la señora Davis llegase al campo.

—Probablemente llamen a la policía —dije.

—¿Ah, sí? —dijo Wade, sonriendo—. ¿Por hablar con vuestro padre?

—No saben quién eres —respondí. A continuación miré a Ruby—. Nosotras

tampoco. —La cogí de la mano y volvimos al banquillo. No miré atrás, pero por la manera de andar de Ruby noté que había girado la cabeza para mirar a Wade—. Venga —dije, tirándole de la mano para que caminase más deprisa.

La señora Davis había llegado al pie de la cuesta para cuando volvimos al banquillo y nos sentamos. Pasó a nuestro lado de la valla y se puso en cuclillas delante de nosotras. Tenía la piel color canela y el pelo corto y rizado, y llevaba gafas con cristales muy gruesos.

—¿Quién era ese hombre con el que estabais hablando? —preguntó.

Miré hacia la parte de la valla donde se había quedado Wade, pero ya no estaba.

—No lo conozco —dije. Puse la mano sobre la rodilla de Ruby—. No lo conocemos ninguna de las dos.

CAPÍTULO 2

—¿Estás segura de que era él? —preguntó Ruby.

—Pues claro que estoy segura —respondí. Lo menos me lo había preguntado diez veces desde que vimos a Wade por la tarde. Era la hora de acostarse, pero en nuestro dormitorio las luces seguían encendidas. Unos chavales cruzaron por el pasillo en dirección al cuarto de baño.

Ruby estaba tumbada en su cama, mirando al techo. Se había puesto las manos por detrás de la cabeza, y se notaba que por debajo de la colcha tenía los tobillos cruzados.

—No sé —dijo—. Es que yo no lo recuerdo así.

—Eso es porque tenías cuatro años la última vez que lo viste. Y en casa nunca tuvimos fotos tuyas que te pudieran recordar cómo era.

Se dio media vuelta, apoyó la cabeza en la mano izquierda y se puso de cara a mí. Yo estaba sentada en la cama, apoyada contra la pared, esperando oír golpecitos en la ventana que había a mi lado, a pesar de que sabía que aún faltaban unas horas para que viniese.

—Tampoco tenemos ninguna foto de mamá —dijo.

—Ya lo sé, pero pienso conseguir algunas dentro de poco.

—¿De dónde? —preguntó.

—De sus padres —dijo—. Voy a escribirles a Alaska en cuanto tú y yo tengamos casa. Y les voy a pedir que nos envíen toda la ropa y los juguetes viejos de mamá y todas las fotos que tengan de ella..., todos los trastos que se dejó allí.

—Igual deberíamos ir a vivir con ellos y ya está —dijo Ruby—. A lo mejor nos gustaría.

—No, Ruby, no nos gustaría.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no los conocemos, y ellos no nos conocen a nosotras. ¿Por qué iban a querer que dos niñas a las que nunca han visto vayan a vivir con ellos? ¿Quién iba a querer algo así?

—No sé —contestó—. Pero a lo mejor tienen una habitación con todos los trastos viejos de mamá, y a lo mejor si los conociéramos los querríamos; a lo mejor ellos también nos querrían a nosotras. A lo mejor querríamos quedarnos.

No dije nada. Ya habíamos tenido esa conversación, y pensé que ojalá dejase de hacer ese tipo de preguntas, al menos esa noche.

Volvió a tumbarse. Estaba callada, pero todavía tenía los ojos abiertos, y me di cuenta de que estaba pensando en algo.

—Ojalá consigas pronto unas fotos de mamá —dijo—. Ni siquiera puedo acordarme de ella.

—No digas tonterías. Si solo han pasado tres meses.

—Pero es que no consigo imaginármela. Te lo juro.

Me quedé pensando unos instantes en lo que acababa de decir, y después pensé que Ruby solo tenía seis años y que tres meses debían de parecerle un pedazo de vida considerable.

—Tú tranquila —dije—. Ha pasado bastante tiempo. Pero volverás a recordarla.

—Eso espero —dijo Ruby.

—Seguro que sí. Duérmete. —Alargué el brazo para dar al interruptor de la lámpara de la mesita que había entre nuestras camas, y luego apoyé la espalda contra la pared. Miré hacia la cama de Ruby a través de la oscuridad.

—¿Le estás esperando?

—Sí —dije.

—¿Crees que vendrá esta noche?

—Sí —respondí—. Duérmete.

No me gustaba nada que Ruby dijera que no se acordaba de mamá, pero a veces lo que no me gustaba nada era acordarme tan bien de ella. Cada vez que pensaba en el día que me la encontré, me parecía como si yo fuese otra persona, como si alguien con una vida completamente distinta de la mía me lo hubiera contado; pero la historia era tan auténtica que se me hacía difícil fingir que simplemente la había oído de boca de otro. Jamás podré olvidar que fui yo quien se la encontró, y eso a pesar del tiempo que me he pasado deseando que no hubiera sido así.

Mamá siempre decía que nos había puesto los nombres que nos había puesto porque eran los de sus cosas favoritas: la Pascua^[2] era su fiesta favorita y los rubíes eran sus joyas favoritas. Ruby y yo siempre le preguntábamos qué más cosas favoritas tenía, y hacíamos como si fueran esos nuestros verdaderos nombres. Una vez nos dijo que su perro favorito era el boston terrier y su color favorito el morado. Y en cuanto a la música, como Journey era prácticamente lo único que escuchaba supuse que debía de ser su grupo favorito. Así que Ruby y yo nos pusimos esos nombres: yo era Boston Terrier, y ella Purple Journey. Boston Terrier: admito que suena ridículo la primera vez que lo oyes, pero si lo divides en un nombre de pila y un apellido a mí me suena bonito..., elegante y un tanto peligroso, como el nombre de una mujer de una peli de acción de la que el héroe no puede fiarse del todo pero de la que aun así se enamora. Ahora me parece una tontería que jugásemos a ser personajes imaginarios, pero el caso es que usábamos tanto aquellos nombres que casi se hicieron realidad, y a veces me salía llamarla Purple incluso cuando no estábamos jugando. Ya nos habíamos prometido la una a la otra que si al final teníamos que escaparnos del hogar para evitar que nos separasen, nos llamaríamos así. Seríamos Boston Terrier y Purple Journey para el resto de nuestras vidas. Nadie se enteraría nunca de que en Gastonia habíamos sido otras personas.

Me resulta más fácil imaginarme a Boston Terrier y a Purple Journey bajando del autobús escolar y pasando por delante del parque Lineberger de camino a una casa demasiado silenciosa. Me resulta más fácil imaginarme a una niña con un nombre tan bonito encontrándose a mamá y a aquel hombre tirados en la cama en el dormitorio de mamá, los dos inconscientes. No sé cuál era el verdadero nombre del tipo, pero se hacía llamar Calico. Cuando me los encontré, estaba casi al pie de la cama, con los pies arrastrando por el suelo; llevaba una camiseta negra y pantalones cortos de camuflaje. Mamá tenía la cabeza sobre una almohada y parecía como si aún no se hubiera despertado; no llevaba más que unas bragas azules y una enorme camiseta blanca con un dibujo de Piolín.

Había entrado sola en el dormitorio de mamá; oí a Ruby en la cocina, abriendo y cerrando la nevera y hurgando en los armarios en busca de algo de comer. Cerré la puerta de mamá, y después me acerqué a la cama y me quedé mirando su pecho, rezando para ver que subía y bajaba con su respiración. Pero no estaba segura de verlo. Calico respiraba como si estuviera dormido; acerqué un pie y le toqué la pierna con el zapato.

—Calico —susurré. No se movió, y volví a tocarlo—. Calico —dije un poquito más alto.

Parpadeó. Alargué la mano y le di con el dedo en la rodilla. Cuando al fin se le abrieron los ojos, siguió allí tumbado mirando al techo. Lo observé un momento, y volví a susurrar su nombre.

Levantó la cabeza de golpe y me miró desde el otro extremo de la cama. El pelo, largo y alborotado, se le había quedado de punta. Pestañeó muy despacio como si no pudiese verme del todo, y después se apoyó en los codos y miró a su alrededor. Al ver a mamá, se quedó mirándola como si no se acordase bien de quién era ni de cómo había acabado allí tumbada a su lado. Me miró otra vez, y creo que por fin se dio cuenta de quiénes éramos mamá y yo.

—Eh —dijo, saltando de la cama a toda velocidad—. No te hemos oído entrar. —Intentó sonreírme y volvió a mirar a mamá, que seguía tumbada con los ojos cerrados.

Calico me pasó rozando y bordeó la cama hasta que se inclinó para mirar a mamá de cerca.

—Corinne —susurró. Alargó el brazo y le puso la mano en el hombro—. Corinne —dijo de nuevo—. Despierta, mujer. —Me miró y me sonrió a medias—. Está bien. Solo está dormida.

Había todo tipo de pastillas en la mesita de noche de mamá, y Calico las revolvió con el dedo como si estuviese buscando una en particular. Después las cogió todas, las echó en un frasquito blanco de medicina y enroscó la tapa. En la mesita también había un par de latas de cerveza. La primera que cogió debía de estar vacía, porque volvió a dejarla donde estaba. Pero cogió la otra y la vació de un trago.

La cama chirrió cuando apoyó en ella las rodillas y volvió a inclinarse sobre

mamá para ponerle los dedos en el cuello. Cerró los ojos como si estuviera concentrándose, y después se irguió, se acercó al pie de la cama y volvió a pasarme rozando antes de abrir la puerta del dormitorio. Su mano se quedó sobre el pomo como si no quisiera soltarlo.

—Escucha —dijo Calico—, voy a ver si encuentro a alguien que le pueda echar un vistazo a tu madre. Tú espera aquí, que vuelvo enseguida. ¿Vale? Espera aquí.

Abrió la puerta y vi que se iba hacia la entrada. Abrió la puerta de la calle, salió y cerró, y oí sus zapatos pisando los escalones. Por algún motivo, no sé por qué, me imaginé que salía corriendo nada más llegar al pie de la escalera, y sabía que no precisamente en busca de ayuda.

Me senté al lado de mamá, al borde del colchón. Le puse los dedos en el mismo punto de la garganta que le había tocado Calico, y cerré los ojos igual que había hecho él. Al cabo de unos segundos empecé a notarle el pulso a duras penas; sabía que eso significaba que seguía viva, que no iba a pasarle nada, y que daba lo mismo que Calico cumpliera o no su palabra. Las tablas del suelo chirriaron y, al alzar la vista, vi a Ruby en el umbral. Se había quitado los zapatos de una patada en la salita, y estaba allí plantada con los calcetines solamente. Tenía la mejilla manchada con un poco de crema de cacahuete.

—¿Qué le pasa a mamá? —preguntó.

—Está mala —dije, tirando de las sábanas para que no pudiese verla bien—. Pero se pondrá bien.

—Que está mala, ¿cómo?

—No sé. Está mala, nada más. —Los párpados de mamá temblaban ligeramente, y me pregunté si estaría soñando—. Tenemos que dejarla descansar —dije frunciendo el ceño, y Ruby cogió la indirecta y volvió a la salita. Me agaché y le susurré a mamá al oído por si acaso estaba Ruby en el pasillo intentando oír algo—. Te vas a poner bien, mamá. Ahora descansa y duerme un poco. Ya nos apañamos nosotras con la cena.

Pensé en acercarme a Fayles, la tienda de la esquina, a llamar a una ambulancia, pero después de ver las pastillas sabía lo que significaba que estuviera durmiendo de esa manera. Cualquiera que viniese y la encontrase en aquel estado la metería en el hospital y probablemente también la detendría. Sabía sin lugar a dudas que a Ruby y a mí se nos llevarían. Pensé que si mamá respiraba y le latía el corazón, bastaba con dejarla en paz y que durmiera. Me la había encontrado así otras veces, y siempre se había despertado un par de horas más tarde y había aparecido en la salita como un zombi de una película de terror. Ruby y yo habíamos estado viendo la tele o haciendo los deberes, incluso puede que las dos cosas a la vez.

—¿Cuándo habéis llegado? —preguntaba en esas ocasiones. Fuera ya casi había anochecido, y a veces hacía horas que era de noche.

—Llevamos un buen rato en casa —decía yo.

—Vale —respondía mamá—. ¿Queréis comer algo?

Me dije a mí misma que esta vez no era diferente de las demás, y la arrojé bien a pesar de que hacía calor en su cuarto. Cerré la puerta haciendo el menor ruido posible, fui a la salita y me encontré a Ruby sentada en el suelo delante del televisor.

Aquella noche eché una lata de SpaghettiOs en una cazuela y la puse al fuego. Ruby y yo comimos delante de la tele mientras veíamos *Entertainment Tonight*. La sonrisa falsa de Mary Hart me ponía de los nervios, pero me encantaba su peinado: lo enorme que era y que no se le moviera ni un pelo cuando giraba la cabeza. Quería tener el mismo pelo. También me gustaba su nombre. Me recordaba a Boston Terrier, uno de esos nombres que jamás dirías que existía hasta que conocías a alguien que respondía a él.

Mientras Ruby se cepillaba los dientes y se preparaba para irse a la cama, volví al dormitorio a echarle un vistazo a mamá. La oscuridad era total y hacía un calor sofocante, pero pude ver gracias a la luz que venía del pasillo. Me acerqué al lado de la cama donde la había visto tumbada esa misma tarde. Allí seguía, y me senté a su lado. Entre que la puerta había estado cerrada y que estaba tan tapada con la sábana, me preocupaba que tuviera demasiado calor, pero cuando la toqué no estaba sudando y no la noté caliente. Respiraba suavemente, así que supe que estaba bien, y también que por la mañana nos despertaría para ir al cole como si no hubiese pasado nada. Me incliné y le susurré al oído:

—Buenas noches, mamá. Ruby y yo hemos cenado algo y ya hemos hecho los deberes, y la estoy ayudando a prepararse para irse a la cama.

No dijo nada ni dio muestras de que me había oído, pero tampoco esperaba que lo hiciera. Me levanté y me dirigí hacia el pasillo, y entonces oí que susurraba mi nombre. Había levantado el brazo izquierdo y lo tenía tendido hacia mí como si quisiera que le cogiera la mano. Volví a acercarme a la cama y se la cogí, y me quedé allí callada con su mano en la mía esperando a ver si decía algo más, pero no lo hizo.

—Venga, mamá —dije a la vez que le colocaba la mano en la cama, pegadita a ella—. Duerme un poco.

También yo me fui a la cama, pero me pasé toda la noche despertándome y preguntándome si la estaba oyendo dar vueltas por la casa: el sonido de sus pies arrastrándose, puertas que se abrían y se cerraban, el grifo abierto en el fregadero.

Me desperté por la mañana justo cuando empezaba a clarear. La casa estaba en silencio, lo normal a esas horas de la mañana, pero algo me decía que era un silencio raro. Así que no me sorprendió encontrarla como me la encontré cuando abrí la puerta del dormitorio.

Estaba cruzada sobre la cama como si en algún momento de la noche se hubiera levantado, se hubiese vuelto a caer todo la larga que era sobre la cama y se hubiese quedado así. Supe que estaba muerta nada más abrir la puerta. Estaba de lado, con las rodillas muy pegadas al cuerpo y las manos debajo de la barbilla. El pelo moreno le tapaba la cara y no pude saber si tenía los ojos abiertos o no, pero no se lo retiré para comprobarlo porque tenía claro que no quería verlo. Ni siquiera la toqué, cosa que si

lo pienso ahora se me hace raro porque daría lo que fuera por acurrucarme a su lado en la cama, poder oler su pelo en la funda de la almohada, sentir que me rasca la espalda a través del camisón. En cambio, me quedé mirándola y decidí que no iba a llorar, al menos en ese momento. Sabía que era más importante decidir qué íbamos a hacer Ruby y yo a continuación.

También Ruby debió de notar algo en la casa, porque cuando volví a nuestro cuarto me la encontré sentada en la cama como si me hubiese estado esperando.

—¿Cómo está mamá? —preguntó. La miré y no dije nada, intentando dar con el modo de explicarle lo sucedido—. ¿Está mejor?

—No, Ruby —dije—, no está mejor.

Me senté en su cama y se lo conté. Le conté que mamá había estado cansada a todas horas y que por eso siempre estaba durmiendo. También le conté que el cuerpo de mamá no había podido soportar el cansancio y que al final había dicho basta. Ruby me miraba sin decir nada mientras yo buscaba el modo de contarle lo que fuera que le estaba contando. Ni yo misma lo recuerdo bien, pero sí recuerdo haber dicho que no era el momento de estar tristes. Recuerdo que le dije que habría muchísimo tiempo para eso más adelante, que en estos momentos teníamos que ser fuertes y decidir qué íbamos a hacer para asegurarnos de que seguiríamos juntas ahora que no teníamos una mamá ni un papá como la mayoría de los niños de nuestra edad.

Le pregunté si quería entrar en el dormitorio de mamá para verla una vez más y me di cuenta de que le daba muchas vueltas, pero al final decidió que no quería, y no se lo reproché. Yo tampoco volví a entrar en aquel cuarto.

—¿Tienes hambre? —pregunté. Dijo que no con la cabeza—. De todos modos, igual deberíamos comer algo. —Me volví para irme a la cocina.

—¿Adónde vas? —preguntó Ruby.

—A la cocina. Tenemos que comer algo.

—Yo no tengo hambre.

—Vale, no hace falta que comas nada si no quieres. —Empecé a avanzar por el pasillo.

—Espera —dijo Ruby.

Me paré y se me arrimó por detrás; después fuimos a la cocina y abrimos los armarios en busca de algo para comer, pero no había nada que desayunar. Casi no había comida. Eché una mirada alrededor y comprendí que no teníamos nada, y vi la pinta que tenía la casa y supe lo que pensaría la gente de nosotras cuando vinieran unas horas más tarde a por mamá y a llevarnos adonde fuera que fuesen a llevarnos. Verían que no teníamos muebles aparte de una tumbona de plástico y dos sillas de tijera de esas de playa. Y verían que Ruby y yo no teníamos camas sino que dormíamos en el suelo sobre unos colchones cubiertos por sábanas desparejadas. Sabrían que les había llamado desde la tienda de la esquina porque no teníamos teléfono, y verían que incluso si hubiésemos tenido comida, no disponíamos de platos limpios en los que comer. Me quedé en medio de la cocina mirándolo todo con un

nudo en la garganta y el estómago vacío, y juro que oía moscas zumbando poco más o menos que en todos los cristales de las ventanas. Lo único que quería era olvidarme de todo.

—¿Crees que necesitamos monedas de veinticinco para llamar al 911? —pregunté.

—No sé —dijo Ruby—. No he llamado nunca.

Estuvimos una eternidad buscando las dos monedas. Por fin di con una al fondo de la cartera del cole, y Ruby encontró otra detrás de la cómoda de nuestro cuarto. El sol ya había salido del todo para cuando terminamos de vestirnos y echamos a andar en dirección al bulevar Garrison. Aunque más tarde haría calor, hacía una mañana agradable, y a la derecha, al pie de la cuesta, subía neblina desde el riachuelo que cruzaba el parque Lineberger. Había gente durmiendo en unas mesas de pícnic, debajo de las marquesinas. Habían pasado allí toda la noche porque no tenían otro lugar al que ir.

No había coches en el aparcamiento de Fayles. Cogí a Ruby de la mano y lo cruzamos en dirección a la esquina en la que había una cabina, justo al lado de la acera. En la mano llevaba preparadas las monedas, pero al acercarnos vi que alguien había arrancado el teléfono del cable y se lo había llevado. También habían sacado de un tirón la guía de teléfonos. Me quedé mirando el cable al que debería haber estado unido el teléfono y, sin soltar a Ruby de la mano, me pregunté qué haría Boston Terrier.

Entonces me acordé de que en la sala de billar de Fayles veíamos un teléfono público siempre que pasábamos por delante con mamá de camino a la biblioteca. Volví a cruzar el aparcamiento con Ruby de la mano, pero cuando la solté y quise abrir la puerta vi que estaba cerrada. El letrero decía que no abrían hasta las 7:30 de la mañana. A través del cristal vi a un hombre enredando con una máquina de café, y cuando me oyó tirar de la puerta se dio la vuelta y nos miró por encima del hombro. Se señaló el reloj. «Todavía no estamos abiertos», dijo. Tuve que leerle los labios porque no lo oía a través del cristal. Ruby yo nos sentamos en el bordillo de enfrente de la tienda y nos pusimos a esperar.

—¿Qué le vas a decir al 911? —preguntó Ruby.

—No sé —dije—. Supongo que esperaré a ver qué me preguntan.

A los pocos minutos oímos que se abría el cerrojo de la puerta, nos levantamos y entramos en la tienda. Un caféapestoso caía gota a gota en una cafetera, y el hombre ya había puesto en marcha la máquina de los perritos calientes. No está bien desayunar perritos calientes, pero al verlos tan bien colocados y asándose en los rodillos recordé que aún no habíamos comido nada.

Cogí a Ruby de la mano, cruzamos la tienda pasando por delante del mostrador y entramos en la sala de billar. El hombre que había abierto la puerta estaba detrás de la

caja registradora, y al vernos pasar cruzó los brazos y se nos quedó mirando. Me imaginé que estaría preguntándose qué hacían solas dos niñas en la tienda a esas horas de la mañana.

Al pisar la moqueta de la sala de billar subió un olor a cigarrillo. Había un ventanal que daba al aparcamiento, y en la esquina con Garrison vi la cabina que no tenía teléfono. La calle empezaba a llenarse de tráfico. En un rincón de la sala, colgado de la pared, estaba el teléfono público. Debajo había un taburete. A un lado, una gramola. Arrimé el taburete a la pared y descolgué. Ruby se apoyó contra la gramola y se me quedó mirando. Encima del teléfono había una botella de plástico de Coca-Cola, y en su interior flotaba un cigarrillo viejo y marrón.

Marqué el 911 y esperé. Sonó una vez y la operadora lo cogió.

—911 —dijo—. Dígame la emergencia.

Esperé un segundo antes de decir nada porque quería asegurarme de que utilizaba las palabras adecuadas.

—Creo que puede que mi madre esté muerta —dije al fin.

—Vale —respondió la operadora—. ¿Por qué?

—Porque no se despierta. Y ayer se pasó el día entero enferma en la cama y durmiendo. Sigue ahí, y ahora no se mueve. Creo que no respira.

—Vale —repitió la operadora—. Y ¿dónde está tu madre en este momento?

Le di la dirección de casa, y después me preguntó el nombre de mamá.

—Se llama Corinne Quillby y tiene veintinueve años.

—De acuerdo —dijo la operadora—. Y tú, ¿cómo te llamas?

—¿Que cómo me llamo? —Miré a Ruby, que seguía apoyada en la gramola sin quitarme la vista de encima. Le sonreí—. Me llamo Boston Terrier.

Ruby me devolvió la sonrisa.

—Y yo soy Purple Journey —susurró.

CAPÍTULO 3

Debí de quedarme dormida sentada en la cama, porque lo siguiente que oí fueron sus golpecitos al otro lado de la ventana. Ruby no se movió, y me figuré que o estaba dormida o fingía estarlo. Me deslicé hacia el pie de la cama, alargué el brazo y abrí el pestillo de la ventana. Era una nueva con marco de plástico, así que se descorrió fácilmente, sin ruido. Los marcos de la casa en la que habíamos vivido con mamá eran viejos y de madera. A veces no podíamos abrirlos por mucho que nos empeñásemos. Me deslicé de nuevo hacia mi almohada y esperé a que entrase.

El alféizar estaba pintado de blanco, y a pesar de que la habitación estaba a oscuras pude ver los dedos de Marcus cerrándose sobre el canto para auparse. También oí el ruido de sus zapatos raspando el muro mientras trepaba a nuestra habitación, primero una pierna y luego la otra.

—No hagas ruido —susurré.

—Eso intento —susurró a su vez.

Cuando hubo entrado del todo se fue directamente a nuestro armario, se metió y cerró la puerta. Me tumbé, me tapé con la sábana y fingí que estaba dormida. Siempre hacíamos lo mismo por si acaso la señorita Crawford o cualquiera de los demás trabajadores lo oían entrar por la ventana y abrían la puerta del dormitorio para comprobar si Ruby y yo estábamos bien. Siempre me imaginaba que oía pasos acercándose, que se abría la puerta del dormitorio y que una franja de luz entraba desde el pasillo y se proyectaba sobre mi cama.

—¿Easter? —susurraría entonces uno de ellos.

Yo me movería en mi sueño fingido como si acabasen de despertarme, y esperaría un segundo antes de decir nada.

—¿Qué? —preguntaría.

—¿Estáis bien?

—Sí, señora —diría yo. Se asomarían a la puerta, nos verían a Ruby y a mí cada una en su cama y llegarían a la conclusión de que todo parecía estar en orden. Bueno, en cualquier caso eso esperaba yo que ocurriera. No sabía qué harían si encontraban a Marcus Walker escondido en nuestro armario.

Permanecí tumbada con los ojos cerrados y esperé unos minutos, y después susurré su nombre.

—Creo que ya puedes salir —dije.

Oí que la puerta del armario se abría lentamente, y a duras penas lo vi salir y acercarse a la cama.

—Eh —saludó.

—Eh —respondí.

Se había colado unas tres o cuatro veces antes, y nunca habíamos hecho nada aparte de susurrar y contarnos historias sobre nuestras vidas y nuestras familias. Una vez nos habíamos tumbado en la cama el uno al lado del otro, y la última vez que vino nos habíamos dado un pico rápido antes de que se marchase. No sabía si era mi novio o no, pero pensaba que a lo mejor sí que lo era.

Esta noche nos sentamos en mi cama con la espalda contra la pared. Los pies nos colgaban de la cama. A través de la poca luz que entraba por la ventana se me hizo raro ver mis pies pálidos al lado de sus deportivas negras. Olía bien, y pensé que se había echado un poco de la colonia de su padre, aunque no sabía cuál era. Nos habíamos quedado ya sin temas de conversación, pero solo porque únicamente quería enterarse de una cosa: quién era el hombre con el que me había visto hablando en el campo de béisbol.

—Se llama Wade —dije al fin.

—¿Quién es? —preguntó Marcus. Respiré hondo para hacerle saber que no quería responder a esa pregunta; no me apetecía nada hablar de Wade—. No tienes por qué decírmelo —añadió—. Es que me pareció todo muy raro, nada más.

Guardamos silencio por unos instantes, y después la mano de Marcus se deslizó por encima de la cama. Puse la mía con la palma hacia arriba y entrelazó sus dedos con los míos. Nos quedamos cogidos de la mano sin decir una sola palabra.

—Es mi padre —dije al fin. Esperé, sabiendo ya lo que iba a decir.

—Me dijiste que no tenías padre.

Me volví a mirarlo.

—Tal vez lo dije porque no quiero tener el padre que tengo.

—¿A qué se dedica?

—Vete a saber. Hace mucho tiempo era pícher.

—¿De veras? —preguntó Marcus con tono de excitación—. ¿Con quién jugaba?

—Con los Gastonia Rangers y con un par de equipos más de los que seguro que nunca has oído hablar.

—¿Llegó a jugar en las grandes ligas?

—Ni se acercó.

—¿Lo has visto lanzar alguna vez?

—Un par de veces cuando era una enana, pero la verdad es que ni me acuerdo.

Era cierto. Mi recuerdo más claro de haber ido a un partido de los Rangers era de la última vez que nos llevó mamá, poco después de nacer Ruby. Rowdy Ranger, la mascota, se acercaba a chocar los cinco con todos los chavales que estaban en las gradas. Llevaba un sombrero blanco de vaquero y los ojos tapados por un antifaz negro. Cuando nos vio a mamá y a mí, bajó trotando las escaleras hacia nosotras, pero justo cuando alargó la mano para chocarla con la mía tropezó con el último peldaño y derramó toda mi Coca-Cola encima de Ruby, que no era más que un bebé, y una vez mojada no hubo manera de que dejase de llorar. Las personas que estaban a

nuestro alrededor montaron una escena y trataron de darle servilletas a mamá para que secase a Ruby, pero mamá echó un vistazo a Rowdy Ranger y otro a su bebé calado, recogió los bártulos y nos llevó derechitas a casa. Aquella había sido la última vez que había ido a un partido de béisbol.

—Sammy Sosa jugaba con los Gastonia Rangers antes de que lo llamasen de Texas —dijo Marcus.

—Ya lo sé. Mi padre jugaba con él.

—¡Hala! —dijo Marcus.

—Sí, y vi a Michael Jordan en el supermercado.

—¿De verdad? —preguntó, riéndose.

—Pues claro que no —dije—. No me creo ni una palabra de las cosas que me haya podido contar mi padre.

—Sosa se ha anotado otro esta noche contra los Giants —dijo—. Ya van cuarenta y nueve.

—Aún va dos por detrás de McGwire.

—Ya lo sé, pero lo alcanzará.

Me había empezado a sudar la palma de la mano y pensé en soltar a Marcus, pero de repente sentí su pulgar acariciando el mío muy suavemente y pensé que daba gustito por muy sudorosa que se me pusiera la mano.

—¿Crees que vuestro padre intentará recuperaros? —preguntó.

—Tal vez. Pero no creo que pueda, y si lo hace, no quiero irme con él.

—¿Por qué no?

—Es una larga historia —dije. Y luego—: Hoy me ha dicho que se teme que alguien vaya a adoptarnos pronto solo porque somos blancas.

Marcus no dijo nada, pero me di cuenta de que estaba pensando en lo que acababa de decirle.

—Probablemente tenga razón, ¿sabes? —respondió al fin—. Seguro que eso os da más posibilidades de ser adoptadas. —Guardamos silencio unos instantes. Después, Marcus susurró—: ¿Le has hablado de tus abuelos?

—No —dije—. No quiero pensar en eso. Al menos por ahora.

—Ya lo sé. Yo tampoco quiero pensar en eso. —Me dio un apretón en la mano, y yo se lo devolví—. Pero ¿y si resulta que os tenéis que marchar?

—No sé. Ni siquiera los conocemos. Nunca los hemos visto. Es como si ni siquiera fuesen de verdad. —Miré a Ruby y pensé en lo que había dicho antes acerca de irnos a Alaska—. Plantarnos en Alaska así por las buenas no sería para nada una buena idea.

—Entonces, ¿qué plan tienes? —preguntó.

Apoyé la cabeza contra la pared y sonreí.

—¿De veras quieres saberlo?

—Sí —dijo.

Cerré los ojos y le dije que haría todo lo posible para asegurarme de que Ruby y

yo nos quedábamos en el hogar hasta que cumpliera los dieciocho años, porque entonces podría adoptarla y llevármela adonde nos diese la gana.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó.

—A la universidad —respondí. Le dije que quería llevarme a Ruby y matricularla en un colegio que estuviese cerca de la universidad. Durante el día iríamos las dos a clase, y de noche podría trabajar porque Ruby sería lo bastante mayor como para quedarse sola en casa.

—¿Crees que te la podrás llevar a la universidad? ¿Crees que podría vivir contigo en la residencia?

—No sé. Podríamos pillar un lugar pequeño para las dos y así no tendríamos que vivir con nadie más. Además, estoy harta de vivir con otras personas.

—Mi prima Janae está en la Universidad de Gaston —dijo—. Tiene una niñita de tres años. Tienen un apartamento.

—Ya, pero eso no es más que un centro de formación. Está ahí al lado.

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Nada. Pero yo quiero ir a una universidad de verdad. De las que hay que hacer las maletas y marcharse de casa.

Me preguntó que para qué quería ir a la universidad, y le dije que quería ser agente de policía, porque era el modo más sencillo de explicarlo. No le dije que lo que en realidad quería era ser del FBI.

—Creo que serías una buena poli —dijo—. Yo no me atrevería a meterme contigo.

—Más te vale. Te pondría las esposas.

Se rio, y después separó sus dedos de los míos y se llevó la mano a las rodillas.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —dijo.

—Sí.

—¿Por qué solo hablas conmigo cuando me paso por aquí, de noche?

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—No hablas nunca conmigo en ningún otro sitio. Si casi ni me miras: ni en el cole ni al salir del cole. Seguro que el lunes vuelve a pasar lo mismo.

No supe qué decir porque hasta ese momento no había pensado en ello, y no sabía cómo explicarme.

—Hoy ni siquiera me has dejado que conociera a tu padre.

—Eso no quiere decir nada. Nadie lo ha conocido. Si casi ni lo conozco yo.

—Pero tú a mis padres sí que los has conocido.

—Los he visto una vez. Los conocí un día al salir del cole y tú ni siquiera les dijiste que soy tu chica.

—¿Lo eres? —preguntó.

—No lo sé —contesté—. No estoy segura.

—Por tu manera de comportarte, nadie lo diría.

—Es que no quiero que nadie se entere de mis asuntos —dije.

—Eso solo significa que no quieres que nadie sepa nada de mí.

—No significa eso.

—Lo que tú digas —dijo.

Se bajó de la cama.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—Me tengo que ir. Además, llevo aquí demasiado tiempo. —Abrió suavemente la ventana y apoyó las manos en el alféizar. Allí se quedó, inclinado, mirando hacia fuera como si esperase que le dijese algo, pero no sabía qué. Había estado preguntándome a mí misma si nos besaríamos otra vez cuando se marchase, y cuando todo daba a entender que no, me di cuenta de lo mucho que me había apetecido—. A lo mejor nos vemos en el cole —dijo. Sacó un pie fuera y se sentó en el alféizar; después pasó el otro pie y salió sigilosamente. Lo oí caer al suelo.

CAPÍTULO 4

Marcus no volvió a mi ventana la noche siguiente ni tampoco la noche del domingo, y el lunes no lo vi en el colegio porque no estábamos en la misma clase. Al salir del colegio debió de irse directamente a casa, porque no se quedó a jugar al *kickball* como solía. A diferencia de nosotras, no tenía que quedarse en el cole cuando acababan las clases. Su madre casi siempre salía del trabajo antes de que él llegase, y, cuando no, le dejaban estar solo en casa. A casi todos los chavales de mi edad se lo permitían, pero a mí no. Ninguno de los chicos del hogar podía estar allí sin la señorita Crawford o algún otro miembro del equipo, así que al salir de clase nos teníamos que quedar esperando a que viniese a recogernos alguien con la furgoneta.

Para el viernes, estaba casi segura de que jamás volvería a ver a Marcus. Me dije para mis adentros que, si al final volvía a verlo, le diría a toda la gente que conocía que Marcus era mi novio: a Ruby, a la señorita Crawford, incluso a Wade si es que le daba por presentarse allí otra vez.

El sábado por la mañana, después de desayunar, Ruby se quedó en el cuarto de la tele viendo dibujos animados con varios de los pequeñajos. Yo me quedé en nuestro dormitorio, mirando la pared con una novela de misterio de Nancy Drew, *El caso del diamante desaparecido*, abierta en el regazo, intentando imaginarme todas las cosas que podría estar pensando Marcus.

Sabía que no iba a poder concentrarme lo suficiente para resolver el misterio de Nancy si seguía allí sentada pensando en otra cosa mientras oía a los pequeñajos riéndose con los dibujos animados un par de habitaciones más allá, así que me levanté de la cama y fui a la oficina a pedirle a la señorita Crawford que me apuntase a uno de los ordenadores.

En la sala de estudio había dos ordenadores para jugar a juegos y entrar en internet. Nunca tenía motivos para entrar en internet, pero me gustaba oír el sonido fuerte y embarullado que hacía la línea telefónica al marcar. La voz aquella que decía «Tienes correo» me parecía una chulada, a pesar de que a mí nunca me había llegado un *e-mail*. Tampoco había tenido motivos para enviar ninguno. Me gustaba ponerme al ordenador para una cosa solamente: *La Ruta de Oregón*. Les ponía mi nombre y el de Ruby a dos de los pioneros y me pasaba horas jugando, y cuando los demás ya se habían muerto hacía como si solo estuviéramos ella y yo en el carro, pegando tiros a los pavos y a los ciervos y flotando por los ríos rumbo al oeste.

Pasé por delante de la sala de ordenadores y eché un vistazo para asegurarme de que había un PC libre. Un niño llamado Travis, que era unos años más pequeño que yo, estaba sentado delante de uno. No pude distinguir qué estaba mirando, pero llevaba cascos y desde la puerta oí música rap. Iba marcando el ritmo con la cabeza.

Con un poco de suerte, nadie pediría el otro ordenador antes de que volviese.

Enfilé el pasillo en dirección a la oficina, que estaba al otro lado de una puerta que daba a la cocina.

Al acercarme, oí una voz de hombre. Me detuve en la cocina y pegué la oreja a la puerta. La señorita Crawford también estaba hablando, y se dirigía a alguien con tono severo. Su voz sonaba exactamente igual que su aspecto: flaca y dura. Era vieja y estaba llena de canas, pero todos sabíamos que no se andaba con bromas y nadie hacía el tonto con ella.

—Escuche —dijo—, no es conmigo con quien debería hablar.

Se abrió un archivador, y oí que sacaba algo y volvía a cerrar el cajón.

—Pero son mis hijas —dijo la voz del hombre. La reconocí al instante; era Wade. Sonaba nervioso y asustado, completamente distinto de como lo habíamos visto la semana anterior en el campo de béisbol.

—Pues a los ojos del tribunal no lo son —replicó la señorita Crawford—. Legalmente, no. Sus expedientes dicen que usted renunció a ellas en 1996, y no puede recuperarlas solo porque su madre haya muerto. No puede presentarse por las buenas después de clase como hizo el otro día ni venir aquí un sábado por la mañana con intención de verlas.

—Pero cuando firmé aquel papel dijeron que había no sé qué tipo de cláusula que me daba derechos de visita. Lo recuerdo. Lo recuerdo de cuando lo firmé.

—Puede que la hubiera —dijo la señorita Crawford—. Eso es algo que tendrá que preguntarle al juez. O si no, póngase en contacto con su tutor *ad litem*, Brady Weller. Aquí tiene su tarjeta.

Al oír su nombre, la imagen de Brady Weller me vino inmediatamente a la cabeza. Ruby y yo habíamos estado un par de veces con él. La primera vez fue la mañana que nos despertamos en el hogar de acogida, al día siguiente de mudarnos. Nos estaba esperando en la sala de estar con la señorita Crawford. Ella nos dijo quién era, y después nos llevó a la mesa del comedor y nos dejó solos. Brady era alto, tenía el pelo rubio y corto y ojos muy azules. Era mayor que mamá, pero al verlo no pude evitar pensar que ojalá hubiera sido amiga de tipos como Brady Weller y no de Calico. Dejó un par de carpetas en la mesa, pero no las abrió. Creo que nos habría sonreído si hubiésemos sido otras personas, pero parecía saber que probablemente no tendríamos ganas de devolverle la sonrisa.

—¿Qué os parece vuestra nueva habitación? —preguntó, echándose hacia delante y poniendo las manos sobre la mesa.

Ruby y yo nos quedamos calladas, con la mirada clavada en la mesa. Pero de repente Ruby me miró, y después miró a Brady.

—Nuestra mamá se ha muerto —dijo al fin. Los ojos se le empezaron a llenar de lágrimas.

Brady alargó el brazo y le puso la mano en el hombro.

—Lo sé —contestó—. Y lo sentí muchísimo cuando me enteré. Pero habéis venido a un buen lugar. La señorita Crawford es muy buena, y le hace mucha ilusión

que estéis aquí. Y yo voy a estar a vuestro lado en cada paso que deis.

Al otro lado de la puerta, Wade se había callado. Debía de estar mirando la tarjeta de Brady.

—¿Y por qué tengo que llamar a nadie? —preguntó—. Son mis hijas.

—Ya lo sé, señor Chesterfield —dijo la señorita Crawford—. Pero es que yo no puedo hacer nada más por usted.

Me imaginé a Wade mirando fijamente a la señorita Crawford, suplicándole con los ojos que hiciera todo lo posible por ayudarlo. Ella debió de ver la mirada que me estaba imaginando, porque dijo:

—Lo siento, señor Chesterfield, pero es que así es como tienen que ser las cosas.

—Ya —dijo él al fin—. Pero es que no dispongo de mucho tiempo.

—Lo entiendo.

—Así que déjeme verlas hoy, nada más. No pido mucho. Solo unos minutos. Nada más.

La señorita Crawford lo interrumpió.

—Lo siento, pero no puedo. Quizá no debería contarle lo que le voy a contar, pero quiero que comprenda esta situación. Hemos estado en contacto con los abuelos de las chicas, que viven en Alaska, y están poniendo toda la carne en el asador para adoptarlas, y hasta ahora lo han hecho todo bien, todo lo que les ha pedido el tribunal.

—Vale, genial —respondió Wade—. Sepa usted que esa gente no ha visto a las niñas jamás, ni una sola vez en toda su vida. Pero yo..., yo estoy aquí. Quiero llevármelas. Son mis niñas.

—Lo entiendo —dijo la señorita Crawford—. Pero la ley no funciona así.

—Ya sé cómo funciona la ley. Y sé que nunca funciona a favor de la gente como yo. —Calló un instante, y a continuación añadió con un hilo de voz—: ¿Van a enviar a mis niñas a Alaska?

—No lo sé. Tal vez, pero no se lo puedo asegurar. No soy quién para hacer promesas de ningún tipo.

Oí crujir el suelo mientras Wade se dirigía hacia la puerta que daba al porche. Oí que ponía la mano sobre el pomo y lo giraba, y después oí el ruido de la puerta al abrirse. Pero luego adiviné que seguía en el mismo sitio porque no la oí cerrarse.

—Quiero que sepa que si firmé aquel papel fue porque me engañaron —dijo—. Jamás lo habría firmado de haber sabido que estaba renunciando a ellas.

—Lo entiendo —dijo la señorita Crawford—. Y me...

Pero Wade cerró la puerta y la señorita Crawford no dijo nada más.

No llamé a la puerta del despacho para pedirle a la señorita Crawford que me apuntase al ordenador porque se me habían pasado las ganas de jugar a *La Ruta de Oregón*. En ese momento no tenía ganas de nada, salvo de estar sola. Atravesé sigilosamente la cocina y volví por el pasillo a nuestro dormitorio, dejando atrás la sala de ordenadores con el PC libre. Cerré la puerta, me senté en el borde de la cama y me quedé mirando las pocas cosas que podíamos decir que eran nuestras: las

colchas rosa clarito que cubrían unos colchones que estaban a cierta distancia del suelo, como se supone que deben ser las camas; toda la ropa del armario; los juegos de mesa y los libros amontonados debajo de la mesita que había entre nuestras camas. Intenté imaginarme todas estas cosas lejos de allí, en algún dormitorio de Alaska, donde mamá nos había dicho que nevaba tanto que la nieve se apilaba contra las ventanas, donde durante casi medio año no había sol y todo estaba a oscuras como cuando es de noche. No conseguía imaginarnos a Ruby y a mí, ni a ninguna de nuestras cosas, en un lugar como aquel.

Sabía exactamente cuál era el papel que decía Wade que había firmado. Me lo había encontrado en el dormitorio de mamá cuando volvimos del juzgado; fue la última vez que vi a Wade. Mamá nos había obligado a Ruby y a mí a acompañarla al juicio, y eso que yo solo tenía nueve años y Ruby apenas había cumplido los cuatro. Recuerdo que dijo: «Quiero que veáis lo que está dispuesto a hacer papá si se lo pedís bien».

Wade nos estaba esperando cuando llegamos al juzgado. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos. No paraba de mecerse sobre los talones, y por fin decidió sentarse en una silla a esperar a que todo empezase. Ruby y yo nos sentamos con mamá. No nos dejaba acercarnos a Wade ni decirle nada, a pesar de que él no paraba de mirarnos y de sorberse ruidosamente la nariz como para ver si así conseguía que lo mirásemos. Hacía tiempo que no lo veíamos, y mamá hizo como si ni siquiera ahora lo viese. Wade se había puesto una camisa para ir elegante y arreglado, pero todavía tenía las rayas de los dobleces de la tienda; parecía como si la hubiese abierto y se la hubiese puesto directamente.

No recuerdo bien lo que pasó después, y tampoco recuerdo bien lo que dijo el juez, pero sí recuerdo ver a mamá y a Wade acercándose hacia él. Mamá fue con paso firme, como si estuviese impaciente por oír lo que iba a decir, pero Wade fue arrastrando los pies tan despacio que pensé que lo mismo no llegaba nunca. Los tres se pusieron a hablar entre susurros, y de cuando en cuando Wade volvía la cabeza y nos miraba a Ruby y a mí, intentando llamar nuestra atención. Seguía meciéndose sobre los talones, y un par de veces se meció demasiado y tuvo que agarrarse a algo para no caerse.

Pero lo que sí recuerdo es verlos firmando aquel papelito, y recuerdo que le dieron una copia a mamá. En cuanto tuvo el papelito en la mano, todo terminó; estábamos en la calle, alejándonos cada vez más del juzgado y del centro de la ciudad. Mamá no se despidió de Wade ni le dijo gracias ni nada al juez; se marchó sin más. A Ruby y a mí nos costaba seguirle su paso. Se metió el papelito en el monedero y nos cogió a las dos de la mano.

—Ahora solo estamos nosotras —dijo—. De lo único que tenemos que preocuparnos es de nosotras..., de nosotras y de nadie más.

Al llegar a casa, mamá se llevó el papelito a su cuarto y cerró la puerta. Unos

minutos después la oí llorar.

Aquella noche, mientras mamá estaba en la cocina preparándole algo de cenar a Ruby, me colé en su dormitorio y encontré el papel doblado sobre la mesita de noche. Lo cogí y leí todo lo que pude. En la parte de arriba decía: «Cese de la patria potestad». Más abajo: «Por la firma de este documento, yo, Wade Chesterfield, abdicó de la patria potestad sobre Easter Renee Quillby y Ruby Justice Quillby, ambas menores de edad...». «Abdicó»: no tenía ni idea de lo que significaba esa palabra, pero vi la firma de mamá y reconocí la firma de Wade justo al lado de la suya. Doblé el papel y, después de dejarlo exactamente donde me lo había encontrado, salí a hurtadillas del cuarto de mamá y me fui al nuestro. Tenía mi cuaderno de ortografía en la mochila, y lo saqué y lo abrí por el final, donde había un diccionario que usábamos para buscar las palabras del vocabulario. La encontré. «Abdicar: renunciar; dejar; abandonar». Me pareció que se ajustaba a la perfección.

Más tarde, cuando mamá ya se había acostado y Ruby se había dormido, me fui sin hacer ruido por el pasillo para buscar la única cosa que Wade se había dejado en nuestra casa. Abrí el armario que había al lado de la puerta de la calle lo más silenciosamente que pude, y cogí la bolsa, me la eché al hombro y me la llevé al cuarto de baño. Cerré la puerta y le di a la luz, después miré debajo del lavabo y encontré un frasco de quitaesmalte y un montón de bolitas de algodón. Me senté en el suelo con la espalda apoyada contra la bañera, abrí la bolsa y, una a una, fui sacando las viejas pelotas de béisbol que Wade había firmado en aquella lejana época en que pensaba que iba a ser famoso. Cogí el quitaesmalte de mamá y me empeñé con todas mis fuerzas en borrar su nombre de todas y cada una de ellas.

PRUITT

CAPÍTULO 5

Mi viejo me enseñó a darle a una bola rápida colocando una botella vacía de Michelob Light encima de un soporte de bateo que había pillado en un mercadillo. Me tiró las gafas de protección que se ponía en el taller, y después dio un paso atrás y echó un trago de una cerveza recién abierta, hizo un gesto con la cabeza en dirección al botellín vacío y dijo: «Venga, dale».

El sonido que hace un bate de aluminio al romper una botella de cristal viene a ser, poco más o menos, lo mejor que puede oír un niño de seis años. El viejo se puso a la suficiente distancia como para que el cristal no pudiese alcanzarlo, y cada vez que uno de los botellines saltaba por los aires se reía, después abría otra botella y la apuraba para poder colocarla encima del soporte. El bate lanzaba destellos de cerveza, y mis brazos y mi camiseta estaban húmedos.

Cuando nos ventilamos un paquete de seis, se fue a la cochera y sacó otro de la nevera blanca y sucia que había al lado de los escalones. Desenroscó la tapa de otra cerveza y dejó el paquete sobre el capó del coche.

—¿Has notado que te daban los cristales? —preguntó.

Me miré los brazos mojados y vi que la cerveza no era lo único que me había estado rociando la piel; iba mezclada con trocitos de cristal.

—Sí.

—Bien —dijo antes de mamarse el resto de la cerveza. Cruzó el patio, tendiéndome la mano abierta—. Venga, fuera las gafas. —Me las quitó de la cara, y luego las dobló y se las metió en el bolsillo de la camiseta interior. Colocó el botellín vacío sobre el soporte haciendo equilibrio y dio un paso atrás—. Dale. —Se cruzó de brazos y esperó—. Dale —dijo de nuevo.

—¿Me vas a devolver las...?

Pero antes de que las palabras acabaran de salir de mi boca ya me había puesto las manos encima. Mis manos intentaron soltar el bate, pero cerró sus dedos sobre los míos y lo agarró con más fuerza.

—Que le des, nenaza —dijo. Me subió las manos y el bate me quedó por encima del hombro derecho. Me sorbí la nariz para reprimir un sollozo y entrecerré los ojos para evitar que me rodasen las lágrimas por las mejillas. Me dio un manotazo en el cogote.

—Por más que llores no vas a recuperar las malditas gafas —dijo—. ¡Y ahora dale!

Se giró, volvió a la cochera, abrió otra cerveza y se encendió un cigarrillo. Me había colocado en postura de bateo abierta como si él estuviese jugando de primera base, y me miraba fijamente como si esperara a ver adónde iba a parar la pelota.

El bate se separó de mi hombro y se columpió hacia el botellín, pero en el último

segundo aparté la cara y la punta del bate golpeó el soporte y tiró el botellín a la hierba. El viejo dejó de golpe la cerveza sobre el capó y cruzó el patio echando pestes.

Cuando llegó hasta mí, se agachó a mi altura.

—¿Por qué has apartado la cabeza? —preguntó—. Se supone —se dejó el cigarrillo encendido en la comisura de los labios, dejó caer la enorme manaza sobre mi cabeza y me la giró hacia el soporte— que tienes que mantener los ojos alineados con los hombros.

Me cogió bruscamente de los hombros para cuadrarlos con el lugar en el que habría estado el *home plate*.

—Ya vale.

—Ya vale, ¿qué?

—Que la cabeza no me gira más.

—Cómo que no, hostia —dijo. Se sacó el cigarrillo de la boca y me echó el humo a la cara.

—¿Y si se me meten cristales en los ojos?

Me puso un dedo bajo la barbilla y me ladeó la cara para mirarme directamente a los ojos.

—Pues ciérralos. Ese botellín está ahí tanto si lo ves como si no.

Otro paquete de seis había saltado por los aires antes de que la mosquitera del porche diese un portazo a mis espaldas. Mi madre estaba en el sofá de la sala de estar, doblando la colada y viendo culebrones con el sonido apagado.

—¿Qué era todo ese ruido de ahí fuera? —preguntó. Alzó la vista y al verme soltó lo que estaba doblando—. Pero ¿qué demonios has hecho?

Se levantó de un salto, me cogió la mano y fue tirando de mí por el pasillo en dirección al cuarto de baño.

Me sentó sobre la encimera y me limpió la sangre con agua oxigenada y bolitas de algodón mientras mis ojos la miraban en el espejo antes de cerrarse para imaginarse los botellines explotando. Incluso con los ojos cerrados, mi cuerpo era capaz de notar cada movimiento de sus manos, cada vez que se paraba a coger el agua oxigenada, en cada parte de mi cara o de mis brazos que las bolitas mojadas estaban a punto de tocar. Cuando se me abrieron de nuevo, los churrettes de sangre habían desaparecido y la encimera estaba cubierta de algodón rosa.

Mi madre me observó en el espejo como estudiando mi cara para asegurarse de que había quitado toda la sangre. Suspiró.

—Te juro —dijo— que a veces pienso que tu padre hace maldades solo porque sí.

Pero no era cierto; al menos, no del todo. Mi padre estaba intentando enseñarme algo valioso acerca del béisbol, incluso puede que algo valioso acerca de la vida misma, y era esto: si hay algo que quieras hacer bien, más vale que seas capaz de hacerlo con los ojos cerrados.

La lección del viejo se me ha quedado grabada en la cabeza, y ahí seguía cuando

los ojos se me abrieron lentamente a la oscuridad de una noche de sábado más en el Tomcat's. Recorrí con la mirada la sala, casi vacía, desde el último asiento de la otra punta del bar: sentados a una mesa, dos hombres maduritos con anillos de casados mirando a una rubia con moreno de rayos UVA, que era demasiado vieja para moverse como lo hacía sobre la pista de baile y trataba de establecer contacto visual con ellos y sacarles otro trago; tres chavales de la zona, de Belmont o de Stanley, pimplando una Budweiser tras otra y chillando a los televisores de encima de la barra, que estaban retransmitiendo las mejores jugadas del último partido de pretemporada de los Carolina Panthers; por los altavoces del techo, *Sweet Child o' Mine* de Guns N'Roses resonando a todo volumen. Era una noche de sábado como cualquier otra.

Lo que sucedía en el despacho del Jefe era harina de otro costal.

Había llegado unos minutos antes de las once con sus dos primos, Rick y Eddie, se había ido directamente a la oficina y había cerrado de un portazo, pero no sin que antes Eddie se pasara por la barra a por un par de Bud Lights y un Dewar's con hielo.

Durante las dos o tres horas siguientes se oyó al Jefe entre canción y canción, a pesar de que su puerta estaba cerrada, a pesar del vocerío del bar y del volumen de los televisores. Alguien había estado golpeando algo contra el interior de la puerta de la oficina; antes había sonado como si hubieran volcado un archivador. De vez en cuando se oía «mierda» o «cabrón» desde esa punta del pasillo. En los dos meses que llevaba yo en la puerta, el Jefe jamás había tenido un comportamiento semejante.

Un rayo de luz salió del despacho y cruzó el pasillo antes de desaparecer. Rick se dirigió hacia la barra; a pesar de la oscuridad casi absoluta del local, parecía que le sudaba la frente y se le veía pálido. Cogió una servilleta de cóctel de la barra, se quitó las gafas y se secó la cara. Me llegó un tufillo a la nariz; lo que me había parecido sudor era en realidad *whisky*.

Me sorprendió mirándolo.

—¿Cómo demonios puedes ver con esas gafas de sol? —preguntó. Hizo una bola con la servilleta y la tiró a la barra.

—¿Qué pasa ahí detrás que hay tanto ruido?

—Es el sonido que hace la mierda al chocar con el ventilador —respondió.

—¿Ha pasado algo?

—Sí. Se podría decir que sí. Sin duda, se podría decir que sí. —Cogió otra servilleta y se la pasó por la cara—. ¿Por qué lo preguntas?

—Se acaba uno aburriendo aquí fuera.

—Suerte que tienes. —Suspiró, y a continuación se quitó las gafas y se frotó los ojos. Se las puso de nuevo y miró hacia el televisor—. Alguien le ha robado una cosa al Jefe —reveló al fin—. Algo que está claro que no deberían haber robado.

—¿Qué?

El televisor se reflejó en las gafas de Rick: un avance del partido de McGwire del domingo contra los Braves. Rick se quedó inmóvil, con la mirada clavada en la pantalla.

—Tú jugabas al béisbol, ¿no, Pruitt?

—Sí.

—¿Te suena de algo el nombre de Wade Chesterfield?

—Puede. —Sentí un cosquilleo en la piel de alrededor de las fosas nasales. Me pasé la mano por la nariz y en el dorso se me quedó un tenue rastro de sangre.

—Si sabes dónde encontrar a Chesterfield, deberías decírselo al Jefe. —Rick señaló la oficina con la cabeza—. A lo mejor quiere que «hables» con él. —Usó los dedos para dibujar comillas en el aire—. ¿Sabes lo que te digo? —Dio un paso atrás y me miró—. En serio —añadió, señalando otra vez la oficina con la cabeza—. Ve a hablar con él.

Rick abrió la puerta y se fue al aparcamiento. A la luz de los focos se veía la lluvia salpicando los parabrisas de los coches que estaban aparcados enfrente. Al otro lado de la barra, al fondo del pasillo que compartía con los servicios, estaba la oficina del Jefe. La franja de luz que asomaba por debajo de la puerta vibraba como si estuviesen arrojando algo contra ella.

La primera vez que llamé, nadie respondió. La segunda vez, la voz del Jefe retumbó desde el interior.

—¿Qué? —gritó.

—Soy Pruitt.

—Ahora no es buen momento —contestó—. Vete a la barra y pídele a Ducky que se ocupe de ello. No está haciendo nada.

—No es sobre el local. Es sobre Wade Chesterfield.

Un segundo después, se oyó el chasquido del cerrojo y el pasillo se inundó de una luz fluorescente.

—Pues venga, entra —se oyó la voz del Jefe.

La luz del despacho casi resultaba cegadora después de la oscuridad del bar. A la derecha de la puerta había un archivador volcado contra la pared, sus cajones abiertos, los ficheros desparramados por el suelo. La mesa, cerca de la pared del fondo, había sido vaciada, y a cada lado el suelo estaba cubierto de papeles y marcos de foto rotos. El Jefe estaba sentado a la mesa como si no hubiera pasado nada; había plantado las botas —unas elegantes botas vaqueras bordadas, de un desvaído rojo cereza— sobre la mesa, cruzando los tobillos. El pelo negro y la perilla eran tan oscuros que resultaba evidente que se los teñía. Su primo Eddie estaba sentado en una silla de tijera, apoyado contra la pared con los brazos cruzados sobre el pecho; los paneles que había detrás de su cabeza lucían un flamante agujero del tamaño del puño del Jefe. Eddie levantó una mano y se llevó el tupé hacia la frente. Después se peinó el fino bigote con los dedos.

—¿Qué pasa, Pruitt? —preguntó el Jefe.

—Me han dicho que anda buscando a Wade Chesterfield.

—¿Sabes dónde está? Porque el gilipollas de mi primo —señaló a Eddie— anda buscándolo desde ayer, y ¿tú qué dirías? —Puso las palmas de las manos bocarriba y

se encogió de hombros—. Nada. En fin, y tú ¿qué puedes hacer?

—Encontrarlo.

—¿Lo conoces? —preguntó Eddie.

Se hizo el silencio en la habitación.

—¿Lo conoces? —repitió el Jefe. Por el rabillo del ojo vi la sonrisa de Eddie.

—De las ligas menores, en los viejos tiempos.

—¿Eso fue antes de...? —El Jefe se señaló el ojo y dejó la frase sin terminar.

—Sí. Antes de eso.

—¿Por eso llevas siempre gafas de sol? —preguntó Eddie.

Seguí concentrándome en el Jefe.

—No va a encontrar usted a nadie más dispuesto a matar a Wade Chesterfield.

—¿De veras? —dijo el Jefe. Sonrió, miró a Eddie y asintió con la cabeza como si estuviera de acuerdo—. Entonces, ¿por qué no lo has matado? Me habrías ahorrado muchos problemas.

—Es usted el primero que ha estado dispuesto a pagar por ello.

El Jefe se me quedó mirando unos instantes, y después se echó a reír. Dejó caer los pies, se inclinó hacia delante y se puso las manos sobre las rodillas.

—¿Lo dices en serio? —preguntó. Con los ojos llenos de lágrimas, esperó a que le respondiera, y después rompió a reír de nuevo, esta vez con más fuerza—. Pues sí que lo dice en serio —añadió. Eddie, su silla apoyada contra la pared, se rio en silencio.

El Jefe rio hasta enronquecer, y después se enjugó los ojos y se puso derecho en la silla. Sacó un clínex de una cajita que había sobre la mesa y se sonó la nariz.

—Santo cielo —dijo, falto de aire—. Ha sido un día de mierda. No era consciente de lo mucho que lo necesitaba.

—No hay nada de lo que reírse.

—No hay nada de lo que reírse —repitió el Jefe en un susurro—. Bueno, pues yo no estoy de acuerdo, Pruitt. Ese amiguete tuyo me ha robado mucho dinero, y resulta que quiero recuperarlo. Lo que has dicho tiene gracia porque la idea de que vaya a pagarte por algo que puedo hacer yo mismo es lo más chistoso que he oído en mi vida. —Empezó a ordenar cosas sobre la mesa como si la conversación se hubiese acabado.

—Si pudo hacerlo en su momento, ya lo habría hecho.

—Buenas noches, Pruitt. Cierra la puerta cuando salgas.

—Veinticinco mil por encontrarle. Veinticinco más y desaparecerá para siempre. En cualquier caso, le encontraré y le mataré; la única diferencia es que puede usted decidir ahora mismo si recuperará o no su dinero.

El Jefe se recostó en la silla y sonrió.

—Bueno, bueno, bueno. Quieres jugar a sicario.

—No es un juego.

—Tienes razón. Es chantaje. Pero voy a decirte una cosa, Pruitt. Esto es lo que

voy a hacer: cinco mil por adelantado, cinco mil si lo encuentras y por último cinco mil si recupero mi dinero. Otros cinco mil si desaparece para siempre. ¿Trato hecho?

—Veinticinco mil por adelantado. Desaparecerá por cincuenta. Volvemos a lo de antes.

—Ni hablar —dijo el Jefe—. Ni hablar. A ver si te crees que dispongo de esas cantidades de dinero. —Acerqué la mano al pomo de la puerta—. Quieto ahí —ordenó, sus ojos cerrados como si estuviera sumido en profundas cavilaciones—. Cinco mil por adelantado, diez mil si lo encuentras y diez mil más si recupero todo mi dinero. Veinticinco mil si después desaparece. —Abrió los ojos—. Así queda la cosa, Pruitt. Lo tomas o lo dejas.

Lo tomé.

—Tienes diez días —dijo—. Diez días, y después te traigo aquí otra vez.

—El botín.

—¿Qué pasa con él?

—¿Cuánto se llevó?

—Lo suficiente —contestó el Jefe. Me apuntó con el dedo—. Y más te vale que me traigas hasta el último centavo.

—No tiene usted ni idea de cuánto se llevó, ¿verdad? Si lo supiera, me lo diría.

El Jefe se reclinó y se quedó mirando a Eddie, y después volvió a mirarme a mí.

—No te pases conmigo, Pruitt. No te pases.

Cogió un boli, garabateó algo en un bloc y arrancó la hoja. Me la pasó por encima de la mesa; leí un nombre, Lane Kelly, una dirección y un número de teléfono.

—El Kelly este sabe algo —dijo el Jefe. Señaló a Eddie con la cabeza—. Pero aquí el gilipollas de mi primo tampoco pudo encontrarlo.

El Jefe abrió con llave un cajón, sacó fajos de billetes de veinte atados, echó unos cuantos a una bolsa de plástico de Food Lion y se la presentó a Eddie. Eddie se levantó de un salto, fue derecho a la mesa del Jefe y la cogió; después volvió a cruzar el despacho, evitando mirar a nadie a los ojos hasta que se hubo sentado.

Abrí la puerta y la luz que había a mi espalda inundó el oscuro pasillo. La música del local llenó la oficina. La voz del Jefe impidió que me marchase.

—Bueno, y ¿qué tienes tú en contra de Wade Chesterfield?

Giré la cara hacia él.

—¿Por qué?

—Es que parece que tienes tú más ganas de encontrarlo que yo.

—A mí también me robó una cosa.

—No me digas —dijo el Jefe—. ¿Qué pudo robarte?

Retiré la mano del pomo y me subí las gafas de sol. La sonrisa del Jefe se esfumó cuando vio lo que había debajo.

—Todo.

Las luces de la sala se encendieron a las dos de la madrugada, y a las dos y media el local ya estaba vacío. Tenía la camioneta al lado del contenedor, en la esquina del fondo del aparcamiento y fuera del alcance de las luces. Me fijé en que algo se movía por detrás del contenedor. Una patada rápida los hizo salir: la rubia de los rayos UVA y uno de los tipos que la habían estado observando bailar se escabulleron por el aparcamiento como las ratas, la mujer riéndose y gritando «Lo siento, Pruitt» por encima del hombro, el hombre intentando dejarla atrás como si no hubieran estado juntos. Dieron la vuelta por la fachada del edificio, donde aún había varios coches aparcados, y desaparecieron.

Un clic del mando a distancia y mi camioneta se abrió, otro clic y se encendieron los faros y las luces interiores. La bolsa de plástico rebotó contra el suelo después de chocar contra el asiento del copiloto. El motor V-8 cobró vida con un rumor sordo.

Bastó media vuelta por el aparcamiento para encontrar el nuevo Camaro plateado de Eddie, el mismo coche en el que solía llevar al Jefe al trabajo. Lo había metido marcha atrás para aparcarlo en doble fila bajo una farola del bulevar Wilkinson, en el lado del aparcamiento que daba a Charlotte. Detuve la camioneta a unos tres metros del parachoques del Camaro, alumbrando con mis faros hasta la última gota de lluvia de la superficie encerada del coche. En el bastidor para armas de la ventanilla trasera de la camioneta había dos bates Pro Stock Louisville Sluggers de 86 centímetros.

Al principio, lo único que tenía en la cabeza era la cara de Eddie: su bigote raquítico, su corte de pelo de paleta, el arito de oro en el cartílago superior de la oreja izquierda. Pero después su cara se fue desdibujando hasta transformarse en la de Wade Chesterfield, tal y como era diez años antes. Los faros del Camaro se convirtieron en cuarenta y tres cuencas de ojos, las luces traseras también, y cuando reventaron y el cristal y el plástico cayeron sobre el asfalto, fue como si una luz brillante se desvaneciera, como si el mundo se volviera negro, la sensación de algo que se había perdido para siempre.

La casa estaba sola en un callejón sin salida oscuro y arbolado; dentro no había luces encendidas, y el sol empezaba a asomar entre los árboles del fondo. La Glock 45 mm que había estado escondida debajo del asiento del conductor se encontraba sobre el salpicadero; mis guantes de bateador estaban a su lado, y el papelito que me había dado el Jefe unas horas antes con el nombre y la dirección de Lane Kelly seguía en mi mano.

Fuera de la camioneta, no se oía nada salvo el motor enfriándose y los pájaros que iban despertándose en los árboles de los alrededores de la casa. Mis ojos fueron rápidamente de ventana en ventana en busca del más mínimo movimiento de las persianas, de sombras al otro lado de los cristales. La casa parecía vacía.

Al final de la entrada de coches había un garaje. Los cristales de la puerta estaban tapados por dentro con una cortina.

Un espeso bosque bordeaba el patio trasero y, una vez aparcada la camioneta al final de la calle y fuera del alcance de la vista, pensé en esconderme allí, escuchando a los pájaros mientras esperaba a que alguien volviese a casa. Pero mis manos se enfundaron los guantes de batear y tantearon el pomo de la puerta de atrás. Aunque no estaba cerrada con llave, el pestillo estaba echado.

Con la primera patada, la casa se sacudió y vibraron las ventanas. Con la segunda, el pestillo se incrustó en el marco, la puerta se abrió de golpe y se estampó contra la pared.

Despacio, con la pistola en alto, eché un vistazo una por una a todas las habitaciones; encendí y apagué las luces, abrí y cerré los armarios y las puertas de los dormitorios. No había nadie en casa. A lo largo del pasillo había unas fotografías enmarcadas; las miré una por una, buscando el rostro de Wade Chesterfield entre la tenue luz que entraba por las ventanas de la salita del fondo. Había un hombre y una mujer que aparecían prácticamente en todas las fotografías. Elegí la foto que con más claridad mostraba sus caras, la cogí de la pared y la llevé a la cocina.

Después de quitar el marco, doblar la foto y metérmela en el bolsillo lateral del pantalón corto, abrí uno por uno los cajones de la cocina hasta que encontré llaves; algunas estaban sueltas, otras unidas por anillas de dos en dos o de tres en tres.

La cuarta o quinta llave abrió la puerta del garaje. El interior estaba oscuro y palpé la pared hasta que di con un interruptor. El garaje estaba lleno de herramientas eléctricas —una sierra de mesa, pistolas de clavos, compresores de aire— y solo había un coche: un Honda Civic plateado de dos puertas. Era un coche de mujer, con una taza de café manchada de pintalabios en uno de los posavasos y fundas de cedés, incluido el último de Céline Dion, desperdigadas por el asiento del copiloto.

El coche de Lane Kelly no estaba.

CAPÍTULO 6

Euphrates Evans seguía viviendo en el mismo *camping* de caravanas cercano a la frontera estatal de Carolina del Sur, y estaba sentado a la puerta de la misma caravana en la que llevaba viviendo por lo menos diez años. No se dio la vuelta cuando mi camioneta se detuvo a cinco metros de él en la entrada de grava, no dio muestras de haber oído pasos que se acercaban. Cuarenta y muchos años, los brazos y los hombros todavía cachas y, a excepción de unas cuantas canas, igualito que siempre. Enfrente de él, sobre una mesita, había un televisor; estaba enchufado a un alargador naranja chillón que serpenteaba entre la hierba y se metía por la grieta de una ventana rota de la caravana. Junto al cable naranja había un cable negro para el alargador. En la tele, el partido de los Cubs contra los Rockies iba por la primera entrada. Cuando mi sombra cayó sobre él, Phrate alzó la vista como si me hubiera estado esperando toda la mañana. Llevaba una fina corbata roja y una camisa de manga corta que le quedaba demasiado apretada, remetida en un pantalón gris: ropa de ir a la iglesia.

—Vaya, vaya, vaya, Pruitt —dijo. Se levantó despacio, arrugando la cara de dolor a la vez que estiraba la espalda. Mientras nos dábamos la mano, hizo un gesto con la cabeza en dirección a mi camioneta—. Sí, me pareció oír que entraba la camioneta de algún paleta.

Se fue, arrastrando los pies, a por una silla plegable que estaba apoyada contra la caravana. La abrió y la colocó a su lado.

—Siéntate —me pidió. Apoyó las manos en los reposabrazos de su silla y se sentó lentamente—. Bueno. Cuánto tiempo.

—Más de cuatro años.

—¿Cuándo saliste? —preguntó.

—En febrero.

—Justo a tiempo para los entrenamientos de primavera —dijo, sonriendo.

—Sí. Justo a tiempo.

—¿Estás trabajando? —preguntó.

—Sí, en un bar de Wilkinson, el Tomcat's. No había mucho donde elegir.

—Bueno, me alegro de verte fuera, tío. Tienes buen aspecto, fuerte como un toro.

—Dobló el bíceps—. ¿Sigues dándole?

—Sigo dándole.

—¿Qué te metes?

—Deca. Testosterona. Nada más.

Se volvió y se quedó mirando el televisor.

—Yo no, tío. Ya no.

Mis ojos tomaron nota de la camisa y la corbata.

—¿Vienes de trabajar?

Se recostó en la silla y cruzó las piernas, después se alisó la corbata.

—Joder, no —dijo—. Estoy en la iglesia. —Sonrió y señaló la televisión, donde se veía a los Cubs bateando al comienzo de la primera entrada en Colorado—. Al menos eso cree mi madre. —Se volvió y miró hacia los cables que entraban serpenteando por la ventana rota de la caravana—. Está ahí dentro, dormida, echada en una cama de hospital con cáncer de pulmón, enganchada al oxígeno. —Me vino a la cabeza la imagen de una anciana negra y arrugada con la cara de Phrate, sus ojos cerrados, unos tubos metidos por la nariz y los brazos—. No puede salir de casa —añadió—, pero la tía quiere saber dónde estoy a todas horas. «O se hace a mi manera o coge la carretera», dice. —Se rio—. Los domingos por la mañana, estoy... en... la iglesia.

—Ya son casi las tres.

Phrate sonrió.

—Tú nunca has ido a la iglesia con negros, ¿no? Si quieres ir ahora, me apuesto a que todas sus iglesias siguen reunidas. —Echó un vistazo a su reloj de pulsera—. Seguro que no han llegado ni al sermón.

En Denver, Sosa le bateó una bola a Kile sacándola fuera del campo. Los locutores se pusieron como locos; los hinchas también. Phrate aplaudió.

—¡Toma ya! —dijo—. El bueno de Sammy: con este van cincuenta y cuatro. Que se ande con ojo el blanquito; Sammy se está calentando. —Metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó una cajetilla de cigarrillos. La agitó para sacar uno y cogió un mechero de la mesa—. Sabes que jugué con él, ¿no?

—Sí; en el ochenta y siete y en el ochenta y ocho.

—Exactamente. —Se encendió el cigarrillo—. Y tú estabas con los...

—Saltamontes.

—Eso es. Ya me acuerdo. —Sonrió y volvió a mirar al televisor—. Mira que eras bueno, Pruitt: unas manos veloces, un *swing* de primera. —Se interrumpió y me miró como si me viera los brazos y el resto del cuerpo por primera vez—. Pero ahora —continuó— deberías estar partiendo la pana con Sammy y McGwire.

—Wade Chesterfield estaba contigo y con Sosa en aquel equipo.

—Sí. Así es. Jugué con Wade un par de años en los Rangers antes de que él..., ya sabes. —Se calló e hizo como que empujaba el codo. Volvió a mirarme—. ¿Por qué lo dices?

Mis ojos miraban hacia la tele, pero los de Phrate me miraban a mí.

—¿Lo has visto por aquí alguna vez?

—Pruitt, tío, venga ya —dijo—, tienes que olvidarte de aquello. Fue hace... ¿Cuánto? ¿Diez años? No serás uno de esos tipos que se rayan, como los que salen en las pelis, ¿no? Ya sabes, un tío sale de la cárcel y después se pasa el resto de sus días intentando vengarse de todos los que le jodieron antes de que lo encerrasen.

—¿Por qué? ¿Te preocupa el motivo de mi visita?

—Mierda. —Se pasó las manos por los muslos y se hundió más en la silla. Dio

una calada a su cigarrillo y echó el humo por la nariz—. Tío, ¿qué querías que hiciera? ¿Presentarme ante los mandamases, entregarme a la pasma solo porque te dejaba dopar a mis jugadores de vez en cuando? Venga, tío. Ya sabes que las cosas no funcionan así.

—¿Cómo funcionan entonces, Phrate?

—Es un riesgo calculado, tío, y a ti te pillaron. Los Knights te contrataron para que entrenases al equipo con pesas, no para que inyectases todo tipo de guarradas a los chavales. Y aunque sabían lo que estaba pasando y se armó un lío tremendo, eso no significa que nadie tenga la culpa. Es como entrar en el cajón del bateador. ¿Piensas que Wade te golpeó aposta? Pues no. Es un riesgo calculado, eso es lo que es. Nadie sabe lo que va a pasar. Wade podía ser un gorrón y un vago, eso lo sabe todo el mundo, pero no era ningún matón.

—Esto no tiene nada que ver con el pasado.

Los Cubs habían terminado la entrada con una bolea a la derecha, y se había dado paso a la publicidad.

—Entonces, ¿a qué has venido? —preguntó.

—Necesito saber si lo has visto, nada más.

—Hace siglos que no te veo, ¿y de repente vas y apareces haciendo preguntas sobre Wade Chesterfield porque quieres saber si lo he visto?

—Así es.

—No soy imbécil, Pruitt.

—Bueno, pues entonces esta conversación es una pérdida de tiempo, ¿no?

Phrate no apartó la mirada de la televisión hasta que terminaron los anuncios y volvió el partido. La cámara siguió a Sosa cuando salió trotando al jardín derecho para empezar la entrada. Phrate me miró.

—¿Todavía tienes tu bolsa mágica?

—Puede. ¿Por qué?

—Porque lo mismo me animo más a hablar del viejo Wade si la tienes.

—¿En qué estás pensando?

—No sé. Vicodin, Oxy, Flexeril..., cualquier cosa que me mate el gusanillo.

—Puede que haya algo de Dilaudid en la camioneta.

—Una dosis y te cuento todo lo que sé.

Phrate dijo que llevaba varios años sin ver a Wade Chesterfield, pero que lo último que sabía de él era que estaba limpio y que había conseguido un buen empleo.

—Creo que la chica esa con la que estaba tuvo un par de criaturas —dijo—. Pero Wade no ejercía precisamente de papaíto con ellas.

—¿Niños o niñas?

—Niñas. Una de ellas se llamaba Sunday o Wednesday o algo por el estilo, o puede que fuera el nombre de una festividad. Easter, quizá.

—¿Easter?

—Sí. Easter. Era Easter, seguro.

—¿Y la otra?

—No sé. Pero me enteré de que su madre murió hace unos meses de sobredosis de no sé qué.

—¿Quién te lo ha dicho?

—A ver, tío, que aquí solo estamos hablando de Wade.

—¿Algo más?

—Su nombre verdadero no es Chesterfield —dijo, sonriendo—. Es Chessman.

—¿Por qué se lo cambió?

—Venga, tío. —Se rio Phrate—. ¿Tú por qué crees que se lo cambió? ¿Has oído hablar de algún jugador de béisbol judío?

—Hank Greenberg, Sandy Koufax, Erskine Mayer.

—Bueno, puede que Wade no fuese fan de ninguno de ellos.

—¿Tiene más familia en la zona?

—Que yo sepa, no. —Se quedó callado unos instantes, como si hubiera contado todo lo que sabía acerca de Wade Chesterfield. Después arqueó las cejas—. Bueno, volvamos a nuestro trato.

Mi kit de médico estaba escondido debajo de una bolsa de deporte, detrás del asiento del copiloto de la camioneta. Los ojos de Phrate se iluminaron cuando me vio llevarlo a la mesa.

—¿Dónde quieres hacerlo?

—Hostia, tío —dijo—. Aquí mismo. Da igual.

La caravana que estaba a mi derecha tenía las persianas cerradas a cal y canto, y enfrente no había ningún coche aparcado.

El interior del kit estaba forrado de jeringas y viales multidosis. Me puse los guantes de bateador y arranqué la tapa de una jeringuilla, clavé la aguja en un vial y saqué diez centímetros cúbicos.

—¿Los guantes están esterilizados? —preguntó Phrate. Su risa sonaba nerviosa.

—Lo suficiente.

Phrate se encajó el cigarrillo entre los labios, se levantó y se sacó la camisa del pantalón. Después se desabrochó el cinturón, se bajó el pantalón unos centímetros y se dio la vuelta. La aguja se hundió en el músculo adiposo superior de su glúteo derecho como lo había hecho en miles de ocasiones. Se estremeció ligeramente cuando entró.

—Esto me trae recuerdos —dijo a la vez que los ojos se le empezaban a poner vidriosos. Nada más salir la aguja, se agachó y se sentó con el cigarrillo todavía encendido entre los labios—. Maldita sea. No esperaba sentirlo tan... —Los músculos de la cara se le relajaron y el cigarrillo se le cayó de la boca y aterrizó en su regazo—. Maldita sea —susurró.

Cogí el cigarrillo con la mano enguantada y lo apagué en el cenicero. Phrate cerró los ojos y la cabeza se le cayó hacia atrás. Su cuerpo ya se había desmadejado en la silla.

EASTER QUILLBY

CAPÍTULO 7

Me había pasado la tarde del domingo sentada en el suelo del cuarto de la tele, viendo el partido de los Cubs contra los Rockies y haciendo una tarjeta para Marcus. Después de que Sammy se anotase su *home run* número cincuenta y cuatro de la temporada en la primera entrada, le había dibujado con el bate en alto en la parte de fuera de la tarjeta de Marcus. Había puesto un pequeño 54 en la esquina de arriba, después había dibujado un corazoncito alrededor y lo había coloreado todo con rotuladores fluorescentes. Nunca me había considerado una buena artista, pero aquel dibujo me sorprendió por lo bien que me había quedado; una parte de mí lamentaba tener que desprenderse de él, pero esperaba que a Marcus le gustase. Dentro de la tarjeta había escrito «Lo siento. ¿Podemos hablar esta noche?», y me había despedido con «Besos, Easter, tu novia (¡eso espero!)». Esa misma tarde McGwire se anotó cincuenta y cinco contra los Braves, pero lo hizo a finales de la séptima entrada, y yo ya me había ido a la cama.

El lunes por la mañana, justo antes de irnos al cole, había metido la tarjeta en un sobre y, después de cerrarlo con celo, se la había dado a un chico llamado Damon que estaba en la misma clase que Marcus.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Es para Marcus —le dije—. No la leas.

—¿Os gustáis o qué?

—No —respondí, pero me sorprendí a mí misma diciéndolo y recordé por qué, para empezar, se había enfadado Marcus conmigo—. Bueno, quiero decir, no sé. Tú dásela y ya está, por favor.

Me pasé el día entero con el alma en vilo, y el hecho de que aquella semana me tocase quedarme en la cafetería a limpiar las mesas de mi clase no mejoró las cosas. A eso lo llamaban ser «ayudante de mesa», pero en realidad lo único que hacías era sacar un trapo viejo y apestoso de un cubo de agua marrón jabonosa y limpiar la mesa después de que la clase acabara de comer. Tus compañeros se ponían en fila contra la pared y esperaban a que terminases; los había que se quedaban allí plantados mirándote fijamente. No soportaba que estuvieran todos observándome mientras limpiaba las mesas, pero aún soportaba menos el olor a pota que te dejaba el agua marrón en las manos. Cuando llegaba tu turno, colgaban una copia de tu foto del cole en el tablón de anuncios de la cafetería, pero alguien había venido y había quitado la mía. Le pregunté a la señorita Davis que dónde podría estar, y se limitó a encogerse de hombros y a decir que encontraría otra y la pondría.

Pero para cuando acabaron las clases me había olvidado por completo del olor del trapo y de mi foto desaparecida, y cuando la señorita Davis nos sacó al patio no podía pensar en otra cosa más que en encontrar a Damon. Tuve que esperar a que empezase

el partido de *kickball* antes de preguntarle nada. Le tocaba tirar en segundo lugar, detrás de Selena, y me acerqué a la valla, donde estaba esperando su turno.

—¿Le diste mi nota a Marcus? —pregunté.

—Sí. Te dije que se la daría, ¿no?

—¿Qué dijo? —pregunté.

—Nada.

—¿La abrió?

—No sé. Supongo. —Selena hizo un tiro alto, y cayó justo detrás de la segunda base. Consiguió llegar a la primera base. Damon echó a andar hacia el *home plate*. Lo agarré del brazo.

—Pero ¿no dijo nada? —pregunté.

—Ya te he dicho que no. Déjame en paz, joder.

Ya llevábamos dos *outs* cuando me eliminaron en primera base después de devolverle una bola rasa al pícher. Y entonces, hacia la mitad de la segunda parte de la entrada, Selena me hizo abandonar la posición de campocorto cuando fallé dos globos seguidos. Me sacaron al jardín derecho porque decían que no tenía la cabeza en el partido. Les dije que no me pasaba nada, pero sabía que tenían razón. Aun así, da corte que te saquen al jardín derecho cuando ya te has acostumbrado a jugar de campocorto.

El sol caía a plomo sobre mi espalda, y sabía que nadie iba a lanzar la pelota al jardín derecho porque no había ningún zurdo, y de haberlo habido no habría podido lanzarla tan lejos. Pero estar allí me dio mucho tiempo para pensar, que era exactamente lo que necesitaba. Pensé en lo que había oído que le decía la señorita Crawford a Wade el sábado por la mañana: que había estado hablando con nuestros abuelos y que no podía confirmar si nos íbamos a mudar a Alaska o no. Entonces pensé en todas las preguntas que me había hecho Marcus sobre nuestros abuelos, sobre Wade.

Damon estaba jugando de primera base, encorvado y con las manos sobre las rodillas en posición de «listo». Recé para que fuera verdad que le había dado el sobre a Marcus. ¿Qué habría pensado Marcus al abrirlo? ¿Le habría gustado mi dibujo de Sosa? ¿Lo oiría llamar a mi ventana esa noche? Necesitaba hablar con él desesperadamente, no solo sobre nosotros, sino también sobre Ruby y yo y sobre lo que le había oído decir a la señorita Crawford. Incluso le hablaría de Wade si aún había algo que quería saber.

Me había medio imaginado que algún día Wade volvería a presentarse en el campo después de clase, pero no lo había hecho. Miré la parte de la valla en la que se había apoyado, y algo me llamó la atención: en el bosque había un hombre y no me quitaba ojo. Llevaba unas gafas de sol oscuras y una gorra de béisbol negra que parecía nuevecita. Una gruesa cadena de oro le colgaba del cuello, y también llevaba una camiseta negra sin mangas. Pero lo que más destacaba del tipo eran sus brazos; eran inmensos. Al darse cuenta de que lo había visto se dirigió hacia la valla, pero se

detuvo antes de acercarse demasiado, y supe que era porque no quería que nadie más se enterase de que estaba allí.

—Ven aquí un momento —dijo. Tenía una voz que daba miedo, chillona como la de una mujer, y su lengua parecía demasiado grande para su boca—. Tengo que preguntarte una cosa.

No me moví.

—¿Qué cosa?

No dijo nada, y vi que estaba deseando que me acercase a la valla.

—¿Te llamas Easter Quillby? —dijo por fin.

—No, no me llamo así.

Miró el papel que tenía en la mano, y después le dio la vuelta para que yo también pudiera verlo; era esa foto mía que había estado en la cafetería. Sonrió y se quitó las gafas de sol. Tenía el ojo izquierdo cerrado, y la piel de alrededor le colgaba por la cara.

—Sí que te llamas así —dijo—. Y tu padre es Wade Chesterfield.

—No tengo padre —dije, mirándolo fijamente el ojo a sabiendas de que me lo había enseñado solo para darme miedo.

—Sí que lo tienes. —Sonrió de nuevo—. Y está metido en un buen lío.

—Será mejor que se largue. Voy a gritar para que venga mi profesora.

—No, no vas a hacerlo.

Se volvió a poner las gafas de sol y se quedó mirándome unos segundos antes de darse lentamente la vuelta y meterse entre los árboles. Las ramas se cerraron a su paso y desapareció, y un segundo después me pregunté si de verdad lo había visto.

Cuando terminó la entrada les dije a todos que no me encontraba bien, y cogí a Ruby y subimos al patio del cole por la cuesta. Nos sentamos en los columpios para estar cerca de la señorita Davis y de la señorita Hannah. No les dije nada del hombre que había visto porque no quería que nos mandasen a otro lugar antes de hablar con Marcus y resolver cómo podíamos evitar ir a Alaska. Ruby se puso a columpiarse mientras yo me quedaba sentada a su lado pensando en preguntarle si había visto algo fuera de lo normal: gente rara en el bosque, cualquier cosa que destacase. Pero no quería preocuparla, así que mantuve el pico cerrado. Aun así, estaba aterrorizada, y desde el columpio me quedé contemplando el bosque, preguntándome adónde se habría ido y deseando que no volviera.

No era nada nuevo que viniese gente preguntando por Wade. Había habido un montón de ocasiones en que Ruby y yo estábamos jugando en el patio de casa cuando de repente llegaba un coche, alguien bajaba la ventanilla y nos decía «¿Habéis visto a vuestro padre?», o algo por el estilo. Un montón de ocasiones en que me había despertado a medianoche con luces de faros alumbrando la pared de nuestro dormitorio y el ruido de alguien aporreando la puerta de la calle y llamando a Wade a gritos. Mamá se levantaba maldiciendo entre dientes y se acercaba a la puerta y le chillaba a quienquiera que fuese que Wade no estaba en casa y que ya ni siquiera

vivía allí.

Pero esta vez había un no sé qué diferente; nadie nos había venido a buscar al colegio antes, y nadie había hablado tan bajito ni se había quedado tan quieto mientras preguntaba por Wade. Y ni uno solo de ellos había sabido nunca mi nombre.

Aquella noche, después de cenar, la mayoría de los chavales se quedaron en el cuarto de la tele viendo el partido de los Cubs contra los Reds. La puerta de mi dormitorio estaba cerrada, pero los oía gritar vivas cada vez que salía Sosa a batear. Ruby se quedó en la sala de ordenadores jugando a *La Ruta de Oregón*. Le gustaba tanto como a mí. No salí del dormitorio más que para prepararme para irme a la cama; no tenía ganas de estar con nadie porque tenía demasiadas cosas en la cabeza. Mi cama estaba abarrotada de deberes que no había terminado, pero no conseguía dejar de preocuparme por si Marcus iba a venir o no, y no conseguía dejar de pensar en el hombre que había visto en el bosque. Su voz no se me iba de la cabeza.

Ruby abrió la puerta y entró en el dormitorio justo cuando estaba cerrando el libro de mates después de terminar unos problemas con divisiones para el día siguiente. Se quitó los zapatos y retiró la colcha.

—¿Qué tal te ha ido? —pregunté.

—Bien —respondió—. Aunque no he llegado hasta el final. Y tú te has muerto de cólera.

—Genial. —Metí los cuadernos en la mochila, salí de la cama y dejé la mochila tirada en la puerta—. ¿Seguro que no tenías deberes? —pregunté.

—*Sip*.

—Bueno, entonces supongo que deberíamos prepararnos para ir a la cama.

Nos turnamos para cepillarnos los dientes en el cuarto de baño del otro lado del pasillo, y después nos metimos en la cama; apagué la luz de la mesita que había entre las dos. La señorita Crawford abrió la puerta unos minutos más tarde y nos dio las buenas noches. Todavía tenía esperanzas de que viniera Marcus, y no pensaba dormirme, pero lo siguiente que recuerdo es a Ruby susurrando mi nombre.

—¿Qué? —pregunté.

—¿A que sería divertido?

—¿Qué? —volví a preguntar.

—Irnos de viaje. Tú y yo solas, igual que en *La Ruta de Oregón*.

—Sí —respondí—. Duérmete.

Pero no debí de dormirme muy profundamente porque los ojos se me abrieron de golpe cuando lo oí en la ventana. Miré al reloj de la mesilla; era poco más de la una de la madrugada. Aparté las sábanas de una patada a toda prisa para evitar que volviese a tocar y despertase a Ruby. Gateé hasta el pie de la cama y abrí la ventana. Me senté y me puse a esperar.

Oí a Marcus apoyando la puntera del zapato contra la fachada para empezar a

subir, pero al ver un par de manos que se agarraban al alféizar me di cuenta de que no eran las suyas. Eran manos blancas, y tenían vello en el dorso y unos mechoncitos encima de los nudillos. Supe nada más verlas que eran manos de hombre, y me quedé tan sorprendida y asustada que lo único que pude hacer fue quedarme mirando mientras ayudaban a quienquiera que fuese a auparse por la ventana para entrar en nuestro dormitorio. Miré a Ruby y vi que se había despertado y estaba sentada en la cama. Se había tapado con la colcha, y también estaba mirando aquellas manos.

Pero de repente la luz que entraba por la ventana alumbró las manos del hombre y vi pintura blanca, y cuando pasó los hombros vi la vieja gorra azul de los Braves, y cuando al fin pasó las piernas vi los viejos vaqueros con manchitas de pintura y la misma camiseta verde que había llevado unas semanas antes en el campo de béisbol. Encendí la luz de la mesita de noche en el mismo instante en que se ponía en pie.

—¡Wade! ¡No deberías estar aquí!

—¡Shhh! —dijo él.

Ruby se apartó la colcha de una patada y saltó de la cama como si fuera la mañana de Navidad.

—Papá —dijo.

—¡No! —protesté yo. También salté de la cama y traté de evitar que se acercase a él, pero fue demasiado rápida. Wade la cogió y la abrazó con fuerza.

—Eh, peque... —susurró, dándole un achuchón.

—Suéltala —dije—. Te vas a meter en un lío bien gordo por esto. —Me dirigí hacia la puerta del dormitorio. Al ver que no soltaba a Ruby, puse la mano en el pomo como si la fuese a abrir—. Como no te vayas, voy a llamar a la señorita Crawford a gritos, y avisará a la... —Pero no me dejó terminar.

—Tenéis que veniros conmigo —dijo. Sin soltar a Ruby, me sostuvo la mirada—. Lo digo en serio. Ni siquiera hay tiempo para que hagáis las maletas. Tenemos que irnos.

—Sí, claro —respondí. Di media vuelta al pomo.

—Lo digo en serio. No es ninguna broma. Te puedes quedar aquí sola si eres tan cabezota, pero a tu hermana me la llevo.

Ruby seguía abrazada a su cuello, y la conocía lo suficiente como para saber que iba a tener que esforzarme mucho para convencerla de que se soltase.

—No vamos a permitir que nos manden a Alaska, Wade —dije.

—Esto no tiene nada que ver con Alaska.

—Entonces, ¿con qué tiene que ver? —pregunté. Solté el pomo y me llevé las manos a la cadera para que se enterase de que hablaba en serio.

—Te lo cuento en el coche —dijo—. Pero tenemos que irnos; lo digo en serio. Este lugar no es seguro.

Cuando dijo eso, me vino a la cabeza el hombre que había visto en el bosque aquella tarde: la sonrisa que me había dirigido, el ojo cerrado, el aspecto tan fofo de la piel de su cara. Después eché un vistazo al cuarto, a todas las cosas bonitas y

nuevas que nos habían dado nada más mudarnos al hogar de acogida. Pero de pronto mis ojos se detuvieron en la ventana abierta por la que acababa de colarse Wade, y me imaginé otra cosa distinta: montones de nieve tan altos que se metían en casa y se desparramaban sobre la moqueta; voces desconocidas de personas desconocidas saliendo de las habitaciones del fondo de una casa desconocida; y al otro lado de la ventana, el día tan negro como la noche.

Miré a Wade, que seguía estrechando a Ruby entre sus brazos, y, no sé por qué, en ese momento me pareció que irnos con él era la mejor solución. En ese momento, me pareció la única alternativa segura.

Salté al suelo, después me di la vuelta y esperé a que Wade bajase a Ruby de la ventana. Cuando me la pasó, vi que llevaba la camisa empapada de sudor por los sobacos. Ruby y yo seguíamos con los camisones puestos; lo único que nos había dejado hacer era ponernos unos calcetines y los zapatos. Nos apartamos un poco de la casa y vimos a Wade saliendo por la ventana y saltando al suelo. Tres casas más abajo, había un coche aparcado en la calle, y Wade nos cogió de la mano y nos llevó hacia él.

—Venga, venga, venga —susurró.

Caminaba deprisa, y noté que quería alejarse todo lo posible de la ventana. Abrió la puerta trasera por el lado del copiloto y nos subimos las dos. Al pasar por delante de Wade me llegó un olorcillo, y noté que llevaba una buena temporada sin ducharse. Se fue al lado del conductor, se metió de un salto y arrancó el motor. Sonó la radio y oí voces de hombre; hablaban de béisbol. Sin encender los faros, Wade se fue alejando del bordillo. Me puse de rodillas y miré el hogar de acogida por la ventana trasera, pensando que quizá lo estaba viendo por última vez. Vi que Wade se había dejado abierta la ventana del dormitorio y que una de las cortinas colgaba por fuera. Por ella se veía una lucecita, que salía de la lámpara que me había dejado encendida al lado de la cama.

Y entonces, justo cuando estaba a punto de sentarme mirando al frente, vi que algo se movía entre los arbustos de la derecha de la ventana, y al doblar la curva vi que Marcus salía de entre las sombras y se metía en el patio. Estaba bastante lejos y no pude confirmarlo, pero me pareció que llevaba la tarjeta que le había hecho. Supe que había estado allí todo el rato, y que nos había visto marcharnos con Wade. Quise levantar la mano y saludar, pero para cuando lo hice ya habíamos doblado la curva, y de todos modos estaba demasiado lejos para verme. Me senté y me abroché el cinturón de seguridad, después miré a Ruby para asegurarme de que ella también lo llevaba abrochado.

En el asiento delantero, Wade aplaudió, y a continuación se detuvo ante la señal de *stop* que había al final de la calle, alargó el brazo y bajó el volumen de la radio.

—Toma ya —dijo. Se giró y nos miró. Tenía la cara sudorosa, y la gorra se le

había puesto azul oscuro por las zonas donde había calado el sudor. Estaba pálido y por primera vez vi que parecía asustado, pero aun así intentó sonreírnos—. ¿Habéis oído eso? —preguntó. Hasta su voz sonaba asustada. Señaló la radio—. Sammy se ha anotado otro *home run* esta noche; ya van cincuenta y cinco. —Se nos quedó mirando un momento más, y después se dio la vuelta y salió del barrio. Vi que sus ojos miraban al espejo retrovisor como si pensara que quizá nos seguía alguien—. Cincuenta y cinco. Empate.

BRADY WELLER

CAPÍTULO 8

El primer niño que me asignaron fue un bebé recién nacido llamado Stephen. Su madre acababa de llegar a casa del hospital cuando se presentó su novio y le descerrajó dos tiros mientras intentaba huir por la puerta de atrás. El novio volvió a meterse y prendió fuego a la casa. Y luego se pegó un tiro en el patio de entrada. Quizá no llegó a enterarse de que su hijo estaba en el dormitorio en una cuna. Si lo sabía, desde luego no hizo nada por echarle un cable.

Casi toda la casa se fue quemando alrededor de ese dormitorio antes de que llegasen los bomberos a apagar el fuego. Pero aquel niño sobrevivió sin un solo rasguño.

La gente que lo presencié dijo que había sido una especie de milagro, sobre todo cuando se enteraron de cómo había empezado el fuego y de todo lo sucedido aquel día.

Y ahora atrévete a decirme que un niño que sobrevive a algo así no va a hacer algo grande con su vida. O con la mía. Aquel pequeño vive ahora con su familia adoptiva en Belmont, a unos quince kilómetros del lugar en el que debería haber muerto. Este año empieza la primaria. En este mundo hay una pizca de felicidad, y a veces estos chavales tienen suerte y la encuentran.

Algunas personas acaban siendo tutores *ad litem* porque sienten el impulso de ayudar a chavales y familias que no pueden ayudarse a sí mismos, pero yo no; en mi caso no fue así. Llegué a esto intentando deshacer algo que nunca puede deshacerse, y probablemente sea esta voluntad de deshacerlo lo que explique por qué llevo tanto tiempo en ello. Seis años son muchos años para ver familias que se rompen, padres que abandonan a sus hijos, bebés sin nombre que vienen al mundo con las mismas adicciones que, para empezar, metieron a sus padres en líos.

Pero no siempre había pensado que la gente fuera tan digna de recibir ayuda, y desde luego yo no me consideraba digno de ayudar. Jamás en la vida habría llegado a esto si el juez Shelburne no me hubiese citado en su despacho una semana después de que terminase mi juicio. Durante casi veinte años había sido agente de policía y después detective, y era la primera vez que un juez solicitaba hablar conmigo. Acababa de tirar una colilla y de apagarla con la puntera cuando vi al juez metiendo una larga limusina negra en un espacio reservado de la acera de enfrente del juzgado. Lo esperé sin moverme del sitio, pero ni me miró mientras cruzaba la calle despacio, bastón en ristre, y ni siquiera me saludó con la cabeza cuando pasó por delante para entrar en el juzgado.

—Ocho minutos, Weller —dijo por encima del hombro—. Tiempo de sobra para que te fumes otro si lo necesitas.

Después de pasar por el arco de seguridad, donde solo me saludó uno de los

guardias mientras que el otro se ponía a mirar al suelo, volví a guardarme en los bolsillos las llaves del coche y la calderilla y subí en ascensor al tercer piso. La secretaria del juez Shelburne me recibió en la oficina y me hizo pasar a su despacho; era exactamente como me lo había imaginado: estanterías altísimas llenas de libros, una enorme mesa de madera de roble y el juez sentado tras ella en mangas de camisa y tirantes, su chaqueta colgando del mismo perchero del que colgaba su toga. Señaló con la cabeza una de las sillas que había al otro lado de la mesa, y me senté.

En silencio, el juez sacó un puro de una caja que tenía en la mesa y le cortó la punta. Me escrutó con la mirada a través de la llama, la luz reflejándose en sus ojos oscuros.

—Tienes un aspecto penoso, detective —dijo al fin. Echó una calada, se recostó en la silla y cruzó las piernas.

—Ya no soy detective.

—Un huevo que no —dijo—. Uno no deja de ser lo que es solo porque unos capullos se dedican a montar un pifostio hasta que consiguen que renuncies. ¿Piensas que yo voy a dejar de ser juez solo porque un par de gilipollas quieren que me jubile? Si es que sí, ya puedes pensarlo mejor. —Sonriendo, se inclinó, y el sol que entraba por la ventana que había a su espalda le hizo brillar la calva—. Y ellos también deberían pensarlo mejor. Me quedaré todo el tiempo que la gente del condado de Gaston quiera que me quede. Deberías tener esto en cuenta, porque eres un detective cojonudo y tienes muchos amigos por estos pagos, sobre todo en mi sector. —Abrió la cigarrera y la giró hacia mí. Alargué la mano, pero vacilé antes de coger un puro—. Con estos no te saldrá un cáncer tan deprisa como con los cigarrillos, pero por lo menos no tendrás la sensación de que estás aquí perdiendo el tiempo escuchándome.

Me pasó el cortapuros desde el otro lado de la mesa, y me saqué el mechero del bolsillo.

—¿Por qué estoy aquí sentado?

—Porque ya es hora de que alguien te haga entrar en razón. Y parece que no hay nadie más que esté dispuesto a hacerlo. De modo que aquí estás. Conmigo.

Lo miré y di una calada al puro; me quité una brizna de tabaco de la lengua.

—Llevas seis meses sin trabajar. ¿Qué has estado haciendo?

—Dando dinero a los abogados. Ya sabe lo que pasó.

—Hostia, toda la ciudad sabe lo que pasó. Pero eso no significa que tengas que vivir tu vida como si cada día fuera el día después. No es bueno para nadie, menos aún para ti. Hijo mío, tienes la mitad de años que yo. ¿Qué piensas hacer con el resto de tu vida?

Di otra calada al puro, y después lo levanté y me quedé mirando la punta resplandeciente.

—El marido de mi hermana necesitaba que alguien le echase una mano.

—Haciendo ¿qué?

—Instalando sistemas de seguridad. Para una empresa que se llama Hogar

Seguro.

El juez dejó el puro en un cenicero que había en la mesa y se pasó las manos por la cara.

—Santo cielo. ¿Qué demonios? Toda la vida siendo el tipo al que llaman para pillar a los malos, y ahora vas y te pasas el día contestando al teléfono cada vez que las canguros y las asistentas se descuidan y obligan a la policía a que se pase a verlas.

—¿Qué debería estar haciendo?

—Lo primero que deberías hacer es dejar de sentir tanta lástima por ti mismo y empezar a pensar en cómo aprovechar lo mejor de esta situación tan jodida. —Apagó el puro en el cenicero y pensé que significaba que la reunión se había terminado, pero me equivoqué—. Escucha todo lo que voy a decirte —dijo, echándose hacia delante con los codos apoyados en la mesa y los dedos entrelazados como si fuese a rezar—. Probablemente ya sepas que nuestro programa de tutores está formado por abogados y voluntarios, y en el apartado de los voluntarios no nos vendría nada mal tener a alguien que necesita otra oportunidad para hacer las cosas como es debido, sobre todo alguien que conoce la ley y que ha visto todo lo que tú has visto. La mayoría de nuestros voluntarios son señoronas de club de campo, y estos chavales se merecen algo mejor.

—No hay nada malo en ser una señorona —dije.

—No, hasta que vas y las sueltas en medio de estas situaciones de mierda. Entonces se resquebrajan como muñequitas de porcelana. Adoran a los críos, pero no soportan verlos sufrir.

Carraspeé y me puse derecho.

—¿Quién va a querer que me acerque a sus hijos después de lo que pasó?

—Los que no tienen más alternativas —contestó—. Gente que ha perdido todo derecho a reclamar a sus hijos, gente que, para empezar, quizá no se mereciera nunca ese derecho. —Se levantó de la silla, rodeó la mesa y se apoyó en ella, sosteniéndome la mirada en todo momento—. Escucha, detective; ese chico ya no está, fue un accidente, y nada que hagas tú ni ninguna oración que puedan rezar sus padres le va a traer de vuelta. No puedes vivir para él y no puedes hablar en su nombre; pero ahí fuera hay muchísimos chavales que necesitan que alguien hable en su nombre, y en mi opinión tú eres el hombre perfecto para hacerlo.

Le dije que sí al juez Shelburne sobre todo porque en aquel momento era lo más sencillo, y tardé un buen rato en verme como alguien que podía hablar en representación de un chaval, a no ser que fuera mi propia hija. Pero con el tiempo me acostumbré, y fueron pasando los años y cada vez me resultaba más fácil, cada vez se me hacía más natural. Y un buen día me encargaron que hablase en nombre de Easter y Ruby Quillby, dos niñas, hermanas, que no tenían a nadie más en el mundo que pudiera escucharlas y darles voz. Pero ahora habían desaparecido, y era aún más difícil oír sus voces.

Helen Crawford, la mujer que dirigía el hogar de acogida en el que vivían las niñas, ya había llamado a la policía antes de ponerse en contacto conmigo, y aquella mañana, nada más llegar, vi a un joven agente encargándose del papeleo en el interior de un coche patrulla que estaba aparcado en la entrada, y un poco más lejos, sobre el bordillo, un par de coches camuflados medio metidos entre la hierba. Aparqué detrás del viejo y destartado Taurus de Sandy, el mismo que habíamos compartido allá por la época en que fuimos compañeros.

Venía por el patio de la entrada, abrazando una caja de cartón llena de pruebas, y al verme la levantó como si me trajese un regalo y yo hubiese llegado demasiado pronto y le hubiese chafado la sorpresa. A sus cuarenta y tres años, tres menos que yo, estaba igual de alto y de flaco que siempre, y llevaba el mismo tipo de camisa de vestir oscura y la misma corbata oscura, con el nudo aflojado. Me bajé del coche y vi que dejaba la caja dentro del maletero y lo cerraba de un portazo. Se dio la vuelta y se quedó mirando por unos instantes el emblema de Hogar Seguro que destacaba sobre el bolsillo de mi polo rojo.

—Lamento tener que decirte esto —dijo al fin—, pero si has venido a instalar una alarma has llegado demasiado tarde para que sirva de algo. —Sonrió y se metió las manos en los bolsillos.

—No creas que no lo he intentado ya. —Hice un gesto con la cabeza en dirección a la señorita Crawford, que estaba mirando a la calle desde la puerta como si quisiera preguntarnos a uno de los dos qué iba a suceder a continuación—. Dijo que no quería que los chavales se sintieran como prisioneros.

—Mejor que sentirse secuestrados.

—También dijo que no había suficiente dinero.

—La Administración estatal, ya sabes. Nunca hay suficiente dinero. Lo sabes mejor que nadie. —Suspiró—. Me dijo que las niñas son cosa tuya.

—Sí. Desde mayo.

—Bueno, pues vamos.

Se dio media vuelta y lo seguí por el patio hasta que llegamos al lado izquierdo de la casa.

Habíamos sido compañeros durante unos años antes de marcharme del cuerpo. He oído decir a muchos detectives que tener un compañero es como tener una segunda esposa o un segundo marido, y creo que no puedo por menos que estar de acuerdo. Como cualquier otra pareja de casados, Sandy y yo recibíamos la misma llamada de teléfono a medianoche y nos reuníamos en lugares en los que tal vez acababa de suceder algo terrible, con cara de sueño y frustrados, deseando que aquello con lo que nos íbamos a encontrar no fuera ni la mitad de malo de lo que había dado a entender el agente por teléfono. Y, al igual que en los matrimonios de verdad, que un equipo de dos se vaya al garete puede ser como un divorcio escabroso, y a veces me veía a mí mismo como el cónyuge abandonado, pendiente siempre de su ex para enterarse de si había conocido a alguien nuevo y deseando que hubiese alguna oportunidad de que

todo se resolviera y las cosas volvieran a ser como antes.

Sandy había ascendido a detective más deprisa que yo, y sabía que había soñado con pasarse al FBI o al menos con llegar al Departamento Estatal de Investigación. Pensé que no tardaría mucho en dejar de ser detective.

Cruzamos la entrada de coches de la casa de ladrillo de una sola planta, nos paramos y nos quedamos mirando una ventana abierta que estaba cubierta de ese polvo negro que se usa para identificar huellas digitales: el dormitorio de Easter y Ruby. Vimos pasar por dentro a un detective de paisano.

—Esta mañana, las puertas todavía estaban trancadas —dijo Sandy—. Y ninguno de los chavales tiene llave, así que este es el único sitio por el que pudieron salir. Sacamos unas huellas: la mayoría, pequeñas, pero algunas lo bastante grandes como para ser de un adulto.

—Easter no habría abierto la ventana a no ser que se tratara de alguien conocido —observé.

—¿Easter es la mayor?

—Sí. Tiene doce años.

—¿Tienen familia por la zona?

—Su madre murió en mayo. Y su padre renunció a ellas hace años, pero eso no quiere decir nada.

—¿Es buen tío o es un malo malísimo?

—Caray, no sé —respondí—. Probablemente ni lo uno ni lo otro. Como la mayoría. Se presentó en su colegio hace semana y media, y el domingo por la mañana se pasó por aquí con intención de verlas.

—Eso había oído —dijo Sandy. Eché a andar hacia la entrada de la casa—. ¿Adónde vas? —preguntó.

—Dentro.

—No puedes —dijo—. Es el lugar del delito.

—Pero son mis niñas.

—Y verás todos los informes que quieras tan pronto como acabemos de redactarlos.

Miré hacia la fachada de la casa. Supuse que la señorita Crawford seguiría plantada al otro lado de la puerta.

—La señorita Crawford está ahí dentro.

—Me hará caso cuando le diga que no toque nada; de todos modos, está demasiado asustada como para tocar nada —dijo—. Tú no escuchas, y no sabes lo que es el puto miedo.

Lo miré de hito en hito durante unos segundos con la esperanza de que reaccionase, pero no lo hizo. Saqué una de mis tarjetas del monedero y se la entregué.

—Mándame por fax lo que tengas cuanto antes. Hoy.

Cogió la tarjeta y la miró.

—Ya sabes que esto no está en el reglamento —dijo, sonriendo.

—¿Y tú desde cuándo sigues el reglamento?

Me di la vuelta y eché a andar hacia el coche, y Sandy me siguió. No me había equivocado: la señorita Crawford seguía en la puerta de la calle. Vi el miedo en su rostro. Me miró y trató de sonreír. La saludé con la mano.

—Todo saldrá bien, señorita Crawford. Este tipo de cosas pasan todos los días.

—A mí nunca me había pasado —dijo.

—Bueno, ya, pero a otra gente sí, y... —Dejé la frase a medias porque no sabía qué más decir. Señalé el coche patrulla de la entrada, donde el agente seguía con el papeleo.

—Todo saldrá bien —repetí—. Está usted en buenas manos.

—Buen trabajo —dijo Sandy. Se cruzó de brazos y se apoyó en la parte de atrás de su coche.

—Parece que está muy nerviosa.

—Lo está. ¿Y tú?

—He pasado por cosas peores —respondí—. Bien lo sabes tú.

—Ya, en fin, no te estás perdiendo nada.

—¿Tan mal está la cosa?

—Peor de lo que puedas imaginarte. A no ser, claro, que hayas visto a un tipo moviéndose por la ciudad con un saco lleno de dinero, unos catorce millones y medio. En ese caso, estoy listo para que me lo describas. —Se llevó la mano al bolsillo de la camisa, sacó un bolígrafo y le dio al botón como si fuese a escribir algo.

—¿Todavía no tienes nada?

—Nada —dijo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, diez meses?

—Casi once.

—Debes de estar desesperado, ¿no?

—Sí. Pero solo porque todo el mundo, incluidos el FBI y los tipos de Charlotte, piensa que a estas alturas el caso debería estar resuelto. —Se metió el boli en el bolsillo—. No me cabe en la cabeza. Dos tipos se pasan el día recorriendo Charlotte en un coche blindado, recogiendo envíos, haciendo entregas. En el último reparto del día se baja uno; el otro no, y después se larga con el coche y desaparece..., deja la camioneta tirada justo en el lado del puente que da a Gastonia. —Se llevó un dedo a la cabeza como si fuera una pistola—. Gracias, cacho gilipollas.

—Pero no puede ser que los federales te estén pisando los talones solo por eso —dije.

—No solo. Parte del dinero ha cambiado de manos aquí mismo, en esta ciudad. Aquí y también en el casino de Cherokee, pero en las cámaras de seguridad no se ve nada. El FBI trajo a la NASA, y ni siquiera así consiguen ver nada. De todos modos, otro gallo cantaría si supiésemos a quién andamos buscando. Al conductor lo ayudaron, eso sin duda, pero lo más probable es que a estas alturas se haya largado hace ya tiempo, si es que sigue vivo.

—¿No hay nadie que esté pasando facturas enormes?

—No —dijo—. Sabían lo que hacían, y nos llevan la delantera. Nos están machacando.

Hice un gesto con la cabeza en dirección a la casa.

—Por eso deberías dejarme que te eche una mano con este caso. Podría encargarme yo. Una cosa menos que hacer. Tú ayúdame con lo que puedas y ya está.

—No me parece buena idea, Brady.

—Venga, Sandy —dijo—. Yo te ayudo a ti, tú me ayudas a mí. Así resolvemos tú y yo las cosas.

—¿Cuándo, Brady? —preguntó—. ¿Cuándo me ayudas tú a mí? ¿Cuándo «resolvemos» así las cosas? Tú a mí nunca me has resuelto nada. —Hizo tintinear las llaves que llevaba en el bolsillo, se volvió a observar la casa y después se miró a los pies—. Lo siento. La culpa es de los federales. Nos tienen a todos paranoicos. Llegan a la ciudad avasallando y se ponen a dar patadas a las puertas y a hacer todo tipo de preguntas, poniéndose chulos para que no toques nada. A los pocos días, tienen una actitud como de «¿Por qué nadie ha hecho nada? ¿Quién está al mando aquí?». Tío, de veras, deberías estar contento de haberte marchado. —Se dio cuenta de lo que acababa de decir—. No quería...

—No pasa nada —dijo—. No te preocupes.

Suspiró.

—De acuerdo. A ver, creo que podré enviarte unas cuantas cosas hoy mismo. No debería hacerlo, pero no parece que hoy sea el mejor día para empezar a acatar el reglamento, ¿no?

CAPÍTULO 9

Me pasé el resto de la mañana en la oficina, haciendo facturas de sistemas recién instalados y respondiendo a llamadas que pedían cita para nuevas instalaciones, pero no podía dejar de pensar en el polvo negro con las huellas que había visto en el alféizar de la ventana ni en qué tipo de promesas o de amenazas tendría que hacer alguien para conseguir que Easter Quillby abriese la ventana y saliese sigilosamente en plena noche.

Si algo había aprendido tras veinte años como policía es que cuando alguien desaparece, una de dos: o está muerto o no quiere que lo encuentren. Cuando desaparece un chaval, la mayoría de las veces es lo primero, sobre todo cuando ya llevan cuarenta y ocho horas desaparecidos. Transcurrido ese tiempo, las posibilidades de llegar a encontrarlos, mucho menos de hallarlos con vida, se van reduciendo con cada día que pasa.

Pero el caso de Easter y Ruby parecía de los facilitos: dos niñas pequeñas, con una madre muerta y un padre incumplidor que, de buenas a primeras, surge de la nada y desaparecen de un hogar de acogida. Estaba seguro casi al cien por cien de que las niñas estaban con su padre, y estaba seguro casi al cien por cien de que al cabo de dos días empezaría a ser consciente del lío en el que se había metido y acabaría intentando devolverlas como si no hubiese pasado nada.

Mientras trabajaba, los ojos se me iban a la foto enmarcada de mi hija Jessica y yo, que estaba en la esquina de la mesa. En la foto tenía once años, más o menos la misma edad que Easter Quillby. Alguien la había sacado una mañana de sábado de aquel otoño en que su tribu de Princesas Indias había pasado el fin de semana en el Campamento Ave de Trueno, en el lago Wylie, lo cual significaba que un puñado de niñas habían pasado juntas el fin de semana en una cabaña, cortando chalecos a partir de enormes rollos de fieltro y ganando plumas de colores en manualidades y equitación mientras sus padres se quedaban por ahí dando vueltas al mismo tiempo que buscaban temas de conversación que no fueran sus hijos y sus mujeres.

En la foto, Jessica iba a lomos de uno de los caballos del campamento, y yo estaba a su lado, la mano sobre la empuñadura de la montura como si la estuviera guiando, a pesar de que una mano de alguien del campamento iba agarrando las riendas fuera de cámara, claramente consciente de que yo no tenía ni idea de qué demonios estaba haciendo. Ahí estoy, mirando al sol con los ojos entrecerrados, sonriendo a la cámara. La noche anterior, uno de los padres y yo nos habíamos ido del campamento después de que las niñas se fueran a dormir, mientras el resto de los tíos se quedaban charlando y jugando a las cartas. Cogimos el coche y nos pasamos por una tienda de 24 horas que estaba enfrente del campamento a por una caja de cervezas. Después volvimos y nos sentamos en el teatro al aire libre de enfrente del

lago, ventilándonos una cerveza tras otra y tirando los botellines vacíos a la parte oscura de la orilla. En la foto Jessica no era más que una niña, y ahora tenía dieciséis años, acababa de empezar su penúltimo año de instituto y estaba pensando ya en la universidad.

Vivía con mi exmujer, Tina, y su marido, Dean, en un barrio antiguo y arbolado en el que la mayoría de las casas estaban protegidas por sistemas de alarma instalados o revisados por mí. Aun así, yo jamás había entrado en casa de Dean, lo cual no quiere decir que fuera mal tío: era un hombre hogareño y currante que había ganado dinero montando una constructora con su hermano. Caray, si hasta podría haber sido yo, pero no lo era. Él y mi exmujer llevaban cinco años casados, y Jessica llevaba viviendo en aquella casa casi la mitad del tiempo que había vivido en la mía.

Mucho antes del accidente, los tres solíamos ir a comer al Cracker Barrel los domingos al salir de la iglesia, y después dábamos una vuelta en coche por los barrios ricos a ver qué casa nos compraríamos cuando tuviéramos suficiente dinero, aun a sabiendas de que jamás lo tendríamos. No sé si Dean vivía allí o no por aquel entonces, pero sé que debimos de pasar un millón de veces por delante de su casa.

Hace años que no voy a la iglesia, y ahora nunca paso por delante de casas como la de Dean a no ser que no tenga más remedio.

Cuando volví de comer, había papeles esperándome en la bandeja del fax. Me senté a mi mesa y me puse a hojearlos: un informe policial con una caligrafía tan chapucera que me costó Dios y ayuda leerlo.

En el informe, la señorita Crawford decía que aquella mañana había entrado a ver a Easter y a Ruby porque tardaban en ir a desayunar; se había encontrado con que las dos camas estaban vacías y las niñas no estaban. Después vio la ventana abierta y llamó a la policía. Dijo que las dos llevaban camisones a la hora de acostarse, pero que no recordaba los colores. Faltaba un par de deportivas de cada una, pero no se habían llevado nada más. Mencionó que su padre, Wade Chesterfield, se había presentado en la escuela y después en el hogar, y le había descrito como alto y flaco, en torno a un metro ochenta de alto y unos ochenta kilos de peso, con cabello rubio rojizo como el de Easter.

Pero me sorprendió lo que encontré en la última página del informe. Dejé el resto de las hojas al lado del fax, me levanté y me fui a la recepción, donde la puerta de cristal y las ventanas de la fachada dejaban entrar el sol. Puse el papel a la luz para verlo bien. Era una fotocopia a dos caras de una tarjeta de béisbol de Wade Chesterfield de cuando jugaba con los Gastonia Rangers.

Parecía una tarjeta hecha por los Rangers para un encuentro promocional celebrado al inicio de una temporada en la que aún había grandes expectativas. Incluso puede que fuera una tarjeta no oficial que Chesterfield hubiese diseñado, encargado y pagado de su propio bolsillo. En la foto salía en posición de pítcher: un

zurdo. Los Gastonia Rangers, que se habían mudado a Hickory al final de la temporada del noventa y dos, eran un equipo cantera de los Texas Rangers, y sus uniformes eran prácticamente idénticos. Chesterfield llevaba el jersey blanco de los partidos que se jugaban en casa, y aunque era una fotocopia en blanco y negro, lo más probable es que la gorra fuese azul y que las letras cursivas de «Rangers» de la camiseta fueran también azules con un ribete rojo. En el otro lado de la tarjeta figuraban las estadísticas de Chesterfield y su descripción. Medía uno ochenta y cinco, y por aquella época solo pesaba setenta y tres kilos. No faltaba ningún detalle; lo único que no pude averiguar con la tarjeta de Wade Chesterfield era su aspecto: alguien se había dedicado a tacharle la cara con un bolígrafo.

Volví a mi mesa y hojeé los papeles, deteniéndome cuando encontré la foto policial de Wade. La habían sacado en 1995, y en ella su pelo era una porquería grasienta y tenía la cara cubierta por una barba desgreñada. Intenté imaginarme aquel rostro afeitado y muchos años más joven, encima del cuerpo del pícher.

El teléfono inalámbrico estaba en mi mesa. Lo cogí y marqué el número de Sandy en comisaría.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Quién le tachó la cara?

—La cara ¿de quién?

—La de Chesterfield, en la tarjeta de béisbol: ¿quién la tachó?

—No sé —dijo—. Encontramos la tarjeta debajo del colchón de la mayor. Supongo que ella. Parece que Wade no era candidato a ser elegido mejor padre del año, al menos este año.

Cuando dije esto miré la foto mía con Jessica que estaba sobre la mesa; me imaginé que me encontraba esa foto con mi cara tachada. Sentí una opresión en el pecho y me obligué a mí mismo a dejar de pensar en la foto. Me puse en pie, fui a la recepción y me quedé mirando los coches que pasaban por la avenida Franklin.

—¿Por qué lo arrestaron?

—Conducción bajo los efectos del alcohol —respondió Sandy—. Y no era la primera vez. Esperemos que fuese la última, sobre todo si están las niñas con él.

Se hizo el silencio al otro lado del teléfono, y supe que Sandy tenía la vista clavada en su mesa y que intentaba dar con algo que decir puesto que no podía retirar lo que ya estaba dicho. Carraspeé.

—Vale —dije—. Gracias.

—Eh, cuenta con comer juntos mañana para que podamos hablar de todo esto. Te llamo si me entero de algo antes.

—Perfecto —dije. Colgué.

Al girarme para volver a mi mesa vi que se había quedado una hoja de papel en la bandeja del fax. Era una copia de las fotos del colegio de Easter y Ruby, que seguían encima de la cómoda de su dormitorio en el hogar. A diferencia de la mayoría de los chavales, cuyos padres los ponían de punta en blanco para las fotos del cole, Easter y

Ruby no llevaban más que pantalón corto y camiseta, y tenían el pelo largo y despeinado. A pesar de que casi ni parecían hermanas, había algo en sus ojos que te decía que habían visto las mismas cosas, y pensé que no había nadie más en el mundo que tuviera una foto de las dos niñas en su casa, y que la única foto que había de ambas estaba sobre la cómoda de un dormitorio del que habían desaparecido.

Aunque tenía que concertar unas citas y terminar de hacerle unos encargos al fabricante, me senté en una de las tres sillas de la recepción de la oficina, que por lo demás estaba vacía, y me quedé mirando cómo se desplazaba por la moqueta el sol que entraba por la puerta de cristal. De vez en cuando cogía los faxes que había sobre la silla de mi derecha y los hojeaba antes de volver a soltarlos, pero sobre todo estaba cruzado de brazos esperando a que llegase la hora de salir. Podría haberme ido a casa ya, haber confiado en que el contestador grabaría todos los mensajes que pudieran serme necesarios, pero como odiaba estar en mi piso cuando aún era de día nunca me iba de la oficina antes de caer la noche, y en consecuencia a veces en verano me marchaba bastante tarde. Era el primer día de septiembre, y sabía que todavía faltaba un buen rato para que anocheciese lo suficiente como para volver a casa.

Al fondo de la oficina había un televisor, y se me ocurrió poner la ESPN para pillar la previa del partido de McGwire contra los Marlins. Había apostado doscientos cincuenta dólares a que no hacía ningún *home run* esa noche, pero algo me decía que me había colado.

Había tardado unos años, pero ahora sabía que este tipo de inquietud no podía evitarse; para mí la caída de la tarde todavía era como el comienzo del día, y por puro hábito me daba un poco de miedo volver a casa antes de que fuera noche cerrada, prepararme algo de cena, sentarme y ponerme un partido, no fuera que me llamasen en cualquier momento y tuviera que salir a patear las vías del tren en busca de un cadáver o pasarme por un oscuro *parking* de caravanas a rebuscar casquillos de bala entre la gravilla. Me había pasado años y años tumbado en la cama sin pegar ojo al lado de Tina, esperando a que sonase el teléfono. Ahora nunca sonaba en mi casa, pero no por eso había dejado de aguzar el oído.

Pensé en lo que antes había dicho Sandy sobre Wade Chesterfield, lo de que no era «el padre del año» y lo de los arrestos por conducir borracho, y me pregunté si Easter, estuvieran ella y Ruby donde estuvieran, sabría lo de los arrestos, y si habría estado pensando en ellos cuando tachó la cara de Wade de la tarjeta de béisbol, y si pensaría en ellos ahora mientras su padre las paseaba a saber por dónde. Me pregunté si Wade también los recordaría, si echaría un vistazo a sus hijas por el espejo retrovisor cada vez que le venían a la cabeza, si es que le venían, o si evitaría mirar porque había aprendido lo que podía suceder en una décima de segundo y no quería apartar los ojos de la carretera.

Eso había hecho yo: había mirado a Jessica por el espejo retrovisor, a Jessica

sentada en el asiento de atrás contándome con pelos y señales el entrenamiento de baloncesto que no había visto como los demás padres porque me había amodorrado. Para entonces ya habíamos llegado a la entrada de coches, y ya había encontrado el mando a distancia y le había dado al botón para abrir la puerta del garaje. Ni siquiera supe que estaba él allí hasta que Jessica gritó; para entonces ya era demasiado tarde.

El padre de Tina estaba pasando sus últimos días en el hospital de Chapel Hill, enfermo del hígado, de modo que yo había tenido que librar el fin de semana y pasarme al turno de día para estar en casa cuando Jessica volvía del colegio. Antes de marcharse, mi mujer había pegado una nota en la nevera, recordándome que hiciera dos cosas: llevarle veinte dólares a Michael, el hijo quinceañero de nuestro vecino que nos cortaba el césped los sábados por la mañana, y acercar a Jessica al entrenamiento de baloncesto el miércoles a las siete de la tarde; las dos se me habían olvidado. Tina siempre había considerado nuestro matrimonio como una investigación de años y años que no llegaba a resolver del todo. Yo era o bien el testigo poco dispuesto a colaborar que nunca daba la respuesta adecuada o el sospechoso que había dado un mal paso y había acabado haciendo lo que no debía.

El miércoles por la tarde, después de compartir una *pizza* de Domino's con Jessica, me había metido dos somníferos con una cerveza, con la esperanza de dormir una noche a pierna suelta antes de que Tina volviese a casa en algún momento del fin de semana. Estábamos a mediados de octubre y ya era casi de noche a las 18:30 cuando Jessica entró en la sala de estar con deportivas, *shorts* y camiseta y, con los ojos medios cerrados, le oí recordarme que tenía entrenamiento de baloncesto.

La oscuridad era total cuando volvimos del YMCA. He vuelto miles de veces sobre esto, y la entrada de coches cada vez es más oscura y mis faros cada vez más mortecinos. Nunca supimos si Michael venía de camino a casa o si ya había descubierto que no habíamos vuelto, pero el caso es que cuando fui a aparcar se encontraba en medio de la entrada de coches porque se me había olvidado pagarle, porque se me había olvidado hacer las dos cosas que me había pedido Tina antes de irse a hacerle compañía a su padre.

Los paramédicos ya estaban allí para cuando llegaron los agentes; mientras me echaba agua en la cara inclinado sobre la pila de la cocina, los vi a los dos por la ventana y los reconocí. Estaban en el patio hablando con los padres de Michael, dos personas a las que conocía bien desde hacía muchos años; las luces de la ambulancia lanzaban destellos sobre los cuatro. Para entonces Jessica había dejado de llorar y estaba arriba en su dormitorio sin hacer ni un ruido, seguramente deseando que Tina estuviese en casa tanto como lo deseaba yo.

Sabía que los agentes sospechaban algo cuando me sugirieron que le permitiese a uno de ellos llevarme a comisaría para interrogarme, a pesar de que no estaba arrestado. El otro se quedó en la casa. En la comisaría expliqué lo que había sucedido, o lo que pensaba que había sucedido. Casi todas las miradas que se cruzaron con la mía se desviaron hacia la moqueta. Me permitieron negarme a una

prueba de drogas, cosa que en aquel momento me pareció un favor, pero que a la larga resultó ser todo lo contrario.

No llegaron a arrestarme ni a imputarme ningún delito, pero los padres de Michael me demandaron varios meses después, lo cual favoreció que hubiera tiempo de sobra para que se difundiesen por la ciudad todo tipo de patrañas: que si me había desmayado aquella noche durante el entrenamiento de baloncesto, que si me había comportado así o así después del accidente. En el proceso civil, otros padres hicieron frente común para declarar que había salido del gimnasio dando traspiés antes de llevarme a mi hija a casa. Un par de tipos que habían estado aquella noche en la comisaría no recordaban si me olía o no a algo el aliento, pero dijeron que les había dado a entender que mejor que no me hicieran ninguna prueba, y que no me la hicieran porque yo era de rango superior al suyo.

Para cuando el jurado falló en mi contra, ya me habían dado la opción de dimitir del cuerpo —quizá sea más exacto decir que me habían animado a dimitir— y ya nos habíamos dejado un montón de dinero en abogados. Fue duro caer en la cuenta de que nos pasaríamos el resto de nuestras vidas pagando a los padres de Michael. Pero aun así no se me iba la apabullante sensación de que había salido bien librado de algo de lo que no debería haber salido bien librado, y no podía evitar pensar que Tina también la tenía: no pasé ni un segundo en la cárcel, seguía vivo, mi hija seguía viva. En ciertos aspectos, sí que había salido bien librado de algo. Pero sigo cargando con aquella culpa como si fuera un pesado abrigo de invierno, porque cuando sucede algo así, cuando un chaval estaría vivo de no haber sido por ti, en realidad nunca sales «bien librado de algo», porque ese algo nunca termina de desaparecer.

Si mi trabajo o mi falta de sueño o nuestras discusiones habían abierto grietas en nuestro matrimonio, la noche del accidente fue como una roca que cae rodando por una montaña y vacía de agua un estanque que en otros tiempos no había tenido más turbulencias que las pequeñas ondas que surcaban su superficie. Pero aguantamos todo lo que pudimos. Seguramente resistí yo más que ella, seguramente más de lo que era sano tanto para ella como para mí; seguramente, más de lo que era sano para Jessica.

Ninguno de los tres volvió a ser como antes. Nada volvió a serlo.

EASTER QUILLBY

CAPÍTULO 10

Mis ojos se abrieron con el ruido de un motor de coche apagándose. Estaba saliendo el sol, y vi que habíamos aparcado enfrente de una Casa de los Gofres. Wade estaba mirándome desde el asiento delantero como si hubiese estado esperando a que me despertase. A mi lado, Ruby seguía con los ojos cerrados.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—Casi hemos llegado.

—Llegado, ¿adónde?

—A Myrtle Beach —dijo.

Miré a Ruby para asegurarme de que seguía dormida y no solo fingiendo para oír lo que decíamos.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—Es que ninguna de las dos hemos ido nunca a la playa, y si no estás diciendo la verdad...

—Estoy diciendo la verdad —susurró—, y tienes que empezar a creerme. — Señaló a Ruby con la cabeza—. No te pido que confíes en mí solo por mí. Te pido que lo hagas por tu hermana. No sabes hasta qué punto te admira y quiere ser como tú.

—¿Por qué me dices todo esto?

—Te lo digo porque estoy intentando hacer bien las cosas, aunque no pueda cambiar el pasado, aunque no pueda compensar el tiempo perdido ni deshacer todas las cosas que he hecho. Solo quiero otra oportunidad para ser vuestro padre, y si ya has decidido que no quieres que lo sea, lo entiendo. Pero te pido que dejes a Ruby decidir por sí sola lo que quiere.

—No me parece que hayas cambiado ni pizca —dije.

—¿Por qué dices eso?

—Porque hay alguien que te anda buscando. Vino al colegio buscándome a mí también. Lo vi por ahí por el bosque. Me preguntó si eras mi padre. Le dije que no, pero no me creyó. Sabía quién era yo.

Se quitó la gorra de béisbol, se pasó los dedos por el pelo y se la volvió a poner. Trató de sonreír.

—¿Qué pinta tenía?

Cuando hube terminado de describir el ojo del hombre, su voz y lo corpulento que era, Wade estaba pálido.

—¿Sabes quién es? —pregunté.

—Sí —respondió.

—¿Es malo?

—Sí, pero no nos va a encontrar. —Apartó la mirada para posarla sobre Ruby, que seguía dormida a mi lado—. Basta con que confiemos los unos en los otros y nos cuidemos. ¿Puedes confiar en mí?

Dije que sí con la cabeza.

—Gracias. Todo va a ir bien, y nos lo vamos a pasar fenomenal. Quién sabe, hasta puede que cambies de opinión sobre mí. —Sonrió, y después abrió la puerta y salió.

—No cuentes con ello —susurré.

Unas horas más tarde, Wade hizo un alto y aparcó el coche enfrente de un viejo taller mecánico que había encontrado después de pasarse por un teléfono público. Se dio la vuelta y nos miró.

—Si pudierais pintar un coche del color que os diera la gana, ¿de qué color lo pintaríais?

—¡Rosa! —chilló Ruby. Al llegar a Myrtle Beach, nos habíamos pasado por una tienda llamada Wings, y Wade había entrado y nos había comprado ropa nueva mientras nosotras lo esperábamos en el coche. Ruby se había quitado los calcetines y los zapatos y estaba metiendo los pies en un par de chanclas rosa; ninguna de las dos había llevado chanclas antes.

—Quizá quede un poco raro que un hombre vaya por ahí conduciendo un coche rosa —dijo Wade.

—¿Qué tal rojo? —pregunté.

—Rojo estaría mejor —dijo Wade. Me guiñó un ojo como si estuviésemos compartiendo algún tipo de secreto—. Esperad aquí.

—¿Adónde vas? —quiso saber Ruby.

—Voy a ver si convierto este coche marrón en uno rojo —dijo. Bajó un poco las ventanillas y salió—. Quedaos dentro.

—Vale —respondimos las dos a la vez.

Lo vimos entrar en lo que parecía una pequeña oficina pegada al taller. Ruby abrió una de las bolsas de Wings que Wade había soltado en el asiento de atrás, y yo abrí la otra. Nos pusimos a revisar toda la ropa que nos había comprado: un bañador rosa para Ruby y uno rojo para mí; dos camisetas blancas a juego con las palabras «Myrtle Beach» pintadas con aerosol y «Esto no se toca» escrito en cursiva por la parte de abajo. También había pantalones cortos: un par rosa para Ruby y uno azul para mí.

Wade había dicho que lo siguiente que íbamos a hacer era ir a la playa, así que nos pusimos los bañadores por debajo de los pantalones cortos y las camisetas. Que yo recordase, era la primera vez que me ponía ropa que no hubiese pertenecido antes a alguien.

Ruby se había quedado callada; noté que estaba pensando en decir algo y que no estaba segura de si iba a gustarme o no.

—¿Qué va a hacer la señorita Crawford cuando se entere de que nos hemos ido?
—dijo al fin.

—Ya se ha enterado, Ruby. Hace horas que han empezado las clases.

—¿Crees que estará preocupada?

—No pienses en eso. Ya no vivimos allí.

—Lo mismo deberíamos llamar para decirle que estamos bien —dijo. Tenía la vista clavada en algo que estaba detrás de mí, y al volverme vi que lo que miraba era un teléfono público que había enfrente del taller.

—No, Ruby, no podemos llamar a nadie. No podemos decirle a nadie que estamos aquí.

—Pero ¿y si están asustados?

—¿Quieres que nos mudemos a Alaska? —pregunté—. ¿O quieres que nos separen y nos envíen a familias diferentes? ¿Quieres que Wade vaya a la cárcel? —Negó con la cabeza—. Eso es lo que pasará si llamamos al hogar.

Se recostó y se quedó mirando el reposacabezas que tenía delante. Me pregunté por qué estaría tardando tanto Wade.

—Es que... —empezó a decir Ruby.

—Para ya, Ruby —dije—. Para. Fuiste tú la que tanto se alegró de verlo anoche. Ahora estamos todos aquí, y ni locos vamos a volver. Así que quítate de la cabeza eso de sentir lástima por la gente.

Unos minutos después, los tres estábamos sentados en un banco enfrente del taller, esperando un taxi. Wade había sacado del maletero una bolsa de deporte negra, y Ruby y yo habíamos metido los camiones, las bragas, los calcetines y los zapatos en las bolsas de Wings. Había un sol radiante y abrasador; uno de esos días en los que el cielo parece blanco.

Ruby y yo estábamos acostumbradas a coger taxis con mamá, y ahora, mientras esperábamos a este, me sentí casi como si hubiésemos vuelto a Gastonia, a nuestra vida de antes, solo que ahora estábamos con Wade y no con mamá, y estábamos en la playa y no enfrente del supermercado ni del consultorio médico esperando a que viniese un taxi para llevarnos a casa.

—¿Nos vamos a mudar aquí? —preguntó Ruby.

Por un instante pensé que Wade no la había oído, pero cuando suspiró me di cuenta de que solo estaba cansado y tenía calor y no le apetecía responder a una pregunta como aquella.

—No —dijo—, no nos vamos a mudar aquí. Vamos a quedarnos una temporada, nada más.

—¿Dónde vamos a vivir? —preguntó Ruby. Wade volvió a suspirar.

Me eché hacia delante y miré a Ruby por encima del hombro de Wade.

—No hagas tantas preguntas —dije. Ruby se recostó contra el banco y ya no pude verla. Esperé, pero no dijo nada más.

CAPÍTULO 11

El taxi nos dejó en un hotel de primera línea de playa. Después de registrarnos, tuvimos que pasar por delante de la piscina para ir a la escalera que llevaba a nuestra habitación. En el agua había un niño y una niña más o menos de mi edad. La niña estaba flotando en una balsa que parecía una orca, y el niño llevaba gafas de nadar. Nos miraron. Ruby los saludó con la mano, pero ninguno le devolvió el saludo. Echados en unas tumbonas había un hombre y una mujer que debían de ser sus padres. La mujer estaba leyendo un libro; el hombre parecía dormido.

—Me gusta tu balsa —dijo Ruby, pero la niña no respondió nada.

Nuestra habitación era bonita, con dos camas de matrimonio y una mesita con dos sillas. Sobre la cómoda del fondo, enfrente de las camas, había un televisor enorme. Wade pasó al otro lado de la segunda cama y dejó que la bolsa de deporte se le deslizase por el hombro y cayera al suelo. Se puso de rodillas y la metió debajo de la cama.

—¿Qué hay en esa bolsa? —pregunté.

Me miró y la empujó un poco más adentro.

—Nada —dijo—. Un poco de ropa, nada más. —Se levantó y dio unas palmadas—. Venga. A la playa todo el mundo.

El reloj de la mesilla de noche acababa de dar la una cuando terminamos de ponernos la crema solar y salimos con rumbo a la playa. Nos pasamos por un pequeño restaurante que había en el muelle junto al hotel y pedimos hamburguesas con queso, patatas fritas y Coca-Colas, y después bajamos a la arena por la escalera del muelle.

Mientras Ruby y yo desenrollábamos las toallas, Wade sacó un paquete de una bolsa y empezó a abrirlo.

—¿Qué es eso? —preguntó Ruby.

—Ya verás —contestó, poniendo la boca sobre un tubito transparente.

Supe lo que era incluso antes de que empezase a inflarlo.

—Es una balsa —dije. Wade sopló con fuerza en el tubo y me dijo que sí con la cabeza. Cuando hubo soplado varias veces más, vi el dibujo de la balsa y no quise saber nada de aquello—. Yo con eso no juego —añadí—. Tiene una bandera confederada.

—¿Qué tienes en contra de la bandera confederada? —preguntó.

—Significa que odias a los negros.

Wade hizo una mueca.

—No significa eso —dijo. Sopló un par de veces más antes de cerrar el tubo.

—¿Y qué significa entonces? —pregunté.

Wade puso el tapón al tubo y agarró la balsa como si la estuviese analizando.

—No lo sé —dijo al fin—. Pero sé que no significa eso.

Ruby yo nos sentamos encima de la balsa y Wade desenrolló su toalla. Nos quedamos mirando el mar mientras nos comíamos las hamburguesas con queso y las patatas fritas. Por primera vez aquel día, me fijé en lo cansado que parecía Wade, y pensé que se había pasado toda la noche conduciendo desde Gastonia mientras Ruby y yo dormíamos en el asiento de atrás. Debió de notar que lo miraba, porque volvió la cabeza hacia nosotras.

—¿Qué, os hace ilusión estar en la playa?

—¡Sí! —exclamó Ruby. Dio un mordisco a su hamburguesa, y después cogió la lata de Coca-Cola y bebió un trago.

—Bien —dijo Wade—. Me alegro de que os estéis divirtiendo. Quiero que esto sea divertido. —Dio el último mordisco a su hamburguesa y dobló el envoltorio mientras masticaba—. Lo único que vamos a hacer de aquí en adelante es divertirnos. —Se desató los cordones de los zapatos y se descalzó a toda mecha—. A partir de ahora, esta va a ser la única norma: divertirse.

CAPÍTULO 12

Wade llevaba todo el día diciendo que tenía una sorpresa para nosotras, y aquella noche, después de cenar, un taxi nos dejó en medio de una bulliciosa calle abarrotada de tiendas y restaurantes. En la acera de enfrente había un paseo marítimo lleno de gente: familias con niños pequeños, mujeres que solo llevaban la parte de arriba del biquini y un pantalón corto a pesar de que estaba anocheciendo y grupos de adolescentes que iban maquilladas y paseaban con sus novios de la mano.

—¿Cuál es la sorpresa? —preguntó Ruby.

—Ya lo verás —contestó Wade.

Echamos a andar por el paseo en paralelo a la playa hasta que se detuvo y señaló unas luces que brillaban a lo lejos sobre unos edificios.

—Allí está —dijo—. El Pabellón.

Levanté la mirada y vi las luces de una noria asomando justo por encima del tejado de un edificio llamado el Ático Mágico. Un montón de chavales no mucho mayores que yo hacían cola fuera para entrar. Ninguno iba con sus padres. Ruby tiró de la mano de Wade para que caminase más deprisa.

—Venga —dijo. Pasaron por un salón recreativo a la calle que estaba al otro lado del paseo.

Aquella noche montamos en casi todas las atracciones del parque, y Wade y Ruby montaron juntos en la mayoría. Me dije a mí misma que yo solita disfrutaba de las sillas voladoras tanto como si hubiera estado Wade a mi lado, y que en lo alto de la noria veía el paseo marítimo y todos los hoteles tan bien como los habría visto de haber estado allí arriba con Ruby y no más sola que la una, escuchando solo el viento y la música que me llegaba desde abajo.

La casa encantada era prácticamente la única atracción del parque solo para niños de mi edad, y cuando pasamos por delante Wade me preguntó si quería entrar.

—Bueno, a lo mejor —dije. Cortó un par de *tickets* y me los dio.

—Pues hala —dijo. Señaló un banco—. Ruby y yo estaremos ahí sentados cuando salgamos.

—¿No venís conmigo? —pregunté.

—Ruby no puede entrar. Y no pienso dejarla sola aquí fuera. Pero ve tú. No nos importa. A lo mejor hasta nos montamos en otra cosa.

Me di media vuelta, fui derecha a la casa encantada y me puse a la cola. Para recorrer la casa tenías que subirte a un cochecito que iba enganchado a otros, lo mismo que en la montaña rusa.

En la cola, alguien se rio detrás de mí, y al girarme vi a dos chicos y a dos chicas que tendrían quince o dieciséis años. Los chicos vestían ambos de polo y pantalón corto y llevaban las gorras de béisbol del revés. El más alto tenía un vaso enorme de

granizado de limón del que asomaba una pajita. Una de las chicas estaba agarrada a un gran oso de peluche que uno de los chicos debía de haber ganado para ella. El oso era marrón y llevaba un peto vaquero. El chico del granizado se echó a reír cuando lo miré. Volví a mirar al frente.

—No sé lo que pone —susurró el otro chico.

—Pregúntaselo —dijo una de las chicas. Se estaba riendo tanto que ni siquiera era capaz de susurrar.

—Eh —llamó el chico. Me dio un toqucito en el hombro—. ¿Qué pone en tu camiseta?

Me di la vuelta y le enseñé la camiseta para que me dejase en paz.

—¿«Esto no se toca»? —dijo una de las chicas. Los cuatro se echaron a reír. Volví a darme la vuelta para que no me vieran—. Dios mío —dijo la chica—. ¿Quién iba a querer tocarlo?

Me puse colorada porque me sentía como una estúpida por llevar esa camiseta, y más estúpida aún por haber pensado que era una camiseta guay. Pero era la única que tenía, y odié a Wade por habérmela comprado.

El trenecito salió de la casa encantada y la gente se bajó, y yo me subí al primer coche y me puse la barra protectora sobre las rodillas. El chico alto del granizado y una de las chicas se subieron al coche que iba detrás del mío.

Los frenos silbaron y los coches empezaron a entrar en la casa encantada, y cuando cogimos más velocidad empezó a sonar una música chirriante de Halloween por unos pequeños altavoces que colgaban de las paredes. Una sábana blanca que se suponía que tenía que ser un fantasma cayó del techo. Pasamos justo por debajo del fantasma, que estaba tan bajo que lo podría haber tocado solo con alargar el brazo. Cuando me volví para verlo mejor, vi que el chico que iba en el coche de atrás se levantaba y le daba un tortazo. El fantasma se meció como una piñata. El chico que iba en el coche de detrás del suyo se rio. La casa entera estaba llena de trastos baratos que no daban ningún miedo. El único momento del recorrido en el que pegué un bote fue cuando noté que una cosa fría me daba en el cuello.

Al principio pensé que debía de ser agua que caía del techo, pero al tocarme el pelo y pasarme la mano por la nuca supe exactamente lo que era: granizado de limón. El chico de atrás se rio y susurró «Esto no se toca» a la chica que lo acompañaba. También ella se carcajeó. El chico sorbió más granizado con la pajita y me lo escupió en el pelo. No me volví a mirarlo. Me limité a pasarme los dedos por el pelo, con la esperanza de que no se notase que estaba mojado cuando me reuniese con Wade y Ruby a la salida.

Cuando el tren se detuvo, me escurrí por debajo de la barra protectora antes de que al maquinista le diese tiempo de desactivarla. Fui la primera en salir, y bajé las escaleras corriendo por delante de toda la gente de la cola. Wade y Ruby estaban sentados en el banco. Wade me vio y me saludó con la mano. Dijo algo, pero estaba demasiado lejos para oírlo. Los chavales de la casa encantada debieron de ver que

Wade me hacía un gesto con la mano y que Ruby y yo llevábamos la misma camiseta. Volvieron a estallar en carcajadas.

Al ver a Ruby y a Wade sentados en aquel banco con sus camisetas de Myrtle Beach mientras los chavales se reían de nosotros, tuve la peor sensación de malestar y soledad que había tenido desde la mañana en que Ruby y yo nos acercamos a Fayles a llamar al 911. Eché a correr y no paré hasta que crucé la calle, atravesé el salón recreativo, pisé el entarimado del paseo marítimo y ya no pude seguir.

Me quedé en el paseo y me apoyé contra la barandilla; el viento soplaba desde el océano, retirándose el pelo de la cara y secándose las lágrimas.

Alguien me tiró de la camiseta. Me di la vuelta y vi a Ruby.

—¿Estás bien? —preguntó.

—No —dije—. No estoy bien.

Me giré de nuevo y volví a mirar a la playa, medio deseando por un lado que me dejase en paz y medio deseando por otro que me dijera que también ella odiaba a Wade, que sabía por qué esos chavales se estaban riendo de nosotras, que se quería ir a casa. Se acercó a la barandilla y se puso a mi lado.

—¿Daba miedo? —preguntó.

—Que si daba miedo ¿qué?

—La casa encantada. ¿Por eso estás llorando?

—No.

—Entonces, ¿por qué?

—No lo entenderías —respondí.

—Te apuesto a que sí. Te apuesto a que entiendo mucho más de lo que tú te crees.

—Puede.

—Papá cree que te has asustado porque has entrado sola. Ha ido a por monedas para que nos vayamos a los videojuegos. Cree que te has enfadado con él.

—No es nuestro «papá» —dije yo—. No sé por qué te empeñas en llamarlo así.

—Así es como quiere que lo llamemos.

—¿Ah, sí? Y ¿qué hay de lo que quiero yo, Ruby?

Cruzó los brazos sobre la barandilla, subió la barbilla y la apoyó en las manos. Nos quedamos mirando el mar.

—Pero da gustito, ¿no? —dijo al fin—. Quiero decir, tener un padre como todo el mundo. Me gusta, no lo puedo evitar.

—Mejor que no te acostumbres —dije.

Ruby se apartó de un empujón de la barandilla y subió la voz, y habría chillado si el viento no hubiese soplado tan fuerte que se llevó sus palabras antes de que llegasen hasta mí.

—¿Por qué te portas así? —dijo—. Esta mañana dijiste que mejor que no pensara en volver a casa, que mejor que me acostumbrase a estar con él. Y ahora vas y me dices que mejor que no. —Estaba llorando, y quise cogerle la mano, pero la apartó y echó a andar marcha atrás hacia el Pabellón. Nos miramos por unos instantes, y

después se dio media vuelta y salió corriendo hacia el salón recreativo. La seguí.

Wade estaba en la entrada, y me fijé en que llevaba los bolsillos del pantalón corto cargados de monedas de veinticinco centavos. Vio que Ruby estaba llorando, y suspiró y se agachó a su altura.

—¿Qué ha pasado?

—Nada —contesté antes de que pudiese responder Ruby—. Se asustó porque me asusté yo. —Alargué la mano y se la puse sobre la cabeza—. ¿Verdad?

Ruby apartó la cabeza del hombro de Wade, se giró y me miró. Se sorbió la nariz y se secó un ojo.

—Bueno, a ver —dijo Wade, poniéndose en pie. Dio una palmadita a las monedas que llevaba en los bolsillos—. ¿A quién le apetece ir a los videojuegos?

Ruby lo miró.

—¡A mí! —exclamó.

Wade se metió las dos manos en los bolsillos, y al sacarlas tenía los puños llenos de monedas. Se agachó y repartió un puñado entre los bolsillos del pantalón de Ruby, y después me tendió la otra mano. Ahuequé las mías y dejó caer las monedas en mis palmas. Intenté echármelas a los bolsillos sin que se me cayera ninguna, pero unas cuantas se me colaron entre los dedos y se fueron rodando hacia el entarimado. Ruby salió corriendo a por ellas y me las trajo.

—¿A qué queréis jugar primero? —preguntó Wade. Volvió a arrodillarse y ajustó el cordón de la cintura de Ruby para evitar que las monedas que llevaba en los bolsillos tirasen hacia abajo del pantalón.

—¡Al Pac-Man! —chilló Ruby, dando saltitos.

Eché un vistazo al salón recreativo y vi lo que había estado buscando.

—¿Puedo ir al baño? —pregunté. Wade se puso a mirar a su alrededor hasta que vio el letrero de los servicios en la pared del fondo, al lado de la tienda de regalos.

—Vale —dijo—. Pero en cuanto acabes, vuelve aquí.

Nada más meterme por el pasillo en dirección a los servicios vi lo que había esperado encontrar: entre el servicio de hombres y el de mujeres había un teléfono público colgado en la pared. Me arrimé el aparato a la mejilla ayudándome con el hombro, saqué un puñado de monedas y las eché todas a la ranura. Nada más oír el tono marqué su número, cerré los ojos y esperé a oír la señal.

—¿Hola? —dijo Marcus.

—¿Marcus?

—¿Sí?

—Soy yo. Easter.

La línea quedó en silencio.

—Eh —dijo al fin—. Esperaba que me llamaras.

—Y yo espero que no te importe que te llame —dije, tapándome la otra oreja con la mano porque había mucho ruido en el salón recreativo, a pesar de que yo estaba en la otra punta del pasillo.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—En un salón de juegos en Myrtle Beach, con mi padre y con Ruby. Llegamos anoche.

—Os vi marcharos —dijo—. Estaba intentado pasarme a verte.

Se oyó un ruido al otro lado de la línea, y después oí otra voz en la habitación.

—¿Quién es? —pregunté—. No les digas que soy yo.

Demasiado tarde. Su madre se puso al teléfono.

—Easter, cariño, ¿dónde estás?

—Que se vuelva a poner Marcus, por favor —dije. Me habían empezado a sudar las manos, y notaba el corazón latiéndome en los oídos.

—No tengas miedo, preciosa. La policía te va a encontrar; os andan buscando a ti y a tu hermana. ¿Estás con tu padre?

—Marcus ha dicho que están en Myrtle Beach —dijo un hombre al fondo. Era el padre de Marcus.

—¿Myrtle Beach? —dijo su madre—. Vale, vale.

—Por favor, que se ponga Marcus otra vez —dije—. Por favor. —Pero no me lo pasaba, y tampoco dejaba de hablar, diciéndome que todo iba a salir bien.

—¿Qué dice? —se oyó preguntar al padre de Marcus. Su madre no le respondió; siguió hablando conmigo. Y de repente se hizo el silencio.

—¿Hola? —dije. Oía hablar a los padres de Marcus, pero no sabía lo que decían—. ¿Hola? —repetí. Me imaginé a la madre de Marcus en medio de la cocina con la mano sobre el auricular, susurrándole al padre. No sabía qué hacer, así que colgué. Oí el tintineo de las monedas cuando cayeron al cajetín del cambio.

Al enfilar el pasillo para volver al salón recreativo fue cuando comprendí lo que acababa de hacer. Seguro que en Gastonia ya se había enterado todo el mundo de que habíamos desaparecido. Ahora, los padres de Marcus sabían dónde estábamos y con quién. Solo era cuestión de minutos que también la policía se enterase de todo.

Después de fundirnos todas las monedas de Wade, Ruby y yo nos quedamos en la acera contemplando la montaña rusa mientras Wade avisaba a un taxi.

Por debajo de los sonidos de la montaña rusa, de la música y de los videojuegos del salón recreativo se oía algo más. Ruby también lo oyó, y miramos a nuestro alrededor hasta que dimos con ello: en la acera de enfrente, a nuestra izquierda, había una jaula de bateo. El ruido que habíamos oído era el de una pelota de béisbol chocando contra una cortina de goma; en la cortina había un dibujo de un cácher acuclillado detrás del *home plate*. Estaba lanzando un hombre de la edad de Wade más o menos, y había otro sentado en un taburete al lado de la jaula, en la que una pantallita con números rojos informaba de la velocidad de los lanzamientos. El primer lanzamiento fue de cuarenta y cuatro, el segundo de cuarenta y siete. Alrededor había un grupo de gente aplaudiendo y riendo.

Al oír que Wade colgaba el teléfono, Ruby lo miró y señaló hacia la jaula de bateo.

—Quiero hacer eso —dijo. La boca de Wade dibujó una línea recta, y entrecerró los ojos como si estuviera pensando en algo en lo que no quería pensar—. Anda, porfa —dijo Ruby.

—Vale —aceptó Wade—. Vamos a mirar. —Cogió la mano de Ruby y Ruby cogió la mía, y los tres cruzamos la calle.

Nos quedamos junto a la jaula viendo cómo el hombre hacía varios lanzamientos más antes de que se le acabase el turno. Sus amigos seguían aplaudiendo y jaleándole. El encargado de la jaula nos miró desde el taburete. Estaba muy gordo, y el culo y los muslos se le desparramaban por los lados del taburete como si llevase los pantalones rellenos de globos de agua.

—¿Qué, os animáis a probar? —preguntó.

Ruby miró a Wade y se apoyó contra su pierna.

—¿Puedo? —preguntó.

—¿Cuánto es? —le preguntó Wade al gordo del taburete.

—Diez lanzamientos, cinco dólares —dijo. Wade se sacó el monedero del bolsillo de atrás y encontró un billete de cinco. Se lo ofreció al hombre y este lo cogió sin levantarse siquiera del taburete.

Wade bajó la mano y la puso sobre la cabeza de Ruby, que lo miró.

—Puedes lanzar cinco veces —dijo Wade, levantando la otra mano y abriendo los dedos. Me señaló—. Y lo mismo Easter.

—Yo no quiero —dije—. Que los lance todos Ruby.

—No —respondió él—. Quiero ver de qué eres capaz. Vuestro viejo quiere ver qué tipo de brazo tienen sus hijas.

Ruby se colocó en la entrada de la jaula y miró la imagen del cácher que estaba dibujada en la cortina del otro extremo. Las pelotas que había estado lanzando el hombre de antes estaban entre Ruby y el cácher. El gordo del taburete señaló las pelotas con un gesto de la cabeza.

—Adelante —dijo.

Ruby entró en la jaula y nos pasó las pelotas haciéndolas rodar, mientras Wade se inclinaba a recogerlas a medida que iban llegando. Esperó a que Ruby saliera de la jaula, y entonces le pasó una pelota. Ruby se giró para lanzarla, pero Wade le puso la mano en el hombro para impedirselo.

—¿Te importa si se acerca un poco más? —le preguntó al gordo, señalando al cácher con la cabeza. Este se limitó a encogerse de hombros. En la mano tenía un fajo de billetes atado con una goma. Aflojó la goma y añadió el billete de cinco dólares de Wade.

—A mí lo mismo me da —contestó el gordo. Sin quitarle las manos de encima de los hombros, Wade hizo avanzar a Ruby unos tres metros por el interior de la jaula.

—Así está bien —dijo.

Ruby levantó el brazo hacia atrás y voleó su primer lanzamiento al cácher. La pelota trazó en el aire un arco como el de un arcoíris y cayó contra la cortina, justo encima de la cabeza del cácher. Miré la pantallita que había al lado del gordo: los números rojos dijeron veinticuatro. Ruby se dio media vuelta y vino corriendo hacia mí, pero al llegar al taburete del gordo paró y miró el veinticuatro de la pantalla.

—¡Veinticuatro! —le dijo a Wade.

—Fenomenal —exclamó él—. Y todavía te quedan cuatro.

Nada más terminar los lanzamientos, Ruby salió de la jaula y me trajo las tres pelotas.

—Te toca —dijo.

—Si es que no quiero —respondí. Wade salió detrás de Ruby y se plantó a mi lado.

—Venga —dijo—. Seguro que te diviertes. —Me dio con el codo para animarme—. Quiero ver cómo le das caña. —Suspiré lo bastante alto como para que me oyeran, y dejé dos de las pelotas en el suelo, me puse recta y di un paso hacia la jaula—. Venga, va —dijo Wade, batiendo palmas—, dale caña.

Cogí la pelota con las dos manos y me quedé mirando al cácher de la cortina de goma; después giré el hombro izquierdo hacia él y subí la pierna derecha igual que le había visto hacer mil veces a John Smoltz. Lancé la pelota con todas mis fuerzas, y dio en la goma a más o menos un metro a la izquierda de la cabeza del cácher. Miré a la pantalla para ver a qué velocidad la había lanzado: treinta y seis.

—¡Toma ya! —dijo Wade. Aplaudió, y al volverme vi que tenía la mano levantada como si estuviera esperando a que chocase los cinco con él. Alargué el brazo y le di en la palma; sentí un sofoco en la cara y supe que me estaba sonrojando, pero no pude evitar sonreír. Ruby también levantó la mano para chocar los cinco, y le di en la palma igualito que a Wade. Me incliné a por otra pelota, y al ponerme derecha noté que Wade estaba justo detrás de mí.

—Tú concéntrate en ese guante. Imagínate que la pelota entra derechita en el guante. —Se inclinó hacia mí, me cogió de las muñecas y me subió las dos manos al pecho—. A ver, cuando subas la rodilla, asegúrate de que tu hombro izquierdo está apuntando hacia el cácher.

Clavé la mirada en el guante del cácher y me imaginé la pelota dándole de lleno. Cuando giré los hombros para empezar mi lanzamiento, me di cuenta de que Wade se había retirado un poco. Subí la rodilla exactamente igual que antes, pero esta vez no aparté los ojos del guante y giré el hombro izquierdo hacia adentro como me había dicho Wade. Lancé la pelota con todas mis fuerzas, y esta vez le di al cácher en mitad de la máscara. En la pantalla apareció un cuarenta y dos. Oí a Wade aplaudiendo detrás de mí.

—¡Ahí le has dado! —dijo—. Si la ha cogido con la máscara, es culpa suya.

Esta vez no me volví a mirarlo porque estaba sonriendo de verdad, y no quería que me viera. Me agaché y cogí la última pelota. Al erguirme, oí otra voz por detrás.

—¡Cuidadito! —dijo la voz—. ¡Esto no se toca!

Me giré y vi a los cuatro chavales que habían recorrido la casa encantada detrás de mí. Una de las chicas seguía agarrada al oso de peluche, pero el chico alto debía de haberse bebido ya la limonada porque llevaba las manos en los bolsillos. A su lado, el más bajito se rio, y después se dieron una especie de apretón de manos que terminó con un choque de puños. Las chicas no hacían más que mirarme como si no me reconocieran de antes.

Miré a Ruby; se había dado la vuelta y también las estaba mirando. Vi que Wade estaba mirando a los chicos con una sonrisa extraña, como si le pareciera gracioso lo que habían dicho.

—¿Vosotros jugáis al béisbol? —preguntó.

Me costó creer que les hubiera dirigido la palabra, más aún que intentase hacerse amigo de ellos. Era imposible que no viera que se estaban riendo de nosotros: de cómo íbamos vestidos, de nuestras pintas.

Me volví hacia la jaula y clavé los ojos en el guante del cácher, intentando concentrarme en él, intentando imaginarme la pelota dándole de lleno, pero cuanto más lo miraba más me parecía que me iba a echar a llorar de un momento a otro. En vez de llorar, lancé la pelota con todas mis fuerzas. Me daba lo mismo que fuera o no un *strike*; lo único que quería era que hiciera daño a algo, a lo que fuese. Volvió a dar a la cortina, más o menos a un metro a la izquierda del cácher, pero esta vez apareció un cuarenta y cinco en la pantalla. Me di la vuelta para asegurarme de que Wade lo había visto, pero ni siquiera me había estado mirando. Se había acercado a los chicos y estaba hablando con ellos.

—¿Lo dice en serio? —preguntó el chaval alto. Miró al más bajo, que estaba a su lado, y sonrió. Volvió a dirigirse a Wade—. De acuerdo.

Miré a Ruby. No me había quitado el ojo de encima, como si estuviese esperando a ver con cuánta fuerza iba a lanzar la siguiente bola.

—Venga —dijo. Señaló al cuarenta y cinco que seguía en la pantalla—. Todavía puedes tirar más fuerte.

—No quiero seguir lanzando —dije. Le pasé las dos bolas y di un paso atrás.

—¿Estás segura? —preguntó Ruby. Hice un gesto afirmativo.

Entró en la jaula y se detuvo más o menos en el mismo punto desde donde había lanzado sus cinco primeras bolas. Me volví hacia la izquierda, de cara a la playa, y pensé que ojalá pudiera traspasar con la mirada el edificio de la acera de enfrente para ver el océano, y no solo oírlo en la distancia. El primer lanzamiento de Ruby dio de lleno en la cortina, y a los pocos segundos oí el segundo. No escuché a Wade decirle ni una palabra cuando terminó, y supe que tampoco a ella la había estado mirando.

Pero me di la vuelta nada más oír lo siguiente que dijo Wade.

—Aquí el amigo y yo vamos a por diez más.

Wade alargó el brazo para darle un billete de cinco dólares al gordo del taburete. El hombre lo cogió, volvió a sacar el fajo de dólares y se puso a desenganchar la

goma. El chico alto se había apartado de sus amigos y estaba al lado de Wade, enfrente de la jaula. Parecía nervioso por estar tan cerca de él, pero sonreía como si quisiera disimularlo.

—Venga, Evan —dijo el otro chaval, batiendo palmas. Las dos chicas y él seguían en el mismo sitio. Daba la impresión de que ellas no sabían qué pensar de lo que estaba ocurriendo. Yo tampoco sabía qué pensar. Wade recogió las tres pelotas y las dejó a los pies de Evan, y luego agarró una y se la ofreció.

—Bueno —dijo Wade—. Cinco lanzamientos por barba. —Alzó la mano y señaló a las dos chicas—. Y el que lance la más fuerte se lleva a casa el oso de peluche.

Entonces comprendí por qué una de las chicas no parecía tan emocionada como su amiga y el chico que estaba con ellas.

—Lo tienes chupado, Evan —dijo el chico—. Pan comido.

Evan hizo rodar la pelota en su mano, y a continuación se puso la gorra del revés para mirar al frente. Primero apretó la pelota con las dos manos como si quisiera empequeñecerla, y luego hizo un movimiento circular con la cabeza y estiró los hombros hacia delante y hacia atrás. Después se quedó mirando la cortina, con su dibujo del cácher agachándose con el guante en alto. En el momento en que se llevó la pelota al pecho y ahuecó la mano izquierda para ocultar el agarre, supe con certeza que no era la primera vez que lanzaba. Se me cayó el alma a los pies, y más aún después de oír que la pelota chocaba contra la cortina de goma. Miré a la pantalla: sesenta y nueve.

—Ahí lo tienes —dijo el chico bajito—. A eso me refería. —Incluso las chicas parecieron interesarse, y dieron un paso hacia la jaula para verla mejor.

El hombre gordo se echó hacia delante, miró la pantalla y se rio resoplando.

—Es la mayor velocidad que he visto esta noche —dijo, mirando a Wade como para hacerle saber que no tenía nada que hacer contra el chaval.

Yo también miré a Wade, y después a Evan, que estaba apretujando otra pelota con las dos manos, igual que había hecho con la primera. Era más corpulento que Wade, y de hecho parecía un atleta; Wade tenía al menos veinte años más y parecía un tipo flacucho con barriguita que seguramente no había practicado ningún deporte en toda su vida. Ahora que se había afeitado vi la piel que le colgaba por debajo de la barbilla, y me pregunté cómo podía ser que su cuerpo pareciera tan flaco y tan blando al mismo tiempo.

Evan se preparó como antes para lanzar, y esta vez la pelota hizo todavía más ruido al chocar contra la cortina y dio al cácher en mitad del pecho. Apareció un setenta y uno en la pantalla. Evan dio un paso atrás y miró a Wade, pero Wade no apartó los ojos del punto en el que había dado la pelota.

—Buen tiro —dijo—. Tienes un buen brazo.

Evan sonrió como si ya hubiese ganado la apuesta, y todos pensamos que no se equivocaba. Sus tres lanzamientos siguientes fueron igual de rápidos. El último golpeó al cácher en la máscara y entró a setenta y cuatro. El chico bajito se rio al ver

dónde había dado la pelota. Evan y él chocaron los cinco, y la chica que lo había acompañado en el recorrido por la casa encantada se acercó y cogió a Evan del brazo.

Me puse a mirar cómo lo festejaban, pero de repente vi algo por el rabillo del ojo que me llamó la atención; era Wade. Iba y venía por la acera, moviendo los brazos como si fueran palas de helicóptero. El grupo de adolescentes también se fijó. Se callaron y se le quedaron mirando.

—¿Qué demonios...? —dijo Evan. Se echaron a reír.

Miré a Ruby; también ella estaba mirando a Wade. Él se acercó a la jaula, se detuvo y miró al cácher, y después se agachó y cogió una de las pelotas. La hizo rodar en la palma abierta de su mano izquierda, y luego la apretó con las dos manos igual que había hecho Evan. Se puso recto, con las manos en los costados y agarró la pelota con la izquierda. Hasta ese momento nunca se me había pasado por la cabeza que fuera zurdo. Se llevó la mano al pecho y ahuecó la mano derecha para ocultar la pelota, y a continuación se quedó inmóvil.

Permaneció clavado en el sitio como los espantapájaros de los dibujos animados; mejor dicho, podría haber pasado por un espantapájaros de verdad: de repente me pareció que la camisa y los pantalones le estaban una talla grande. Según iba pasando el tiempo, Wade permanecía inmóvil mientras el ruido del tráfico y las voces de la gente de la calle iban disminuyendo, hasta que solo se oían las risitas de los dos chicos que estaban a su derecha. No conseguía apartar la vista de él.

Cuando empezó a prepararse para el lanzamiento, miró hacia la acera opuesta y subió tanto la rodilla izquierda que pensé que le tocaría la frente, y cuando se impulsó para lanzar juro que vi que los brazos y las piernas se le soltaban del cuerpo y se quedaban suspendidos unos segundos en el aire antes de acoplarse de nuevo. Y juro que también oí algo: un sonido como el de una tabla de planchar desplegándose o el de una verja vieja y chirriante abriéndose y dando un portazo. Pero mientras contemplaba la escena, era incapaz de adivinar si la pelota caería a los pies de Wade o si traspasaría la cortina y saldría volando calle abajo para perderse en la noche.

En el mismo instante en que la pelota chocó contra la cortina por encima del hombro derecho del cácher, pensé que el lanzamiento no había sido tan fuerte como ninguno de los de Evan. Y tenía razón; la pantalla decía sesenta y cuatro. Lo vi antes que Wade, que estaba doblado por la cintura y tenía la mirada clavada en el suelo como si no se pudiera poner derecho porque se había dejado los restos en el lanzamiento. Los dos chicos también vieron la pantalla. Evan se limitó a sonreír, pero el otro chico aplaudió como si estuviera animando a un bateador que no estaba allí.

—No da más de sí, tío —dijo—. No da más de sí.

Wade se irguió, se frotó el hombro izquierdo con la mano derecha y por último se sacudió el brazo izquierdo como si se le hubiese quedado dormido y quisiera despertarlo.

—Venga, ya podemos irnos a casa —añadió el chico bajito—. Este ya no tiene nada que hacer.

Ruby había estado mirando a Wade, pero al oírlo giró bruscamente la cabeza y miró a los chicos.

—No —dijo—. Le quedan cuatro. Tenéis que esperar.

Los chicos se quedaron tan sorprendidos como yo con las palabras de Ruby, y la miraron con incredulidad hasta que se dio la vuelta de nuevo.

—Le quedan cuatro —dijo el chico bajito, poniendo una voz aguda y chillona.

Ruby hizo como que no le oía; se limitó a mirar a Wade. Él tenía la frente bañada en sudor que le caía del pelo; entrecerró los ojos y se la secó con la mano derecha. Parecía agotado después de haber lanzado aquel único tiro. Quería decirle que parase, que estaba demasiado viejo y bajo de forma como para andar haciendo el tonto con chavales a los que les doblaba la edad, que los hombres hechos y derechos no flipan desafiando a chavales de instituto a competiciones de lanzamientos, que me estaba haciendo pasar más vergüenza que la que ya me había hecho pasar. Pero entonces volvió la cabeza y me miró, y en ese momento comprendí que no se estaba divirtiendo, que no había lanzado aquel tiro para intentar impresionar a los dos chavales ni para lucirse delante de Ruby y de mí. Lo había lanzado porque sabía que aquellos dos chicos se estaban riendo de mí, de nosotros. Por primera vez en mi vida, tuve la sensación de que Wade quería ser mi padre.

—Concéntrate en el guante del dibujo —dije—. Y mete el hombro para que apunte hacia el cácher.

Sonrió y asintió con la cabeza.

—Veo que ya lo has pillado —dijo—. Solo me estoy calentando.

Por segunda vez, Wade se preparó para el lanzamiento: la misma pose de espantapájaros, la rodilla alta, el sonido raro que me pareció oír de nuevo. La pelota golpeó la cortina justo en el guante del cácher, y esta vez apareció un setenta en la pantalla.

—¡Sí! —dijo Ruby.

El gordo del taburete arqueó las cejas y volvió a cruzarse de brazos. Miró a los dos chicos como esperando que dijese algo, pero no lo hicieron. Wade se volvió y se quedó mirando al cácher del fondo de la jaula como si estuviera pensando en su siguiente lanzamiento.

—Dale caña —dije—. Venga, papá.

No me miró, pero al oír que lo llamaba así sonrió, y después se secó el sudor de la frente. Miré a los chavales y vi que a los dos se les había borrado la sonrisa. Evan tenía las manos en los bolsillos, y el chico bajito se había cruzado de brazos y meneaba las caderas como si tuviera que ir al servicio.

Wade se agachó, cogió otra pelota y volvió a prepararse para el lanzamiento, pero esta vez parecía otra cosa, más fluida, más como los pícheres de las grandes ligas que salen por la tele o en los carteles y en las tarjetas de béisbol. Que yo recordase, era la primera vez que veía a Wade como un jugador de béisbol y no como alguien que solo hablaba de jugar al béisbol.

Y acerté al pensarlo, y acerté al pensar que aquel lanzamiento sería el mejor de los que había hecho. No sé si fue un *strike* o una bola porque tenía los ojos clavados en la pantalla, pero oí el chasquido de la pelota contra la cortina de goma y después vi cómo se iluminaba la pantalla con un setenta y ocho.

Ruby también lo vio. Pegó un bote y salió corriendo hacia Wade, pero él la esquivó y se dirigió hacia los dos chavales. Extendió las manos y le arrebató el osito de peluche a la chica, y acto seguido se dio media vuelta y se lo pasó a Ruby con tanto ímpetu que casi la tira al suelo. Se volvió hacia los dos chicos.

—Que paséis buena noche —se despidió—. No os metáis en líos.

Ruby, Wade y yo ya nos íbamos riendo para cuando el taxi se empezó a alejar del Pabellón. Parecía una película, como si estuviésemos abandonando el lugar del crimen después de atracar un banco o de desvalijar una gasolinera y no nos importase ni un comino que nos vieran o no porque sabíamos que acabaríamos saliéndonos con la nuestra.

Apoyé la mejilla en la cabeza del osito, cerré los ojos y hundí la cara en el pelaje. Olía al perfume de la chica que lo había tenido en sus brazos, y también a algo más, algo empalagoso y ácido: la limonada que el chico aquel me había estado escupiendo al pelo. Recé para que los chicos aquellos no llamasen a la policía ni les contasen a sus padres lo que les había hecho Wade. Y entonces recordé que eso mismo había hecho yo al llamar a Marcus. Cerré los ojos todavía más y apretujé el osito con todas mis fuerzas. No estaba tan dispuesta a regresar como había pensado, pero lo mismo daba. Para cuando volvimos a nuestra habitación, ya estábamos saliendo por la tele.

BRADY WELLER

CAPÍTULO 13

El miércoles quedé a comer con Sandy en un local nuevo llamado Pepe Frijoles, en el bulevar Garrison. Lo esperé soportando el calor del aparcamiento, apoyado contra el capó de mi coche y mirando el letrero del restaurante. La caricatura de un mexicano con poncho y sombrero me sonreía desde arriba con gesto bobalicón.

Sandy detuvo su viejo Ford Taurus a mi lado. Cuando salió, vi que ya se había aflojado la corbata y que había dejado la chaqueta sobre el asiento del copiloto. El sudor le había oscurecido la camisa.

—¿Qué, otra vez se ha estropeado el aire acondicionado? —pregunté.

—¿Cómo que otra vez? ¿Cuándo ha funcionado este maldito trasto?

En la mano llevaba un sobre de papel manila. Lo señalé con la cabeza.

—¿Eso es para mí?

—Depende —respondió—. ¿La comida corre de tu cuenta?

Encontramos un reservado al fondo del restaurante, lejos del resto de los comensales. Por la ventana se veía a un par de tipos lanzando tiros a canasta justo enfrente, en el parque Lineberger; el asfalto desprendía ondas de calor. Nuestra camarera trajo dos aguas, un cestito de nachos y un pequeño cuenco con salsa. Sandy pidió un té dulce. Abrí el menú y lo miré.

—Bueno, ¿qué hay en el sobre?

—Un regalo para ti —dijo.

Lo abrió y sacó una tarjeta de cartulina; parecía algo que hubiese podido dibujar un chaval en el cole.

—No haberte molestado —dije.

—No lo he hecho yo. Lo hizo Easter.

Mojé un nacho en la salsa, me lo metí a la boca y le quité la tarjeta de las manos.

—Santo cielo —dijo—. ¿Al menos te importaría tratarla como si fuera una prueba?

Me dio un guante de goma. Lo usé para coger la tarjeta con el pulgar y el índice.

—¿Es Sosa? —pregunté.

—Se le parece —dijo.

Abrí la tarjeta y la leí en voz alta.

—«Querido Marcus: Lo siento. ¿Podemos hablar esta noche? Besos, Easter, tu novia (¡eso espero!)». —Miré a Sandy—. ¿Y? Es una carta de amor.

—Mira el dorso —me pidió. Di la vuelta a la tarjeta y vi un número de teléfono escrito a lápiz—. Eso lo escribió el novio de Easter.

—¿Novio?

—Sí, «novio» —dijo—. Tu Easter ya se ha hecho mayor. El chaval dijo que vio el número escrito en la espalda de la camisa del delincuente, cuando se iba con las

chicas.

—¿Y cómo es que lo vio?

—Dijo que pasaba por delante de la casa.

—¿En plena noche?

—No quiso admitirlo, pero estaba allí de extranjis; sus huellas dactilares estaban por toda la ventana.

Volví a abrir la tarjeta y vi el «¿Podemos hablar esta noche?» que había escrito Easter. Daba la impresión de que lo había invitado.

—¿Cómo encontrasteis a este chaval? —pregunté.

—Eso es lo más interesante —contestó—. No le encontramos. Nos llamó su padre. Resulta que Easter telefoneó a Marcus anoche desde Myrtle Beach.

—¿Dijo con quién estaba?

—Con Wade Chesterfield —dijo Sandy—. Y esta mañana Marcus pudo identificarlo como el tipo que se llevó a las chicas.

—Justo lo que pensábamos.

—Justo lo que pensábamos —repitió—. Me da que quiere recuperar a sus niñas y no se le ocurrió nada mejor.

—Pues a mí me da que está infringiendo la ley.

Sandy se encogió de hombros.

—Nada que no hayamos visto antes.

—¿Enviasteis a alguien a Myrtle anoche?

—No. El sargento no está dispuesto a quitar a nadie del caso del dinero desaparecido. Llamamos al Departamento de Policía de Myrtle Beach. Anoche dieron la alarma y salió en la tele. Están investigándolo.

—Ya —dije, casi riéndome—. Seguro que sí. —Miré el número que había al dorso de la tarjeta—. ¿Ya has llamado?

—Pues claro. Llamé esta mañana. Es el móvil de un contratista llamado Lane Kelly.

Levanté la tarjeta.

—¿Puedo quedarme con esto una temporadita?

—Ni de coña, Brady —dijo Sandy, arrebatándome la tarjeta—. Es una prueba valiosa de una investigación policial. —Metió la tarjeta y el guante en el sobre y lo cerró—. Además, Marcus quiere que se lo devolvamos.

—Ay, Sandy —dije—, me partes el corazón. No sabía que fueras tan dulce. —Encontré una servilleta sin usar y cogí el bolígrafo del bolsillo de la camisa de Sandy. Escribí el número de teléfono al dorso de la servilleta—. ¿Esto es todo lo que tienes?

—¿Que si esto es todo? —repitió, riéndose—. Encontramos huellas en el alféizar que se corresponden con las que tenemos fichadas de Chesterfield, así que sabemos que este chaval, Marcus, dice la verdad.

—Menudo trajín hay en esa ventana —dije.

—Me lo vas a decir a mí. Salieron de allí escopetados. Parece que el padre no

tocó nada de la habitación, y no se llevaron ninguna pertenencia: ni ropa, ni juguetes, ni libros, nada.

—¿De modo que las chicas llevan unas treinta y seis horas dando vueltas por ahí en pijama?

—Supongo —dijo.

Cuando acabamos de comer, cogí el comprobante y pagué, y después volví a la mesa y dejé un billete de cinco debajo del salero. Sonreí a la camarera, que estaba al lado del carrito portabandejas.

—*Gracias*^[3] —me despedí.

—De nada —dijo ella, sin el menor rastro del acento que me había parecido oír antes.

Cuando salí, Sandy ya había dejado el sobre de papel manila en el asiento del copiloto, y estaba esperando junto a la puerta abierta del conductor.

—¿Has sacado algo en limpio del coche del padre? —pregunté.

—Poca cosa. Dimos un aviso a las patrullas de tráfico de Carolina del Norte y Carolina del Sur para que permanezcan ojo avizor ante un coche marrón conducido por un hombre blanco en el que viajan dos niñas blancas, y tenemos a varios agentes callejeando por aquí por la ciudad. Si nos ponemos a parar cada coche que encaje con esa descripción, no hacemos nada más en todo el día; lo mismo les pasa a los colegas de Carolina del Sur. Y es que en estos momentos andamos escasos de personal, sobre todo porque no disponemos de auténticas pistas aparte de las que nos ha dado este chaval.

—Ya me hago cargo yo por ti —me ofrecí, sonriendo—. La próxima vez que hablemos será para decirte dónde puedes encontrar a las niñas.

—Vale —dijo—. Lo estoy deseando.

Doblé por la avenida Franklin y después giré a la izquierda para entrar en el Franklin Plaza, un centro comercial casi abandonado que ahora solo albergaba una tienda de artículos de saldo, una cadena de productos de belleza y mi oficina. Aparqué enfrente y me quedé contemplando el ventanal que cubría toda la fachada de mi oficina. Unas cortinas blancas impedían que la gente se asomase a mirar. Las letras rojas con reborde blanco de «Sistemas de Seguridad Hogar Seguro» destacaban sobre el cristal. Debajo estaba el número de teléfono local y la línea directa nacional: «1-800-SAF-HOME».

Abrí la puerta de la calle, encendí las luces y me fui a la recepción. Solté las llaves sobre la mesa vacía, me saqué la servilleta del bolsillo de atrás y marqué el número que había visto el chaval en la camiseta de Chesterfield. Inmediatamente saltó el buzón de voz.

—Ha llamado a Reformas Kelly, SRL —dijo una voz de hombre—. Por favor, deje su mensaje y lo llamaremos lo antes posible. Gracias, y que tenga un buen día.

Carraspeé antes de que sonara la señal.

—Hola, señor Kelly —dije, intentando sonar lo más inofensivo y amable posible—. Me llamo Brady Weller. Soy tutor *ad litem* aquí en Gastonia, y le llamo en relación con dos niñas que puede que sean las hijas de uno de sus empleados. Si dispone de un momento, le agradecería que me llamara. —Mientras le daba mi número me di cuenta de que no había apartado los ojos de la foto de Jessica en todo el rato que llevaba al teléfono—. Espero tener noticias tuyas pronto —añadí antes de colgar.

Me senté y seguí mirando un poco más a Jessica, intentando ver en la foto la cara de la chica de dieciséis años, pero era difícil. Miré a la izquierda de Jessica, donde estaba la versión de mí mismo a los cuarenta años, agarrado a la montura.

—Agárrate fuerte —le susurré al tipo de la foto.

Sonó el teléfono. Lo cogí y miré el identificador de llamadas: un número de la zona que no reconocí.

—¿Dígame? Hogar Seguro. —Silencio al otro lado—. ¿Dígame? —repetí.

—¿Es usted Brady Weller? —dijo una voz de mujer.

—Sí. ¿Quién es?

—Me llamo Cynthia Kelly. Soy la mujer de Lane Kelly. Acaba usted de llamarlo.

—Hola, señora Kelly —dije—. ¿Está por ahí su marido? Necesito hablar urgentemente con... —Me cortó.

—No puede ponerse. Pero me ha dicho que lo llame yo.

—Vale —respondí.

Y entonces empezó a hacerme preguntas; su tono era formal y nervioso, y parecía como si hubiese puesto las preguntas por escrito o como si alguien lo hubiera hecho por ella.

—¿Para qué ha llamado a mi marido?

—Llamo en relación con un hombre llamado Wade Chesterfield. No estoy seguro de si trabaja o no para su marido, pero me gustaría hacerle unas preguntas sobre él.

Se hizo el silencio, y me figuré que o bien estaba susurrando mi respuesta tan bajito que no la oía o que la estaba escribiendo debajo de la pregunta que acababa de hacerme. Esperé.

—¿Es usted policía?

—No —dije—. Lo fui hace años, pero ya no. Instalo sistemas de seguridad, y hago voluntariado en un juzgado de familia.

Otra larga pausa.

—¿Esto es por lo del dinero?

—¿Qué dinero? —pregunté, pero no dijo nada. La atmósfera de la línea cambió, y noté que había puesto el teléfono en silencio. Estaba haciendo algo que no quería que yo oyese. Volvió su voz.

—Mi marido se reunirá con usted. Esta noche.

—Estupendo. ¿Dónde?

—¿Conoce la Heladería de Tony? —preguntó.

Quise decirle que todo el mundo conocía la Heladería de Tony. Desde mi oficina, no estaba ni a cinco minutos en coche yendo por la avenida Franklin.

—Sí. ¿A qué hora?

—A las seis.

—Allí estaré.

CAPÍTULO 14

A eso de las cinco y media salí de la oficina, bajé por Franklin rumbo a la Heladería de Tony y encontré un hueco en el aparcamiento casi lleno. Había llegado una media hora antes de tiempo, pero algo había habido en mi conversación con su mujer que me decía que Lane Kelly también llegaría antes. Bajé las ventanillas y me puse a escuchar la música procedente del taller de coches que compartía el aparcamiento con la heladería. Vi gente que salía del viejo edificio de ladrillo claro con bolsas blancas de papel llenas de hamburguesas y perritos calientes y con batidos en grandes vasos de papel encerado.

Y después recorrí con la mirada el aparcamiento hasta que encontré lo que andaba buscando: una descomunal Ford F-150 con una enorme caja de herramientas en la plataforma. Me eché hacia delante para ver mejor, y descubrí a una mujer sentada en el asiento del conductor. También ella estaba echando un vistazo al aparcamiento. Se notaba que alguien había quitado la inscripción de la puerta delantera, pero la pintura que había rodeado a las letras estaba un poco desvaída y todavía podía leerse «Reformas Kelly» y, debajo, el número de teléfono, el mismo al que había llamado antes. La mujer me pilló mirando la camioneta, y apartó la vista y se agachó cuanto pudo en el asiento sin llegar a tumbarse. La señora Kelly, pensé. La camioneta no tenía ventanillas tintadas, y advertí que volvía a mirarme fugazmente; le hice un gesto de saludo con la mano, pero se limitó a agacharse todavía más. Después de verla en el aparcamiento, no me quedó la menor duda de que el señor Kelly estaba dentro esperándome.

Nada más abrir la puerta me llegó un olor a fritura de hamburguesas y perritos calientes hervidos. Como siempre, Tony estaba lleno de gente cenando; pasé entre la fila que estaba delante de la ventanilla de los pedidos y me puse de espaldas al mostrador de los helados. Había reservados a lo largo de tres paredes, y fui mirando de mesa en mesa hasta que encontré al único hombre que parecía estar solo: un tipo bastante corpulento vestido con vaqueros y camisa, cosa que me sorprendió teniendo en cuenta el calor que hacía fuera. Tenía el pelo castaño y corto y llevaba barba. Había entrelazado los dedos sobre la mesa y tenía la cabeza girada hacia la derecha, donde se veían pasar los coches de la avenida Franklin por delante de la ventana.

Me acerqué y me senté en el asiento corrido que había al otro lado de la mesa. No miró.

—¿Señor Kelly? —pregunté. Subió los ojos rápidamente, pero no movió la cabeza.

—¿Quién es usted?

—Soy Brady Weller. Hablé con su mujer hace unas horas. Habíamos quedado a las seis. —Miré mi reloj. Eran las 17:46—. Parece que los dos hemos llegado antes.

Dio la impresión de que se le relajaba la cara, pero sus ojos todavía parecían un poco nerviosos.

—Vamos a pedir —dije—. ¿Tiene hambre? Yo sí.

—No. Estoy bien.

—Tenemos que comer. Va a quedar raro que estemos aquí sentados sin comer nada. —Di un paso hacia la cola de la ventanilla—. Deje que le pida una hamburguesa con queso. —No habló; apenas si me miró—. Le pediré una hamburguesa con queso. No tardo nada.

Pedí dos de queso con todo, dos de patatas, un Sun Drop y un Cheerwine, las dos en lata. Llevé la bandeja al reservado en el que estaba Kelly y repartí la comida antes de referirme con un gesto a los refrescos.

—Coja el que le apetezca.

—Gracias —dijo, pero no hizo ademán de coger ninguno, ni tampoco abrió su hamburguesa. Al final cogió una patata y se la metió en la boca.

Yo estaba muerto de hambre, así que no vacilé. Abrí mi hamburguesa y le di un bocado, después vacié la bolsita de patatas en una servilleta que había desdoblado junto a mi plato.

—En fin, señor Kelly —comencé—, me parece que conoce usted a Wade Chesterfield.

—¿Por qué lo busca?

—Ya se lo he dicho a su mujer. Sus dos hijas han desaparecido, y alguien le ha identificado como la última persona que estuvo con ellas. Estoy buscando a las niñas.

—No las conozco.

—No importa. Solo busco información sobre Chesterfield. ¿Cuánto hace que trabaja para usted?

—Unos dos años.

—Y ¿qué es lo que hace?

—Lo que haga falta. Carpintería, pintura, pladur. —Cogió unas patatas y se las metió a la boca. Después abrió el Cheerwine y bebió un sorbo.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

Me miró fugazmente y bebió otro sorbo. Cogió una servilleta y se limpió las manos.

—El viernes por la tarde —respondió—. Estábamos haciendo un encargo.

—¿Dónde?

—En Calder Mountain.

Puse cara de sorpresa y le di otro mordisco a mi hamburguesa.

—Un sitio de postín. ¿Qué tipo de encargo?

—Un tipo acababa de instalar pladur en su sótano. Quería que le echásemos masilla, que pusiéramos la cinta y que volviésemos cuando secara para pintarlo.

—¿Ustedes no instalaron el pladur? —pregunté.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque ya lo había hecho él.

—El tipo debe de ser un manitas.

—La verdad es que no mucho —dijo—. Hizo una chapuza. Las piezas estaban todas mal cortadas. Por eso Wade... —Pero se contuvo.

—Que por eso Wade ¿qué?

—Que por eso Wade no dejaba de hablar de lo mal puesto que estaba el pladur. Y es que estaba fatal. A ver, el tipo había cortado algunas de las planchas demasiado largas, y había usado clavos en lugar de tornillos. Había machacado la pared intentando encajar algunos de los clavos. —Se calló, apartó las manos de la mesa y se recostó en el asiento—. Pero eso no fue lo raro.

—¿Qué fue lo raro?

—Los tabiques —dijo—. Había tabiques por todas partes. Aquello era como un laberinto: ni un enchufe, ni una luz en el techo. Tuvimos que poner focos de obra para ver. Fue extrañísimo. Se me pusieron los pelos de punta nada más entrar.

—¿Le preguntó algo al tipo?

—Claro que no. Nunca le digas a un cliente que ha hecho una chapuza. Por eso me cabré cuando Wade se puso a enredar con los tabiques.

—¿Para arreglarlos?

—El tipo había dejado unas piezas sobrantes de pladur en una de las habitaciones, amontonadas en un palé. Wade quería arreglar los tabiques más chapuceros antes de echar la masilla y poner la cinta.

—¿Y usted no quería?

—No, para nada —dijo—. Aquellos restos de pladur no eran nuestros. No iba a usarlos sin pedir permiso y encima trabajar de más y que no me lo pagaran.

—Y Wade ¿qué?

—Fui a sacar no sé qué de la camioneta, y cuando volví Wade tenía una palanca y estaba arrancando clavos de una de las paredes.

—¿Y usted qué hizo?

—Nada. No me dio tiempo a nada antes de que se cayera el pladur. Estalló sin más y se soltó de la pared. No le dio a Wade por los pelos. —Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa; después se llevó las manos a los ojos y se los frotó. Me miró—. Fue entonces cuando lo vimos.

—Cuando vieron ¿qué?

—El dinero —susurró.

—¿El dinero?

—Shhhh —dijo, mirando en derredor para ver si me había oído alguien—. Sí —volvió a susurrar—, dinero, montones de dinero. Empezó a salir a espuestas de la pared. Debía de haber miles de dólares allí metidos.

No podía creerme lo que me estaba contando.

—De modo que por eso el tipo se había encargado de poner el pladur sin ayuda

de nadie —dije.

—Por eso.

—Y por eso quería que lo rematasen. Para esconderlo.

—Sí.

—¿Cómo se llama el tipo?

—Broughton. Tommy Broughton.

Tommy Broughton: casi se me atraganta el Sun Drop al oír el nombre. Durante años, Sandy y yo habíamos tenido trato con él por una cosa o por otra; no era más que un ladrón de poca monta, pero si el condado de Gaston hubiese tenido una mafia de paletos, Tommy Broughton habría querido ser su don Corleone. Y eso que también había dedicado mucho tiempo a aportar pruebas para investigaciones y a intentar hacerse colega de la policía. Siempre lo había visto como uno de esos bagres gordos del río Catawba que se arrastran por el fondo con la barriga pegada al barro, la boca abierta, alimentándose de todo lo que le sale al paso. Era imposible que hubiese ganado tanto dinero honradamente, y a pesar de haber llegado tan lejos no era lo bastante listo como para salir de rositas en un atraco a un coche blindado, y sí lo bastante estúpido como para esconder dinero en los tabiques y después invitar a alguien como Wade Chesterfield a que fuese a admirar su obra. Pero yo sabía lo peligrosa que puede llegar a ser la estupidez cuando se convierte en miedo, y Broughton sentía miedo fácilmente.

—¿Conocía a Broughton de antes?

—Sí. Lo conocí hace un par de meses en un bar que tiene en Wilkinson. Le hice un trabajillo.

—¿Wade fue con usted?

—No —contestó.

—¿Cómo se llama el bar?

—Tomcat's.

Sonreí y ladeé la cabeza.

—¿Tomcat's^[4]? Qué monada. ¿Qué, allí también encontró dinero escondido en las paredes?

—No —dijo, intentando sonreír—. Allí no.

—Volviendo a lo de antes, ¿qué hicieron cuando vieron el dinero?

—¿Yo? Yo no hice nada. Pero Wade perdió los papeles.

—¿En qué sentido?

—Le dio por hablar de cómo nos podía cambiar la vida. Decía que podíamos coger el dinero y utilizar el pladur sobrante para esconderlo. Que Broughton tardaría una eternidad en descubrirlo, sobre todo si había dinero en el resto de los tabiques. Que para cuando se diese cuenta ya estaríamos muy lejos.

—¿Y usted qué dijo?

—Que ni hablar. Me negué a participar en algo así.

—¿Qué hizo Wade entonces?

—Wade quería hacerlo —respondió—. Así que lo hizo, pero yo intenté impedirselo. Lo juro.

Sus palabras me dieron que pensar, y de pronto caí en la cuenta de que habíamos estado hablando muy bajito. Me recosté y miré al señor Kelly de arriba abajo: lo menos medía un metro ochenta y fácilmente podía pesar más de noventa kilos. Recordé la descripción del dorso de la tarjeta de béisbol de Chesterfield: uno ochenta y cinco de alto, setenta y tres kilos de peso.

—¿No pudo impedirselo? —pregunté.

—No. Lo intenté.

Entorné los párpados y sonreí para dejarle bien claro que no lo creía.

—Venga, señor Kelly —dije—. Es usted bastante corpulento; me da que es capaz de defenderse perfectamente. Pesa usted ¿qué, quince, veinte kilos más que Chesterfield?

—Él tenía una pistola.

—¿Tenía una pistola? —pregunté, casi riéndome—. ¿De dónde sacó una pistola?

—De mi camioneta; siempre llevo una.

—¿Y por qué lleva una pistola en la camioneta?

—Me han robado un montón de cosas a lo largo de los años —dijo—. Te pasas el día rulando por ahí en una camioneta que va hasta los topes de miles de dólares en herramientas, año tras año. A la gente le da por robarla de vez en cuando.

—Bien. Así que Wade tenía una pistola: salió y la cogió de su camioneta después de encontrar el dinero. Y después le apuntó con ella y se lo llevó.

—Sí —dijo, sin dar muestras de ser consciente de lo débil que sonaba su historia—. Tiene una bolsa de deporte en la que lleva parte de las herramientas; las sacó y llenó la bolsa de dinero. Le costó cerrar la cremallera, y después costaba trabajo cogerla.

—¿Lo dejó allí atado y se llevó su camioneta?

—Sí.

Me reí, pero hizo como que no se daba cuenta.

—Cogió unas bridas y me ató las manos a la espalda, y después usó las bridas para atarme a un poste de apoyo que había debajo del porche, a la entrada del sótano. Me tapó la boca con cinta de embalar.

Fue entonces cuando supe que estaba mintiendo.

—De manera —dije— que quiere usted que me crea que primero se quedó contemplando cómo caían rodando miles de dólares de un tabique y después se quedó contemplando a su colega mientras se iba a su camioneta a por una pistola. Ahora me dirá que luego se quedó quieto como una estatua mientras Wade enganchaba las bridas para que tuviesen el largo suficiente para atarle las muñecas, y que a continuación esperó a que enganchase unas cuantas más para atarle al poste, ¿verdad que sí?

—Sí —dijo—. Eso fue lo que ocurrió.

—¿Tommy Broughton se tragó su historia? —pregunté.

—Sí.

—Confío por su bien en que así sea —dije.

—Me vio allí después de que se marchara Wade. Me soltó y le conté lo que había pasado.

—¿Broughton avisó a la policía?

—No —dijo—. Ni la mencionó siquiera. Era como si alguien hubiera encontrado un alijo de pornografía infantil en su poder y no supiera qué decir. Se le fue la olla, empezó a ponerse nerviosito perdido, a hacerme todo tipo de preguntas sobre Wade: que qué tipo de tío era, que dónde vivía, y cosas por el estilo.

—¿Se lo dijo?

—Sí, le conté todo lo que quería saber. A ver, lo sentía por Wade y no se lo quería contar, pero al fin y al cabo era él el que me había metido en todo ese follón. No sabía qué otra cosa podía hacer. Tenía miedo porque el tipo estaba fuera de sí.

—¿Le preguntó a Broughton de dónde venía el dinero?

—Joder, claro que no. Dijo no sé qué de la herencia de su mujer, de un testamento impugnado. Dijo que por eso estaba guardando la pasta.

—¿Le preguntó si había dinero en las demás paredes?

—Joder, claro que no —repitió—. No soy tan tonto. Hice como que le creía, y después llamé para que vinieran a recogerme y me fui echando leches. Verá, había dinero por todas partes; solo en aquella pared debía de haber cientos de miles de dólares.

Nos quedamos callados, mirándonos a los ojos.

—¿Llamó usted a la policía? —pregunté.

—Ni hablar. Eso es lo último que haría. Esta mañana me llamó un poli a mi teléfono, pero ni loco pienso devolverle la llamada.

—Pues debería —dije—. Lo conozco; es un buen tipo.

—Ni hablar —volvió a decir Kelly—. Si la policía se presenta en casa de Broughton preguntando por el dinero, ¿quién cree usted que va a sospechar que lo ha delatado? ¿A por quién cree que va a ir? —Cerró los ojos y suspiró; después los abrió lentamente y me miró—. Hace unos días, alguien entró en mi casa dando una patada a la puerta de atrás. Nos hemos ido a casa de mi suegra porque allí no podíamos quedarnos.

—¿Cree que el allanamiento guarda alguna relación con esto? —pregunté.

Eché un vistazo a su alrededor y después se inclinó hacia mí.

—Sí —respondió—, porque no se llevaron nada..., nada, salvo una foto en la que salimos mi mujer y yo. —Se recostó como si le faltase el aire; estaba pálido.

—¿Llamó a la policía? —pregunté.

—No. Ya se lo he dicho: nada de policía.

—Vale. Nada de policía. Y ¿por qué está dispuesto a hablar conmigo?

—No sé. A lo mejor porque no es usted poli. No sé. Solo quería decirle a alguien

que no tuve nada que ver con esto. Nada. Se lo puede contar a quien le dé la gana, pero no pienso involucrarme en todo esto con la policía y demás.

—A mí me parece que ya está bastante involucrado —dije.

—Como quiera. La policía tendrá que llevarme a rastras, daré patadas, gritaré. En las pelis, la gente que presta declaración sobre este tipo de cosas acaba muerta. A mí eso no me va a pasar.

Nos miramos en silencio por unos instantes, después me incliné hacia delante y apoyé los codos en la mesa.

—No me creo su historia, señor Kelly. Al menos, no toda.

—Es usted libre de creerse lo que le dé la gana —dijo—, pero eso fue lo que pasó.

—Le digo yo que no. Vaya al servicio y mírese la barba. Si Wade le hubiese puesto cinta de embalar en la cara apretando tanto como para impedirle gritar, habría tenido que cortarse la barba para despegársela. Además, ¿cómo es que recuperó tan pronto su camioneta? ¿Acaso le dejó Wade un mensaje anónimo diciéndole dónde encontrarla? —dije.

Kelly cerró los ojos y a continuación los abrió muy despacio.

—No es culpa mía que Wade se llevase el dinero.

—Estoy de acuerdo. No es culpa suya. No soy yo el que lo acusa.

—Wade es buen tío. Tiene buen corazón. Solo que a veces se le va la olla y hace cosas estúpidas. —Lo miré por un instante, dándole tiempo a asimilar la ironía de lo que acababa de decir. Suspiró—. Ya lo sé —dijo.

El corazón me latía aceleradamente, pero intenté mantener la calma. Estaba sentado en un reservado de la Heladería de Tony con una de las tres personas que sabían dónde estaba el dinero robado del coche blindado, o al menos dónde había estado el viernes por la tarde. Kelly debió de percibir la tensión.

—Broughton va a mandar a alguien a buscar a Wade, ¿no?

—Sí —respondí.

—Y las cosas van a ponerse feas cuando lo encuentren, ¿no?

—Seguramente más feas de lo que se imagina.

—Dios mío —dijo. Se llevó las manos a los ojos, y después las dejó caer sobre la mesa—. ¿Qué tengo que hacer?

Di el último mordisco a mi hamburguesa.

—Bueno —dije. Tragué y me limpié la boca con la servilleta—. Si yo fuera usted, haría una de estas dos cosas. La primera, volvería a rotular esas letras en mi camioneta lo antes posible. Después volvería al trabajo y haría como que no ha pasado nada. Cuando empieza uno a comportarse de manera extraña es cuando más cosas extrañas ocurren. —Envolví las sobras con el papel de la hamburguesa y cogí mi bebida—. Y si no, esto: cogería mis cosas, cuantas más mejor, me pasaría a recoger a la suegra y abandonaría la ciudad hasta que todo esto haya caído en el olvido.

—¿Cómo sabremos que ha «caído en el olvido»? —preguntó.

—No sé. Supongo que el día en que los polis dejen de llamar y la gente deje de abrir su puerta de atrás a patadas.

—Genial —respondió—. Gracias.

Me levanté de la mesa y tiré el revoltijo del envoltorio y la bebida en la papelera que había a un lado del reservado. Kelly, con su hamburguesa sin probar delante de él, ni se inmutó. Lo miré.

—¿Tiene usted pistola?

—Sí.

—Bien. Asegúrese de que está cargada y de que sabe usarla. Y si no piensa comerse esa hamburguesa, llévesela a su mujer.

¿Qué pensaría la señora Kelly cuando vio que me subía al coche, arrancaba y salía escopetado del aparcamiento hacia la avenida Franklin, rumbo a mi oficina? ¿Qué estaría pensando su marido, sentado en el reservado delante de una hamburguesa fría, recién pronunciada la mayor confesión de toda su vida, mientras su mujer lo esperaba en el coche con más preguntas que las que iba a poder responder?

De nuevo ante mi mesa, cogí el inalámbrico y marqué el número de la oficina de Sandy. Me senté en el borde de la mesa, me volví a levantar.

—¿Cómo va todo? —pregunté.

—Bien —dijo—. ¿Por qué?

—Solo llamaba para ver qué tal andas. Nada más.

—Sí, claro. ¿Qué pasa? Ando liado.

—Solo quería que supieras que puedes avisar a la caballería.

—¿De qué me hablas? —preguntó.

—He resuelto tu caso.

—¿Has encontrado a las niñas?

—No —dije—, ese caso no.

—¿Has encontrado a Wade Chesterfield?

—No, ese tampoco.

—¿De qué coño me estás hablando entonces, Brady?

—He encontrado tu dinero.

—¿Qué dinero?

—El coche blindado. He descubierto dónde hizo su última entrega.

Su silla chirrió, y me lo imaginé sentándose derecho, cogiendo un boli y hojeando un bloc en busca de una página en blanco.

—Desembucha —dijo.

Le dije lo que había visto Kelly: el sótano inacabado, la chapuza del pladur, el dinero que había detrás. Pero cuando de verdad empezó a prestarme atención fue cuando le dije quién lo había puesto allí.

—¿Tommy Broughton? —preguntó—. Hacía tiempo que no oía ese nombre.

—Ahora ya sabes por qué: tenía cosas que hacer en su sótano. Según parece, también es dueño de un local. —Y entonces le conté cómo se había mezclado Wade Chesterfield en todo aquello.

—Dios mío —exclamó—. O es idiota o le falta poco.

—No sé. No lo será si consigue desaparecer. Al conductor del coche blindado le salió bien.

—Quizá le haya salido bien. Eso está por ver. No sé si Broughton es capaz de cometer un asesinato, pero conoce a gente que sí lo es.

—Caso resuelto.

—Sí, ya —dijo—. ¿Con qué datos? No puedo decirle al FBI que te filtré la información y que volviste y reventaste toda la investigación. Ni siquiera al sargento se lo puedo decir. Me gusta mi trabajo, ¿entiendes?

—De todos modos, harías bien en seguirle la pista a Broughton. Ya lo conoces; ha perdido un montón de dinero, y ya han pasado unos días. Seguro que se imagina que alguien sabe lo suyo. Quizá sienta la necesidad de coger carretera y manta.

—Ya se nos ocurrirá el modo de empezar a vigilarlo. Si es tan tonto como para esconder millones de dólares en una pared, seguro que en algún momento ha cometido alguna estupidez. Si es así, sabremos cuál es.

—Tú vuelve a intentar hablar con Lane Kelly. Encuéntralo antes de que él cometa alguna estupidez.

—Le detendré. Pero hay algo que debes tener en cuenta.

—¿Qué? —pregunté.

—El FBI tendrá que enterarse de esto —anunció—. Lo siento, pero tu trabajo como voluntario acaba de complicarse muchísimo.

EASTER QUILLBY

CAPÍTULO 15

El miércoles lo pasamos entero en un hotel a las afueras de Charleston. Por la mañana temprano un taxi nos había llevado hasta el taller de Myrtle Beach en el que Wade había dejado el coche. Parecía que ni siquiera habían abierto aún, pero Wade llamó a la puerta hasta que por fin oímos que se abría un cerrojo al otro lado. A Ruby y a mí nos había dicho que nos quedásemos fuera para que nadie nos viese. Unos minutos más tarde, apareció su coche por un lado del edificio; era azul claro, no rojo como había dicho que iba a ser. Paró delante de nosotras, salió y abrió la puerta de atrás.

—Ruby, sube —dijo.

—¿Por qué no es rojo? —preguntó.

—Sube —repitió Wade—. Date prisa. —Fui a subirme tras ella, pero Wade me lo impidió—. Tú vas delante.

Nadie dijo nada hasta que dejamos atrás el tráfico de Myrtle Beach y entramos en la autopista. Wade había estado mirando cada pocos segundos por el espejo retrovisor, como si le preocupase que alguien pudiera estar siguiéndonos. Me miró, y después volvió a fijar la vista en la carretera.

—¿Cómo has podido, Easter? —dijo al fin.

—Cómo ha podido ¿qué? —preguntó Ruby. Ninguno le habíamos contado nada de mi llamada a Marcus.

—Nada —respondió Wade.

Miré por la ventanilla mientras pasábamos por un puente que había en la autopista: hasta donde me alcanzaba la vista todo era llano, y la hierba estaba seca y amarronada. Por debajo del puente, había pinos enclenques a cada lado de la carretera. En el espejo lateral veía la cara de Ruby, que también estaba mirando por la ventanilla.

—¿De qué color es nuestro coche? —preguntó.

—Color tapaporos —dijo Wade.

—¿Y ese qué color es? —quiso saber Ruby.

—No es un color. No es nada.

Una vez que llegamos al hotel, Wade nos dijo que nos quedásemos en la habitación y cerrásemos la puerta con llave, y cruzó el aparcamiento para ir a Bojangles a por algo de comer. El aparcamiento estaba lleno de camiones articulados. La última vez que había comido algo de Bojangles fue con Ruby y con mamá; mamá iba por la acera contando dinero y separando monedas de cinco y diez centavos en la palma de la mano mientras decía: «Vosotras id diciéndome lo que queréis, y ya os diré yo si os lo podéis pedir. No pienso quedarme esperando a que os decidáis cuando lleguemos al

mostrador y veáis las fotos de la comida, y os tenga que decir que no». Me levanté un par de veces de la cama y fui a la ventana a ver si veía a Wade de vuelta por el aparcamiento, pero lo único que vi fue un montón de camiones y la autopista a lo lejos.

Cuando volvió Wade, Ruby y yo comimos bocadillos de salchicha sentadas en la cama mientras Wade comía sentado en la suya. Él y yo apenas nos habíamos dirigido la palabra desde la noche anterior. Lo único que nos había dicho era «No toquéis nada» cuando escondió la bolsa debajo de la cama después de registrarnos en el hotel y «Dejad puesta la llave» antes de marcharse.

Cuando acabó de comer, Wade se levantó y tiró el envoltorio y las servilletas a la papelera.

—Quedaos aquí viendo la tele —dijo—. Tengo que salir un rato. —Fue al otro lado de la cama y se agachó; supe que iba a sacar algo de la bolsa de deporte.

Wade quitó la cadena de la puerta y me miró.

—Cierra esto cuando salga. Y no le abráis a nadie. Enseguida vuelvo.

Abrió la puerta, salió y cerró. Me levanté de la cama y eché la cadena. Después hice girar el pomo y tiré para asegurarme de que estaba bien cerrada.

Estuve zapeando, y cuando encontré dibujos animados miré a Ruby.

—¿Quieres ver esto?

—Quiero volver a la playa —contestó Ruby.

—Pues de eso ya te puedes ir olvidando. Al menos por hoy.

Se bajó de la cama, se metió en el cuarto de baño y cerró la puerta.

En cuanto oí que se cerraba la puerta del cuarto de baño, me escurrí al otro lado de la cama, me eché al suelo y tanteé con las manos por debajo del colchón de Wade. Encontré la bolsa de deporte y la saqué lo justo para ver la cremallera. De repente había demasiado silencio en la habitación, y me fijé en que Ruby no había hecho ni un ruido en el cuarto de baño. Subí el volumen de la tele y empecé a abrir la cremallera, pero paré al ver un fajo de billetes de cien. Ni siquiera me hizo falta mirar para saber que la bolsa estaba llena de billetes, y que ese era el motivo de que Wade hubiera entrado de sopetón en nuestro cuarto y se nos hubiera llevado en mitad de la noche. El hombre aquel que estaba escondido en el bosque andaba buscando su dinero, y por eso quería encontrar a Wade. El corazón me latía en los oídos y la piel se me había quedado fría.

Me imaginé a mí misma metiendo la mano en la bolsa para coger uno de aquellos fajos de cien dólares, aporreando la puerta del baño hasta que apareciera Ruby y saliendo después a coger un taxi que nos llevaría de vuelta a Gastonia, lejos de Wade Chesterfield y de aquella bolsa de dinero que había escondido debajo de la cama de una habitación de hotel en la que estábamos nosotras.

El osito de peluche que nos había conseguido Wade estaba en nuestra cama; cogí un paquete de dinero y se lo metí en el peto. Al oír la cadena del váter, corrí al otro lado de la cama, me puse de rodillas, cerré la cremallera y volví a meter la bolsa

debajo del colchón. Ruby entró en la habitación justo cuando acababa de volver a nuestra cama.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada —dije. Crucé las piernas al estilo indio y me puse a ver la tele como si me interesasen los malditos dibujos.

—Pareces enfadada. Tienes la cara roja.

—Pues no estoy enfadada —respondí—. Es que me ha quemado el sol, nada más.

Eso era verdad. En cambio, Ruby no estaba nada quemada. Su piel estaba aún más morena que por la mañana, y su pelo parecía aún más abundante después de haber estado en el mar con Wade y conmigo. Se subió a la cama y se sentó a mi lado.

—No me apetece ver dibujos —dijo.

Solté el mando a distancia en la cama, delante de ella.

—Pon lo que quieras —dije—. Me da igual lo que veas.

Cogí el osito y, apretándomelo contra el pecho, me apoyé en el cabecero, cerré los ojos y pensé en lo mucho que odiaba a Wade por haberse colado en nuestro cuarto y habernos convencido para que nos fuésemos con él. Me parecía increíble que todo aquello hubiera ocurrido hacía solo dos noches, y me parecía increíble que en solo dos días hubiese pasado de odiar a Wade a querer creer en él y de nuevo a odiarlo.

Al poco rato giró una llave en la cerradura. Wade trató de abrir la puerta para entrar en la habitación, pero la cadena seguía puesta y solo se abrió un poco. Cerró la puerta y llamó.

Me levanté de la cama, arrastré la silla hasta la puerta y eché un vistazo por la mirilla. Wade me estaba mirando directamente a los ojos.

—¿Quién es? —pregunté.

—Soy tu padre —dijo—. Abre la puerta, date prisa.

—¿Quién?

Volvió a entreabrir la puerta.

—Soy yo, Easter. Abre la puerta. —Salté de la silla, volví a ponerla delante de la mesa y quité la cadena. Wade entró con una bolsa de Eckerd's en la mano—. ¿Qué tal? —preguntó, como si todo fuera sobre ruedas.

—¿Adónde has ido? —quise saber. De lo que en realidad quería saber algo era de la bolsa de dinero que había metido debajo de la cama, pero la pregunta iba a tener que esperar a que estuviésemos a solas.

—He salido de compras —dijo, sonriendo—. He comprado unos disfraces.

—¿Disfraces? —dijo Ruby. Se bajó de la cama. Wade sacó una cajita con algo dentro y me la pasó—. ¿Qué es eso? —preguntó.

—Tinte para el pelo —dije, mirando a Wade—. ¿Y esto por qué?

—Es para ti —dijo—. Te vas a teñir el pelo de moreno.

—¿Yo también? —preguntó Ruby.

—No —dijo Wade—. Eso es para ti, Easter, pero para ti también hay algo. — Sacó un par de gafas de color rosa, y Ruby se las puso inmediatamente—. Bueno — dijo Wade—, tú asegúrate de que te pones las gafas siempre que vayamos a algún sitio. No quiero que nadie se entere de que estoy viajando con la mundialmente famosa Ruby Chesterfield.

—Quillby —dije.

Wade se dio la vuelta y me miró.

—¿Qué?

—Quillby —volví a decir. Lo miré a los ojos—. Su apellido es Quillby, y el mío también.

Siempre había querido tener el pelo moreno, y pensé que ojalá me quedase tan oscuro como el de Ruby, como el de mamá.

Después de leer las instrucciones, me puse los guantes de plástico, me metí en la bañera con la ducha cerrada, me eché el tinte por la cabeza y me lo restregué con los dedos. Conté los minutos y después abrí la ducha y me lo aclaré.

Cuando acabé de bañarme, me envolví con una toalla y abrí la puerta del baño. El espejo había estado demasiado empañado para que pudiera mirarme, pero no me había importado porque de todos modos aún no estaba preparada para verme. Wade y Ruby estaban sentados el uno al lado del otro en una de las camas. Ruby llevaba sus gafas de sol nuevas. Tenía la cabeza apoyada en Wade y él le había pasado el brazo por el hombro.

—Esta noche juegan los Cardinals —dijo Wade—. McGwire va a por el cincuenta y ocho.

Hice como que no lo oía, y miré a Ruby a la vez que me recogía el pelo sobre el hombro izquierdo para que lo viera.

—¿Qué te parece? —pregunté—. ¿Está moreno?

Ruby se quedó mirándome sin decir ni mu, y después se subió las gafas para ver mejor. Arrugó la frente como si estuviera pensando en la mejor manera de decirlo, y después se dejó caer de nuevo las gafas sobre los ojos.

—No sé —dijo al fin—. Está demasiado mojado.

Esto era lo último que quería oír. Volví al cuarto de baño a ponerme la camiseta y el pantalón corto, y caí en la cuenta de que era la única ropa que teníamos aparte de los camiones. Oí que Wade me hablaba desde el dormitorio.

—A mí me parece que te queda fenomenal —dijo—. Lo digo de veras.

Salí del baño envuelta en la toalla y con la camiseta hecha un gurrño en la mano.

—Necesitamos ropa, Wade. Y ropa interior. No podemos llevar lo mismo todos los días. —Empecé a soltarme la toalla y a ponerme la camiseta, pero me interrumpí—. Y también necesitamos una habitación para nosotras solas. Apuesto a que tienes dinero suficiente para pagarla. —Recogí toda mi ropa y me fui hacia el cuarto de

baño.

—Espera —me pidió Wade—. Me tengo que duchar. Tú sigue vistiéndote aquí fuera. —Cogió un par de cosas y se fue al cuarto de baño, pero antes de cerrar la puerta se volvió para mirarme—. Mañana iremos a por más ropa. Lo prometo. —Me sonrió y cerró la puerta.

Me encogí de hombros y suspiré; después colgué la toalla en el respaldo de una de las sillas y empecé a vestirme. Miré a Ruby.

—¿Tengo el pelo moreno o no? —pregunté.

—Está mojado —dijo—. Ya te he dicho que es difícil saberlo.

—A lo mejor no puedes saberlo porque llevas esas gafas tan absurdas.

—Lo que te pasa es que estás celosa porque a ti no te ha comprado unas.

—Ya, seguro.

Había un pequeño mueble con lavabo justo a la puerta del cuarto de baño, y me acerqué y abrí uno de los cajones. Oí que Wade abría la ducha. Encontré un secador de pelo y lo enchufé, con cuidado de no mirarme en el espejo; no quería verme hasta que se me hubiera secado el pelo y supiera exactamente cómo me había quedado. Tardé unos minutos en secármelo, y después apagué el secador y me peiné con los dedos. Me paseé por delante de la cama en la que estaba sentada Ruby. Se subió las gafas y después de mirarme unos instantes se las quitó del todo.

—Moreno —dijo, sonriendo—. No hay duda, moreno.

Quise creerla, pero me parecía imposible después de haber visto la cantidad de tinte que me había salido del pelo y se había ido por el desagüe. Volví al espejo y me planté delante con los ojos cerrados. Respiré hondo y contuve el aliento; a continuación, los abrí.

Ruby tenía razón; tenía el pelo moreno. Giré la cabeza, mirándome desde todos los ángulos posibles. La chica del espejo ni siquiera se parecía a mí, y con el pelo moreno y con el sol que me había dado el día anterior vi que me parecía más que nunca a Ruby, y que por fin me parecía a mamá.

Ruby se había bajado de la cama y se había acercado para verme mejor. Se puso a mi lado y nos quedamos mirándonos en el espejo. Parecíamos hermanas por primera vez en la vida.

—Estás distinta —dijo—, pero me gusta.

—A mí también —coincidí, sin dejar de mover la cabeza y mirándome con el rabillo del ojo—. Me encanta.

En el cuarto de baño la ducha se había cerrado, y se oyó la cisterna del váter. El pomo giró y se abrió la puerta. Ruby y yo nos dimos la vuelta. Wade salió del baño, sonriente, vestido como si ya estuviera listo para salir.

—¿Qué os parece? —preguntó.

Me quedé de piedra: se había afeitado las barbas y también le había dado por teñirse de moreno, y encima le había dado el sol tanto como a mí. Sonriendo, dio una vuelta lentamente como si fuera un modelo. Ruby se rio y se puso a aplaudir; a mí me

entraron ganas de llorar.

Los tres parecíamos por fin una familia.

PRUITT

CAPÍTULO 16

Lo primero que vio Lane Kelly al despertarse fue a mí al pie de la cama. La habitación estaba a oscuras, menos la tenue luz verde del despertador que había sobre la mesilla, al lado de su cabeza. Había abierto los ojos al oírme dar unos golpecitos al piecero con el bate. Su mujer levantó la cabeza de la almohada y se asomó a la oscuridad.

—Arriba. —Ninguno de los dos se movió, como si esperasen que el hecho de permanecer inmóviles fuese a hacerme desaparecer. El bate dio otro golpecito contra el piecero—. Arriba.

A través de la luz verde vi que Kelly buscaba a tientas la pistola que había dejado al lado del despertador. No sabía que mientras estaba durmiendo yo ya me había encargado de despejar la habitación, que había encontrado la pistola y la había dejado sobre la cómoda, de la misma manera que no sabía que un desconocido llevaba veinte minutos en su casa, entrando y saliendo de las habitaciones después de abrir la puerta de la calle con una de sus llaves de reserva. Tanteando en la oscuridad, cogí la pistola. Amartillé el percutor.

—Es inútil que busque la pistola. Está aquí.

A Kelly se le paralizó la mano cuando comprendió lo que había oído, y después la acercó a la lámpara.

—Nada de luces —dije.

La mano siguió moviéndose, y yo volví a dejar la pistola sobre la cómoda y agarré el bate con las dos manos. La lámpara de la mesita se encendió en el mismo instante en que subí el bate. La bombilla estalló y el pie de la lámpara se hizo añicos contra la pared. Su mujer gritó en el segundo escaso en que la habitación se inundó de luz antes de volver a sumirse en la oscuridad.

Mis ojos se readaptaron después del fogonazo a la vez que la cara y los hombros de Kelly se perfilaban con contornos borrosos. La punta del bate se posó en su cuello, sujetándole contra la cama; su nuez hacía vibrar la madera cada vez que tragaba saliva. Su mujer gemía a su lado, y se oyó el frufnú de las sábanas mientras movía la mano por la cama, buscándolo. Deslicé el bate desde su cuello hasta su pecho, a la vez que los iba destapando a los dos y bajaba poco a poco la colcha hasta el piecero.

—Los dos. Arriba. Ya.

El interior de la casa estaba oscuro como boca de lobo. Seguí a Lane Kelly y a su mujer mientras avanzaban pasito a pasito por el pasillo, siguiendo la pared con las yemas de los dedos, rozando tanto las fotos enmarcadas como el marco vacío cuya foto seguía doblada y metida en la guantera de mi coche junto con la de la hija de

Wade Chesterfield.

La puerta trasera estaba recién arreglada, y chirrió cuando Kelly tiró de ella. Su mujer tropezó al pasar al porche, y cayó de rodillas y así se quedó, llorando, tapándose los ojos con las manos. Él se agachó y le susurró no sé qué, y después la ayudó a levantarse y a bajar los escalones que llevaban al césped.

Ninguno de los dos pareció sorprenderse al descubrir que la puerta del garaje estaba abierta ni que los cegadores focos de obra estaban encendidos y colocados en círculo, en torno a una silla plegable. Al verse sentado bajo la intensa luz con las muñecas atadas, Kelly se animó por fin a hacer una única pregunta:

—¿Qué quiere?

En la zona oscura que se abría por delante de él, lo suficientemente alejada de la luz como para que no pudiera verla, su mujer también estaba sentada en una silla. Ya me había encargado de atarle las muñecas a la espalda, y le estaba sujetando los tobillos con cinta de embalar a una silla idéntica a la que ocupaba su marido.

—¿Quién es usted? —preguntó la mujer.

—Eso no importa.

La mujer estaba llorando y se esforzaba por verme los ojos a través de mis gafas de sol, mientras yo, arrodillado a sus pies, rasgaba tiras del rollo de cinta de embalar. El escaso camisón blanco le dejaba las piernas al aire.

—¿Nos va a hacer daño? —preguntó.

—Eso depende.

—¿De qué? —preguntó Kelly detrás de mí.

—De las cosas que sepa usted.

Con los dientes corté un trozo largo de cinta que dio dos vueltas a la cabeza de su mujer, tapándole la boca. La mujer soltó un grito ahogado.

—Como le haga daño, lo mato —dijo Kelly.

—No debería preocuparse por ella.

Lo único que llevaba puesto era unos calzoncillos blancos, y el estómago le colgaba ligeramente sobre la cintura. Bajo la intensa luz, tanto su ropa interior como su piel parecían más blancos de lo que habrían sido en otras circunstancias. En medio de las luces, a la altura de sus ojos, había una sierra de uso industrial. Miró hacia el lugar de donde salía mi voz sin reparar en la sierra, y de repente sus ojos se posaron sobre ella como si no la hubiera visto hasta ese momento.

Pero su mujer debía de haberla visto antes, y debía de haber estado pensando en lo que sabía que podía hacer, porque empezó a gruñir y a sacudir la cabeza de izquierda a derecha a la vez que mecía la silla sobre el suelo de hormigón. Kelly miró en dirección a su mujer y gritó: «¡Cariño! ¡No pasa nada!». Ella no lo oyó o bien no lo creyó, porque siguió meciéndose.

—Como le haga daño...

—Cállese y escuche. —Mi sombra se abatió sobre él, tapando la luz—. ¿Sabe por qué está pasando todo esto?

—¿Por el dinero?

—Sí. Efectivamente, tiene que ver con el dinero.

—Deje que se marche y hablaré.

—Creo que no.

—No sé nada —dijo.

—Aún no se le ha preguntado nada.

—Vi que Wade se lo llevaba. Nada más.

—¿Lo ve? Sí que sabe algo.

Hacía un rato que me había quitado los guantes de bateador para atar las bridas y rasgar trozos de cinta, pero al llevarme la mano derecha al bolsillo de atrás me los encontré y me los puse antes de quitar el seguro de la sierra. Los ojos de Kelly siguieron el recorrido de mi mano enguantada, pero se detuvieron en la cuchilla en el momento en que quedó al descubierto.

—No sé nada —repitió—. Lo juro. —Era otra voz, más aguda, más desesperada.

—¿Cuánto era?

—¿Cuánto era qué?

—¿Cuánto se llevó?

—No sé. Mucho. Varios cientos de miles, puede que más. Era demasiado para contarlo.

—¿Y él dónde está ahora?

—No sé. Lo juro. No tengo ni idea.

—Le conviene darme una respuesta mejor.

Cuando la sierra se encendió, un gemido agudo y gutural salió de la oscuridad del fondo e inmediatamente se mezcló con el grito de la cuchilla hasta que los dos sonidos se hicieron indistinguibles. Cerré los dedos alrededor de los antebrazos de Kelly y lo levanté de la silla. Sus muñecas cayeron de golpe sobre el puente de la sierra.

—¡Espere! —chilló—. ¡Espere! —Apretó los puños, pero sus manos no eran lo bastante fuertes como para impedir que le soltase el índice derecho y se lo acercase a la cuchilla—. ¡Charleston! —chilló.

Le solté las muñecas y tropezó hacia atrás, volcando la silla. La sierra se apagó poco a poco y el sonido se fue desvaneciendo.

—¿Qué pasa con Charleston? —Se tendió a mis pies en posición fetal, la mano derecha doblada sobre el estómago como si ya no la tuviera. No iba a responderme, así que cerré la mano sobre su cara y le estrujé las mejillas antes de repetir la pregunta—. ¿Qué pasa con Charleston?

—Su madre —dijo al fin. Cuando quité la mano de su cara, la cabeza le rebotó en el suelo de hormigón.

—¿Es ahí adonde va?

—No sé. Es que no sé qué otra cosa decirle. Por favor.

Se oyó llorar en la oscuridad, y Kelly levantó la cabeza y miró hacia donde estaba

su mujer. La sierra se encendió de nuevo, y pareció que el ruido chupaba el aire del garaje. Al oírlo, Kelly cerró los ojos y pegó la barbilla al pecho, pero los abrió cuando volvió a notar mis manos sobre las suyas, y gritó cuando sus muñecas chocaron contra el puente de la sierra.

Pegué la boca a su oreja; el aire de la sierra me soplabá en la cara.

—¿Es ahí adonde va?

Pero si respondió, no lo oí.

Lo primero que vi al abrir los ojos fue la luz cegadora de los focos de obra. Extendí los brazos a ambos lados del cuerpo y tanteé el suelo de hormigón en busca de mis gafas de sol. Al cerrar los dedos sobre ellas y llevármelas a los ojos, noté algo caliente y húmedo. Sangre.

Cuando me levanté, pisé el martillo de uña que había utilizado la mujer. Le di sin querer con la puntera del zapato, y salió disparado por el suelo para acabar perdido en la oscuridad.

La puerta del garaje estaba abierta, y Lane Kelly y su mujer habían desaparecido.

Fuera, los reflectores dejaban ver dos series de huellas en la hierba brillante y húmeda que acababa en el bosque de detrás de la casa de Kelly. No habían sido tan tontos como para volver a casa. Ni tampoco, seguramente, como para ignorar que el bosque se extendía durante kilómetros y kilómetros antes de llegar al límite estatal de Carolina del Sur, que se pasarían horas caminando entre la espesura, descalzos, con las piernas desnudas, antes de toparse con otra casa. No iba a venir nadie a ayudarles, y no había nadie a quien pudieran pedir ayuda.

Tenía la camioneta aparcada entre la hierba, a medio kilómetro, más o menos, calle abajo, pero en cuestión de minutos ya la había cogido y estaba cruzando por el patio en dirección a la parte de atrás de la casa de Lane Kelly. Me detuve en el lugar en el que las huellas desaparecían por el bosque; las luces largas y las luces de la baca perforaban la oscuridad, proyectando largas sombras a partir de los árboles.

Puse la camioneta en punto muerto durante unos segundos; después pisé y solté el acelerador, y el sonido del motor hizo eco en el bosque y resonó en la casa. Eché un vistazo a los árboles, que estaban iluminados como un escenario, en busca de algún indicio de movimiento, del destello de alguna luz que cayera sobre un ojo abierto o un trozo de tela blanca. Lane Kelly y su mujer estaban por ahí, metidos entre los árboles, agachados, conteniendo la respiración, escuchando el ruido del motor y rezando para oírlo desvanecerse. Podría tardar horas en encontrarlos, y para cuando volviese a meterlos en el garaje ya casi habría amanecido. Y eso sería robarle tiempo a la búsqueda de Wade Chesterfield y el dinero.

Metí marcha atrás. La oscuridad todavía era total en Gastonia, Carolina del Norte, pero en menos de tres horas el día estaría despuntando en Charleston.

EASTER QUILLBY

CAPÍTULO 17

En mitad de la noche, me desperté con Ruby a mi lado, pero Wade aún no se había ido a la cama. Estaba en la ventana, mirando entre las cortinas; la luz del aparcamiento le alumbraba la cara. Susurré su nombre y volvió la cabeza.

—¿Tú también has oído algo? —preguntó.

—No —dije.

—¿Qué es lo que te ha despertado?

—No sé.

Wade volvió a mirar por la ventana, y después soltó las cortinas y se cerraron. Al lado de la puerta había dos sillas, una de ellas de cara a la ventana. Supe que allí era donde Wade había pasado la noche. Volvió la silla hacia la cama, después se sentó y cruzó las piernas.

—¿No piensas dormir? —pregunté.

Se llevó un dedo a los labios y señaló a Ruby. Aparté la colcha de una patada, salí de la cama y fui a sentarme en la otra silla. Wade la agarró por una pata y la acercó a la suya. Habíamos sacado los camisones del maletero, y yo llevaba puesto el mío. Me pegué las rodillas al pecho por debajo del camisón.

—¿Es que no piensas dormir? —pregunté otra vez.

—No —respondió.

—¿Por qué no?

—Porque no tengo sueño.

—¿Estás preocupado?

Sonrió.

—¿Por qué iba a estar preocupado?

—Por si nos encuentra la policía —dije—. O puede que él nos encuentre primero.

—No era por eso por lo que estaba mirando por la ventana. —Extendió las piernas como si se estuviera estirando y cruzó los tobillos.

—Entonces, ¿por qué estabas mirando?

—Ya te lo he dicho. Me pareció oír algo.

—¿El qué?

—No sé. Puede haber sido cualquier cosa: un fantasma, un vampiro. —Señaló a la cama—. El tipo de cosas que no te molestarían si estuvieras durmiendo.

—Soy demasiado mayor para que esas cosas me den miedo.

—Eres demasiado inteligente, ¿verdad? Empiezas a recordarme a tu madre.

—¿De veras?

—Sí, de veras. Y también empiezas a parecerte a ella.

Mi flamante pelo moreno me caía por los hombros. Cogí un extremo y me lo acerqué para verlo bien en la oscuridad de la habitación.

—Por poco tiempo —dije.

—No lo digo por tu pelo. Tu madre era fuerte, más fuerte que yo, y tú eres clavadita a ella. Fíjate en todo lo que has hecho. —Negó con la cabeza—. Yo a tus años no habría podido hacer nada parecido..., cuidar a Ruby como lo has hecho. Si casi ni puedo cuidaros ahora. —Sonrió—. Conque te has echado un novio, ¿eh?

Sentí que se me acaloraba la cara, y bajé la mirada.

—Creo —dije.

—¿Crees?

—Creo —repetí.

—¿Cómo os conocisteis?

—En el cole. Es de mi curso, pero está en otra clase.

—¿Cómo decías que se llamaba?

—Marcus Walker.

—Marcus Walker —susurró—. Quiere robarme a mi niñita.

—No, para nada.

—Me lo tendría bien merecido —dijo Wade—. Tu madre solo tenía diecisiete años cuando la conocí.

—¿Cómo la conociste?

—¿Nunca te lo contó?

—No. No le gustaba hablar de ti.

—No se lo reprocho —dijo—. A mí tampoco me habría gustado hablar de mí.

—Entonces cuéntamelo ahora. ¿Cómo la conociste?

—Yo estaba jugando en Gastonia con los Rangers. Debía de ser la temporada baja del ochenta y cuatro. Unos tíos con los que jugaba aquel año decidieron ir a Alaska a currar en todo tipo de trabajos horrorosos para ganar lo máximo posible antes de que empezase la temporada en primavera: industria conservera, refinerías, campos petrolíferos..., trabajos heladores y deprimentes. Y también trabajos sucios. Pero te sacabas una buena pasta en poco tiempo, y eso era lo único que nos importaba. Trabajé en un campo petrolífero de las afueras de Anchorage, y el primer día de trabajo unos compañeros me llevaron a un pequeño restaurante que se suponía tenía las mejores hamburguesas del mundo. —Sonrió—. Y allí fue donde vi a tu madre por primera vez. Aquel verano estaba trabajando de camarera; creo que debía de ser la primera vez que trabajaba. Te aseguro que aquel otoño y aquel invierno comí más hamburguesas que las que había comido en toda mi vida. Cuando llegó el momento de que empezase la temporada, la convencí para que se viniese a Carolina del Norte, y el resto ya es historia. Tú naciste más o menos un año después.

—Y ¿cuándo te fuiste?

Pareció que la pregunta le sorprendía, pero es que hasta ese momento jamás me había surgido la oportunidad de hacérsela, y no estaba segura de que me volviese a surgir.

—No sé —dijo al fin—. No sé cuándo fue la primera vez que me fui. Creo que

me marché muchas veces durante los años en que os estabais criando.

—Hay muchas cosas de ti que no recuerdo —dije—. Lo mismo le pasa a Ruby. Era muy pequeña cuando te acabaste yendo para siempre.

—Ya lo sé. Pero probablemente sea mejor que casi ni os acordéis de mí. Yo mismo me olvidaría de todo si pudiera. Hice un montón de cosas de las que no me siento orgulloso, pero todo eso ya pertenece al pasado. A nuestro pasado.

—Pero ¿qué me dices del dinero?

—¿Qué dinero?

—El dinero que hay debajo del colchón.

—¿De qué estás hablando? —preguntó.

—Lo he encontrado hoy.

—Vale.

—¿Es suyo?

—¿De quién?

—Del tipo que te anda buscando. El que vino a mi colegio.

—No —dijo Wade, suspirando—. No es suyo. No sé por qué anda buscándome, pero no hay motivo para que nos preocupemos por él. Ya te lo he dicho. Y también te he dicho que tenemos que empezar a confiar el uno en el otro. No deberías haber figoneado en mis cosas.

—No puedo confiar en ti. Porque ese dinero no es tuyo, ¿a que no? —Sabía que no lo era, que no podía serlo. Pareció que le avergonzaba tener que responder a esta pregunta, y me di cuenta de que estaba pensando en qué decir.

—Te pedí que me dijeras la verdad sobre tu llamada de anoche a Marcus —dijo—, así que supongo que yo también debería decirte la verdad, ¿no?

—Sí.

—El dinero no es mío —dijo—, pero de todos modos lo cogí. Ni siquiera creo que pertenezca a la persona a la que se lo quité. No sé de quién es.

—¿Por qué lo cogiste?

Miró por encima de mi hombro a Ruby, que seguía dormida, y después me tendió los brazos y cogió mis manos entre las suyas.

—Easter, en toda mi vida solo he querido dos cosas. La primera era jugar al béisbol, y era bueno, muy bueno, pero la cagué. Hice una serie de estupideces y no me esforcé lo suficiente, o puede que no lo quisiera con la intensidad suficiente. No sé qué pasó, pero algo se interpuso.

—¿Nosotras?

Me dio un apretoncito en las manos.

—No, qué va. Tú y tu hermana sois la segunda cosa que quiero, algo que jamás pensé que tendría. Cuando nacisteis, mi sueño cambió y quise ser un buen padre, pero ahí también la cagué. —Me soltó las manos y se recostó en la silla—. Y de repente aparece este dinero —dijo, cerrando los ojos como si se lo estuviera imaginando—. Cuando lo cogí pensé que al menos uno de esos sueños todavía podría cumplirse. —

Abrió los ojos y me miró—. Mi sueño está aquí. Sois vosotras. Tú y Ruby. Solo quiero una vida normal, una casa normal, una familia normal.

Quise decirle que era eso exactamente con lo que siempre había soñado.

Unos minutos después volví a la cama y me tapé con la colcha. Miré a Wade, que seguía sentado en la silla.

—¿Cuándo te vas a dormir? —pregunté.

—Enseguida —respondió—. No tardo nada.

Me tumbé y cerré los ojos, y sin darme cuenta me quedé dormida. Cuando me desperté por la mañana, Ruby dormía a mi lado. Wade seguía sentado en la silla. La había girado para ponerla frente a la ventana, pero seguía allí.

BRADY WELLER

CAPÍTULO 18

Yo era un padre divorciado que apenas tenía relación con su hija adolescente, y me habían obligado a dimitir después de más de veinte años en el cuerpo. Pero nunca tuve la sensación de haber tocado fondo hasta la primera vez que debí dinero a un tipo llamado Roc. Era un informante bastante fiable de mis tiempos de policía, y seguía recurriendo a él de vez en cuando siempre que tenía que lidiar con algún bandarria al que suponía que conocería. Trabajaba de cocinero en un restaurante del tres al cuarto llamado La Casa del Pescado. Su verdadero nombre era Pete, y era un cuarentón blanco con sobrepeso que llevaba un gorro negro, hablaba en jerga *hip-hop* y siempre andaba mordisqueando un puro. Como te descuidaras, deberle dinero a una persona así podía ser un auténtico fastidio.

Me había equivocado al apostar que McGwire no se anotaría ningún *home run* el martes; de hecho, se anotó dos, y ahora doscientos cincuenta dólares del dinero que había ganado con el sudor de mi frente iban a ir a parar a la sucia cocina de La Casa del Pescado, directamente a las manos grasientas de Roc.

La Casa del Pescado estaba enfrente de unas vías de tren abandonadas, en el límite del centro urbano. Dejé el coche en el aparcamiento poco antes de las nueve de la mañana. El local solo abría entre las diez de la mañana y las dos de la tarde, y el aparcamiento se encontraba vacío a excepción de unos cuantos coches viejos que estaban en la otra punta, al lado de la acera rota.

Nada más bajarme del coche, la puerta lateral de la cocina se abrió de par en par, chocando contra el muro exterior. Roc, con sus gafas de sol negras, su gorro negro y su camiseta blanca extragrande, empezó a arrastrar un cubo de basura desde la cocina hasta unos contenedores que había al lado del restaurante. Soltó el cubo por unos instantes para sacarse un mechero de un bolsillo de los vaqueros caídos y un puro de otro. Lo encendió y siguió arrastrando el cubo por la acera. Cuando me oyó cerrar la puerta del coche, levantó la vista y sonrió.

—¡Toma ya! ¿Qué pasa contigo, tío?

—Nada —dije yo—. ¿Y contigo?

Me acerqué a él, me estrechó la mano y me envolvió en uno de esos medio abrazos que se dan los tíos cuando quieren ir de colegas. Noté que sus dedos me pringaban de grasa al cerrarse sobre los míos, y cuando me soltó me metí la mano en el bolsillo y me los limpié con el forro. Miré al cubo de basura.

—¿Te echo un cable?

—Sí, tío —dijo.

Cogimos un asa cada uno y llevamos el cubo medio a rastras medio en volandas hasta el contenedor, donde lo volcamos y tiramos la basura.

—¿Viste a los Cardinals el martes por la noche? —preguntó.

—No. Fue mala suerte, pero parece que no tuvo importancia. Sé lo que consiguió McGwire con el lanzamiento de Hernández.

—Con el de Pall también —dijo él.

—Ya lo sé, pero solo te debo lo de Hernández.

—Vaya, hombre. En fin, al menos lo he intentado.

Me saqué un sobre del bolsillo de atrás, conté los billetes y se los entregué.

—Este es mi chico —dijo, sonriendo. Contó el dinero rápidamente, y después se sacó un fajo de billetes atados con una goma de uno de los bolsillos delanteros. Quitó la goma y fue pasando los billetes como si ya le hubiese asignado un hueco al dinero que acababa de darle.

—Me estás matando —dije—. Llevo perdidos algo así como... ¿Qué? ¿Cuatrocientos dólares?

—Más bien cuatrocientos cincuenta —sonrió, sin dejar de manosear los billetes—. Pero no estoy enfadado contigo, cariño.

Encajó los billetes nuevos en los lugares donde se suponía que iban y a continuación empezó a contar todo el dinero del fajo. Un tipo como Roc siempre sabe exactamente cuánto dinero lleva encima, pero también quiere que veas la de dinero que podrías ganar dirigiendo una pequeña casa de apuestas en Gastonia oeste, desde la sucia cocina de La Casa del Pescado.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —dije.

—Dispara.

—¿Llegaste a hacer apuestas con los Gastonia Rangers en los viejos tiempos?

—¿Por qué?

—Quería decirte un nombre. A ver si te suena de algo.

Me miró un momento y después siguió contando el dinero.

—Adelante —sonrió—. Para mi mejor cliente, lo que sea.

—¿Recuerdas a un tipo que estuvo jugando con ellos hará unos diez años, Wade Chesterfield?

Dejó de contar el dinero, echó la cabeza hacia atrás y fingió una sonora carcajada.

—Hostia, pues claro. ¿Rowdy? Si querías amañar un partido, llamabas a Rowdy.

—¿Rowdy?

—Que sí, que sí. Así lo llamaban.

—¿Por qué? —pregunté.

Le puso la goma al fajo de billetes y se lo volvió a meter en el bolsillo.

—Porque cuando el tipo ya no pudo seguir lanzando le encajaron el papel de mascota: Rowdy. Ya sabes, tío, el maldito Ranger, Rowdy Ranger. Cuando empezaron a darle los espasmos^[5], era lo único que le dejaban hacer, y él consentía en hacerlo solo para que le siguieran pagando y para seguir rondando por los partidos. Pero tío, cuando jugaba, sabía amañar los partidos que no veas. El viejo Wade. —Se rio de nuevo.

—¿Espasmos?

—Sí —dijo—. Espasmos. Una vez le dio un pelotazo a un tipo en la cara, y al tipo se le fue la olla y se abalanzó sobre el montículo. Machacó a Wade. Fue tremendo; nadie pudo pararlo. El tío se volvió loco. A partir de entonces, Wade fue completamente incapaz de lanzar un *strike*, hubiese o no un bateador. No duró mucho después de aquello. —Eché un escupitajo al cemento y lo restregó con la puntera de la bota—. ¿Por qué me preguntas por él?

—Porque el lunes por la noche secuestró a sus dos hijas de un hogar de acogida. Los estoy buscando.

—Carajo —dijo, como impresionado—. Jamás habría pensado que el viejo Wade tuviera esas agallas. —Suspiró y miró el cubo de basura vacío antes de seguir—. ¿Sabes? Antes de que Texas fichase a Sammy Sosa, Wade jugó con él.

Se me había olvidado por completo que Sosa hubiese jugado nunca en el Gastonia, pero asentí con la cabeza como si lo recordase perfectamente.

—Menos mal que Sammy se largó de aquí en su momento —dijo—. Sus antiguos compañeros de equipo se dedican a secuestrar a sus propias hijas y él en cambio está por ahí con Big Mac intentando superar a Maris. —Movié la cabeza como si fuera la cosa más profunda que había pensado, por no decir pronunciado, en toda su vida.

—Hazme un favor —dije—. Avísame si te enteras de algo sobre Wade Chesterfield.

—Los pajaritos cantan para que les den de comer —dijo, frotándose los dedos y sonriendo.

—Bien, así sea. Pero solo si hay alguna canción que merezca la pena oír.

Sonrió y le dio una calada al puro.

—¿Quieres apostar algo a que Sammy llega al cincuenta y siete en el partido del viernes contra los Pirates?

—Mejor no —dije—. Para qué tentar la suerte, con lo mala que la tengo.

—Vale —dijo. Nos dimos un apretón de manos exageradamente largo y torpe al que pusimos fin entrechocando los puños—. Tú llámame si cambias de opinión.

—Puedes apostar a que lo haré —dije, sin percatarme de mi propio juego de palabras. Roc se rio.

Me di media vuelta para irme al coche mientras lo oía volver al restaurante arrastrando lentamente el cubo vacío por el aparcamiento. Cuando llegué al coche, me giré y vi que me estaba mirando desde la puerta abierta de la cocina como si esperase que cambiase de opinión.

—¿Qué probabilidades hay de que Sosa se anote una carrera el viernes y otra el sábado? —pregunté.

—¿Lo dices en serio? —Roc sonrió.

—Sí.

—Espera un segundo —dijo. Se sacó un cuadernito del bolsillo de atrás y pasó las páginas; encontró lo que estaba buscando y volvió a mirarme—. Pocas. Muy pocas. Pero te lo puedo endulzar. ¿Qué te parece veinte contra uno? Bien dulce, ¿no?

—Bien dulce —dije, a sabiendas de que a esas alturas ya debería estar sacando el coche del aparcamiento—. Apúntame cien.

—¿Nada más? Venga, tío.

—Nada más. Y avísame si te enteras de algo sobre lo que sea.

Asintió con la cabeza, tiró la punta del puro y abrió la puerta de la cocina. Del interior salió música rap a todo volumen. La puerta se cerró de golpe y se tragó la música. Solo se me oía a mí haciendo tintinear las llaves en mi bolsillo vacío.

CAPÍTULO 19

La tarde del primer jueves de cada mes era la única que pasaba con Jessica. Siempre que iba a recogerla a casa de su madre y su padrastro, me metía en la rotonda que había enfrente de la mansión de ladrillo blanco y avisaba de mi llegada con un bocinazo. Solo había entrado en la casa una vez que llovía, años atrás; paraguas en mano, había subido los escalones y había llamado a la puerta. Salió Dean. No hice más que quedarme en la entrada esperando a que bajase Jessica, pero, por lo que pude ver, el interior de la casa hacía juego con el exterior. El vestíbulo tenía suelo de mármol blanco, y una ancha escalera de madera subía en curva a la segunda planta. Por encima del hombro de Dean vi lo que debía de ser la cocina, y, al fondo, una sala de estar. A cada lado del vestíbulo había habitaciones en penumbra, y lo único que recuerdo es que vi más suelos de mármol y más columnas blancas y que pensé que Tina estaría por ahí escondida en algún lugar que escapaba a mi vista, dando gracias al cielo por estar casada con Dean y no conmigo.

Esta noche, Jessica ya estaba esperando fuera cuando llegué. Parecía más alta, más mayor y más delgada cada vez que la veía. Tenía la cara delicada de su madre y el pelo rubio como yo, pero largo y ondulado como el que lucen las chicas de los anuncios de champú. Puse la palanca de cambios en posición de aparcamiento, dejé el motor encendido y abrí mi puerta para bajarme a abrazarla, pero ni siquiera había sacado aún los pies y ella ya había abierto la puerta del copiloto y se había subido. Cerré mi puerta y la miré en el mismo instante en que se abrochaba el cinturón.

—¿Qué tal? —saludé. Me incliné para darle un abrazo torpe, fijándome en que solo me pasaba un brazo por el cuello.

—Qué tal —dijo. Sonrió, y después se dio la vuelta y echó el bolso al asiento de atrás.

Chili's estaba tan abarrotado y ruidoso como de costumbre, así que Jessica y yo esperamos fuera a que quedase una mesa libre. Aún faltaba media hora para que anocheciese, y la tarde estaba húmeda a pesar de que había algo en el ambiente que decía que estábamos más cerca del otoño que del verano.

—Ayer pasé por delante del colegio —dije—. Parece que han organizado una feria de presentación de universidades para el sábado por la noche. ¿Vas a ir?

—Sí —dijo—. Me va a llevar mamá.

—Ah. Bien. Porque te iba a decir que podría llevarte yo si querías ir acompañada, pero si ya va ella, pues bien.

Nos quedamos en silencio unos instantes. Eché un vistazo al resto de la gente y de las familias que estaban hablando y riendo, y me pregunté de qué estarían charlando

con sus hijos.

—Sigo con la idea de ir a Peace —dijo al fin Jessica—. Tienen una buena licenciatura de Lengua y Literatura Inglesa, y las clases son pequeñas. Sé que no te vuelve loco, pero es ahí adonde quiero ir.

—No es que no me vuelva loco. Seguro que es una universidad estupenda. Es solo que es carísima. En cambio, la estatal de Carolina del Norte, la Universidad de Carolina del Norte-Charlotte..., caramba, mis impuestos ya están yendo a parar allí, ¿no te parece?

—Sí, papá. Ya me lo has dicho otras veces. Tú no te preocupes; mamá y Dean se encargan de pagarme la universidad.

—Y tú eso también me lo habías dicho, y ya te he dicho que voy a ayudarte —dije—. Eso me corresponde a mí. Sigo siendo tu padre. Solo quiero que tengas en cuenta todas las alternativas que tienes. Nada más.

—Vale —dijo.

El localizador que me había dado la recepcionista vibró en mi mano, y al oírlo, Jessica miró y vio que brillaba. Se dio la vuelta y entró, y yo la seguí.

Una vez sentados, vino una camarera y nos dejó un par de menús, y a los pocos minutos volvió con nuestras bebidas. Estudié la carta a pesar de que ya sabía lo que íbamos a pedir: hamburguesa negriazul para mí y pasta con pollo cajún para Jessica.

Miré hacia arriba y vi que la camarera estaba al lado de la mesa, cuaderno y boli en mano.

—¿Ya han decidido? —preguntó. Miré a Jessica, que asintió con la cabeza.

—Eso parece —dije—. Para mí, la hamburguesa negriazul, en su punto, por favor, y para ella la...

—Ensalada de pollo a la parrilla, con aceite y vinagre nada más —dijo Jessica—. Sin picatostes, por favor.

—¿Van a querer agua? —preguntó la camarera.

—Yo sí —dijo Jessica.

—Yo también —dije. La camarera sonrió y se acercó a la mesa que estaba detrás de mí. Oí que les hacía las mismas preguntas que nos acababa de hacer a nosotros.

—¿Ensalada de pollo a la parrilla? —pregunté—. Eso es nuevo.

—Estoy intentando comer mejor —contestó Jessica—. Estar más sana.

—¿Con eso vas a tener bastante? ¿Quieres un aperitivo o algo?

—No. No tengo mucha hambre.

Unos minutos más tarde, la camarera nos trajo la comida, y mientras comíamos intenté pensar en qué le podía preguntar a Jessica sobre el instituto, sobre la universidad o sobre otros temas que le interesaban.

—Lengua y Literatura Inglesa —dije—. Bueno, y ¿cuál es tu libro favorito?

Jessica había hincado el tenedor en un trozo de pollo a la parrilla, y lo levantó y se quedó contemplándolo como si estuviera reflexionando profundamente sobre mi pregunta.

—No sé —dijo—. Tengo muchos favoritos: *El guardián entre el centeno*, *Matar a un ruiseñor*...

—¿De qué va *El guardián entre el centeno*?

Se metió el pollo en la boca y soltó el tenedor mientras masticaba. Después bebió un sorbito de agua.

—No sé. Es difícil de explicar. En realidad no va de nada en concreto. El narrador es un chico que vuelve a casa del internado para pasar las vacaciones de Navidad, y es como que se lo cuenta al lector.

—¿Y ya está? —pregunté.

—Más o menos.

—No parece un libro muy interesante. ¿Por qué te gusta tanto?

—No sé. Supongo que entiendo de dónde viene el chico. Entiendo cómo se siente.

—¿Cómo se siente?

—No sé. Puede que solo.

—¿Así te sientes tú?

—No. La verdad es que no. —Soltó un suspiro bien fuerte para que yo lo oyera—. Bueno, ¿y tú qué has estado haciendo?

Dejé de comer y la miré, pero no levantó la vista del plato.

—Trabajar, poco más. El apasionante mundo de la seguridad del hogar. —Me limpié la boca y volví a dejarme la servilleta en el regazo.

—¿Qué tal lo de trabajar con el tío Jim? —preguntó—. Hace como dos años que no lo veo.

—Yo tampoco es que lo vea demasiado —dije—. En realidad no trabajamos juntos. Más bien diría que trabajo para él.

—¿Es tu jefe?

—Sí. Supongo que sí.

Cuando terminamos de comer, la camarera vino a por los platos y dejó la cuenta en la mesa. Metí la tarjeta de crédito en la funda, y la camarera volvió y la cogió.

—¿Te has enterado de lo de esas dos niñas? ¿Las que secuestraron hace unos días?

—Me suena —dijo—. ¿Ha salido en la tele?

—En todos los telediarios.

—¿Qué les pasó?

—Su padre las secuestró. Se las llevó de un hogar de acogida. Yo era su tutor.

—¿Por qué lo dices así, que eras su tutor? ¿Has dejado de serlo solo porque las han secuestrado?

—No —dije—. Su padre se las llevó a Carolina del Sur, y ahora está metiéndose el FBI. Es un follón.

—Pero eso no significa que lo dejes de golpe.

—Que deje ¿qué?

—De protegerlas, o lo que sea.

—Tienes razón. Sigo siendo su tutor. Y seguiré siendo su tutor cuando vuelvan.

La camarera vino con la cuenta. Dejé propina y firmé, y después me metí la tarjeta de crédito y la cuenta en la billetera.

—¿Cómo puede un padre secuestrar a sus propias hijas? —preguntó Jessica.

—El tipo renunció a la patria potestad hace unos años. Al llevarse a las niñas, ha infringido la ley.

—Pero es su padre.

—No importa —dije—. Yo soy tu padre, pero eso no significa que pueda llevarte adonde me dé la gana así por las buenas, sin el consentimiento de tu madre. Estaría infringiendo la ley.

—¿Qué le pasó a su madre?

—Está muerta —dije.

—Entonces puede que sea mejor que nadie los haya encontrado. Lo mismo quieren estar con su padre. Lo mismo se sienten seguras.

—Puede, pero no por eso es legal. —Doblé la servilleta y la dejé donde había estado mi plato—. ¿Tú qué harías si estuvieras en mi lugar? —pregunté.

—¿Qué haría respecto a qué?

—Respecto a estas dos niñas. ¿Las dejarías quedarse con su padre, o cumplirías la ley y te encargarías de devolverlas adonde se supone que tienen que estar?

—No sé —respondió—. Supongo que intentaría pensar en qué quieren ellas. Nadie lo hace. Los niños solo quieren ser felices.

—¿Tú eras feliz?

—Supongo que sí. No recuerdo haber sido infeliz.

—Ser feliz y no ser infeliz son dos cosas muy diferentes —dije—. Puede que esas dos niñas no hayan sido felices en el hogar de acogida, pero a lo mejor tampoco eran infelices, ¿sabes a lo que me refiero?

—Sí. Pues entonces yo era feliz.

—¿Te sentías segura?

—Pues claro que sí. ¿Por qué no iba a sentirme segura? Mi padre era poli.

—Ya. Pero no me refiero a eso. ¿Te sentías protegida, incluso después de lo que pasó?

—Sí. Creo que sí. Pero recuerdo poca cosa de todo aquello. Era muy pequeña, y eso fue hace mucho.

—Tenías diez años, Jessica. No hace ni seis años.

—¿Ah, sí? Entonces a lo mejor es que me he obligado a mí misma a olvidar.

—Pero ¿recuerdas sentirte segura? —insistí—. ¿Y feliz?

—Sí. Segura y feliz. Me acuerdo.

—Bueno, pues a ver, ¿tú qué harías: dejarlas en paz o traértelas?

Suspiró.

—No sé —dijo al fin—. No soy un padre.

PRUITT

CAPÍTULO 20

La señora vivía en un barrio de casas pequeñas rodeadas de césped marrón y pinos enclenques, en la zona norte de Charleston. Al este, los aviones del aeropuerto de la ciudad y, un poco más allá, los reactores de la base aérea se elevaban sobre la I-26 entre las brumas mañaneras. Al pasar por primera vez por delante de la casa, me pareció casi idéntica a las casas colindantes: un chalé achaparrado de ladrillo con molduras verdes en las ventanas y en la puerta, una puerta de garaje verde, un tejado de tejas negras que ya habían empezado a irradiar calor.

Aparqué la camioneta al borde de la carretera, a cinco casas de distancia de la suya, y me puse a mirar la calle y los espejos del coche, atento a ver si a alguien le daba por pasearse o por mirar por la puerta o por las ventanas para comprobar quién era ese que se había apalancado enfrente de su casa en una mañana tan abrasadora.

Mientras subía por la entrada de coches, no miraba tanto su casa como las casas y los patios de alrededor, en busca de indicios de quién estaba en ellas y quién no. Delante de las viviendas vecinas no había coches, y estas tenían las puertas cerradas y las persianas bajadas.

Tampoco había ningún coche delante de la suya, y por los ventanucos de la puerta del garaje se veía claramente que igual ocurría en el garaje, lo cual significaba que o bien la mujer no estaba en casa o que no conducía, y que en cualquier momento podía venir alguien a ver qué tal estaba. O quizá Wade Chesterfield en persona había venido ya y se la había llevado, o la había avisado de quién podía venir o de lo que podía suceder, en cuyo caso la mujer se habría marchado sola, habría ido a quedarse con amigos unas calles más abajo o con familiares de cuyos nombres y direcciones todavía no me había enterado.

Pero de repente se movió la cortina de la ventana que estaba a un lado de la puerta de la calle. Alguien me había estado observando mientras me acercaba a la casa, y corrió la cortina en cuanto me vio detenerme en la entrada de coches. Las demás cortinas no se movieron. Mi mano derecha se desplazó por instinto a la empuñadura de la Glock que llevaba en la cinturilla del pantalón corto. Subí lentamente por la entrada de coches y me detuve ante la puerta.

Mi mano soltó la pistola e hizo amago de llamar, pero de repente la puerta se abrió de par en par y allí estaba la mujer, mirando a través de unas gruesas gafas de sol con cristales ahumados. Era diminuta, apenas metro y medio de altura, con cabello cano y ralo peinado en una permanente de rizos pequeños y encrespados que apenas sobresalían de su cabeza, una blusa blanca metida en una falda larga color canela y unas medias que desembocaban en un par de zapatos negros de cordones. Se quedó mirándome unos instantes; mis dedos se soltaron de la pistola y dejé caer la mano.

La calle estaba en silencio. Apenas el ruido de un perro ladrando unas cuantas casas más abajo y el suave sonido de los aviones que despegaban y aterrizaban a lo lejos.

—Pase, pase —dijo al fin, apartándose de la puerta y dándose la vuelta a la vez que agitaba la mano por encima del hombro para que la siguiera—. Permítame que coja el abrigo y el paraguas. Ya sé cómo está la calle en estos momentos, pero el verano en Charleston es así; en esta ciudad olvidada de Dios nunca se sabe cómo va a venir. Y mejor que no hable del frío que hace en el consultorio ese.

Pasé y cerré la puerta, y alargando la mano por atrás y echando el cerrojo silenciosamente.

—No cierre —añadió—. Vamos a salir ya mismo.

Desapareció por un pasillo, y mis ojos escudriñaron lo que debía de ser la sala de estar. Estaba limpia y ordenada, y daba la impresión de que no había cambiado ni pizca desde que se construyó la casa. Una moqueta marrón de pelo largo cubría los suelos, y debajo de unas ventanas con cortinones que daban al patio de entrada había un sofá verde menta. Enfrente de este había dos butacas de color beis, con una mesita baja delante. No había televisor. La habitación, y puede que la casa entera, olía a algo que no llegué a identificar del todo, pero era algo que me resultaba familiar, algo que se parecía a un recuerdo.

Oí que abría y cerraba la puerta de un armario al fondo del pasillo. Cuando volvió a la sala, el bolso colgado al hombro y las gafas ahumadas todavía puestas, llevaba una chaqueta y había cogido un pequeño paraguas.

—¿Está listo? —preguntó. Se quedó como esperando una respuesta. Al ver que no llegaba, se inclinó hacia delante como si intentase olerme, y después se retiró como si hubiera descubierto algo que no quería saber—. Bueno —continuó—. Hable si quiere.

Esperó. Mis ojos siguieron el recorrido de su bolso mientras se deslizaba lentamente por su brazo derecho hasta detenerse a la altura del codo. Se puso el paraguas delante, cogiéndolo con las dos manos. Por su postura parecía una persona que estaba acostumbrada a esperar y que estaba dispuesta a esperar el resto de sus días.

—¿Adónde cree que vamos? —pregunté.

Nada más oír estas palabras dejó caer el bolso a sus pies, y su mano derecha subió como activada por un resorte y se abrió sobre el puente de mi nariz, empujándome las gafas de sol contra los ojos. El roce de su mano me estremeció y quise apartarme, pero su mano también se movió y sus dedos me sobetearon los labios y las mejillas, avanzando lentamente hacia la visera de mi gorra.

Comprendí que no podía verme. Se me relajaron todos los músculos del cuerpo, y mi cara se acercó lentamente a la suya.

—¿Quién es usted? —preguntó con un hilo de voz.

—Un amigo de su hijo. De Wade.

—¿Cómo se llama?

—Pruitt.

—Jamás le he oído hablar de usted —respondió.

—Claro, normal. Hace mucho que no me ve. —Su mano se posó en mi hombro derecho, y la dejó ahí un instante antes de tocarme el pecho, justo por encima del corazón.

—Lo siento si lo he asustado —se disculpó. Retiró la mano de mi pecho y se subió las gafas para que se le viesan los ojos; ambos estaban cubiertos por una nebulosa película azul—. Con estos no veo tan bien como con las manos. —Sonrió y se ajustó bien las gafas—. Pensé que era usted una persona con la que he quedado para que me lleve al médico el viernes por la mañana, pero sabía que hoy era jueves y por eso estaba confusa. —Se agachó y palpó el suelo hasta que su mano se cerró sobre la tira del bolso. Volvió a levantarse y se pasó la tira por el hombro; después se dio media vuelta y regresó al centro de la habitación antes de detenerse—. Porque hoy es jueves, ¿verdad?

—Sí. Jueves.

—Humm —dijo, como si hubiera hecho un descubrimiento—. Entonces la cita con el médico es mañana. Mañana se pasarán a recogerme. —Señaló hacia el sofá—. Por favor, siéntese. Póngase cómodo. —Cruzó la sala y el pasillo para volver a la habitación de antes.

De los cojines del sofá salieron motas de polvo, atravesando a la deriva un rayo de sol que se colaba por un hueco abierto entre los cortinones que había a mis espaldas. La luz desapareció en el momento en que los cerré. Me arrellané en los viejos cojines, y mi pistola decidió soltarse de la cinturilla. Me recosté y la pistola se quedó encajonada entre mi espalda y el sofá, con el cañón apuntando hacia abajo.

La mujer volvió del pasillo y se plantó con las manos en las caderas en medio de la sala.

—Voy a hacer té —dijo—. Y luego quiero que me cuente con pelos y señales de qué conoce a mi Wade. —Se giró para irse a la cocina que daba al lado derecho de la sala, pero se detuvo y se dio la vuelta—. ¿Le gusta con azúcar? —preguntó.

—Sí. Pero no voy a tardar mucho.

Hizo un gesto con la mano como para rechazar mis palabras.

—Tonterías. Usted quédese todo lo que quiera. No tengo que salir a ningún sitio; eso ya lo hemos dejado resuelto. —Sus zapatos chirriaron al pisar el linóleo de la cocina, y después se le oyó abriendo armaritos y bajando vasos, abriendo y cerrando la nevera y sacando hielo del congelador—. ¿Prefiere café? —preguntó, doblando su voz la media pared que nos separaba.

—No.

Pero su pregunta dejó bien claro a qué olía en la casa, y un recuerdo se abrió paso por mi memoria. No era el aroma a café recién hecho, sino el olor rancio del café una vez que lo ha impregnado todo. Y el olor, ese olor a café rancio en una habitación

calurosa que tiene las ventanas cerradas, está ahí, en la cocina de mi madre. A mi madre se le ha caído la cafetera de cristal y el ruido que ha hecho al hacerse añicos me ha hecho llorar. El olor de aquel recuerdo estaba vivo en esta casa en este momento.

Cuando volvió a la sala traía una bandejita de madera con dos vasos de té y un montoncito de servilletas.

—Me sentí confusa cuando lo oí llamar a la puerta porque la cita es el viernes —dijo—. Y sabía que hoy era jueves, así que no entendía a santo de qué llamaba nadie a mi puerta. —Se rio para sus adentros—. Incluso cuando tengo razón pienso que me equivoco. La vejez puede ser muy bromista. —Se detuvo cuando sus rodillas rozaron la mesita—. Tendrá que ayudarme a dejar esto aquí. No me fío de mí misma para hacer ciertas cosas.

Una vez que tuvo las manos libres y hubo dejado la bandeja en la mesa, pasó al otro lado y se sentó en una de las butacas. Alargó el brazo, cogió su vaso de la bandeja y se lo acercó. La mano le temblaba y los cubitos de hielo tintinearono suavemente. Bebió un sorbo, cogió una servilleta y la enrolló alrededor del vaso. Cruzó las piernas y se alisó la falda.

—Bueno, señor Pruitt, así que conoce usted a Wade.

—Jugamos juntos al béisbol.

—Si yo fuera de hacer apuestas, apostaría a que usted jugaba de primera base —sonrió—. Es usted alto. La mayoría de los primera bases son altos y diestros, y por lo general muy fuertes. ¿Tengo razón?

—Sí.

—¿Llegó usted a jugar en las grandes ligas, señor Pruitt?

Los dedos se me habían cerrado en torno a una de las servilletas de la bandeja, y ahora estaba en mi mano hecha una bola.

—No.

—Qué lástima —comentó—. Seguro que quería ser jugador profesional y que se esforzó mucho para conseguirlo.

—Mucho.

La servilleta se había quedado dura como una piedra de tanto apretujarla, tanto como para que atravesara la ventana de cristal que tenía detrás o para envolverla con el puño y volverlo más fuerte y macizo. Resulta que el recuerdo no era de mí llorando, sino de mi madre llorando. Le sangra la frente después de que la cafetera se haya hecho añicos contra su cara, salpicándome a mí, las paredes y el suelo de café frío y rancio. El viejo ha salido dando un portazo, y ahora el cortacésped empieza a petardear hasta que por fin arranca y se enciende. Mi madre no levanta la vista del suelo que está fregando, pero el cortacésped lanza gravilla y palos contra el cristal de la ventana cada vez que pasa por delante, y mi madre se agacha más, como si mi padre estuviese intentando darle a ella.

—Bueno —dijo la mujer, alargando el brazo y dejando el vaso en la bandeja—. A

veces hace falta un poquito de suerte. La trayectoria de Wade tampoco fue la que él hubiera querido; desde luego, no fue la trayectoria que yo quería que tuviera. Sobre todo teniendo en cuenta su talento.

—Qué lástima.

Pero no eran más que palabras, y la mujer lo sabía. Se inclinó como si se estuviese preparando para preguntar o decir algo que nadie más debería oír nunca, a pesar de que no había nadie más en la casa y seguramente no lo había habido desde hacía mucho tiempo.

—¿Le debe dinero, señor Pruitt?

—¿Dinero?

—¿Wade le debe dinero? —preguntó—. ¿Es por eso por lo que está usted aquí?

—No. No me debe dinero.

—Bueno —dijo, sonriendo—, me alegro por usted, porque lo que es a mí sí que me debe dinero. —Se echó hacia atrás y abrió la mano izquierda; también ella había hecho una bola con su servilleta, y la tiró a la mesa antes de coger su vaso de la bandeja—. Se lo pregunto porque debe dinero a mucha gente. Hace años que vienen por aquí a buscarlo.

—Esta visita no va de eso.

—¿De qué va? —preguntó, antes de decir—: Disculpe. Disculpe que le haga tantas preguntas. No recibo muchas visitas, y me olvido de cómo hay que comportarse. —Sonrió—. Perdona.

—Negocios. Un asunto de negocios, nada más.

—Bueno, no le voy a preguntar a qué tipo de negocios se dedica —dijo—. Ya he hecho suficientes preguntas.

La habitación se quedó en silencio, y los cubitos de hielo restallaron pequeños estallidos y se reasentaron dentro de los vasos. La mujer clavó los ojos en la mesa antes de mirarme.

—He de decirle que hace años que no veo a mi hijo, señor Pruitt. Para ser sincera, ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que hablé con él.

—¿Sabe dónde está?

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por si acaso sus negocios lo llevan también hasta él?

—Puede que así sea.

—No me suena muy bien, señor Pruitt —dijo—. Me da que quiere encontrar a mi hijo para algo más que para ponerse al día y hablar de béisbol. Pero da lo mismo lo que a mí me parezca. Ya le he dicho que no sé dónde está, y no tengo ni idea de cómo dar con él.

—Son viejas historias de béisbol. Nada más.

—Historias de béisbol. Claro. —Miró su vaso como si intentase recordar qué estaba bebiendo—. ¿Quiere ver una cosa, señor Pruitt? Creo que le traerá buenos recuerdos de esas «viejas historias de béisbol». —Volvió a dejar el vaso en la bandeja y se levantó—. Venga —dijo, dirigiéndose hacia el pasillo—. Sígame.

Después de levantarme yo también y esquivar la mesita, me detuve antes de enfilarse el pasillo. Me había dejado la Glock encajada detrás del cojín. Debió de oír mis pies alejándose de ella.

—No —dijo—. No se preocupe. Ya cogeré luego las gafas. Sígame.

Arrastrando los pies, pasó por delante de lo que debía de ser su dormitorio, con su cama hecha y las fotos enmarcadas sobre la cómoda, y de un cuarto de baño pequeño y oscuro, y siguió hasta el fondo del pasillo, donde había dos puertas cerradas, la una enfrente de la otra. Fue a la puerta de la izquierda y la recorrió con la mano hasta que sus dedos se cerraron sobre el pomo. Volvió la cabeza hacia mí sin decir nada, y después abrió la puerta y entró.

Era una habitación calurosa y resplandeciente, inundada por el sol que entraba a raudales por la ventana del fondo. Se trataba de un dormitorio de chico, sin lugar a dudas la habitación que había visto crecer a Wade Chesterfield, y no había cambiado desde que era niño. Las paredes estaban cubiertas de pósteres de jugadores de béisbol de los años setenta: Jim Kaat, Ron Guidry, Tommy John antes de la operación de codo, y Steve Carlton: todos ellos zurdos, como lo había sido Wade. Había trofeos sobre todas y cada una de las superficies planas, la mayoría coronados por diminutas figurillas doradas con el bate al hombro o bien preparándose para lanzar, las rodillas subidas hacia el pecho y la pelota remetida en el guante. La cama estaba primorosamente hecha y en la moqueta color vino tinto se veían los rastros de la aspiradora. Olía a viejo y a cerrado, como huelen los lugares cuando pasa mucho tiempo sin que nadie los visite.

Se quedó en la puerta, y yo detrás de ella; al igual que los míos, sus ojos parecían que estaban haciendo inventario de todo lo que había en la habitación, a pesar de que solo la estaba viendo a través de un recuerdo. Cuando se adentró un poco más, alargó la mano derecha y fue palpando la pared hasta que llegó a un escritorio cubierto de trofeos. Las yemas de sus dedos correataron por la parte de arriba de cada uno, y se detuvieron al encontrar el más alto. Allí dejó la mano mientras se volvía hacia mí.

—Todos estos son de antes de graduarse en el instituto, señor Pruitt —dijo. Se volvió hacia los trofeos como si los estuviera tasando—. Aquí está todo. Desde el mismísimo comienzo: todo, absolutamente todo. —Apartó la mano del trofeo y la dejó caer—. Y ahora yo soy la única que entra aquí.

Vaciló unos instantes antes de cruzar la habitación con paso cansado. Rodeó la cama que había debajo de las ventanas, y cuando estuvo más cerca de la mesita de noche, levantó la mano para tocarla. Después se detuvo y bajó la mano para coger algo que estaba escondido entre la mesita y la cama, y al erguirse estaba agarrando un Louisville Slugger de veintiséis pulgadas; el paso del tiempo y el uso lo habían ennegrecido, y la madera estaba descascarillada y abollada. Lo sujetó con las dos manos y lo contempló como si fuera una ofrenda.

—Este fue su primer bate —dijo. Miró en mi dirección—. Seguro que hace mucho tiempo que no ve uno tan pequeño como este.

Me tendió el bate, y después de cogerlo con la mano derecha me llevé la izquierda al bolsillo de atrás, saqué los guantes de bateador y me los puse. Al blandirlo, el bate parecía aún más pequeño y ligero, casi como una porra de las que llevan los policías colgando del cinturón. La mujer seguía mirando hacia mí, y me pregunté en qué estaría pensando en ese momento, plantada en medio de aquel viejo y polvoriento dormitorio que seguía decorado para la vida de un niño con las cosas de un niño, callada, escuchando solo el sonido del diminuto bate cortando el aire. Mis pies se colocaron como si fueran a entrar al cajón del bateador.

—El padre de Wade le compró ese bate cuando cumplió seis años —dijo—. Qué contento se puso cuando supo que había tenido un chico; y aún más contento que se puso al ver que Wade iba a ser zurdo. —Se dio la vuelta, subió la mano derecha y señaló hacia la ventana que daba al patio trasero—. Su padre lo llevaba al campo de béisbol que había detrás del colegio de...

Mis ojos lo vieron medio segundo antes de que ocurriera, medio segundo antes de que el cuerpo del pájaro se estrellase contra la ventana. El ruido la sobresaltó, y tropezó contra la mesa; bajó la mano izquierda y tiró una lámpara al suelo, a la vez que intentaba alcanzar la cama con la mano derecha para recobrar el equilibrio.

La habitación se había quedado en silencio. Lo único que se oía era su respiración entrecortada. Se llevó la mano al pecho como si buscara un latido. El bate de niño estaba pegado a mi cadera.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

Me vino a la cabeza la imagen del pájaro estampándose contra la ventana, de mis ojos viendo cómo se recuperaba en el acto antes de echar a volar. Pero esto ella no lo había visto, y en estos momentos, en el silencio posterior, se le aceleró el corazón y se sintió aturdida, esforzándose por imaginarse lo desconocido. Permaneció clavada en el sitio, no tanto mirándose como buscándose, esperando a que yo dijese algo. En cambio, mis pies dieron unos pasos hacia el centro de la habitación, hacia ella, y se colocaron a la vez que mis manos subían el minúsculo bate a mi hombro. Cuando cerré los ojos, me vino la imagen fugaz de Wade Chesterfield de niño en ese mismo dormitorio; quizá había estado exactamente en el mismo lugar en el que estaba ella ahora. Pero al abrirse, vieron más allá del chico de la habitación para proyectarse varias décadas hacia el futuro y llegar al lugar en el que Wade Chesterfield, el hombre, esperaba a que lo encontrasen.

EASTER QUILLBY

CAPÍTULO 21

A la mañana siguiente, Wade pagó el hotel, se puso al volante y cruzó por el aparcamiento para llevarnos a Bojangles. Entró solo y nos dijo que nos quedásemos en el coche con las ventanillas bajadas. El calor estaba matándome después de la noche tan fresca que habíamos pasado en la habitación, y fue horroroso quedarnos dentro del coche, las dos sudando y preguntándonos adónde nos iría a llevar Wade a continuación. Salió y nos dio unos bocadillos de salchicha y un zumo de naranja, y después arrancó y no dijo ni mu hasta una hora más tarde, cuando aparcó al borde de la calzada en un barrio lleno de casitas de ladrillo que parecían todas iguales; y ni siquiera entonces dijo nada, excepto «En esta calle me crie yo».

—¿Cuál era tu casa? —pregunté, pero me dio la impresión de que ni siquiera me oía.

—La que tiene la puerta del garaje verde —respondió al fin—. Qué bonita está, ¿verdad? Alguien ha estado cuidando de todo.

—¿Eso ha sido un trueno? —preguntó Ruby.

—No —dijo Wade—. Son aviones. Ahí detrás hay un aeropuerto.

Ruby y yo nos sentamos de rodillas y miramos por la ventanilla de atrás. Al fondo de la calle se veía un avión despegando por encima de los árboles.

Nos quedamos allí un buen rato, Ruby y yo viendo los aviones y hablando en susurros, Wade con la mirada fija en la casa que había venido a ver.

Por fin, se desabrochó el cinturón de seguridad. Después se volvió hacia el asiento de atrás y nos miró.

—Quedaos en el coche hasta que vuelva —dijo—. Y dejad las puertas cerradas con llave. Podéis abrir un poco las ventanas, pero no las bajéis del todo. Y quedaos en el coche. Lo digo en serio. —Nos miró como si esperase que le fuésemos a decir algo—. Lo digo en serio —repitió.

—Vale —dije.

—Vale ¿qué?

—Vale, nos quedaremos en el coche.

Ruby y yo lo vimos alejarse calle abajo. Hacía tanto calor aquel día que el suelo desprendía ondas y su cuerpo se iba desdibujando cada vez más a medida que se alejaba de nosotras.

—¿Tú qué crees que está haciendo? —preguntó Ruby.

—Ni idea —dije—. Vete tú a saber.

Vimos cómo se detenía delante de su antigua casa y se quedaba mirándola. Después miró a ambos lados de la calle. Subió por la entrada de coches, llamó al timbre y esperó un momento, y luego puso la mano en el pomo, volvió a mirar a ambos lados de la calle y entró.

—¿Tú crees que de veras esa casa es su antigua casa? —preguntó Ruby.

—No sé.

—A lo mejor sus padres siguen viviendo ahí —comentó—. ¿Tú crees que siguen vivos?

—No sé —repetí—. Nunca los he visto.

Al otro lado de la calle, una niña mexicana algo más pequeña que yo estaba ayudando a su hermano menor a montar en bici por la entrada de coches de su casa. Le soltaba el asiento y después corría a alcanzarle antes de que se cayera. No nos quitaba ojo a Ruby y a mí, que seguíamos dentro del coche. Le dijo algo a su hermano, y él también nos miró.

—Esos niños nos están mirando —dijo Ruby.

—No pasa nada. Que miren. No nos están pegando ni nada.

—Pero es que me fastidia que se nos queden mirando.

—Pues cierra los ojos. Así ni siquiera te darás cuenta.

Cerré los míos y recosté la cabeza sobre el asiento. Estaba enfadada con Wade por habernos traído hasta aquí sin decirnos por qué y por aparcar delante de una casa de un barrio en el que casi no había sombra. A lo mejor sí que había vivido allí, a lo mejor había vuelto en busca de algo que se había dejado, igual que cuando vino a por nosotras.

No sé cuánto tiempo estuve con los ojos cerrados ni si llegué a dormirme o no, pero lo siguiente que oí fue la voz de Ruby diciendo mi nombre, al principio bajito y después cada vez más alto hasta que al final abrí los ojos y vi qué era lo que le había hecho gritar: Wade venía corriendo hacia nosotras, las manos y la pechera de la camisa cubiertas de sangre, la puerta de la casa en la que había entrado abierta de par en par. Movía la boca, pero desde el interior del coche no oía lo que estaba diciendo, y cuando abrí la puerta y me bajé ya estaba gritándome que volviese a entrar.

No fue tanto la sangre que le cubría desde las manos hasta los codos como la expresión de su rostro mientras corría hacia nosotras lo que me impidió echarme sobre el asiento delantero para abrirle la puerta del coche. Debió de verlo en mis ojos o tal vez oyese a Ruby chillando, pero el caso es que entendió claramente que tendría que apañárselas él solo para abrir la puerta, aunque no por ello dejó de tirar de la manilla y de aporrear el cristal con una mano mientras rebuscaba en sus bolsillos con la otra. Cada vez que daba un golpe en la ventanilla dejaba una huella sangrienta, hasta que casi no podíamos verlo al otro lado del cristal. Encontró sus llaves, metió la que era en la cerradura y abrió..., pero al ver que Wade se subía, Ruby no hizo sino chillar más fuerte. Wade dio un portazo e hizo como si ni siquiera estuviésemos allí, como si no pudiera oír lo que estaba ocurriendo en el asiento de atrás. Arrancó y metió la marcha sin volver siquiera la cabeza para mirarnos. Se incorporó al tráfico, y vi que también el volante estaba manchado de sangre.

Nos paramos delante de un semáforo en rojo, y Wade se puso las manos en las rodillas como para evitar que nadie las viera desde los coches que pasaban.

—Un momento —nos dijo, a pesar de que ni nos había mirado todavía—. Un momento —repitió—. Dejad que piense.

El sonido de su voz hizo que Ruby se callara, y quizá por eso se giró y nos miró; tenía la cara bañada en sudor, los ojos abiertos como platos y una mirada enloquecida. Ruby chilló y apretó la cara contra mi hombro.

—Ruby, peque —dijo—. Para, por favor. Lo siento. Por favor.

Pasó la mano por encima del asiento, y cuando Ruby miró y la vio acercándose a nosotras gritó aún más fuerte. Wade apartó la mano como si le hubiésemos pegado.

—Lo siento —dijo—. Lo siento.

Se dio la vuelta y agarró el volante con las dos manos como si intentase pensar en qué iba a hacer o decir a continuación. Entonces el semáforo se puso en verde, se limpió las manos en la camisa y siguió conduciendo.

Salimos de la calle para entrar en el aparcamiento de una tienda. Wade paró el coche y apagó el motor, después se quedó callado con la mirada perdida en un lado del edificio.

—Easter —dijo, con voz muy baja y tranquila—, quiero que salgas del coche y mires a ver si está abierto el aseo de señoras. Si no lo está, quiero que entres y pidas la llave.

No sabía de qué me estaba hablando, pero cuando me eché hacia delante y miré por el parabrisas vi que durante todo el rato que llevábamos allí había estado contemplando las puertas de los servicios. Volvió la cabeza y me miró.

—¿Me has oído?

Dije que sí con la cabeza, pero solo me sentía capaz de pensar en que iba a dejar a Ruby sola en el coche y en el dinero que había metido en el peto del osito. Estaba justo en medio de las dos, y si Wade no hubiese estado mirando juro que lo habría sacado, habría agarrado la mano de Ruby y habría salido corriendo. Pero no me quitaba los ojos de encima.

—Pues hala, ve —dijo—. Te pido que lo hagas por mí.

Acerqué la mano a la puerta. Ruby me cogió del brazo y trató de impedir que la abriese.

—No pasa nada —la tranquilicé—. Vuelvo enseguida.

Me soltó, y abrí la puerta y me bajé. El lavabo de señoras tenía un enorme pomo plateado de esos que llevan la cerradura incorporada, y supe que iba a estar cerrado incluso antes de intentar abrirlo. Di un tirón, y después me volví y miré a Wade. Sus ojos tenían la misma expresión enloquecida de cuando se había subido al coche, y me observó un instante antes de señalar hacia la tienda con la cabeza.

La tienda estaba vacía a excepción de una mujer rubia y gorda y de un tipo con coleta que estaban detrás del mostrador. Cuando entré, la mujer estaba intentando encender un cigarrillo, pero seguía riéndose de algo que le había contado el tipo. Me

planté delante de la caja hasta que se encendió el cigarrillo y soltó el mechero sobre el mostrador.

—¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó. El tipo se volvió a reír como si se hubiese acordado de la gracia que tenía lo que acababa de decir antes de entrar yo. Se dio la vuelta y se metió en una pequeña oficina; la mujer lo siguió con la mirada antes de dirigirla de nuevo hacia mí—. ¿Qué necesitas, cariño?

—Tengo que ir al baño —dije—. Está cerrado.

La mujer metió la mano por debajo del mostrador y sacó un trozo largo de madera con una llave en un extremo.

—No te dejes esto dentro. La puerta se tranca sola cuando sales.

Cogí la llave y volví al aseo. Una vez que hube abierto la puerta, Wade bajó del coche y entró. Antes de que pudiera meterme otra vez en el coche con Ruby, Wade abrió la puerta del baño y gritó mi nombre. En la mano tenía una bola de toallas de papel que había pasado por debajo del grifo.

—Limpia la ventanilla —ordenó—. Y después limpia el volante. Salgo en un pispás.

La ventanilla estaba pegajosa y la sangre empezaba a ponerse marrón, pero quité casi toda y cuando terminé no se notaba lo que era. Abrí la puerta y me puse a limpiar el volante lo mejor que pude, pero vi que iba a necesitar otro puñado de toallas de papel para limpiarlo del todo. Me senté en el asiento del conductor y esperé.

—¿Qué está haciendo ahí dentro? —preguntó Ruby desde el asiento de atrás.

—Limpiarse —dije—. Para que nadie lo vea así.

—¿Por qué tenía sangre?

—No lo sé. Aún no se lo he podido preguntar.

Tiré las toallas de papel a un cubo de basura que había al lado del bordillo y me subí al asiento de atrás con Ruby. Estaba en el lado del copiloto, mirando por la ventanilla.

—¿Tú crees que era su sangre? —preguntó.

—No sé —dije—. Igual sí.

—¿Crees que le ha hecho algo a alguien?

—No.

—Yo tampoco.

Minutos más tarde, la puerta del aseo de señoras se abrió y salió Wade. Se había quitado toda la sangre de las manos, y la camisa y los vaqueros estaban mojados por las zonas que había intentado limpiarse. Se fue al maletero del coche y lo abrió; oí que abría su bolsa y hurgaba entre las cosas. Cerró el maletero de un portazo y volvió al baño con ropa nueva. Al salir, llevaba pantalones cortos color canela y una camiseta limpia. Abrió la papelería y echó la ropa vieja, y después me hizo una seña con la mano para que saliera del coche y me dio la llave del servicio.

La mujer estaba sola detrás de la caja cuando volví a entrar en la tienda. Dejé la llave en el mostrador.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Sí.

—Has estado un buen rato ahí metida —dijo—. Por poco voy a buscarte.

—Estoy mareada. Lo siento.

—Espero que ya estés mejor.

—Gracias. Yo también.

Cuando salí, Wade estaba en el aparcamiento hablando por un teléfono público que había en la esquina más cercana a la calle. Me quedé mirándolo unos instantes, pero cuando colgó y caminó hacia el coche pensé que mejor haría en volver yo también. Wade sacó el coche del aparcamiento y cruzó la calle para meterse directamente en el aparcamiento de una Casa de los Gofres. Apagó el motor y se dio la vuelta.

—¿Tenéis hambre? —preguntó.

—No —dijimos Ruby y yo a la vez.

—Vaya, pues es una lástima, porque vamos a entrar aquí unos minutitos y vamos a comer algo. ¿De acuerdo?

—Quiero irme a casa —dijo Ruby. Aunque tenía la mirada clavada en el suelo y me era imposible verle los ojos, supe por el tono de su voz que había bastantes posibilidades de que se echase a llorar otra vez.

—Eso no puede ser, Ruby —dijo Wade—. Así que ahora vamos a entrar aquí y vamos a comer algo.

—¡Quiero irme a casa! —volvió a decir Ruby, pero esta vez dio una patada al respaldo del asiento y levantó la voz.

—Oye —dijo Wade—. ¡Oye! —Esperó a que Ruby levantara los ojos—. A tu padre no le hables así. Ni ahora, ni nunca.

—¡Tú no eres mi padre! —gritó Ruby—. ¡No tenemos padre!

Wade me miró como si le hubiese dicho yo que lo dijera, y después se volvió hacia Ruby. Empezó a hablar, pero no siguió. Cuando al fin habló, lo hizo con voz más baja y tranquila.

—Siento haberte gritado —dijo—. Y siento haberte asustado antes. Estaba ayudando a un amigo con una cosa y me corté y sangré un poco, quería limpiarme antes de comer. Nada más.

—No te creo —dijo Ruby.

Wade suspiró.

—Yo sí —dije—. Yo sí te creo. —Wade me miró y sonrió. Ruby también me miró.

—¿Le crees? —preguntó. Le dije que sí con la cabeza.

Aparte del personal, apenas había nadie en la Casa de los Gofres. Habíamos llegado justo entre las horas de la comida y la cena, y hasta las camareras parecían

sorprendidas de vernos.

—Siéntense donde quieran —dijo una de ellas.

Nos sentamos en un reservado justo al lado de la puerta. Alguien se había dejado un periódico en el asiento, y Wade lo cogió y lo dejó en la mesa. Estaba abierto por la sección de deportes; el titular decía «¿Enfrentamiento en San Luis?», y justo debajo había fotos de McGwire y Sosa bateando.

—¿Qué les traigo de beber? —preguntó la camarera.

Wade y yo pedimos agua, pero Ruby quería un zumo de naranja.

—Tengo que ir al baño —dijo Ruby una vez que se hubo marchado la camarera.

Los aseos estaban nada más entrar, y se veían por encima del hombro de Wade. Él volvió la cabeza, y a continuación miró a Ruby.

—Anda, ve —dijo. Me levanté para que pasara y después me volví a sentar e hice como que estaba ojeando el menú.

—Quiero que sepas que no te creo —dije al fin—. No me creo que te hayas cortado ayudando a alguien. Sé que te lo has inventado. Solo he dicho que te creía para que Ruby no se pusiese a llorar otra vez.

Wade bajó la mirada al menú.

—Bueno, pues te lo agradezco —dijo.

—¿Entonces? —dije.

—¿Entonces, qué?

—¿Qué ha pasado?

Suspiró y soltó el menú sobre la mesa, y después cerró los ojos y se los frotó con los dedos. Cuando los abrió de nuevo, estaban enrojecidos.

—No va a servir de nada que te lo cuente.

—Sé que te preocupa asustar a Ruby —dije—, pero a mí no puedes asustarme. Nada puede asustarme.

Me miró fijamente por un instante, y después se volvió para asegurarse de que Ruby aún no había salido del baño. Se inclinó sobre la mesa para contarme lo que fuese que iba a contarme.

—Mi madre vivía en esa casa —dijo.

—¿Sigue viviendo allí? —Levantó la mano como si no quisiera que yo dijese nada hasta que acabase.

—Hacía años que no entraba en esa casa, y llevaba siglos sin ver a mi madre. —Abrí la boca para preguntarle por qué, pero de nuevo levantó la mano para frenarme—. Y hoy, cuando llegué y llamé a la puerta, no salió nadie. La llave no estaba echada, así que entré. —De nuevo echó un vistazo a los servicios, y después también al restaurante—. Y entonces fue cuando la encontré —dijo—. Y estaba muerta. Alguien había venido y le había pegado una paliza, Easter. Casi ni la reconocí. —Al acabar se quedó encorvado sobre la mesa, y después se incorporó en el asiento y abrió las manos encima del menú—. No sabía qué hacer. Solo sabía que tu hermana y tú estabais ahí fuera en el coche, y no podía pensar más que en volver con vosotras.

Me vino a la cabeza la imagen de lo que acababa de ver Wade, y sentí que me mareaba. Entre el olor de la comida haciéndose en la parrilla y el sonido de la música *country* que salía de la gramola, me entraron ganas de vomitar. Bebí un trago de agua para que bajase lo que estaba intentando salir de mi estómago.

—¿Quién crees que lo hizo? —pregunté.

—No lo sé.

—¿Crees que fue él?

—No lo sé —volvió a decir—. No se me ocurre cómo podría haberla encontrado.

—A mí me encontró —dije.

Nos miramos unos instantes, pero de repente me sobresaltó la voz de la camarera. Mis rodillas se chocaron contra la parte de abajo de la mesa y el hielo de los vasos tintineó.

—¿Ya saben lo que van a pedir? —preguntó.

Wade pidió un sándwich de carne picada con queso fundido y tortitas de patata, y yo pedí gofres para Ruby y para mí y un bol de polenta de queso para compartir entre las dos. Me parecía imposible que fuese a comerme nada de todo aquello.

Ruby volvió a la mesa y se sentó a mi lado.

—Te he pedido un gofre —respondí—. Y he pedido polenta con queso para compartir.

—Yo quería tortitas —dijo, dando un manotazo en la mesa—. No quería un gofre. ¿Por qué no me lo has preguntado?

—Porque estabas en el baño —dije—. Además, los gofres son como las tortitas. Un gofre no es más que una tortita grande con abolladuras. —Sonreí, con la esperanza de que se riera.

—Pero yo quería tortitas —insistió—. Y nadie me ha preguntado. —Se cruzó de brazos sobre la mesa y bajó la cabeza. Añadió no sé qué, pero no pude entenderla. Le toqué la espalda y se echó a llorar.

—Oye —dijo Wade, poniéndole la mano en la coronilla—. Te pedimos unas tortitas. No pasa nada.

—Ya no quiero tortitas —se quejó Ruby, mirando a Wade—. ¡Me quiero ir a casa! —Lo gritó tan alto que las personas que estaban trabajando detrás del mostrador volvieron la cabeza para mirarnos.

—No puedes —dijo Wade—. Lo siento, pero no puedes. Pero podemos ir a cualquier otro sitio que tú quieras. Basta con que digas adónde. Lo digo en serio. Adonde quieras ir, iremos.

Ruby se enjugó los ojos; cogí una servilleta del servilletero y se la di. Se limpió la nariz.

—¿Adonde sea? —preguntó.

—Adonde sea —respondió Wade.

Ruby sonrió y me miró. El periódico seguía sobre la mesa; lo cogí y se lo enseñé.

—¿Qué tal a San Luis? —sugerí.

Ruby miró la foto de McGwire y Sosa, y después a Wade.

—A San Luis —dijo.

Le di la vuelta al periódico y se lo enseñé a Wade. Lo cogió y le echó un vistazo.

—Vale —aceptó—. Vale. Eso haremos. Iremos a San Luis y veremos un partido, puede que dos.

Nos pusimos a hablar del viaje y de todas las cosas que veríamos por el camino. Wade nos dijo que tendríamos que cruzar las montañas y que de noche haría frío y que tendríamos que comprar chaquetas y pantalones largos. Ruby dijo que quería una manta o un saco de dormir, y Wade que no veía ningún motivo para que no se comprase las dos cosas. Se rio y se quedó sonriendo, y era como si se hubiese olvidado de todo lo que había visto en su antigua casa.

Pero cuando llegó la comida, la cosa cambió. Wade echó un vistazo a la hamburguesa, y no sé qué veía pero se puso pálido. Salió del reservado y se levantó.

—Ahora vuelvo —dijo—. Vosotras comed.

Se fue al servicio poco más o menos que corriendo. Ruby ni siquiera pareció darse cuenta. Se limitó a comerse su gofre mientras miraba la foto de McGwire y Sosa.

—¿Quién crees que va a batir el récord? —preguntó.

—No sé —dije—. Probablemente McGwire. Es el que está más cerca.

La camarera volvió y se plantó delante de la mesa.

—¿Queréis algo más? —preguntó.

—No —dije—. Ahora no.

Miró el plato de Wade y vio que ni lo había tocado.

—¿Está todo bien?

—Sí —dije—. Es que se ha ido al servicio, nada más.

La camarera sonrió y miró a Ruby.

—¿Te gusta el béisbol?

Ruby la miró. Tenía un poco de sirope en la barbilla.

—Sí —dijo, señalando el periódico—. Vamos a San Luis a ver cómo baten el récord de *home runs*.

—Vaya, suena divertido —comentó la camarera.

Wade volvió a la mesa y la camarera se apartó para que pudiese entrar al reservado. Seguía pálido y tenía el pelo mojado del agua que acababa de echarse. Parecía que estaba sudando.

—¿Todo bien? —preguntó la camarera.

Wade asintió con la cabeza. La camarera sonrió y volvió al *grill*. Di otro bocado a mi gofre y miré por la ventana. En la acera de enfrente, en el aparcamiento en el que habíamos estado unos minutos antes, algo me llamó la atención.

Lo reconocí tan pronto como abrió la puerta de su camioneta y puso un pie en el asfalto. No tuve ni que verle la cara para saber quién era, pero cuando se dio la vuelta y echó una mirada alrededor ya no me quedó la menor duda de que era él: la gorra de

béisbol, las gafas de sol, los brazos enormes y las piernas flacuchas. Dejé caer el tenedor en el plato y alargué el brazo hacia Wade sin apartar los ojos del aparcamiento.

—Es él —dije.

—¿Quién? —preguntó Wade. Me miró, y después volvió la cabeza para ver a quién estaba mirando.

—Él —dije—. Ese que está ahí, donde la camioneta negra.

El tipo dio un portazo a la camioneta y recorrió el aparcamiento con la mirada. Después se dirigió hacia la tienda y entró.

Wade me miró, y después miró a Ruby. Metió la mano en el bolsillo y se sacó el monedero; cogió dinero y lo tiró sobre la mesa.

—Meteos en el coche —dijo—. Ya. Nos tenemos que ir.

PRUITT

CAPÍTULO 22

Su acera estaba abarrotada de coches de policía con las luces destellando. Medio metido en la entrada de coches había un camión de bomberos. Una ambulancia había entrado marcha atrás en el patio; tenía abiertas las puertas traseras y había un par de paramédicos delante de la puerta de la calle. Mi camioneta bajó en punto muerto en dirección a la casa, donde un poli esperó antes de bajarse del bordillo y gritarme que parase. Bajé la ventanilla para oír lo que decía.

—Va a tener que dar la vuelta —dijo, mirándome. Tenía unos cuarenta años y estaba demasiado gordo. Por el pelo rubio rapado le caía una gota de sudor que le siguió bajando por un lado de la cara—. Esta calle solo está abierta a vehículos de emergencia. —Dio un manotazo a la puerta de la camioneta y se apartó como si hubiese dicho todo lo que tenía que decir.

—¿Qué ha pasado?

Volvió a venir hacia mí.

—Ha muerto una persona que vivía aquí.

—¿La señora Chessman? —pregunté. Asintió con la cabeza—. ¿Qué ha pasado?

Se giró para echar un vistazo a los otros polis que habían estado con él en el bordillo; estaban demasiado lejos para oírlo.

—Parece que la han asesinado.

—Dios mío. ¿Por qué iba nadie a asesinarla? Nunca molestaba a nadie.

—¿La conocía? —preguntó.

—Sí. Mi casa está un poco más arriba.

Sacó un boli y un bloc del bolsillo de la camisa y lo abrió por una página en blanco.

—¿Le importa que le haga unas preguntas? Así los dos ahorraremos tiempo después.

—Por supuesto.

—¿Qué me puede contar de ella? —preguntó.

—Estaba ciega. Y tenía un miedo tremendo a su hijo, no hacía más que decir que le debía un montón de dinero. Parece un mal tipo.

—¿Sabe cómo se llama?

—Wade Chesterfield.

—Wade Chesterfield —repitió.

—Se cambió el apellido. Qué raro, ¿no?

—¿Algo más?

—No. No se me ocurre nada. Solo espero que pillen al que hizo esto, sea quien sea. —Garabateó algo en el bloc, y me quedé mirando a los paramédicos mientras metían una camilla en la casa—. ¿Quién se la encontró? —El poli dejó de escribir y

me miró—. Lo pregunto porque como vivía sola...

—No lo sabemos —dijo—. El aviso se hizo desde una gasolinera que hay en esta misma calle, un poco más arriba. —Alzó la vista y miró la calle que subía por detrás de mí, y después volvió a concentrarse en su bloc—. Lo estamos investigando.

Siguió tomando notas en el bloc. Seguro que era Wade Chesterfield el que la había encontrado, y seguro que era él quien se había pasado por una gasolinera a dar el aviso. Cualquiera otra persona habría llamado desde la casa. Cualquiera otra persona habría esperado a que llegase la policía.

—¿Cuál?

—¿Cuál, qué? —preguntó el poli.

—¿Qué gasolinera?

Subió los ojos para mirarme y cambió de hoja.

—¿Cómo me ha dicho que se llama? —preguntó.

—¿Por?

Negó con la cabeza como indicando que no debía preocuparme por lo que me acababa de preguntar.

—Solo por si tenemos que ponernos en contacto con usted.

—No hay motivos para ponerse en contacto conmigo. No hay nada más que contar.

La Glock estaba metida debajo de mi asiento; el botiquín con las jeringas y los viales, encajado bajo el asiento del copiloto.

—Solo dígame su nombre y su dirección por si acaso —dijo, dando unos golpecitos en el bloc con el boli e intentando verme los ojos a través de las gafas de sol—. Nunca se sabe lo que puede surgir. —Me escudriñó durante unos segundos más y después me señaló con el boli—. Le sangra la nariz.

—Sí. Tengo un corte.

Me limpié la nariz con el dorso de la mano, y por la cantidad de sangre que quedó vi que no iba a parar de salir.

—¿Un corte?

—A mí no me mezcle en esto.

El pie se me fue al freno y mi mano bajó la palanca de cambios. El pie se levantó del freno y la camioneta retrocedió lentamente.

—Basta, basta —dijo el poli, dirigiéndose hacia el patio.

Después de retroceder unos cincuenta metros, metí con cuidado la camioneta en una entrada de coches y salí a la calzada. En el espejo retrovisor vi al poli plantado en medio de la calle, mirándome con la mano en la cara como para evitar que le diese el sol en los ojos. Al llegar a la primera señal de *stop*, pasé una mano por el interior de la puerta en busca de algo para la sangre, y con la otra bajé el parasol para echar un vistazo al espejo retrovisor. La sangre de alrededor de la nariz seguía húmeda, pero ya empezaba a endurecerse y a ponerse marrón.

La gasolinera más cercana tenía un teléfono público en la esquina del

aparcamiento. La foto de la niña estaba por ahí por la guantera, y me puse a remover papeles en busca del rostro que había estado grapado a la pared de la cafetería de Gastonia.

Dentro de la gasolinera, un chaval alto y flaco con coleta y una mujer más mayor se quedaron mirando atentamente mientras la foto se desplegaba ante sus ojos sobre el mostrador. Señalé la foto con el dedo.

—¿Han visto a esta niña?

El chaval de la coleta apartó la vista de la foto y me miró, pero la mujer se puso unas gafas que llevaba colgando del cuello que estiró hasta pegar la cara a la foto. Se quitó las gafas y levantó la vista.

—¿Y usted quién es? —preguntó.

—Eso no importa. ¿Ha visto a esta niña o no?

—Desde luego que importa —dijo la mujer, arrimando la cadera al mostrador y cruzándose de brazos—. ¿Es usted de la policía o es uno de esos tipos que hay por ahí?

—Soy policía.

—Bueno —dijo—, pues entonces me gustaría ver la placa.

Los ojos del chaval y los de la mujer siguieron el trayecto que hizo mi mano hasta mi bolsillo de atrás. Esperaron, pensando que iban a ver una placa, pero en cambio vieron cinco billetes de veinte desplegados sobre el mostrador.

—Que si la han visto.

El chaval me miró y después miró el dinero. Alargó el brazo, lo recogió y se lo metió en el bolsillo.

—Ha estado aquí —dijo—. No hará ni veinte minutos.

—Joder, Cody —se quejó la mujer. Le dio una manotada en el brazo.

Cody levantó el dedo y señaló hacia la puerta.

—Cruzaron la calle.

Dentro de la Casa de los Gofres, una camarera joven y rubia estaba limpiando un reservado que había al lado de la puerta. Al oír que esta se cerraba se dio la vuelta y miró; llevaba un periódico doblado bajo el brazo. La foto de la niña seguía en mi mano, y cuando la camarera la vio se le cayó el periódico y se llevó las manos a la boca.

—Ay, Dios —susurró—. Acaban de irse. Estaban sentados aquí mismo. —Señaló el reservado que había estado limpiando, los platos todavía llenos de comida, dos billetes de veinte nuevecitos en mitad de la mesa.

—¿Los has visto marcharse?

—Sí —dijo.

—¿Sabes adónde han ido?

Miró el periódico que estaba a sus pies. Estaba abierto por la sección de deportes;

la imagen de McGwire y Sosa le devolvió la mirada.
—A San Luis —dijo—. A ver un partido de béisbol.

BRADY WELLER

CAPÍTULO 23

El coche de Sandy estaba aparcado el viernes por la mañana enfrente de mi oficina, y cuando estacioné en mi plaza Sandy se levantó de la acera como si me hubiese estado esperando. Tenía un cigarrillo en la mano y parecía como si llevase horas despierto. Abrí la puerta de mi coche y bajé.

—¿Cuándo has vuelto a fumar?

—Tengo malas noticias, Brady —dijo.

—¿Qué pasa?

—Muy malas.

—Eso ya lo has dicho. ¿Qué pasa?

—Es sobre Wade Chesterfield.

—¿Qué pasa con él?

—Ayer por la tarde, los polis de Charleston encontraron el cuerpo de su madre. —Dio una última calada y lanzó el cigarrillo al aparcamiento antes de sacarse una cajetilla del bolsillo de la camisa—. No veas cómo la encontraron, Brady: estaba en un estado terrible.

Me ofreció la cajetilla. Cogí un cigarrillo y él también.

—¿Qué le pasó?

Encendió su cigarrillo, y después me prestó el mechero y yo me encendí el mío.

—La asesinaron: traumatismo craneal. Estaba llena de heridas. El que lo hizo se lo tomó con calma.

—¿Alguna idea de quién pudo ser?

—Ese es el tema —respondió—. No parece que haya un móvil. No ha habido ni robo, ni desperfectos ni allanamiento de morada. Y hay algo más.

—¿Qué?

—La encontraron en el dormitorio de Wade. El dormitorio de su infancia. Las paredes seguían cubiertas con sus pósteres y sus trastos. Y la molieron a palos con un bate de béisbol de niño. —Una locomotora pitó en la vía, varias calles más abajo, y Sandy esperó fumando a que pasase antes de continuar—. Las huellas de Wade estaban por todas partes: la puerta de la calle, el dormitorio. Piensan que pudo ser él quien dio el aviso.

—¿Cómo lo saben?

—Había huellas suyas en el teléfono público de una gasolinera que hay en la calle de su madre, un poco más abajo. Y la llamada venía de ahí.

—¿Alguien lo ha identificado? —pregunté.

—No. Pero vieron a una de las niñas, a la mayor.

—Easter.

—Entró en la gasolinera a pedir la llave del aseo más o menos a la misma hora en

que se hizo la llamada.

—¿Estaba bien? —pregunté.

—Dijeron que quizá un pelín nerviosa, pero no le dieron importancia. Se olvidaron del tema hasta que un poco más tarde vino un tipo con una foto de Easter, preguntando si la habían visto. Fuera quien fuese, no parecía un poli: gorra de béisbol negra, gafas de sol, ropa negra; en el bolsillo llevaba una foto ampliada de Easter.

—¿Quién demonios es este tipo? Y ¿cómo consiguió la foto de Easter?

—No sé —dijo—. Nadie lo sabe. Ahora mismo, lo único que tienen es un cadáver y las huellas de Wade Chesterfield repartidas por toda la escena del crimen.

—Venga, Sandy. Pues claro que están sus huellas; es la casa de su madre.

—No digo que fuera él, Brady. Pero los dos sabemos que es capaz de secuestrar, y ahora va y aparece de repente en la escena de un crimen. A ver, el que le dio semejante paliza a la señora tenía que estar muy pero que muy enfadado, Brady; puede que su madre dijese algo o intentase hacer algo que no le gustó.

—O bien la mató el Hombre de Negro —dije—. No sabes quién es. Pudo hacerlo él.

—Pues claro —dijo Sandy—. Cualquiera pudo hacerlo. Pero Wade estaba allí. Es lo único que digo.

—Y lo único que digo yo es que no está nada claro..., nada en absoluto. Puede que Broughton enviase a alguien; puede que sea este tipo que va por ahí con la foto de Easter. Puede que la madre de Wade se metiera por medio.

—¿Qué? ¿Te ha dado por las teorías de la conspiración?

—No. Soy realista. Y estoy pensando como un poli. Tú también deberías pensar como un poli.

—Mira, Brady: solo quería que supieras lo que he oído. Te dije que te mantendría informado. Considérate informado.

—¿Vas para allá?

Me miró, y después tiró el cigarrillo a la acera y lo apagó con la puntera del zapato.

—No —dijo—. Estoy que no doy abasto con los del FBI. Ya lo sabes. Ahora todo este follón ha pasado a manos de Carolina del Sur. Nosotros ya tenemos nuestro propio follón del que preocuparnos.

—A esas niñas las secuestraron en Gastonia, Sandy —dije—. Y ya sé que no valen millones de dólares, pero algo sí que valen, por poco que sea. Y merecen que se las encuentre antes de que les suceda algo malo.

—¿Qué quieres que haga, Brady? ¿Que cruce la frontera del estado y entre avasallando como ha hecho aquí el FBI?

—Alguien debería hacerlo. Quizá lo haga yo.

Calló y se quedó mirándome unos segundos antes de echarse a reír.

—Ahora esta investigación va en serio, Brady; los federales están volcados. ¿Por qué demonios ibas a meterte tú en esto?

—Ya estoy metido —respondí.

—¿De veras? —preguntó—. ¿Quién lo dice? ¿El tribunal? ¿Esa anciana que dirige el hogar de acogida? Esto no es ningún juego, tío; con juegucitos no vas a conseguir volver al cuerpo. Si algo no te conviene es implicarte y meterte en terreno ajeno.

—¿Qué terreno te preocupa, Sandy?, ¿el tuyo?

—Solo intento impedir que te metas en algo que te supera. Una vez más.

—No estás pensando en mí. Por ahora soy el único que ha conseguido que vuestro testigo hable del dinero. Si ni siquiera sois capaces de encontrarlo. Ahora tú y yo somos los únicos que lo saben, y no lo soportas, ¿verdad? No soportas compartir este caso conmigo.

Lancé la colilla contra la puerta de cristal que daba a mi oficina.

—Mira, Brady, he venido a ponerte al día. Intento echarte un cable.

—No necesito tu caridad, Sandy.

Dio un paso atrás y se quedó mirando el rótulo impreso en el cristal de la ventana: 1-800-SAF-HOME.

—Claro, Brady —dijo, sonriendo y sacándose del bolsillo las llaves del coche—. Por lo que se ve, tú solito te las apañas a las mil maravillas.

CAPÍTULO 24

La noche del sábado se celebraba la feria de las universidades en el instituto de Jessica, y mientras tanto estuve casi todo el tiempo en casa, viendo partidos de béisbol y pensando en la decisión de Jessica de estudiar en Peace. Me imaginaba a Tina, a Dean y a ella yendo de una mesa a otra, hablando con todos los amigos de mi hija que para mí se habían convertido en desconocidos sobre una fiesta de graduación a la que seguramente no se me invitaría.

Me sentí amarrado, como si ni siquiera pudiera levantarme de la silla para apagar las luces o la tele antes de irme a la cama.

Así que quizá esto explique por qué no recuerdo haber sacado del armario mi pistola calibre 38, haberla llevado al coche y haberla escondido debajo del asiento del conductor. Pero lo que sí recuerdo con claridad es estar en el aparcamiento de Tomcat's mirando el edificio y preguntándome con quién o con qué me iba a encontrar dentro y qué iba a hacer exactamente una vez que lo averiguase. Tenía la sensación de que quienquiera que fuese el tipo que había matado a la madre de Wade, era el mismo que andaba por ahí con una foto de Easter, y no tenía ninguna duda de que en realidad el tipo iba buscando a Wade, y menos aún de que Tommy Broughton era quien lo había enviado. No conocía de nada a Wade Chesterfield, pero por lo que se decía de él sonaba más como un pardillo que como un asesino. En cambio, a Tommy Broughton sí que lo conocía, y sabía que si había tenido tanto dinero escondido en una sola pared, a saber cuánto tendría en otras: y le habían robado hasta el último centavo. Estaría tan desesperado que sería capaz de cualquier cosa para salvar su culo.

El bajo de la música que sonaba en el interior del local me iba retumbando en el pecho mientras cruzaba el aparcamiento, y vibró en mi mano cuando toqué la puerta. El interior estaba oscuro y lleno de humo, y era justo lo que uno se esperaría de un local del bulevar Wilkinson, en la tierra de nadie entre Belmont y Charlotte: un brillo de luces de neón moradas sobre la barra, y, en la pista de baile, una deslumbrante luz roja. El local estaba lleno de gente de todas las edades, pero en su mayoría eran cuarentones y cincuentones de aspecto desaliñado que bebían cerveza sin apartar la vista de las pantallas de televisión. Ninguno pareció sorprendido ni interesado por el hecho de que hubiese aparecido yo y fuese a sumarme a ellos.

Había varias banquetas vacías en torno a la barra. Me senté y apoyé la espalda contra el mostrador. Unos minutos después, alguien me dio unos golpecitos en el hombro. Me volví y vi al camarero. Estaba moviendo la boca, pero había tanto ruido que no conseguí entender lo que decía. Grité «Budweiser», y asintió con la cabeza y se fue al otro extremo de la barra; a los pocos segundos volvió, quitó la chapa y dejó la cerveza delante de mí. Abrí la cartera, saqué un billete de cinco dólares y lo deslicé

por el mostrador. Cogió el dinero y se fue a la caja, y al volver deslizó un billete de dólar desde su lado del mostrador. De repente se me pasó por la cabeza que quizá parte del dinero escondido en las paredes de Broughton viniera de vender botellines de Budweiser a cuatro dólares a maduritos solitarios. Le devolví el dólar y me hizo un gesto con la cabeza, lo cogió y lo metió en el frasco de las propinas. Antes de que se largara, le indiqué con un ademán que se inclinase hacia mí.

—¿Está Tommy por aquí? —chillé.

—¿Quién?

—¡Tommy! —grité—. ¿Está aquí?

—¡Esta noche no ha venido! —gritó a su vez. Se encogió de hombros y se apartó para irse a la otra punta de la barra, donde una camarera llevaba un rato intentando llamar su atención.

Me di la vuelta, me apoyé en la barra y encendí un cigarrillo. La cerveza estaba más bien tibia, y bebí un par de sorbos más antes de dejarla en la barra y cruzarme de brazos.

Un rayo de luz iluminó la parte de atrás del club; alguien había abierto y cerrado una puerta, y vi a un tipo alto y flaco dirigiéndose hacia la barra. Se detuvo varios pasos a mi derecha y subió la mano hasta que el camarero lo vio y se acercó a tomar nota. Cuando este se marchó, me incliné hacia el tipo.

—¿Está aquí Tommy? —grité.

—No —gritó él. Se volvió hacia la barra, pero de repente pareció que se lo pensaba mejor y me volvió a mirar—. ¿Quién lo pregunta?

—Era solo por saber. Solo quería conocerlo, nada más.

—Tommy no está —dijo.

El camarero trajo lo que había pedido: una Bud Light y algo que parecía *whisky* con hielo. El tipo me miró de nuevo antes de coger sus bebidas y volver a la parte de atrás del local. Cuando abrió la puerta para entrar, salió un chorro de luz. Permanecí unos minutos en la barra fumándome otro cigarrillo, y después lo apagué, me levanté y lo seguí.

El pasillo era negro y la puerta también estaba pintada de negro, igual que las puertas de los servicios que había a la derecha. Por debajo brillaba una franja de luz. Pensé en llamar, pero como no se me ocurría ninguna excusa giré el pomo y abrí la puerta.

El tipo que había visto en la barra estaba sentado en una silla que estaba arrimada a la pared derecha. Enfrente de mí había una mesa de oficina de esas que se ven en los concesionarios de coches usados, con un tablero de formica apoyado sobre laterales de aluminio negro. Detrás de la mesa estaba Tommy Broughton. Estaba más gordo que la última vez que lo había visto, y era evidente que se había teñido el bigote y el pelo de negro para ocultar las canas. Tanto él como el tipo que estaba arrimado a la pared se quedaron estupefactos al ver que abría la puerta, no digamos al

ver que osaba entrar.

—Conque estás aquí —dije, mirando fijamente a Broughton a la vez que cerraba la puerta. El tipo de la pared hizo amago de levantarse, pero alcé la mano para frenarlo—. No, no, no —añadí—. No pasa nada. Solo quiero hablar. —Saqué una de las sillas que había delante de la mesa y me senté. El tipo de mi derecha volvió a sentarse—. Bueno —dije, mirando a Broughton—, ha pasado mucho tiempo. —Crucé las piernas y dejé caer las manos en el regazo.

—¿Qué coño haces tú aquí? —preguntó Broughton.

—Es sábado por la noche, así que he salido de juerga como todo el mundo. Pero cuando me enteré de que tú eras el Tommy de Tomcat's, me entraron unas ganas locas de verte. Así que le pregunté a este amiguito tuyo si te conocía, pero me dijo que no. —Me puse derecho y me volví hacia el tipo de la silla. Estaba casi blanco y parecía nervioso, como si no supiera lo que iba a suceder; yo tampoco lo sabía. Señalé a Broughton.

—Este es Tommy —dije—. Te aconsejo que intentes conocerlo a fondo. Es un cómico de primera. Nuestra historia viene de lejos, ¿eh, Tommy?

—¿Qué quieres? —preguntó Broughton.

—Solo quiero hablar. Hacer un par de preguntas.

—¿Acerca de qué?

—Ah, no sé —dije—. ¿Por dónde empiezo?

Miré al tipo de mi derecha y sonreí. Él, a su vez, me devolvió la sonrisa antes de contenerse, fruncir el ceño y mirar a Broughton para asegurarse de que no le había visto sonreír. También yo miré a Broughton.

—¿A quién has puesto?

—¿Dónde? ¿En el bar?

Me reí.

—No —dije. Señalé con el dedo como si estuviese indicando el bulevar Wilkinson a través de la pared—. Ahí fuera..., a buscar a Wade Chesterfield.

—No sé de quién me estás hablando.

—¿De veras? Entonces es que eres mejor persona que yo. Si alguien me hubiese robado a mí ese pastizal, yo querría saber dónde encontrarlo. Pero oye, cada uno es como es. —Volví a mirar al tipo que estaba a mi derecha—. Será eso, que cada uno es como es. —De nuevo me dirigí a Broughton—: Creo que la persona a la que se lo has encargado acaba de asesinar a una anciana que no tenía nada que ver con todo esto. —Esperé unos instantes mientras veía cómo Broughton iba poniéndose cada vez más pálido. Por el rabillo del ojo me fijé en que el otro tipo se movía inquieto en la silla—. Si enviaste a alguien a que lo hiciera, Tommy, es lo mismo que si la hubieras asesinado tú en persona. En cualquier caso, así lo va a entender la policía..., cuando te pillen. Tienes que decirle que pare antes de que la cosa empeore.

Broughton soltó un bufido, se recostó en la silla y entrelazó los dedos por encima del barrigón.

—No me hables como si fueras un poli —dijo—. Ya no eres policía, ¿te acuerdas? Y si hay alguien en esta habitación que sea culpable de asesinato, eres tú.

Se meció en la silla y sonrió, pero poco a poco su sonrisa se fue ensanchando y para mi sorpresa se echó a reír. El tipo de mi derecha también se rio. Me miré las manos y esperé a que acabasen de reírse, pero seguían y seguían. Entonces vi que Broughton estaba mirando al otro tipo, y antes de que pudiera volverse hacia mí ya me había levantado de la silla, había alargado el brazo por encima de la mesa y lo había agarrado del pelo. Le estrellé la cara contra la mesa. Su amiguito dio un bote y la silla se estampó contra la pared, pero antes de que pudiera incorporarse del todo yo ya había sacado el 38 y le estaba apuntando al pecho.

Broughton se quedó sin aliento, y se puso a jadear y a resoplar debajo de mi mano, dejando un rastro de baba en la mesa. No se oía nada en la habitación, a excepción de la música del club que vibraba a través de las paredes. Seguí apuntando con la pistola al tipo de mi derecha.

—Súbete la camisa —dije. Se la subió, y comprobé que no llevaba un arma encajada en la parte delantera de la cinturilla—. Sigue así y date la vuelta.

Eso hizo; tampoco llevaba un arma en la parte de atrás, pero vi otra cosa: un fino cable negro que le salía de la cintura y le subía por la espalda. Broughton tenía la cabeza inmovilizada contra la mesa, mirando en sentido contrario, y no había visto lo que yo. Lo miré.

—Estás metido hasta las cejas, ¿eh, Tommy?

—Eres hombre muerto —dijo.

—Bueno —dije. Miré al tipo de mi derecha. Se había bajado la camisa y me observaba con una expresión de terror puro y duro—. Vamos a poner un poco de música. Vamos a aligerar un poco esta tensión que hay en el ambiente. —Con el cañón de la pistola, apunté a una radio que había encima de un archivador situado a la derecha del tipo—. Enciende eso —dije. No se movió—. Que lo enciendas —repetí. Se acercó y puso la radio. *Life in the Fast Lane*, de los Eagles, salió de los altavoces—. No podías haber elegido mejor —dije—. Ponlo más alto. —Alargó el brazo y deslizó el dial del volumen hacia él—. Más alto —ordené. Lo subió todo lo que se podía. No le quité la vista de encima hasta que se sentó, y después miré a Broughton, al que seguía sujetando contra la mesa.

—Quiero saber a quién le has encargado que busque a Chesterfield y a las niñas —dije, haciéndome oír a duras penas por encima de la música.

—Te voy a matar —dijo.

—Eso ya lo has dicho. Recibido. Pasemos al punto siguiente: ¿a quién le has encargado que busque a Chesterfield y a las niñas?

—Chesterfield está muerto —dijo Broughton, su mejilla aplastada contra la mesa—. Sus niñas también.

Cuando le agarré del pelo cometió el error de mirar hacia abajo, y al estamparle la cara contra la mesa noté que se le rompía la nariz. La sangre se esparció por ambos

lados del tablero como un test de Rorschach.

—Qué cosa más fea acabas de decir. —Dejé de apuntar al tipo que estaba sentado y apreté firmemente el cañón contra la coronilla de Broughton—. Volvamos a intentarlo: ¿a quién se lo has encargado?

—A un tipo llamado Pruitt —dijo Broughton, su voz temblando bajo la punta de la pistola.

—Pruitt ¿qué más?

—Bobby Pruitt —respondió Broughton.

—Trabaja aquí —dijo el tipo de la silla—. De gorila.

—¿Es eso cierto? —le pregunté a Broughton.

—Sí —dijo.

—¿Dónde está ahora? —continué.

—No lo sé —dijo Broughton.

Lo levanté por el pelo y tiré como si fuese a estamparle otra vez la cara contra la mesa.

—San Luis —dijo, escupiendo sangre—. Comentó que se iba a San Luis.

Le solté la cabeza y le dejé apoyar la mejilla en la mesa.

—¿Está siguiendo a Wade Chesterfield?

—No lo sé —dijo.

Cogí la culata de la pistola y le di en todo el espinazo; se quedó despatarrado al otro lado de la mesa, y tuve que agarrarle del cuello de la chaqueta para impedir que se cayera. Me arrodillé delante de la mesa y le hablé directamente al oído para que me oyese con claridad.

—Tu amigo lleva una foto de una de las niñas de Wade. Como le pase algo a la niña, o como toque a cualquiera de las dos, que Dios me ayude, Tommy, porque pienso volver aquí a descuartizarte. —Me levanté y volví a darle en el espinazo. Se retorció de dolor—. ¿Está siguiendo a Wade?

Murmuró algo, pero no conseguí entenderlo y me agaché más para oírlo.

—Sí —dijo. Respiraba con dificultad y tenía la ropa empapada en sudor; temí que se desmayase si no le soltaba.

Le liberé el cuello y cayó desplomado al suelo, delante de su silla. Lo miré por encima de la mesa. Tenía la cara llena de sangre; bajaba por la frente, se le metía por el pelo. Se quedó allí tendido con los ojos cerrados, contemplando el techo. El tipo de la silla permaneció inmóvil, esperando a ver qué pasaba después.

—¿Tú tienes algo que decir? —le pregunté. Dijo que no con la cabeza.

Pensé en darle un puñetazo en la cara solo porque sí, pero no tenía ni idea de por qué llevaba un micro oculto ni de para quién trabajaba, y decidí que tal y como estaban las cosas ya me había metido en suficientes berenjenales. Me encajé la calibre 38 en la cintura del pantalón, abrí la puerta y salí al pasillo oscuro y ruidoso.

Cerré y me dirigí a la zona principal del club. Al llegar al final del pasillo miré hacia la barra para comprobar si alguien me había visto salir de la oficina, y entonces

fue cuando vi lo que estaban dando por los televisores de la pared: Sosa estaba en Pittsburgh recorriendo las bases a trote corto, lo cual significaba que había bateado un *home run* en dos partidos seguidos y que ahora Roc me debía dos mil dólares. Por fin me había cambiado la suerte, pero no fue eso lo que me hizo pararme en seco; fue un gráfico del canal ESPN que detallaba los partidos que les quedaban a Sosa y a McGwire para batir el récord de Maris. Sus caminos iban a cruzarse en San Luis el lunes por la tarde, y algo me decía que posiblemente Wade y las dos niñas estarían allí para verlo.

CAPÍTULO 25

Un Chevy Lumina negro empezó a seguirme casi en el mismo instante en que salí del aparcamiento de Tomcat's para doblar a la izquierda en Wilkinson. Se mantenía a dos o tres coches de distancia y cambiaba de carril cada vez que lo hacía yo, intentando no perderme de vista. Procuré no hacerle caso y conducir como si fuera una noche de sábado más, pero sabía que en aquel coche podía ir cualquiera: Broughton y varios de sus matones, el FBI, mi propia paranoia. Llevaba la pistola escondida debajo de mi asiento, y no me decidía ni a cogerla ni a darle un talonazo para meterla más atrás.

Una vez en Gastonia propiamente dicho, doblé por la avenida Franklin desde el bulevar Wilkinson, y para cuando hube entrado en la calle New Hope el Lumina negro estaba justo detrás de mí. Cuando me detuve en mi plaza del aparcamiento de Quail Woods, el coche aparcó en paralelo al parachoques trasero del mío, bloqueándome la salida. Por el espejo retrovisor vi cómo el conductor abría la puerta lentamente, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Llevaba un traje oscuro y un corte de pelo al estilo militar, y era un poco mayor y más bajo que yo. Cuando salió el pasajero, vi que era alto y delgado; al alumbrarle los focos, reconocí a Sandy. Por el espejo retrovisor primero y después por el lateral, lo seguí con la mirada mientras se acercaba a mi ventanilla y daba unos golpecitos en el cristal. El conductor se mantuvo un poco apartado, como esperando a ver el desarrollo de los acontecimientos. Suspiré, apagué el motor y bajé la ventanilla.

—Venga, Brady, sal ya —pidió Sandy.

—Dios mío, Sandy, ¿hablas en serio?

El conductor golpeó el maletero de mi coche con el puño.

—Que salga —ordenó—. ¡Ahora mismo!

Subí la ventanilla, abrí la puerta y salí. Sandy retrocedió.

—¿Llevas un arma? —preguntó. Me miró de arriba abajo como si me estuviera calando.

—¿Quién es este amigo tuyo que está tan cabreado? —le pregunté, indicando con la cabeza el parachoques trasero, donde seguía plantado el conductor.

—Agente Barnwell —dijo el tipo—. FBI.

—Ah —respondí, volviéndome a mirarlo—. Bienvenido a Gastonia. —De nuevo me dirigí a Sandy—: Tengo un revólver calibre 38 debajo del asiento, y también una licencia que me autoriza a tenerlo.

—Ya te dije que llevaba pistola —dijo Barnwell. Sandy lo miró, y después se agachó, metió la mano debajo de mi asiento y estuvo tanteando hasta que dio con el revólver. Abrió el tambor, dejó caer las balas en su mano y se las echó al bolsillo.

—¿No hay más? —preguntó.

—No hay más —dije.

—De eso nada —dijo Barnwell. Se fue al otro lado del coche, de manera que no podía verlo si no me daba la vuelta—. Tenemos unas preguntas que hacerle.

—Por mí, cuando quieran —dije, todavía de espaldas a él.

—Aquí fuera, no. Dentro.

Me di la vuelta.

—¿Qué le hace suponer que le voy a dejar entrar en mi casa?

Sonrió y se llevó las manos a los bolsillos.

—Podemos hacerlo en la comisaría si lo prefiere —añadió—. Así tendrá la oportunidad de ver a todos sus viejos amigos. Precisamente, el detective Sanders me venía diciendo por el camino que tiene usted allí un enorme club de fans.

Lo observé un momento y después me volví a dirigir a Sandy.

—Si entráis, tenéis que quitaros los zapatos —le dije—. No me van a devolver la señal como vayáis dejando mierda por todas partes. —Me di la vuelta para mirar a Barnwell y me saqué las llaves del bolsillo—. Y usted más vale que mueva el coche antes de que alguno de mis vecinos vea que no sabe aparcar. Al jefe Freeh^[6] no le va a hacer ninguna gracia que por su culpa le rayen el coche con una llave.

El interior de mi apartamento estaba oscuro. Encendí la luz y Sandy y Barnwell entraron en la pequeña cocina detrás de mí.

—Bonito piso —observó Barnwell, mirando a su alrededor con una sonrisa en los labios.

—Gracias —dije—. Me encanta dar fiestas.

—¿Te importa que vayamos a sentarnos al cuarto de estar? —preguntó Sandy—. Bastará con que hablemos un rato. No tardaremos mucho.

Me siguieron hasta la sala de estar, encendí la luz del ventilador del techo y me senté en la butaca abatible. Barnwell echó un vistazo a la habitación, y después se sentó en el sofá al lado de Sandy.

—¿Han visto a Sammy anotándose cincuenta y ocho esta noche? —pregunté, pero siguieron callados sin quitarme la vista de encima. Miré a Barnwell—. ¿Qué, no le va el béisbol?

Se sacó un bloc y un boli del interior de la chaqueta. Hojeó el bloc hasta que encontró una página en blanco.

—¿Qué estaba haciendo esta noche en Tomcat's? —preguntó.

Me encogí de hombros y arqueé las cejas.

—Tomándome una cerveza de cuatro dólares —dije—. Eso y no otra cosa es lo que deberían investigar ustedes.

Barnwell levantó los ojos del bloc.

—¿De qué conoce a Tommy Broughton? —preguntó.

—De lo mismo que lo conoce Sandy. Solíamos toparnos con él de cuando en cuando. Uno acaba conociendo a todo tipo de gente en este oficio —dije—.

Gánsteres, matones, agentes del FBI.

Barnwell se rio y cerró el bloc.

—Es usted todo un personaje, Weller —dijo. Miró a Sandy—. Menudo personaje, ¿eh?

Se levantó del sofá, pasó por delante de mí y se detuvo ante la puerta corredera de cristal. Descorrió la cortina y se quedó mirando el patio minúsculo y abarrotado. Hacía como que estaba buscando algo, a pesar de que yo sabía que fuera estaba demasiado oscuro y dentro demasiado iluminado como para que viese nada aparte de la parrilla vieja y oxidada y las sillas plegables. La cortina se cerró con suavidad cuando la soltó, y noté que apoyaba la mano en el respaldo de la butaca. Giré la cabeza y nuestras miradas se cruzaron.

—Anda que no es usted listo ni nada —dijo—. Subir el volumen de la música: ¿se lo enseñaron en los cursillos de instalación de alarmas?

—No —respondí—. Lo vi en *Ley y orden*.

Barnwell volvió a resoplar y a continuación miró a Sandy.

—Me parece increíble que te tocara trabajar con este tipo —dijo, sonriendo. Sandy estaba echado hacia delante, mirándome fijamente—. Deberíamos llevarlo a la comisaría a que suelte un monólogo cómico —dijo Barnwell—. A lo mejor hasta firmaba unos cuantos autógrafos y todo para su club de fans.

—Son un grupito de lo más fiel —dije. Lo miré hasta que apartó la vista.

—Brady —dijo Sandy—, ¿qué demonios estabas haciendo allí esta noche?

—No —dijo Barnwell sin darme tiempo a responder—. No hay más preguntas. —Se plantó delante de mí, tapándome a Sandy—. Como vuelva a hacerlo, como vuelva a cagarse en esta investigación, haré cuanto esté en mi mano para enterrarlo —dijo—. Interpretelo como le dé la gana, pero que sepa que hablo en serio. No necesitamos su presencia sobre el terreno, jugando a los polis. Aquella época ya pasó.

—Lo que está diciéndote, Brady, es que lo tenemos todo bajo control —intervino Sandy.

—Sí, eso parece —dije—. La verdad es que lo estáis haciendo requetebién.

Barnwell se rio, volvió a la puerta corredera y se quedó mirando la cortina con las manos metidas en los bolsillos, apretando los puños.

—Brady, te lo advierto: no vuelvas a hacerlo —amenazó Sandy—. No ayuda a nadie: ni a las niñas, ni a nosotros, ni desde luego a ti.

Barnwell se volvió y me señaló con el dedo.

—Vuelva a cagarla así una vez más y la próxima ocasión que me pase por aquí no será con intención de hablar —dijo—. No es usted más que un estorbo, Weller, y llevo demasiado tiempo con este caso como para que venga usted tan campante y lo eche todo a perder en el último momento.

—Un estorbo ¿para qué? —pregunté—. ¿Para encontrar el dinero o para encontrar a las niñas?

—Creemos que encontraremos el dinero y a las niñas si nos dejas hacer nuestro

trabajo —dijo Sandy, poniéndose en pie.

—Eso espero —dije—. Y también espero que sepáis lo que hay ahí fuera.

—Sabemos más de lo que usted se piensa —dijo Barnwell.

—Lo dudo.

Se quedaron mirándome en silencio, pero enseguida Sandy se llevó la mano al bolsillo y sacó un puño cerrado que contenía las balas que había sacado de mi calibre 38. Una a una, fue colocándolas despacio sobre la mesita. Cuando hubo terminado, levantó la cabeza y me sonrió.

—Buenas noches —dijo—. Seguiremos en contacto.

Los vi marcharse sin moverme de mi sitio, pero no me levanté hasta que oí que el coche arrancaba y se alejaba de mi apartamento. Solo entonces me fui al armario del pasillo, abrí la puerta y bajé mi vieja maleta del estante de arriba.

EASTER QUILLBY

CAPÍTULO 26

La primera noche después de salir de Charleston dejamos atrás la autopista y paramos en un área de descanso de Carolina del Norte. Bajamos del coche, fuimos al servicio, compramos algo de picar y unas Coca-Colas en las máquinas expendedoras y volvimos al coche. Wade aparcó detrás de los servicios con la idea de pasar allí la noche, pero justo cuando acabábamos de instalarnos llegó un hombre de uniforme, dio unos golpecitos en el parabrisas con una linterna y nos dijo que allí no se podía hacer noche. Wade subió la ventanilla sin decir nada, arrancó y volvió a coger la autopista.

El viernes por la mañana me desperté con la luz dándome en los ojos a través del parabrisas. Al sentarme, vi que el sol estaba saliendo en ese momento y que Wade nos había tapado a Ruby y a mí con un par de sudaderas salpicadas de pintura y uno de sus abrigos viejos. Dentro del coche hacía frío, y supe que era temprano por el aspecto que tenía la luz de fuera: suave y resplandeciente.

El coche estaba en medio de un aparcamiento pavimentado rodeado de montañas cubiertas de niebla; una niebla que lo mismo podrían haber sido nubes, teniendo en cuenta la altura a la que parecía que estábamos. El nuestro era el único coche del aparcamiento. Me calcé los zapatos haciendo el menor ruido posible y me puse una de las sudaderas de Wade por los hombros; después abrí la puerta, salí sigilosamente y la cerré despacito. Wade estaba tumbado en el asiento delantero, con los ojos cerrados y los brazos remetidos en la camiseta.

El aparcamiento estaba bordeado por una pequeña acera, y al otro lado había una barandilla que impedía acercarte demasiado al borde. Me fui derecha a la barandilla, me apoyé y miré al valle; allí la niebla era más densa que en la parte de arriba, donde habíamos pasado la noche. Cuando estaba en quinto de primaria, fui de excursión con mi clase a la montaña Crowders de Gastonia, y me pareció que nunca había visto nada tan alto, sobre todo después de la caminata que nos dimos hasta la cima. Pero ahora, estando donde estaba y viendo lo que estaba viendo, comprendí que jamás había visto nada semejante a estas montañas.

La puerta de un coche se abrió y se cerró silenciosamente a mi espalda, y al volverme vi a Wade mirando a su alrededor como lo había hecho yo tan solo unos minutos antes.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—Estamos en la carretera de Blue Ridge —dijo Wade.

—¿Qué es eso?

—Es una carretera que atraviesa las montañas directamente desde Virginia hasta Carolina del Sur. —Se frotó los ojos—. Es el parque nacional más visitado del país —añadió, convirtiendo las palabras en un bostezo al que puso fin estirando los brazos

por encima de la cabeza.

—Ahora mismo nadie lo diría —dije, echando una ojeada a todas las plazas de aparcamiento vacías.

—Es temprano. La gente empezará a llegar de un momento a otro para echar un vistazo a las hojas.

Aún no me había fijado en las hojas. Entre la niebla del valle que se extendía justo por debajo de nosotros asomaban sus colores: dorado y rojo, un poco de verde aquí y allá. Era como si la niebla no pudiera cubrir las cimas de las altas montañas, y en lo más alto casi todas las hojas eran doradas. Me parecía increíble que tan solo la noche anterior hubiéramos estado en Charleston, con su aire salado, caliente, pegajoso, y que ahora estuviésemos aquí arriba contemplando estas montañas, el aliento saliendo como humo de mi boca cada vez que respiraba.

—Mira aquí atrás —dijo Wade—. Detrás de nosotros.

Señaló una montaña inmensa que se alzaba al otro lado del aparcamiento, apenas visible entre las nubes. En la cima había una antena roja y blanca.

—Es el monte Pisga —dijo, ahuecando las manos en torno a los ojos a pesar de que el sol todavía no había salido del todo. Bajó las manos y me miró—. ¿Sabes de dónde viene el nombre?

—No.

—De la Biblia. Dios le dijo a Moisés que subiese a la cima del monte Pisga y que así por fin podría ver la Tierra Prometida. —Volvió a mirar a la montaña—. No era esta montaña, la otra estaba por ahí por el desierto, pero de este lugar es de donde le viene el nombre.

—¿Te lo has inventado?

—No —respondió.

—Entonces, ¿cómo lo sabes?

—¿Qué? ¿Conque piensas que no puedo saber cosas solo porque sí? —Se quedó mirándome con cara de ofendido, y después sonrió, se sacó un folleto del bolsillo de atrás y me lo enseñó—. Anoche cogí esto en el área de descanso. Necesitaba leer un poquito antes de dormir. —Lo abrió y lo desplegó encima del capó—. Los primeros exploradores que encontraron esta montaña subieron hasta la cima, y al ver lo que les esperaba al otro lado pensaron que habían encontrado la Tierra Prometida. Se dirigían hacia el oeste, igual que nosotros.

—¿Adónde vamos exactamente? —pregunté.

—A San Luis —dijo—. Pensaba que queríais ver un poco de béisbol.

—Digo después.

—No sé. ¿Oklahoma? ¿Texas? ¿California? —Iba abriendo cada vez más los ojos a medida que recitaba los nombres—. Podríamos seguir derechos hasta el océano Pacífico si quisiéramos.

—¿Y luego, qué? —pregunté—. No podemos quedarnos a vivir en este coche para siempre.

—No sé —dijo Wade—. Supongo que por eso es una aventura.

Ruby abrió la puerta del coche y salió. Llevaba la otra sudadera de Wade sobre los hombros. Echó un vistazo a las montañas y a la niebla de alrededor del aparcamiento; ni siquiera había ido a la montaña Crowders como yo, y no me imaginaba lo que estaría pensando.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En el monte Pisga —dije.

—¿Por qué?

—Porque vamos en busca de la Tierra Prometida —dijo Wade, plegando el folleto y guardándoselo otra vez en el bolsillo de atrás. Me guiñó un ojo—. Y ya casi hemos llegado.

Los días siguientes pasaron como sueños borrosos en los que viajábamos en coche por carreteras secundarias y nos perdíamos a altas horas de la noche en lugares como Paducah, Kentucky o Cookeville, Tennessee, donde las tiendas y los restaurantes nunca estaban abiertos y no había ningún sitio en el que se pudiera ir al servicio. Wade nos había dicho que tardaríamos unas quince horas en ir de Charleston a San Luis, pero estuvimos mucho más tiempo en el coche. Empezó a parecer que no hacíamos más que dar vueltas, y a veces daba la impresión de que Wade no tenía ni idea de adónde íbamos ni qué íbamos a hacer una vez que llegásemos. Pasábamos mucho rato sin hablar, Ruby y yo mirando por la ventanilla y Wade intentando sintonizar los partidos de béisbol en la radio para ver cómo iban McGwire y Sosa en la carrera por batir el récord de *home runs*. Era como si Wade casi no hubiese cerrado los ojos desde que salimos de Myrtle Beach, y mientras conducía nos contaba largas historias de cuando jugaba con los Rangers y de cuando hacía lanzamientos en los entrenamientos de bateo de Sosa: que si Sammy no conseguía batear ninguno de sus lanzamientos, salvo la bola rápida; que si, por aquella época, Sammy no era más que un chavalín dominicano pequeñajo y flacucho que ni siquiera hablaba inglés. Las historias y los partidos de la radio se mezclaban, y al poco tiempo empecé a imaginarme a Sammy Sosa como un adolescente pobre y delgado, vestido con el uniforme de los Cubs, que recogía los *flys* de McGwire en el campo exterior.

Para cuando llegó el sábado del partido, McGwire se había anotado sesenta *home runs* frente a los cincuenta y ocho de Sosa, con lo cual solo necesitaba uno más para igualar la marca de Maris. El partido del sábado era en Cincinnati, y Wade dijo que era imposible que McGwire lo igualase allí; dijo que era la típica hazaña que un jugador de béisbol querría lograr en casa y que no le cabía la menor duda de que McGwire esperaba a que Sosa y él estuvieran los dos el lunes en San Luis, y nos prometió que estaríamos los tres allí para verlo.

Wade no contaba con entradas para el partido del lunes, pero nos dijo que tenía el presentimiento de que no serían difíciles de obtener. La radio había estado diciendo que una sola entrada podía costar hasta mil dólares, así que supe que las esperanzas de Wade de sacar entradas se basaban más en el dinero que llevaba escondido en la

bolsa negra que en la supuesta buena suerte o experiencia que decía tener.

A última hora de la mañana del lunes entramos en San Luis. Justo cuando estábamos cruzando un río, Wade redujo la velocidad y señaló algo que había al otro lado del puente.

—¿Veis eso de ahí? —preguntó. A nuestra derecha había un inmenso semicírculo blanco que parecía plantado en medio de un campo—. Es el Arco de San Luis. —Nos miró por el espejo retrovisor—. Lo llaman la Puerta al Oeste.

Ruby se pasó a mi lado del asiento trasero para verlo mejor.

—¿Qué es? —preguntó.

—Una especie de escultura —dijo Wade—. Y también es un monumento.

—¿Y cómo que es una puerta? —pregunté.

—Solo es algo simbólico. Como una metáfora o una analogía. ¿Sabéis lo que es eso?

—No. —Negué con la cabeza.

—Es cuando algo representa otra cosa. Ese arco representa la puerta al oeste. Como los antiguos colonos, hemos dejado todo atrás en el este y hemos cruzado las montañas, y ahora estamos poniendo los caballos rumbo al oeste.

Se hizo un silencio en el coche. Los tres nos quedamos mirando el Arco a medida que iba acercándose, y antes de que pudiera darme cuenta habíamos pasado de largo.

—Como *La Ruta de Oregón* —dijo Ruby.

—¿Qué? —preguntó Wade.

—*La Ruta de Oregón* —dije—. Es un juego de ordenador.

—Quiero ir a verlo —pidió Ruby. Se dio la vuelta y se puso de rodillas para ver el Arco por la ventanilla trasera.

—Iremos —dijo Wade—. A lo mejor mañana. Pero hoy hemos venido a ver un partido de béisbol. Mañana pondremos rumbo oeste.

BRADY WELLER

CAPÍTULO 27

Antes de irme de la ciudad el domingo por la mañana, me había pasado por La Casa del Pescado a por los dos mil dólares que Roc tenía pendientes conmigo. Debía de barruntar que iba a verlo, porque cuando llegué estaba en la puerta de la cocina, sentado sobre un cubo de basura volcado y fumando un Black&Mild.

—Joder, chaval —dijo cuando me bajé del coche—. ¿No sabías que los domingos no damos de comer hasta las once? Porque tú de camino a la iglesia no vas, eso desde luego.

—Se me ocurrió pasarme antes por aquí a recoger mi dinero, y así podré echar algo cuando pasen el cepillo —dije, cogiéndole la mano y dándole otro torpe apretón de manos.

—Sammy y McGwire mano a mano mañana por la tarde. ¿Estás seguro de que no quieres dejar esos dos mil en remojo?

—Ni hablar. Con la mala racha que llevo, no.

Riéndose, se levantó de un salto del cubo de basura, se sacó del bolsillo un fajo de billetes y contó veinte de cien antes de entregármelos. Los doblé y me los metí en el bolsillo de la camisa. Roc se volvió a guardar en los vaqueros lo que quedaba del fajo.

—No me puedo creer que lleves encima tanta pasta —dije.

Sonrió.

—Pero bueno, tío —dijo, subiéndose la camisa para dejar al descubierto una pistola semiautomática de 9 mm que tenía metida en la cinturilla de los vaqueros—, si todo el mundo sabe que en esta ciudad no hay un lugar más seguro para trabajar que La Casa del Pescado.

—Sí, ya lo veo —respondí—. Antes de que me largue, ¿te importa que te pregunte por otro nombre?

—Venga. —Abrió los brazos como si me fuese a dar un abrazo—. Para eso estoy aquí, cariño: para compartir mi inagotable pozo de sabiduría con mi gente.

—¿Has oído hablar de un tipo llamado Bobby Pruitt?

—¿Robert Pruitt? —preguntó.

—Sí. Eso es.

—¿Un antiguo jugador de béisbol?

—El mismo.

—Mierda, tío, ese es el tipo que molió a palos a Wade. El tipo del que te hablé.

—¿El tipo al que Wade le dio un pelotazo?

—Sí, tío, y yo en tu lugar me mantendría lejos de él.

—Creo que anda buscando a Wade y a las niñas.

—Bueno, pues más vale que encuentres a Wade antes de que lo haga él.

Me saqué las llaves del bolsillo y señalé mi coche con un gesto.

—Eso es lo que espero hacer mañana.

—¿Adónde vas?

—A San Luis —dije.

—¿A qué? —preguntó, sonriendo.

—A un partido de béisbol.

Se rio.

—Joder, ¿tienes entradas?

Le enseñé el fajo de billetes que acababa de darme.

—Ahora sí.

PRUITT

CAPÍTULO 28

- Con la de dinero que te he dado y vas y me llamas a cobro revertido —dijo el Jefe.
- Debería haberme pagado en monedas de veinticinco.
- ¿Dónde estás?
- Eso da lo mismo.
- Más vale que tengas buenas noticias —dijo.
- Lo he encontrado.
- Entonces, ¿por qué no tengo lo que quiero?
- Porque aún no ha llegado el momento.
- ¿Cuándo llegará?
- El lunes. En San Luis.
- ¿Por qué en San Luis?
- Se dirige hacia allí. Y allí es donde va a terminar todo esto.
- Es jueves. ¿Por qué tengo que esperar tanto tiempo?
- Porque las condiciones del trato han cambiado.
- ¿Qué coño te hace pensar eso?
- Que usted ya no tiene las cartas en su mano.
- ¿Qué quieres?
- Cien mil.
- Se hizo el silencio al otro lado de la línea telefónica.
- Y un huevo. Ese no era el trato.
- El trato ha cambiado.
- No. No ha cambiado.
- Le voy a encontrar, y con él voy a encontrar lo que le pertenece. Usted verá si quiere recuperarlo. Recuperarlo significa que las condiciones han cambiado.
- Quedas despedido. Hemos terminado. Esto se ha acabado.
- No, no se ha acabado. Para mí, no.

El aparcamiento del estadio Busch, de cuarenta dólares la plaza, estaba ya hasta los topes una hora antes del primer lanzamiento: universitarios, familias, cientos de personas luciendo camisetas y gorras con el número 61 y provistas de pósteres y letreros con el nombre y la cara de McGwire. Fuera del aparcamiento, la acera estaba abarrotada de revendedores: enseñaban letreros, miraban por las ventanillas de los coches, iban y venían por la calle cada vez que el semáforo se ponía en rojo.

En la esquina de Clark y la Octava había un grupo de revendedores, y un tipo negro alto y flaco se apartó del resto y me hizo señas para que me acercase.

—¿Qué necesitas, tío? —preguntó—. Sea lo que sea, yo lo tengo: banco, campo

izquierdo, campo derecho, todo menos la tribuna.

—Me basta con entrar. No me importa el sitio.

—Donde quepas, ¿no? —dijo sonriendo, mirando en derredor como si pensara que podía haber alguien siguiéndome o intentando acercarse lo suficiente como para oír nuestra conversación.

—¿Cuál es la más barata que tienes?

—¿Eres poli?

Miré a los tipos que seguían detrás de él.

—¿Esos de ahí se dedican a hacer preguntas o a vender entradas?

—Tranqui, tranqui —dijo. Volvió a echar un vistazo en derredor y a continuación indicó con la cabeza el garaje que tenía detrás, en la esquina de Clark con la Octava—. Sígueme. —Se volvió y se metió en el garaje, deteniéndose entre una camioneta y una furgoneta de reparto—. Mil —dijo, enseñándome una entrada—. Con mil te da para una localidad de pie.

El garaje estaba lleno de coches pero casi vacío de los ruidos de la gente; todo el mundo iba ya de camino al estadio. Solo se me oía a mí separando billetes nuevecitos del fajo. No me quitó la vista de encima mientras contaba el dinero.

—Quince —dijo.

—¿Quince, qué?

—Quince de cien. El precio va subiendo según se acerca la hora del partido.

Doblé los billetes y volví a metérmelos en el bolsillo.

—Vale.

Pero para cuando me oyó, ya me había sacado la Glock de la cinturilla del pantalón corto y le había estampado la punta del cañón en la coronilla. Se le doblaron las rodillas, y cayó a mis pies.

—¿Quieres jugar? —La presión del cañón contra su cabeza era cada vez mayor hasta que pareció como si se la fuese a perforar—. ¿Sí o no?

—No —susurró—. Lo siento. Cógela.

Me acercó la entrada, y mi mano libre se cerró sobre ella antes de que la suela de mi zapato le diese una patada en el esternón, estampándole contra el muro de cemento. Y allí se quedó, mirándome con lágrimas en los ojos y respirando agitadamente como si acabase de correr el maratón. Me saqué del bolsillo el billete de mil, hice una bola y se la tiré a la cara. Retrocedió, asustado, a la vez que le caía encima el dinero.

EASTER QUILLBY

CAPÍTULO 29

Wade había aparcado debajo de un paso elevado y nos había dejado en el coche mientras se iba a buscar entradas. Todos los aparcamientos tenían el letrero de «completo», y nos habíamos alejado del estadio en busca de un sitio para aparcar. Las calles estaban vacías porque todo el mundo había entrado ya. Había otros coches estacionados a nuestro alrededor debajo del paso elevado, y Ruby y yo bajamos las ventanillas y nos quedamos mirando a una familia que estaba saliendo de una camioneta. Los dos niños eran más pequeños que yo, y llevaban guantes de béisbol y jerséis de McGwire; su hermana pequeña se quedó detrás de la camioneta contemplando el paso elevado, sorbiéndose la nariz y frotándose los ojos como si hubiera estado llorando. El hombre y la mujer estaban enzarzados en una discusión.

—No quería aparcar así —dijo el hombre. Era alto y moreno, igual que los chicos, y llevaba una gorra de los Cardinals y una camiseta con la foto de McGwire.

—Ya puedes rezar para que no llueva —dijo la mujer. Había abierto la puerta de atrás de la camioneta y estaba metiendo cosas en una bolsa. Miró a la niña, y después al hombre—. ¿Dónde está la merienda de la niña? —El hombre suspiró ruidosamente para que todos le oyeran—. ¡Es que de verdad, Marty! —dijo la mujer. Dio un portazo, cogió a la niña de la mano y echó a andar hacia el estadio. El hombre y los dos chicos la siguieron. Ruby y yo los vimos alejarse.

Wade nos había prometido que no tardaría mucho, pero ahora solo quedábamos nosotros debajo del paso elevado. El partido iba a empezar de un momento a otro, y no pude evitar preocuparme mientras el aparcamiento iba quedándose cada vez más tranquilo a medida que la gente entraba en el estadio para ver el partido. Al poco rato, lo único que se oía eran los coches que cruzaban por la interestatal que estaba encima de nuestras cabezas y, a lo lejos, la música y los anuncios del interior del estadio.

Ruby había bajado del todo su ventanilla, y sacó un brazo como para comprobar si había brisa.

—¿Tú crees que veremos a Big Mac batir el récord? —preguntó.

El sudor me caía a chorros por la frente, y me la sequé con la camiseta.

—No sé —dije—. Seguro que al menos lo igualará. —Me sudaban también las piernas; cogí un puñado de servilletas que habíamos dejado en el salpicadero y me las sequé, y después hice una bola con ellas y las tiré al suelo del coche—. Mañana hay otro partido —dije—. A lo mejor Wade también nos lleva a verlo.

—¿Dónde está?

—Ha ido a por las entradas. ¿Te acuerdas? Hay que tener entrada para entrar.

Ruby se quitó no sé qué de la camiseta, y luego suspiró.

—¿Tú crees que esta noche también la pasaremos en algún sitio con piscina?

Llevaba repitiendo la misma pregunta desde que nos fuimos de Myrtle Beach, y

todas las veces le había contestado lo mismo.

—No sé. Pregúntaselo a Wade.

—Nunca dice nada cuando se lo pregunto —dijo.

—Será porque no paras de hablar. Pareces el hilo musical.

—¿Qué es el hilo musical?

—Es música de la que te olvidas porque estás oyéndola a todas horas. Como la música que ponen en los ascensores y en las tiendas.

—Pero nosotros no estamos siempre en ascensores y en tiendas —dijo—. ¿Cómo iba a estar Wade acostumbrado a eso?

—Es una forma de hablar.

—No tiene sentido.

No dije nada porque vi a Wade un par de filas más allá, caminando hacia nosotras como si estuviera impaciente por llegar al coche. Al verlo con tantas prisas me entraron ganas de vomitar, y rebusqué por atrás hasta que encontré el cinturón de seguridad y me lo abroché. Pero a medida que se acercaba vi que estaba sonriendo. Al ver que le estábamos mirando, se llevó la mano al bolsillo de atrás, sacó tres entradas y las desplegó como si estuviera jugando a las cartas.

Se asomó por la ventanilla de Ruby y le dio un golpecito en la pierna con las entradas.

—¿Estáis listas? —preguntó—. Jardín izquierdo. Venga, vamos a anotarnos un *home run*.

—Una pelota puede llegar lejísimos en un día soleado y caluroso como este —dijo Wade—. A McGwire no le va a costar demasiado lanzar una fuera. —Nos llevaba a las dos cogidas de la mano mientras subíamos a nuestras localidades por una rampa de hormigón—. No os quedéis atrás, arrimaos —gritó.

Había gente por todas partes, la mayoría con camisetas y uniformes de los Cardinals, aunque también había varias personas que llevaban gorras y jerséis de los Cubs con el nombre y el dorsal de Sosa. Entre el griterío, la música y el presentador que iba recitando las alineaciones por los altavoces, casi ni escuchaba a Wade. Oí que el presentador decía «Mark», pero con los vítores de los aficionados no pude escuchar el resto.

Wade fue guiándonos por las rampas hasta que llegamos a un largo pasillo que daba la vuelta al campo. A nuestra derecha, unos túneles de menor tamaño conducían hasta los asientos, y cada vez que pasábamos por delante de uno notaba el calor del sol y veía el verde del campo exterior y los asientos de las gradas superiores del otro lado del estadio. Las localidades ya estaban todas ocupadas. Jamás, en toda mi vida, había visto tanta gente junta.

—¿Tú crees que Sammy Sosa también va a anotarse un *home run*? —preguntó Ruby.

—Yo diría que probablemente sí —dijo Wade—. Si algo puedo decir de Sammy, sin riesgo a equivocarme, es que no va a permitir que McGwire sea el único que se lo pase bien esta tarde.

—¿Crees que se acordará de ti? —pregunté.

—Por supuesto que sí. ¡Cómo iba a olvidarse de un brazo como el mío! —Me estrujó la mano y me guiñó un ojo.

—Tengo hambre —dijo Ruby—. Y sed.

—¿Qué tal si primero encontramos nuestros asientos? —preguntó Wade. Me miró como si quisiera que dijese algo.

—Pero es que llevamos todo el día sin comer ni beber nada —se quejó Ruby. En el campo, alguien empezó a cantar *La bandera estrellada*.

—Nos lo vamos a perder —dije.

—Pero es que tengo hambre —lloriqueó Ruby.

—Está bien —cedió Wade, dándome otro apretoncito—. Tenemos tiempo de sobra.

—¡Ahí está! —chilló Ruby. Señaló a Mark McGwire, al que se veía calentando con el bate en una enorme pantalla de televisión que colgaba sobre las localidades del jardín central. Como iba mirando a la pantalla, bajaba aún más despacio los escalones que llevaban hasta nuestros asientos.

—Venga, tira —dije, subiendo la rodilla y dándole un empujoncito en la espalda.

Yo llevaba una Coca-Cola y dos cubos de palomitas; Ruby ya había empezado las suyas, y se las iba metiendo a puñados en la boca mientras subía uno a uno los escalones de hormigón.

Wade iba detrás de mí con su bebida, la de Ruby y los tres perritos calientes.

—Abajo del todo, Ruby —dijo.

Encontramos nuestros asientos, los tres primeros a la izquierda de los escalones de la fila dos, y me quedé de pie entre Ruby y Wade porque el resto de la gente también estaba de pie para ver a McGwire. Wade nos pasó los perritos calientes y le dio un toquecito en el hombro a un tipo que estaba en la primera fila.

—¿Qué ha hecho Sosa?

El tipo se dio la vuelta y miró a Wade. Tenía bigote y llevaba un uniforme rojo de los Cardinals y una gorra de béisbol negra.

—Una bolea alta —dijo—. Ha dejado a Hernández tirado en la primera base.

—No veo nada de nada —dijo Ruby.

Le abrí el asiento y le ayudé a sentarse; después abrí el mío y me senté. Ahora veía todo lo que había a mi alrededor: el campo exterior al completo, con Sammy Sosa a la derecha; las gradas superiores y, sobre nuestras cabezas, el blanco círculo abierto del estadio, donde el luminoso cielo azul casi parecía una tapa que mantenía todo el calor atrapado en el interior. Y también sentía todo lo que había a mi

alrededor: la muchedumbre metía tanto ruido que ni siquiera se oía la música ni a los presentadores, y cuando Brian Jordan lanzó una bola alta al jardín izquierdo y McGwire entró en el cajón del bateador sin que hubiera nadie en la base, se oyó el mayor griterío que había oído en toda mi vida. Ruby se metió el perrito caliente en la boca y se tapó los oídos con las manos. Pero en cuanto McGwire colocó los pies y se preparó para batear, el público del estadio calló por completo. No se oía ni una mosca.

Puede que fuera el calor, o puede que fuera la brisa que cruzaba el campo desde el *home plate*, pero había un no sé qué en el ambiente que me recordó la primera vez que Ruby y yo vimos el mar. Era como si hubiesen pasado muchos años, a pesar de que no llegaba ni a una semana, pero en ese momento me vino a la cabeza: la sensación de la arena caliente bajo mis pies, la marea que sonaba como las voces susurrantes que oía a mi alrededor, la imagen de las olas moviéndose a lo lejos de la misma manera que se movía la gente en el estadio, intentando ver mejor aquello que quizá estaba a punto de suceder.

McGwire golpeó y falló en el primer lanzamiento. En el mismo instante en que la pelota entró con un golpe seco en el guante del cácher, el estadio entero suspiró al unísono como el público de los concursos cuando alguien se equivoca de respuesta. Pero de nuevo se hizo el silencio cuando McGwire volvió al cajón. El siguiente lanzamiento fue una bola, y la gente volvió a suspirar como antes.

Pero nada más salir la pelota de la mano del pícher en el tercer lanzamiento, fue como si todos supiéramos que esta vez era la definitiva. La pelota rebotó contra el bate y fue derechita hacia el jardín izquierdo, donde estábamos sentados nosotros; me puse de pie en el asiento, busqué la mano de Ruby y vi que el defensor derecho reculaba hacia la pared, y de repente se detuvo y se quedó mirando cómo pasaba volando la pelota por la izquierda del poste de *foul* y por encima de nuestras cabezas. Me di la vuelta en el mismo instante en que rebotaba contra la ventana de los palcos que teníamos encima para caer a continuación justo enfrente de nuestros asientos y seguir rodando hacia la pared.

Fue como si todo el gentío de las gradas se lanzase a un mismo tiempo a por la pelota, incluido Wade. La gente se apretujaba contra mí, y me bajé del asiento, cogí a Ruby y la bajé también a ella.

—Agárrate a mí —dije. Pero de repente todo terminó, y el tipo que había estado sentado delante de nosotros se levantó y subió el brazo para enseñar la pelota, y la gente que nos rodeaba empezó a aplaudir y a dar vítores.

Wade también se levantó. Llevaba la camiseta manchada de mostaza y ketchup del perrito caliente, y tenía el pelo empapado de algo que le habían tirado encima, puede que Coca-Cola o cerveza. Pero se estaba riendo.

—¡Casi la he cogido! —dijo, levantando la mano y chocando los cinco conmigo y después con Ruby—. Casi he cogido un pedazo de historia.

Me puso la mano delante como si quisiera que la viera, pero yo no estaba mirando

su mano; estaba observando a McGwire, que acababa de pasar por la tercera base y estaba chocando los cinco con el tercera base, y miré cuando cruzó el *home plate*, donde le estaba esperando su hijo vestido con el uniforme de *bat boy* de los Cardinals. Su padre lo cogió en volandas, y los miré mientras me imaginaba qué se sentiría cuando tu padre se agachaba a cogerte y te levantaba por los aires, lejos de todo, mientras la gente miraba y aplaudía, miraba y aplaudía.

—¡Mira! —dijo Ruby, levantando la mano y señalando el centro del campo—. ¡Somos nosotros!

Wade y yo miramos a la vez; tenía razón. En la pantalla gigante se nos veía a los tres, en la fila anterior a la del tipo que sostenía en alto la pelota del *home run* mientras chocaba los cinco con las personas que había a su alrededor.

BRADY WELLER

CAPÍTULO 30

Aparté los ojos del *home plate*, donde había estado McGwire hasta ese momento, y lo seguí con la mirada mientras cruzaba la primera base. Cuando pasó por la segunda, miré la pantalla gigante que había en el jardín central, y fue entonces, justo antes de que la pantalla repitiese el *swing* de McGwire, cuando los vi. La mano se me fue sola al bolsillo de atrás, y desdoblé sin mirarla la copia de la foto policial de Chesterfield. A cámara lenta, la pantalla mostró el *home run* de McGwire, la pelota volando por la zona buena y rebotando en el palco preferencial antes de caer a las gradas. En ese par de segundos, llegué a vislumbrar a dos niñas que se parecían a Easter y a Ruby, y después vi a Wade lanzándose a por la pelota.

A mi lado, arrimado a la barandilla de la grada superior y detrás del *home plate*, había un hombre mayor con unos prismáticos.

—¿Me permite un momento? —le pregunté, sacándole la correa por el cuello sin esperar a su respuesta.

Para cuando los localicé en el jardín izquierdo, a solo dos filas por encima de la pared, McGwire ya había cruzado el *home plate*. Le devolví bruscamente los prismáticos al anciano y me precipité escaleras abajo en dirección al pasillo central.

Estaba vacío; la gente se había quedado en sus asientos o se había metido por los túneles para ver batear a McGwire. Doblé por la derecha y eché a correr por el estadio como alma que lleva el diablo, intentando recordar el número de la sección en la que los había encontrado con los prismáticos, reduciendo la marcha para echar un vistazo por los túneles y orientarme a partir de lo que se veía de las gradas. Cada túnel era un fogonazo de luz, hierba verde y vítores ensordecedores.

Después de doblar por la línea de la tercera base en dirección al campo exterior, me metí por el primer túnel a la derecha, y cuando vi el poste de *foul* amarillo me abalancé escaleras abajo hacia el campo. La hierba se alzaba como el rostro achatado de un lago verde y musgoso.

Las niñas estaban solas.

PRUITT

CAPÍTULO 31

La foto de la niña estaba en mi mano cuando apareció su cara en la pantalla gigante, aunque mis ojos estaban clavados en Wade Chesterfield, que estaba a su lado.

Pero cuando al fin los encontré en las gradas, Wade ya estaba subiendo las escaleras, alejándose de sus localidades.

El pasillo central estaba vacío; dentro del estadio, la gente seguía dando vítores y el clamor resonaba en cada túnel por el que pasaba. La luz me daba en la cara y mis pies me iban acercando cada vez más a Wade, aporreando el cemento. Me llevé la mano a la espalda y la ahuequé sobre la pistola, sujetándola contra la cintura para asegurarme de que no se caía.

Probablemente oyó que alguien bajaba corriendo hacia él por el pasillo y pensó que sería alguien que volvía a toda prisa a su localidad para ver la celebración, pero si hubiera mirado hacia arriba en lugar de esconderse en los servicios de lo alto de la escalera, habría visto cómo me abalanzaba sobre él.

Wade estaba en el primer urinario de la izquierda de los servicios vacíos, de espaldas a mí y limpiándose la camiseta con papel higiénico. El corazón me latía con fuerza y la sangre me bullía en las venas; noté que un hilito de sangre me caía de la nariz y me bajaba hasta los labios.

Entré en el urinario, y Wade se dio la vuelta y me vio plantado justo delante de él.

—Qué tal, Wade.

Intentó escurrirse, pero al pasar por delante de mí lo acogoté y lo metí de nuevo en el urinario. Retorciéndose, pegó la espalda a mi pecho y apoyó los pies en el wáter para hacer fuerza. Salimos del urinario a trompicones y nos caímos sobre los lavabos. Me di con el hombro en un panel de secadores de manos y varios se encendieron, soplando aire caliente sobre mi brazo y su cara. Wade se revolvió intentando soltarse, pero mis brazos le apretaron más el cuello y le levantaron del suelo mientras una parte de mí deseaba sentir que el cuerpo se le relajaba y se acababa todo de una vez.

—¿Te acuerdas de mí, Wade?

—Espera —dijo, con una voz que apenas si le salía por la boca—. Mis niñas.

Lo envolvían los olores del estadio: ketchup, mostaza, cerveza, sudor.

—¿Dónde está el dinero, Wade?

Le solté un poco el cuello a fin de que cogiera el aire suficiente para responder. Pero se zafó de mí y me miró de frente, clavando sus ojos en los míos. Mis manos se lanzaron sobre su cara y le hiqué los pulgares en las cuencas de los ojos. Soltó un alarido y cerró los ojos con todas sus fuerzas a la vez que extendía ciegamente los dedos para arañarme la cara. Sus manos se separaron de mí bañadas en la sangre de mi nariz, y sus dedos se deslizaron por mis brazos hasta llegar a mis muñecas.

De repente se oyó el ruido de mis gafas de sol chocando con el hormigón; la

tenue luz brilló con más intensidad. Solté las manos y doblé las rodillas para que mis dedos pudieran tocar el suelo. Wade se escabulló, tirándome de espaldas al suelo; la pistola se me soltó de la cinturilla y le di un manotazo que la mandó al otro lado de la habitación.

Agarré a Wade por los tobillos y le hice caer, echándome encima de él y sujetándole las manos en el preciso instante en que su dedo se cerraba sobre el gatillo y disparaba. La bala rebotó en el suelo y fue a parar al techo. El ruido fue ensordecedor.

Me puse en pie a la vez que se oyó un eco de voces en el pasillo, y de pronto noté un par de manos en los hombros; al mismo tiempo, otro par agarraba a Wade para liberarlo. Alguien gritó «¡Pistola!» antes de que mi puño machacase una mandíbula y unos dientes me desgarrasen los nudillos.

—¡Que alguien venga a ayudar! —chilló otra voz.

Wade seguía tirado en el suelo cuando me erguí ante los dos tipos vestidos con chalecos naranja y me puse a recorrer el suelo con la mirada en busca de la pistola. Y de repente me cayó el gas de defensa personal y se me echaron encima. Y a los pocos segundos vinieron otros.

—¡Alto! —gritó alguien, pero no era a mí a quien se lo decía.

Desde el estadio se oyó a la gente vitoreando una vez que empezó de nuevo el partido. Pero mis oídos captaron otro sonido: era el eco de las pisadas de Wade, que se escapaban de mí por el pasillo.

EASTER QUILLBY

CAPÍTULO 32

Cuando volví a ver a Wade estaba justo a la salida del túnel, en lo alto de las escaleras que bajaban hasta nuestros asientos. Supongo que había dejado de caminar hacia nosotras al ver al hombre que estaba sentado a mi lado. Por mucho que Wade no supiera quién era Brady, seguro que sabía exactamente por qué estaba allí. Algo debió de decirle que todo había terminado, que alguien nos había encontrado y que volveríamos a Carolina del Norte, a Gastonia; y después, a saber adónde.

No sé cuánto tiempo llevaba allí cuando me di la vuelta y lo vi, pero tenía los ojos enrojecidos como si acabase de llorar o estuviese a punto de hacerlo. Me saludó con la mano, le devolví el saludo y eso fue todo: de repente ya no estaba. Esperé unos minutos más, hasta la segunda parte de la segunda entrada, cuando les tocaba batear a los Cardinals, antes de decirle a Brady que no creía que Wade fuese a volver. Me preguntó si estaba segura, me dijo que podíamos esperar un poquito más, pero yo sabía que no serviría de nada. Estaba preparada para que lo que tuviera que pasar, pasara.

BRADY WELLER

CAPÍTULO 33

Gastonia estaba revolucionada cuando volví con Easter y Ruby el martes por la tarde, una semana entera después de su desaparición. De nuevo, el atraco al coche blindado salía sin parar en las noticias, así como la foto policial de Tommy Broughton. La prensa local no era la única que cubría el caso; la televisión por cable también había vuelto a la ciudad, y la CNN y los programas matinales daban información en directo las veinticuatro horas del día, con imágenes de la casa de Calder Mountain llena de agentes tirando trozos de pladur por las puertas del sótano y sacando bolsas de basura negras que sabía que estaban hasta los topes de millones de dólares. Al único al que no pudieron encontrar fue al conductor desaparecido del coche blindado. Puede que llevase ya seis meses en el fondo del río Catawba, o puede que estuviera relajándose en alguna playa de México, lejos de Tommy Broughton y del follón en el que se había metido. Pero yo sabía que Broughton acabaría delatándolo tarde o temprano: no era ni tan listo ni tan duro como para guardar un secreto de ese calibre.

Una parte de su dinero se encontró el lunes en San Luis con Robert Pruitt. También le habían encontrado una pistola, pero no era eso lo que me había preocupado: era la foto de Easter que llevaba doblada en el bolsillo lo que me venía sin cesar a la cabeza. Había estado en lo cierto al suponer que no tardarían mucho en relacionarlo con el asesinato de la madre de Wade en Charleston, y a saber qué más encontrarían una vez que se pusieran a rebuscar. Solo llevaba unos meses fuera de la cárcel, pero parecía que había aprovechado muy bien el tiempo. Y ahora estaba de nuevo en la cárcel, a la espera de un juicio por asesinato. Quién sabe lo que habría hecho si les hubiese echado la zarpa a las niñas.

Para el martes por la noche, Easter y Ruby ya estaban de nuevo bajo la tutela de la señorita Crawford; pero allí nadie se fue a dormir hasta que hube instalado el Deluxe Delta 6000, cuyo precio de venta al por menor es de 750 dólares a pagar en mensualidades de 74,99. Naturalmente, sin tasas ni tarifa de suscripción: todo cubierto, por cortesía de Hogar Seguro y de mi cuñado Jim. Lo único difícil fue enseñarle a la señorita Crawford a activarlo y desactivarlo, pero tampoco es que me preocupase demasiado porque sabía que Easter y Ruby no iban a quedarse allí mucho más tiempo. Su desaparición había puesto las pilas a sus abuelos, y una vez que se encontró a las niñas, las cosas empezaron a ir deprisa. En cuestión de días ya me había plantado en su dormitorio con cajas de cartón plegadas bajo el brazo y les estaba preguntando qué se querían llevar y qué querían dejarles a los demás chavales.

Cuando hubo pasado la tempestad, fue fácil dar cuenta de todo y de todos excepto de Wade Chesterfield.

Y entonces fue cuando me llamó.

—¿Todavía tiene a mis niñas? —preguntó.

Faltaban unos minutos para las nueve de la mañana del martes, y la voz de Wade Chesterfield era lo último que me esperaba oír cuando entré en la oficina. Miré el identificador de llamadas. El prefijo era el 704. Podría estar llamándome desde la casa de al lado o podría estar en cualquier otro punto del estado.

—¿Es usted Wade?

—¿Todavía tiene a mis niñas? —volvió a preguntar.

—No —respondí—. No las tengo. Han vuelto al mismo lugar en el que las encontré hace tres semanas. Y mejor será que las deje allí.

—La mujer del sitio ese me dio su número. Me dijo que lo llamara si necesitaba cualquier cosa.

—Eso fue antes de que pasara todo esto, Wade. Ahora ya no puedo hacer nada.

—¿El que estaba en el partido era usted? —dijo.

Su pregunta me pilló desprevenido. Ni se me había pasado por la cabeza que me hubiera visto.

—Sí —respondí—. Allí estaba.

—Gracias por cuidar de mis niñas.

—De nada. Pero es mi obligación. Usted solo me lo puso un poquito más difícil de lo habitual. —Esperé a que dijese algo, pero se hizo el silencio en la línea telefónica—. ¿Wade? ¿Sigue ahí?

—¿Usted puede verlas siempre que quiera?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque le pagaré. Doscientos cincuenta mil si me deja recuperarlas.

Las campanas de la iglesia baptista que estaba a una manzana de mi oficina empezaron a tañer anunciando el oficio de las nueve, y antes de que pudiera responder a Wade oí esas mismas campanas por el teléfono. Salí disparado a las ventanas de la fachada y miré a ambos lados de la avenida Franklin, pero no vi ninguna cabina telefónica.

—¿Hola? —dijo Wade.

—Sigo aquí —dije. Abrí la puerta de la calle y salí al aparcamiento—. Escuche, Wade, es imposible que...

—Trescientos mil —dijo.

En el aparcamiento, las campanas y el tráfico armaban tal estruendo que casi ni lo oía. Empezó a fallar la conexión y las interferencias se adueñaron de la línea. Volví sobre mis pasos y me puse la mano libre sobre la oreja.

—Necesito que las niñas estén conmigo. Por favor, piénseselo. Mañana lo llamo.

—¡Espere! —dije. Las campanas habían dejado de repicar, y me di cuenta de que estaba gritándole al auricular—. Espere. Si está por aquí cerca, podríamos vernos y hablar.

Pero ya había colgado.

Volví a la oficina, miré el identificador de llamadas y marqué el número. Estuvo sonando durante casi un minuto antes de que respondieran.

—¿Diga? —se oyó una voz de mujer.

—¿Podría hablar con Wade?

—¿Con quién?

—Con Wade —dije—. Me acaba de llamar hace un par de minutos.

—Aquí no hay nadie. Esto es una cabina. Pasaba por aquí y se ha puesto a sonar, nada más.

—Gracias —dije.

Colgué y me senté delante de mi mesa; después me recosté en la silla, respiré profundamente y cerré los ojos. «Wade me ha llamado a mí», pensé. Ni a la policía, ni al FBI ni al hogar de acogida. Yo era el único que sabía que estaba en la ciudad. Yo era el único que sabía lo que estaba dispuesto a hacer para recuperar a sus hijas.

Cuando abrí los ojos, lo primero que vi fue la foto enmarcada de Jessica y de mí que había sobre la mesa. No pude evitar pensar en lo que había dicho Jessica acerca de que a los chavales nadie les pregunta nunca qué quieren, y me imaginé la cara que se le tuvo que poner a Easter en el partido de los Cardinals cuando comprendió que Wade no iba a volver a por ellas. No podía deshacer las cosas que no había hecho bien con Jessica, por mucho que llevase años y años intentándolo. Tal vez me había pasado la vida creyendo en las segundas oportunidades solo porque siempre era yo el que las pedía. Pero ahora tenía que decidir si le iba a dar o no una segunda oportunidad a Wade Chesterfield, y disponía de veinticuatro horas para decidirlo.

EASTER QUILLBY

CAPÍTULO 34

Desde que volvimos, a Ruby y a mí no nos habían dado permiso para salir al patio con el resto de los chicos al salir del cole, pero el lunes la señora Davis vino al aula en la que nos habíamos pasado las últimas tardes haciendo los deberes y viendo películas y nos pidió que nos pusiésemos en la fila con los demás.

—Venga, coged vuestras cosas —dijo.

Metimos todo en las mochilas y salimos tras ella.

Brady nos estaba esperando en el aparcamiento de detrás del colegio, apoyado en el morro de su coche con las manos en los bolsillos. Nada más vernos, sonrió y nos saludó con la mano. Ruby y yo le devolvimos el saludo.

La señora Davis iba a la cabeza de la fila, pero al llegar a la altura de Brady se detuvo y miró a Selena.

—El que quiera bajar al campo de béisbol que siga a Selena. Los demás que vayan yendo al parque, que enseguida voy yo.

Selena bajó las escaleras con varios niños detrás, y el resto echó a andar hacia el patio. Hubo un par de ellos que se dieron la vuelta y se quedaron mirando a Brady mientras se alejaban. Estoy segura de que se estaban preguntando quién era y qué hacía allí esperándonos a Ruby y a mí. En cuanto volviéramos, nos iban a freír a preguntas. Nos habían visto en las noticias cuando estábamos desaparecidas, y algunos niños nos habían traído nuestras fotos del periódico para enseñárnoslas.

Pero la señora Davis ya sabía quién era Brady. Justo antes de que empezaran las clases en agosto, Brady nos había llevado a las dos a conocer a nuestros profesores y les había contado que teníamos que mudarnos al hogar después de lo que le había pasado a mamá. Incluso llegamos a conocer a la directora.

Brady alargó el brazo y le estrechó la mano a la señora Davis.

—¿Qué tal está? —preguntó.

—Bien —dijo ella, sonriendo—. Y ahora que ya tenemos otra vez en casa a nuestras chicas, todavía mejor. —Me dio un apretoncito en el hombro y puso la mano sobre la cabeza de Ruby. Esta la miró—. Hala, que lo paséis bien —dijo la señora Davis. Se fue hacia el patio de recreo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Ruby.

Brady abrió el coche y empujó el asiento del copiloto.

—Podríamos hacer algo divertido, como ir al parque —propuso—. Os vais la semana que viene, y he pensado que quizá hoy sea uno de los últimos días que tengamos para vernos.

Ruby se subió al asiento de atrás y se abrochó el cinturón, y yo volví a colocar el asiento y me puse delante. Había ido en el de atrás con Ruby durante todo el viaje de vuelta desde San Luis hasta Gastonia, pero ahora me apetecía ir delante con Brady.

Su coche era pequeño y viejo, no tan viejo como el de Wade, y olía un poco a cigarrillo. Brady arrancó el motor y bajó las ventanillas. Después encendió la radio y echó un vistazo al reloj. Y después me miró a mí.

—Bueno, copilota, ¿adónde vamos primero?

Nuestra primera parada fue el Dairy Queen que había justo al lado del cole. Brady nos dejó pedir lo que quisiéramos. Yo me pedí un cucurucho de helado de vainilla con cobertura roja, y Ruby lo mismo pero con cobertura de chocolate.

—¿La señorita Crawford os deja comer helados? —preguntó Brady.

—A veces —dije—. Pero solo después de cenar.

—Bueno, pues igual no conviene que se lo digamos.

Bajamos por Union Road y nos metimos por Garrison en dirección al parque Lineberg, pero justo cuando Brady le dio al intermitente para meterse en el aparcamiento, se me ocurrió que antes quería hacer otra cosa.

—¿Podríamos pasar por delante de nuestra antigua casa? —le pregunté.

Brady se quedó callado, sin quitar el intermitente. Después observó el reloj de la radio, se volvió y miró el parque.

—Está aquí mismo, en esta calle —dije—. Será un segundito de nada.

—Venga, vale —dijo al fin. Puso el otro intermitente, volvió a incorporarse al tráfico y dobló a la izquierda en Garrison para entrar en Chestnut.

Al doblar la curva miré la cabina telefónica que había en la esquina del aparcamiento de Fayles y vi que la habían arreglado.

—¿Qué miras? —preguntó Brady.

—Nada —dije. Volví a darme la vuelta y me puse a contemplar las casas que íbamos dejando atrás a medida que nos acercábamos a nuestra calle—. No hemos visto nuestra antigua casa desde que nos mudamos al hogar.

—Seguro que tenéis la sensación de que ha pasado muchísimo tiempo —dijo Brady.

—Pero todo está igual —dijo Ruby desde el asiento de atrás. Se había quitado el cinturón, y estaba echada hacia delante entre Brady y yo, observando por el parabrisas.

Pensé en decirle que se abrochase otra vez el cinturón, pero me callé porque como íbamos tan despacio lo mismo daba que lo llevase puesto o no.

Le enseñé a Brady cuál había sido nuestra casa, y aflojó la marcha, detuvo el coche justo enfrente y se inclinó hacia mí para ver por mi ventanilla. Seguía siendo la misma casita blanca de siempre. Aparte de la silla de plástico que había desaparecido del porche, estaba como si jamás nos hubiésemos marchado. Y entonces empecé a notar pequeños detalles que habían cambiado. Las ventanas de la sala de estar estaban tapadas por unas cortinas azul claro y, al otro lado del cristal, en la repisa, había una taza roja de plástico. La parte de abajo de la mosquitera de la puerta había

desaparecido, y en el porche se habían dejado un par de periódicos viejos que todavía tenían las gomas sin quitar. No había ningún coche en la entrada, lo cual no era distinto porque nosotras tampoco habíamos tenido coche nunca, pero entre las hierbas altas del final de la entrada había un triciclo nuevo volcado. Supuse que sería de quienquiera que estuviese viviendo allí ahora.

Llevaríamos cerca de un minuto allí parados cuando un hombre abrió la puerta de la calle y salió descalzo al porche, dejando que la mosquitera se cerrase de un portazo. Tendría más o menos la misma edad que mamá, y llevaba una camiseta blanca sin mangas y pantalones vaqueros. Se ayudó con el hombro para pegarse un inalámbrico a la oreja a la vez que sacaba un cigarrillo y lo encendía. Los tres nos quedamos mirándolo, y pensé que se estaría preguntando qué demonios hacíamos allí. Nos hizo un gesto con la cabeza, y lo saludé con la mano.

—Mejor que nos vayamos —dijo Brady.

—Vale —dije.

Brady giró en la entrada de coches del vecino, y cuando dejamos atrás la casa me di la vuelta en el asiento y me quedé mirándola, y vi que Ruby hacía lo mismo.

Algo había cambiado cuando salimos de nuestra antigua calle y doblamos a la izquierda para meternos en Chestnut. De alguna manera, el día ya no era el mismo. Brady había apagado la radio y había subido las ventanillas, y nadie dijo nada mientras volvíamos hacia el parque. Quizá fuese el hecho de ver nuestra antigua casa lo que nos había dejado tan callados; o quizá fuese ver a un desconocido en el porche de un lugar en el que jamás volveríamos a vivir, sobre todo ahora que estábamos a punto de irnos a Alaska, lo que hizo que Ruby y yo sintiésemos algo que no llegábamos a comprender del todo.

Pero en cuanto Brady se metió en el aparcamiento del parque Lineberger y apagó el motor, quedó bien claro lo que se le estaba pasando por la cabeza.

—Quiero que sepáis que a lo mejor veis a vuestro padre hoy. —Me miró y, a continuación, se volvió hacia el asiento de atrás y miró a Ruby.

—¿Dónde está? —pregunté.

—Está aquí —dijo Brady, señalando hacia el parque con la cabeza—. Quiero decir, puede que esté aquí. No lo sé. Solo quería que supierais que puede que lo veáis. Y que no os asustaseis.

—No le tenemos miedo —dijo Ruby—. Es nuestro padre.

—Ya lo sé —dijo Brady. Alargó el brazo y abrió su puerta antes de mirar a Ruby—. Lo sé.

Hacía dos semanas que nos habíamos ido con Wade, y ahora estábamos a mediados de septiembre y el verano se había acabado definitivamente. A pesar de que los últimos días había hecho mucho calor, allí en el parque, entre tanta sombra y rodeados de árboles altísimos, casi hacía fresco. El parque estaba lleno de gente, y

Ruby y yo nos dimos la mano y seguimos a Brady hacia la zona de juegos. Se sentó en un banco, y nos quedamos plantadas enfrente de él. Ruby miraba a todo el mundo como si esperase que Wade se fuese a acercar y a decir «qué tal» en cualquier momento, pero yo solo miraba a Brady.

—Por eso querías traernos aquí, ¿no? —pregunté—. Porque querías verlo.

—No. Bueno, al menos no solo por eso. De verdad quería veros una vez más antes de que os vayáis.

Unos chicos estaban lanzando canastas en las pistas que había detrás de Brady, al final de la cuesta. Abajo, en el parque, los chavales jugaban y correteaban cerca de nosotras, riéndose y gritándose unos a otros. No vi ningún poli, y me alegré, pero eso no descartaba que alguien pudiese reconocer a Wade por las noticias y llamase a la policía.

—Si viene se va a meter en un buen lío, ¿no? —pregunté.

—No lo sé —dijo Brady—. Ya veremos. —Miró hacia los juegos y señaló la pequeña rueda giratoria. No había nadie subido—. ¿Os empujo? —preguntó, levantándose.

Tiré de Ruby hacia los juegos.

—Solo me deja empujarla a mí —dije—. No le gusta ir demasiado deprisa.

Ruby se subió a la rueda y se puso justo en el centro.

—Agárrate fuerte —dije.

—No vayas muy rápido —dijo.

—Ya lo sé. —Empecé a empujar.

Brady se acercó y se sentó en un banco al lado de una anciana que estaba leyendo un libro. Se puso a mirar a la gente que estaba en el parque, como si esperase algo pero no supiera exactamente qué.

Una niña pequeña, tal vez un año mayor que Ruby, vino y se puso a mi lado a ver cómo le daba vueltas a la rueda.

—¿Me puedo subir? —preguntó al fin.

—Claro —dije. Paré la rueda y dejé que se subiera, asegurándome de que se agarraba a una de las barras antes de volver a girarla.

—Me estoy mareando —dijo Ruby. Estaba sonriendo.

—Voy a dar vueltas en el otro sentido —dije—. Así te desmarearás.

Quería reírme de Ruby, pero no podía evitar mirar a todas y cada una de las personas del parque, medio esperando ver a Wade. Brady seguía en el banco, mirando a su alrededor, y me imaginé que seguramente él también esperaba ver a Wade. La mujer que estaba a su lado debía de ser la abuela de la niñita, porque se había dejado el libro sobre el regazo y me miraba mientras le daba vueltas a la rueda.

Y de repente vi que Brady se inclinaba y le susurraba algo a la mujer. Esta se apartó y lo miró unos instantes como si no se creyera lo que acababa de oír, y a continuación se arrimó más a él. Brady volvió a susurrarle algo. La mujer cerró el libro, se levantó y cogió su bolso. Después se acercó a la rueda giratoria y sujetó las

barras para frenarla.

—Venga —dijo la mujer. Le tendió la mano a la niña, que no se movió.

—¿Nos vamos ya? —preguntó.

—Sí —dijo la mujer.

—Pero si acabamos de llegar —protestó la niña.

La mujer miró a Brady y cogió a la niña de la mano.

—Ya es hora de volver a casa —dijo. Agarró a la niña sin decir nada y se fue hacia el aparcamiento.

La niña se echó a llorar, y la mujer volvió la cabeza y nos miró a Ruby y a mí, y después a Brady. Había más gente mirándonos.

—¿Por qué se ha ido? —le pregunté a Brady.

—No lo sé.

—¿Qué le has dicho?

—Nada —dijo. Sonrió, pero noté que me estaba ocultando algo.

Me puse a empujar a Ruby de nuevo, esta vez en sentido contrario. Se había sentado y no paraba de mover la cabeza a ambos lados para ver cómo la anciana se llevaba a la niña de vuelta al coche. Tenía la sensación de que había muchas personas mirándonos a las dos después de lo que acababa de ocurrir, pero eché un vistazo a mi alrededor y vi que varias de esas personas estaban observando a Brady. Uno era un hombre que estaba en lo alto de la loma que había a nuestra derecha, sentado en un banco con un periódico. Lo había soltado sobre sus rodillas para poder ver, a pesar de que estaba demasiado lejos para oír nada de lo que había dicho la mujer. Y entonces me fijé en un hombre que estaba más cerca de nosotras, en el puente que cruzaba el riachuelo que había a la izquierda de los juegos. También él estaba mirando a Brady. Cuando vio que yo lo estaba mirando, apartó la vista, y juro que lo vi hablando solo.

Entonces vi lo que me pareció ser un pequeño cable que le subía por la oreja. Era demasiado joven para necesitar un sonotone, y nada más ver el cable supe cuál había sido, desde el primer momento, el verdadero motivo de que Brady nos llevase al parque, y me pareció increíble que pudiese hacernos esto a nosotras, a Wade. Pero lo había hecho.

Me agarré a la rueda giratoria y corrí en círculos con todas mis fuerzas. Ruby gritó que iba demasiado deprisa, pero no paré; cuando me subí, Ruby estaba medio chillando, medio riendo. El parque desfiló ante mis ojos todo borroso, y a duras penas distinguía a Brady sentado en el banco, al hombre de lo alto de la colina, al del puente y a todas las demás personas que quizá estaban allí por la misma razón que estos tres.

Ruby seguía sentada; me subí en medio y me apoyé en una de las barras. Vi pasar todo a mil por hora. Me llevé la mano a la nariz y me la toqué con los dedos, y a continuación me toqué las orejas antes de frotarme primero un brazo y después el otro. Seguí haciéndolo hasta que la rueda perdió velocidad, y entonces bajé de un salto, empujé con todas mis fuerzas, volví a subirme y seguí haciendo la señal que me había enseñado Wade.

Brady se había levantado del banco, y me llamó a gritos.

—¿Qué haces? —dijo.

Ruby estaba bocarriba, mirándome.

—¡Más deprisa! —chilló. Se reía, y ya no parecía que tuviese ni pizca de miedo.

Yo tampoco lo tenía.

CAPÍTULO 35

Aquel día no vimos a Wade, y tampoco lo vimos antes de irnos de Gastonia rumbo a Alaska. Ni siquiera estoy segura de que estuviera en el parque Lineberger aquella tarde, pero me gusta pensar que sí.

Por la noche, una de nuestras últimas noches en el hogar de acogida, apoyé la cabeza en la almohada y me quedé pensando. Comprendí que me había equivocado acerca de lo que había estado haciendo Wade después de abandonarnos en San Luis. Durante toda la semana me lo había imaginado yendo al oeste en dirección opuesta a Ruby y a mí, con aquella bolsa negra llena de dinero en el asiento de al lado, dándole vueltas a la cabeza, calculando qué debía hacer a continuación. Pero en realidad había vuelto a por nosotras.

No me gustaba lo que había hecho Brady, intentar utilizarnos para que la policía, el FBI y a saber quién más lo atrapasen, y me costó mucho perdonarlo después de aquello. Pero luego recordé que él no conocía a Wade como yo, y que seguramente su padre no había desaparecido dos veces de su vida para volver las dos veces. Brady pensó que estaba haciendo lo mejor para Ruby y para mí, por mucho que yo pensara que se había comportado mal.

La señorita Crawford tuvo que andar varios días detrás de nosotras para conseguir que hiciéramos las maletas; Ruby y yo revisamos nuestro dormitorio a paso de tortuga, intentando decidir qué cosas nos íbamos a quedar y qué cosas les íbamos a dar a otros niños que pudieran aprovecharlas: las colchas nuevas que por fin iban a juego con nuestras sábanas, los libros de la mesilla de noche, la ropa que estaba colgada en el armario.

Pero había una cosa que quería asegurarme de que no me dejaba: una de aquellas viejas pelotas de béisbol que Wade había firmado mucho antes de abandonarnos, en los tiempos en que pensaba que algún día llegaría a ser alguien y que el béisbol podría tener algún valor para otras personas además de para él. A pesar de todos mis esfuerzos de hacía años por borrar su firma, seguía allí, aunque casi ni se veía. Ser hija de Wade se parecía un poquito a eso.

Y de repente Ruby y yo estábamos en Anchorage con los padres de mamá. Al principio me quedaba tumbada en la cama en un dormitorio que por primera vez en mi vida era para mí sola, escuchando voces extrañas que venían de habitaciones extrañas de un lugar en el que sabía que no encajaba. Pero lo único que hacían aquellas voces era decirme lo felices que estaban de que Ruby y yo nos hubiésemos ido a vivir con ellos y lo mucho que yo les recordaba a mamá.

Pero yo no era tan tonta como para creérmelo, y sabía que probablemente lo decían para que me sintiera como en casa, para que sintiera que encajaba. Una vez que el moreno del pelo se me aclarase y se me fuese el bronceado de la piel, seguro

que dejarían de ver a mamá al verme a mí, y no me importaba. Tendrían a Ruby para que les recordase a mamá. Y yo también.

Mi abuelo se llamaba Nolan, y era alto y aún más oscuro de piel que mamá y que Ruby. Se notaba que en otros tiempos había tenido el pelo negro, pero ahora lo tenía canoso y más largo que el mío, y lo llevaba recogido en una coleta. Mi abuela se llamaba Barbara, y era todo lo contrario. Después de verla, comprendí por qué mi aspecto era el que era. Tenía la piel clara como la mía, y su pelo era del mismo tono rubio rojizo. Quería que la llamásemos abuela, así que eso hicimos. Nolan dijo que no era lo bastante viejo como para ser el abuelo de nadie y que el nombre de Nolan siempre le había parecido bien, de modo que con Nolan se quedó.

Llevábamos allí casi un mes cuando un buen día la abuela salió al porche a por el correo y vino a mi dormitorio con una enorme caja de cartón. Yo estaba sentada en la cama, escuchando un cedé en el *discman* y haciendo los deberes, cuando levanté la mirada y la vi ahí parada, sus ojos apenas asomando por encima de la caja. La dejó sobre mi cama, dio un paso atrás y la miró. Iba dirigida a Ruby y a mí.

—Viene de Cordova —dijo—. Eso está a varios pueblos de aquí. No conozco a nadie por esa zona, y el abuelo creo que tampoco. ¿Y tú?

—Casi no conozco a nadie en todo el estado —dije.

Cogió unas tijeras de mi mesa, cortó la cinta de embalar y abrió la caja. Lo primero que vi fue un sobre que estaba encima de unas hojas de papel de seda. La abuela lo cogió y sacó una carta.

—¿Quieres que la lea? —preguntó.

—Sí —dije. Me puse de rodillas para ver el interior de la caja.

Empezó a leer.

Queridas Easter y Ruby:

Por favor, aceptad esto como un reglado de bienvenida a Alaska. Os he visto en las noticias y he leído sobre vosotras en el periódico, y siento muchísimo todo lo que os ha pasado. Pero creo que os gustará vivir aquí. Es un lugar muy seguro, y la gente es muy maja y se alegra mucho de recibirlos. Quiero que sepáis que rezo por las dos.

Saludos,

UN AMIGO

Pero no oí más que la mitad de lo que leyó. Ya había quitado el papel de seda y había visto lo que había dentro de la caja. Era el osito de peluche que había ganado Wade para nosotras en Myrtle Beach. Lo saqué de la caja, lo cogí y me quedé mirándolo, y traté de que mi abuela no se diera cuenta de que lo reconocía y sabía exactamente quién lo había enviado.

—Bueno —dijo—, vaya sorpresa más bonita. El que lo haya hecho es de lo más amable.

—¿Puedo ver la carta? —pregunté.

Me la dio, y vi que no estaba escrita a mano, sino a máquina.

—Tu hermana está en el patio de atrás ayudando al abuelo a poner el comedero para los pájaros. Voy a buscarla.

—Vale —dije, doblando la carta y deslizándola de nuevo en el sobre. Escuché sus pasos alejándose por el pasillo en dirección a la cocina, y oí que abría la puerta corredera de cristal y llamaba a Ruby. Salió y la volvió a cerrar.

Nada más oír que se cerraba, metí la mano en la pechera del peto del osito y busqué lo que me había dejado allí aquella noche que pasamos en Carolina del Sur. Mis dedos se cerraron en torno al fajo de dinero, y hasta que lo saqué y lo vi me costó creer que pudiera seguir allí. Pero al darle la vuelta vi algo que no había estado allí antes. Enganchada con la goma estaba una de las entradas para el partido de San Luis. La saqué y la miré; se veía una foto de McGwire saludando con la gorra a la multitud. Le di la vuelta, y en el dorso de la entrada, garabateadas con la letra chapucera de Wade, leí estas palabras: «Mantente en la base».

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a las siguientes personas e instituciones por su amabilidad y su apoyo:

David Highfill, mi editor de William Morrow, por su sinceridad, su paciencia y su perspicacia.

Nat Sobel y Judith Webel, mis agentes de Sobel Weber Associates. Nat, ojalá pudieras garantizarles a los Jets un futuro tan bueno como el que me has garantizado a mí. Gracias de corazón al resto del equipo de Sobel/Weber: Julie Stevenson, Adia Wright y Kirsten Carleton.

La corporación de Yaddo, la colonia MacDowell y la granja Highland Springs en Wellsburg, West Virginia, donde se escribió y se revisó gran parte de esta novela.

Las extraordinarias personas, del pasado y del presente, de William Morrow/HarperCollins: Liate Stehlik, Michael Morrison, Jessica Williams, Sharyn Rosenblum, Stephanie Kim, Abigail Tyson, Shawn Nicholls, Kimberly Chocolaad, Tavia Kowalchuk, Carla Parker, Mike Brennan, Jeanette Zwart, Doug Jones, Caitlin McCaskey, Gabriel Barrilas, Anne DeCoursey, Ian Doherty, Karen Gudmondson, Jim Hankey, Kate McCune, Cathy Schornstein, Robin Smith y, cómo no, Eric Svenson.

Mis colegas y alumnos del Máster en Literatura de Ficción y de No Ficción de la Southern New Hampshire University.

Los amigos y miembros de la familia que leyeron borradores, dieron consejos, escucharon o hicieron las tres cosas: Cliff Cash, Amy Earnheart, Walker Barnes, Patrick Crerand, Christian Helms, Michael Jauchen, Thomas Murphy, Chatman Neely, Harry Sanford, Brian Sullivan y Reggie Scott Young.

Por último, y sobre todo, Mallory Brady Cash, mi mujer, mejor amiga y primera lectora: sin ella, nada.

NOTAS DE LA TRADUCTORA

[1] Están jugando al *kickball*, deporte muy similar al béisbol, pero sin bates ni guantes, en el que la pelota se chuta. <<

[2] *Easter* en inglés. <<

[3] En castellano en el original. <<

[4] *Tomcat* significa «gato» y también «mujeriego». <<

[5] Los espasmos —*yips* en inglés— son una afección común entre jugadores de algunos deportes como el béisbol, el golf, el baloncesto o el fútbol, que de repente pierden la capacidad para ejecutar ciertos movimientos. <<

[6] Director del FBI entre 1993 y 2001. <<